

OBRAS

DE

FRANCISCO M.<sup>A</sup> PINTO

Publicadas por el «Gabinete Instructivo»  
de Santa Cruz de Tenerife



SIN VALOR COMERCIAL

SANTA CRUZ DE TENERIFE  
—  
IMPRENTA ISLEÑA DE HIJOS DE FRANCISCO C. HERNANDEZ  
Á CARGO DE MANUEL F. GARGIA  
*Castillo, núm. 51*  
1888



## PRÓLOGO

---

Los colectores de toda la labor literaria del malogrado escritor canario Don Francisco M.<sup>a</sup> Pinto han traído innegable beneficio á las letras patrias, pues aunque es seguro que los pensamientos expresados por aquel notabilísimo ingenio habrían tenido bastante fuerza vital para sobreponerse más ó menos tarde al olvido, y romper la costra que el tiempo labra sobre las reputaciones que dejaron perdidos sus títulos en el montón inexplorable de la prensa periódica; aunque es seguro, digo, que el nombre de Pinto se habría defendido de la muerte por aquella ley de que *no perece lo que no debe perecer*, bueno es que sus paisanos hayan acudido pronto á recoger los miembros esparcidos de esta vigorosa personalidad literaria, para juntarlos y guardarlos en la forma duradera de un libro.

Algunos de los trabajos que éste contiene ya me eran conocidos; otros, singularmente los que van al fin, los he leído por primera vez ya reimpresos en las capillas de la obra todavía inédita. Y aquí debo declarar ingénuamente que al aceptar el encargo de escribir este prólogo, pensé que el libro de Pinto se formaba exclusivamente de trabajos de crítica, por ser éste el único matiz que yo conocía de su variado talento. El desconocimiento en que yo estaba de la verdadera importancia y del valor literario de mi paisano y amigo, error de que no me exculparé con la distancia, fué causa sin duda de que la obligación del prólogo, aunque aceptada con gratitud por ser un grande honor, me pareciese algo enojosa. Disponíame á cumplirla como un deber de compañerismo, mas con aquella frialdad que no puedo vencer en mí siempre que me toca engolfarme en un mar de juicios sobre autores vivos ó pretéritos, y habérmelas con trabajos de erudición, á los cuales ¿por qué no decirlo con todo el respeto debido? he cobrado de algún tiempo á esta parte invencible antipatía.

Mas esta predisposición derivada de mi ignorancia terminó completamente desde que acerté á leer las relaciones impresas al final del libro. Entonces, no sólo desapareció de mi ánimo toda frialdad, sino que me sentí orgulloso de ser llamado á presentar al público español las primicias del ingenio canario. No sospechaba yo que Pinto poseyese las rarísimas cualidades de narrador

ni que supiese pintar con tanta gracia y viveza los caracteres y actos humanos. Dar vida á seres imaginarios fundiéndolos en los moldes de la realidad es don concedido á pocos, y no vacilo en asegurar que Pinto habría sido maestro en arte tan difícil; que casi lo fué desde sus primeras tentativas, demostrando el poder de sus facultades. Basta empezar la lectura de *Mariquita Príncipe* para descubrir un narrador de primer orden, que sabe sentir la vida y expresarla con vigor y donaire. Toda la relación está llena de rasgos magistrales, de esos que revelan observación fina y gran fuerza de sentimiento, y en ella las inexperiencias del principiante apenas se notan porque las oscurece el primor y brillo de los pasajes felices. Una de las cosas que más agradan en esta obra es la sencillez del asunto, y el arte con que el autor ha sabido construir artificio tan bello sobre *una nada*, sobre la cavilación melancólica de un estudiante. Dificilísimo es en la novela contemporánea encontrar la fórmula graciosa y elegante de la naturalidad, tan apartada de la afectación como de la trivialidad y en esto demuestra Pinto un instinto tan seguro que acierta en los principales trozos de su obra, y habría acertado en todos si hubiera podido revisarla.

Para que todo en este escritor sea profundamente simpático, hasta ha sabido despreciar aquellas artes de composición que en la retórica antigua se llamaban *la intriga*, y que comun-



mente son una combinación de giros teatrales, de casualidades estudiadas y de sorpresas previstas, resortes que ya no hacen efecto más que en los lectores de temperamento infantil. Causar viva emoción con medios sencillísimos, naturales, informados en la existencia común es el supremo secreto del arte, y Pinto, desde sus primeros pasos literarios se había hecho dueño de él y de otros, pues era un talento organizado con bastante robustez para ser maduro apenas nacido.

La relación titulada *Un caso*, y que el autor no pudo concluir paréceme lo mejor de su pluma. En estas páginas llenas de amargura han creído ver los amigos de Pinto una fiel imagen de éste, como retrato que un gran pintor se hace delante de un espejo. Y hay realmente tanta sinceridad en la pintura y tristeza tan honda y bien sentida, que *Un caso* no puede menos de ser autobiografía. Aquí el autor, atacado de mortal dolencia, ha tenido bastante serenidad en medio de su abatimiento para extraer de sus propios dolores una obra artística, palpitante de verdad, y que nos muestra las inquietudes del espíritu y su ruda batalla con la descomposición orgánica. No se pueden leer estas páginas sin sentir profunda emoción, y la identificación con el asunto es tal que parece que el lector se cree testigo de las lúgubres escenas y participe de los sufrimientos en ellas tan magistralmente descritos. No se sabe cual era el plan de Pinto en esta obra, ni qué desarrollo pen-

saba darle. Quizás no se propuso otro fin que expresar por medio de un diálogo en que rebosan el ingenio y la tristeza las inquietudes de su alma respecto á los nebulosos problemas de que no se cuida el hombre sano y seguro de la vida. Quizás no tuvo más objeto que desahogar ese misterioso saber de filosofía y esas ansias de poeta que todo humano lleva en sí y que en los talentos superiores, como Pinto, pueden revestirse, al pasar del pensamiento á la pluma, de gallardas y seductoras formas. Si tal fué su intención poco importa que *Un caso* esté por terminar, pues en lo que conocemos tuvo espacio el autor para decir cosas admirables y pintarnos la ansiedad de un espíritu reflexivo en presencia de la muerte. Y aquel joven inteligentísimo, conocedor del corazón humano, lector incansable y versado en tantas materias del saber contemporáneo, era un espíritu profundamente religioso, por lo mismo que sabía lo bastante para no *gustar de las profundidades innecesarias, las habilidades de trampolin y el andar por las nubes habiendo tierra firme*. Estas palabras no las dice el enfermo; pero bien se comprende que los dos términos del coloquio son el dualismo convencional de una sola persona, y que la forma dialogada es un módulo fácil y comprensible para la exposición de las ideas. Por tal medio expresa el autor elocuentemente su pensar sobre la abnegación ó sobre la escasa influencia que tiene en nuestras acciones la seguridad de nuestro fin,

siendo de notar que el melancólico humorismo en que van envueltas no quita su valor á la observación fina, y á la profunda sinceridad que en todo este interesante escrito se revela. Es que de la fantasía del verdadero artista brotan, entre los desvarios de la invención, acentos de verdad adivinatoria y profética, en los cuales halla nuestro espíritu más convicción y consuelos más grandes que en la verdad razonada.

Después de estas dos obritas en que el varonil ingenio de Pinto se muestra tan gallardamente, las más notables páginas que el libro contiene son las de crítica general. El ensayo sobre Calderón es notabilísimo y podría sostener dignamente el paralelo con todos los trabajos de esta índole que en el centenario del gran dramaturgo se publicaron dentro y fuera de España. Demuestra nuestro malogrado paisano en este estudio, así como en el de Shakespeare, la variedad de sus lecturas, la elevación é independenciam de su criterio. No incurre en el defecto de la mayor parte de los eruditos, que familiarizándose con el pensamiento ajeno, olvidan que deben tenerlo propio. *Los preceptistas* y *De la Poesía en Canarias* revelan las propias cualidades, anunciando además un estilista de primer orden. El trabajo y el tiempo, depurando la espontánea dicción de este escritor, habrían hecho de él uno de los más notables de la generación contemporánea, pues ya poseía en alto grado las virtudes principales del estilo, vigor y gracia

en la frase y esa inexplicable seducción que atrae el espíritu del lector.

En las críticas de autores contemporáneos que ocupan buena parte del tomo, Pinto no puede menos de aparecer influido por la amistad. En ellas se derrama á manos llenas la benevolencia tan propia de toda alma superior. Él, como artista verdadero, conocía las dificultades del arte de escribir, y de aquí que juzgase á sus coetáneos sin sombra alguna de severidad, prodigándoles elogios desmedidos. Bien sabía él que los juicios que emitimos sobre los que pelean á nuestro lado en la misma fila de combate, están sujetos á rectificación, y pueden ser considerados como juicios provisionales. Pinto no tenía en su alma las frialdades de que nace la imparcialidad de esos jueces de letras, que intentan dar á cada uno lo suyo y suelen equivocarse, ó más claro, seguramente se equivocan las más de las veces. La imparcialidad, tratándose de autores vivos, no existe ni puede existir. En su lugar las condescendencias de la simpatía ó de la amistad, así como el humor displicente que algunos despliegan, forman una opinión artificial, tras la que no tarda en formarse la verdadera por la acción del tiempo y del común sentir.

No sé si he acertado á trazar aquí los principales rasgos de esta vigorosa personalidad que á punto de su aparición en la vida literaria desapareció, dejando su imagen bastante clara para que viva constantemente en nuestro recuerdo. Los prólo-

gos largos son irrespetuosos para el autor cuya obra encabezan. No hay para qué insistir demasiado en recomendar bellezas que el lector apreciará por sí mismo; ni conviene arrebatár á éste el placer de descubrirlas y saborearlas, anticipándole las gratas impresiones que ha de recibir. Por tal motivo, no quiero alargar esta introducción á las obras del escritor canario, talento eminente, vida corta y desgraciada. Basta con lo escrito, pues mis encarecimientos, de que él en ningún modo necesita, no han de aumentar la admiración que estas páginas despertarán dentro y fuera de la provincia en que nació y murió el malogrado Pinto. Cumplido está mi objeto, el cual no era otro que tributar homenaje de cariñoso respeto al amigo y compañero, y asociarme al vivo sentimiento de mis paisanos por el prematuro fin de este hijo ilustre de Canarias.

B. PÉREZ GALDÓS.

# LA CRÍTICA LITERARIA

## OJEADA HISTÓRICA

---

Todos saben que el Renacimiento fué la exhumación y la apoteosis del mundo antiguo. Cuando á fines de la edad-media se rasgó el velo sombrío y apareció la gloriosa antigüedad, hubo en el entusiasmo algo de locura. ¡Cuán grande no debió producirlo aquel mundo griego, riente y luminoso, revelador de la belleza plástica, de la forma pura y correcta, y más al compararlo con la ruda y feroz edad que se alejaba! En ésta desde entonces no se vió más que una siniestra interrupción de la historia, idea que un criterio más profundo y amplio ha rectificado en nuestro siglo.

La antigüedad se nos mostró envuelta en el arte que ella misma había engendrado, y preciso es reconocer que nunca se ha escogido más bello ropaje. Así fué adorada por los descendientes de aquellos bárbaros que un día la desposeyeron y que, ciertamente, no se imaginaron esa revancha póstuma. Todo lo que era antiguo, sólo por serlo despertó una

admiración delirante que acabó por dar igual valor á las voces «antiguo» y «perfecto». Aquello fué como una intensísima irradiación en medio de las tinieblas: los ojos, deslumbrados, no vieron más que luz.

Admiróse á esos griegos, cuyo espíritu y cuya historia parecían tener los bellos rasgos de sus estatuas, y se estudió con ahinco la antigüedad romana, cuya literatura, falta de espontaneidad y obra más del arte que del genio, nos fué por muchas circunstancias más accesible.

Desenterrando la literatura clásica, el Renacimiento nos dió á conocer una gran manifestación olvidada; pero dejándose llevar por un disculpable sentimiento, sin ideas acerca del arte y desconociendo la relación de éste con la vida, no consideró á la literatura clásica como un particular desenvolvimiento ya cumplido, ni se inclinó á la imitación reconociendo los derechos de la creación original, sino que hizo de la literatura el arte de reproducir perpétuamente á los antiguos, erigidos en modelos eternos y únicos. De este modo, la literatura fué el noble entretenimiento de la inteligencia y el privilegio de una clase. Arrebatáronse fuerzas á las literaturas nacientes, despreciadas; y á la originalidad, cuyas rudas formas no se dedicó el gusto á pulir, reemplazó una imitación que en manos del genio podía ser más ó menos bella y formal, pero que entonces fué artificiosa y sin vida, y tan exagerada que pretendió borrar diez siglos en la historia. Y sin embargo, en Italia, á la que principalmente nos referimos, porque ella representó en Europa el Renacimiento y lo propagó; donde un entusiasmo convertido en fanatismo provocó una reacción pagana tan completa que alcanzó al orden moral y religioso, la literatura había producido ya la Divina Comedia.

Comenzó el reinado de la erudición. Con él nació una crítica que se limitó á admirar y desmenuzar á los clásicos, á estudiar bajo el punto de vista artístico la palabra y la forma externa, comparando textos y copiando giros y vocablos. Analizóse mucho la frase y el período, sin traspasarlos jamás ni elevarse sobre ellos, y se hizo gala de llevar la imitación hasta lo pueril.

Esa crítica gramatical y menuda giraba eternamente sobre palabras; sobre ellas se disputaban ferrozmente los eruditos, y por ellas, por la interpretación de una frase, por la dudosa latinidad de una voz se cambiaban en un latín bastante puro los insultos y las injurias. A cada paso y por motivos semejantes se entablaban las crudas polémicas que han dado asunto á Mr. Nisard para un curioso libro. Debe, sin embargo, recordarse con agradecimiento á la mayor parte de estos restauradores de textos alterados, de comentadores é ilustradores de obras antiguas, pacientísimos eruditos, que tanto hallaron y tanto ordenaron y restablecieron. Pero la filosofía del arte no les debe ni una idea, aunque la historia les es deudora de mucho.

Hoy día, en que el recuerdo de los clásicos va generalmente unido á recuerdos escolares; y no suele pasar de esto nuestro conocimiento; porque son muy pocos los que dan en la tentación de leer sin bostezar aquello mismo de que hablan con admiración, no es fácil comprender un entusiasmo, que llegó en muchos casos á la extravagancia, y que se extendió luego, aunque algo más mitigado, por casi toda Europa. No obstante, á pesar de la historia y como herencia del Renacimiento, aun sentimos la fascinación de la antigüedad; y al contemplar á ésta desde lejos, embárganos siempre la admiración que en otros tiempos la llevó casi á la



idolatría; tan grande y tan profundo ha sido el encanto.

En España tuvo el Renacimiento representantes, como había tenido precursores. Abundaron las traducciones de los clásicos y se expusieron las teorías literarias de la antigüedad. Pero esas exposiciones fueron de tan poco valor, que ni siquiera llegaron á ser comentarios henchidos de la erudición pesada y fría, que parecía ser la condición única reclamada y apreciada por la época, tanto en España como en Italia, al tratarse de esa clase de obras. Dejando á un lado las simples traducciones, parece que nuestros humanistas del siglo XVII se muestran poco satisfechos de trabajos, no muy escasos en número, pero de los que el maestro González de Sepúlveda habla despreciativamente al par que menciona su abundancia.

Lo cierto es que, ya por natural desapego nuestro, ya por lo defectuoso de las exposiciones, las doctrinas no influyeron directamente en nuestros gustos; en los cuales, si el Renacimiento influyó, como es indudable, fué porque seguimos hacia tiempo las corrientes italianas.

Provenzales, italianos y latinos nos transmitieron su gusto con sus obras. Y en ellas ¿qué podían mostrarnos las teorías que nosotros no viéramos sin su ayuda? ¿Qué nos enseñaba una traducción más ó menos ampliada de Aristóteles ú Horacio, á la que no se añadió una idea siquiera?

Al comenzar el siglo XVII parece ignorarse por completo los ensayos doctrinales del siglo anterior. Esto al menos se advierte en Carvallo, autor de unos diálogos sobre la poesía, librito no muy conocido, aunque por lo demás insignificante. En las obras de Cascales y de González de Salas sigue dominando la erudición; mas aunque el primero ataca

indirectamente la escuela de Lope, González de Saldas habla con notable benignidad de nuestro teatro, lo cual le echaba en cara á finés del siglo pasado un ultra-clásico editor.

Se ve, pues, que las doctrinas antiguas, sin importancia y sin influencia, quedaron entre los humanistas como pura materia de erudición. Se aceptaron dogmáticamente y se conservaron en la memoria, como otras muchas cosas; pero nada más. La erudición mataba el propio discurso, y como puede verse en las cartas de Cascales, la crítica, muy rara aun así, era un ejercicio que se llevaba á cabo citando autores antiguos y aduciendo textos.

Bajo las escuelas eruditas siempre había alentado lleno de vida el gusto nacional, que tenía como expresión suya los romances, bellas creaciones que exceden en propio valor á las de todas las literaturas populares conocidas, y esos libros caballerescos, extrañas muestras de una imaginación desenfundada, cuyo contraste con la realidad mostró Cervantes en un libro, y de tal modo, que entre risas y veras hizo de ese particular contraste el símbolo de la eterna lucha de dos tendencias humanas; provocando así en los hombres la grave meditación al par que la hilaridad inextinguible que Homero creyó privilegio de los Dioses y que durará ya aquí abajo tanto como duren el mundo y aquel libro.

El gusto popular, bien determinado, si por un alejamiento fácil de comprender no influyó gran cosa en ciertos géneros, ni se opuso mucho á extrañas invasiones, no podía hacer lo mismo respecto al teatro. Sabido es como resistió en el Renacimiento á la implantación del teatro clásico. La verdad es, que los introductores de éste, dejándose guiar sólo por sus aficiones eruditas, se dieron muy poca maña.

Pero ya existía el germen que más tarde desarrolló Lope. Las farsas y los autos, después las comedias aún informes de Lope de Rueda y Juan de la Cueva satisfacían mejor que las doctas imitaciones y las frías traducciones de los griegos, esa necesidad de manifestación artística de que los hombres no pueden prescindir.

Luego, bruscamente, casi sin notable preparación, como el sol en las bajas latitudes en que apenas hay crepúsculos, surgió el teatro al impulso del genio de Lope.

No era ese teatro el muerto reflejo del de otros pueblos y otros días, porque no era extraña y distante la luz que le alumbraba. Fué algo más: fué el grandioso eco de nuestra propia vida. Allí desplegó el genio dramático, en formas tan brillantes que aun nos maravillan, toda nuestra vida ideal que pudimos ver entonces, como los griegos habían visto la suya en aquella escena antigua en cuyo nombre se lapidó más tarde á la nuestra.

Lope de Vega representa la alianza entre el genio individual y el gusto público; y esto es lo que se quiere decir al hablar de unión entre la literatura popular y la erudita. La encarnación del espíritu moderno en las formas clásicas, el matrimonio de Fáusto con Helena, según el símbolo de Goethe, no pasa de ser un ideal más ó menos discutible. ¿No implica tal vez un sentido algo oscuro de lo que se entiende por *fondo* y *forma* en el arte? Si en el indicado consorcio se trata únicamente de algunas de esas condiciones formales que muchos reasumen hoy en la palabra «clasicismo», que otros parecen reducir á lo que llaman «sencillez griega», y que dificultosamente puede ser algo más que simple cualidad de estilo, entonces no hay nada que añadir, porque el asunto no lo merece. En nuestros días, el

velo de Helena, mencionado en la ininteligible «Segunda parte» del Fáuſto, ha tenido admiradores tales como Leopardi, el poeta que halló en su genio y propia desventura acentos líricos tan amargos.

El teatro de Lope no fué la alianza de dos escuelas, sino el triunfo de la literatura popular. El mundo de los romanceros llenó la escena, y con él y como alma suya la caballeresca galantería, el amor respetuoso y ardiente, el exagerado punto de honor, cuya semilla nos legaron también los bárbaros; y sobre todo esto y modificado por ello, el sentimiento religioso y el amor al rey y á la patria.—Nuestro pueblo se contempló, y aplaudió. Desde entonces, ningún poeta ha logrado, como Lope de Vega, presenciar en vida toda su gloria.

Sin embargo, llegaron hasta él apagadas protestas, voces que apenas dejaba oír la aclamación popular y que hablaban en nombre de los viejos preceptos olvidados; pero esas acusaciones quedaron ahogadas en la explosión de su entusiasmo sin ejemplo. Vulgarizáronse frases consagradas por la admiración: El gran Lope de Vega, el Fenix de los ingenios, el mónstruo de naturaleza. La crítica erudita, que, la verdad, no era un poder temible, hubo de inclinarse ante el genio sin olvidar por eso á Aristóteles; dirigiendo sus ataques, bastante inofensivos, más que al gran dramático al gusto popular que él representaba. No obstante, las doctrinas clásicas hallaron numerosos defensores, congregados, en parte no pequeña, por los celos literarios y la envidia, tristes heraldos de semejantes convocatorias. Miguel de Cervantes que tenía sus comedias y entremeses «arrinconados en un cofre» sin que nadie se los pidiese, dió el ejemplo de la censura más templada y racional, con un criterio bastante ecléctico.

Mas Lope y sus discípulos nunca intentaron ni imaginaron siquiera una exposición de doctrinas, á no considerarse como tal el famoso «Arte nuevo de hacer comedias», que da la medida de lo que alcanzaban nuestros ingenios reflexionando sobre su propia obra. ¿Y cuándo Lope y su escuela se atrevieron á negar resueltamente la infalibilidad de los antiguos? Bajo ese punto, su conducta fué en general, principalmente la de Lope, como la de esos mundanos que hablan con insigne respeto de la virtud sin practicarla nunca.

Luego, aquellos eran tiempos de creación y no de teorías. El gusto era un instinto que solía educarse en los hechos, lo cual sucede hoy también y sucederá siempre; pero entonces nadie concebía en ellos una filosofía ni sospechaba una ley. El gusto no tenía, pues, conciencia de sí mismo; y aunque en las obras se advertía el sello individual de cada ingenio, distingútalas, sin embargo, la misma espontaneidad que caracteriza á las populares.

El credo literario de la nueva escuela se contenta en la célebre afirmación que los adversarios de Lope atribuyeron primeramente á éste: «Las composiciones dramáticas deben variar según el tiempo y el gusto del público». Este principio, fundamento de la crítica moderna, fué consignado por Lope, aunque de un modo indirecto y aparentemente cínico, en dos versos que todo el mundo sabe de memoria. Pero si álguien sostuvo en cierto modo y con valor aquella verdad, como Tirso de Molina, por ejemplo, y aunque á fines del siglo XVII, olvidadas por completo las doctrinas clásicas y alejados en el terreno literario de una erudición que nos mantenía en contacto con los antiguos, acabó por prevalecer sin miramientos ya, y no como hecho sino como principio: en general, sus defensores no intentaron

profundizar el efugio, como los clásicos decían, con que el talento disculpaba tal vez su propia debilidad en rendirse al provecho y al aplauso.

Esta gran fase que Lope inauguró en nuestra literatura fué dando quizás al gusto y á la opinión cierta libertad é independencia; pero la crítica todavía no llega más que á los escasos juicios contenidos en aprobaciones y dedicatorias, y á los hiperbólicos elogios que servían á todo libro de recomendación desacreditada. Encuéntranse en Herrera, en Cervantes, en Saavedra Fajardo y en muchos otros, observaciones de detalle y reflexiones ingeniosas y delicadas: breves apreciaciones de estilo y de forma que se distinguen por su acierto, pero en las que no hay ni puede haber lo que es sólo resultado de una idea más profunda de la literatura y de sus relaciones con los pueblos y los siglos.

Natural es que pasemos por alto los ataques más personales que literarios, lluvia de sátiras y epigramas que servían de pasatiempo y solaz á aquella poblada república; batallas en que tomaron parte nuestros principales autores; guerras de sonetos y décimas que muchas veces no tenían más significación que la inocente de los llamados «vejámenes literarios». Sabido es lo que padeció Montalbán bajo la implacable mordacidad de Quevedo y cómo la joroba de Alarcón fué tema en que nuestros ingenios se ejercitaron á porfía. Sea lo que fuere, en esos esparcimientos sobraban muchas crueles puerilidades.

Desde fines del siglo XVI comenzó nuestra actividad á refugiarse cada vez más en la literatura, en la cual, y señaladamente en el teatro, parece concentrarse hasta los últimos años del XVII. Una fecundidad inaudita hizo de nuestro teatro el más ri-

co del mundo; las aficiones poéticas crecieron de tal modo que degeneraron en manía; y no disminuyeron por cierto con la decadencia de la poesía y de la patria.

Vió la historia desfilarse los días sombríos. En medio de un pueblo aniquilado por la miseria y la ignorancia, alzóse tristemente la mezquina figura de aquel pobre rey siempre achacoso, y cuyo espíritu, enfermo como su cuerpo, sólo se mostró en vacilaciones y congojas. Cuando el infeliz Austria, cercano á la última hora, dijo amargamente de sí mismo: Ya no somos nada; todos los españoles pudieron lanzar con verdad el mismo lúgubre grito. Nos envolvimos en nuestros harapos y nos sentamos, exhaustos y desfallecidos, á la sombra de nuestra gloria.

¿Quién desconoce estas tristes páginas? Hacía ya tiempo que la obra se desmoronaba; buque desamparado del que arrancaban una tabla cada ola y cada empuje. Parecíamos ser víctimas del extenuamiento, como después de un uso inmoderado de fuerza, mientras en el exterior catan todos sobre el viejo león inerme. Era que España seguía á la casa de Austria, como sigue el cuerpo á la voluntad, y bajábamos con ella al abismo y la acompañábamos en la agonía, como en otro tiempo, á su voz, formamos su pompa y conquistamos el mundo.

Con estos antecedentes, abrióse el siglo XVIII. En él los copleros sustituyen á los poetas, pero sin disminuir sensiblemente en número. Cuando la ciencia era un fárrago pedantesco y la ignorancia dominaba en las universidades y en todas partes, originando las obras de Feijóo vergonzosas polémicas, se continuaba versificando con el mismo furor; pero ¡qué poesía y qué versos! La época no tiene ideas ni sentimientos que cantar, y un gusto depravadísim

convierte cualquier cosa en asunto poético. La verificación, bastante mala generalmente, ocupa el lugar de la poesía; hácese versos que cuando no parecen juegos de niños están llenos de vaciedades y de absurdos; distinguiéndose sólo por casualidad, entre la hojarasca, un rasgo inspirado ó una expresión feliz. El conceptismo y el culteranismo estaban en su apogeo, hijos entonces de la esterilidad como al principio lo fueron de la fantasía exuberante.

El siglo XVIII presenta sin duda notables desigualdades; destácanse en su oscuridad nobles perfiles y surgen fugitivos resplandores; pero no basta un poco de luz para iluminar todo un siglo. Su último periodo está caracterizado por la reacción doctrinal y la reforma literaria en el sentido clásico francés. El gusto nacional, cuyo estragamiento había llegado al colmo, se refugió y se atrancó en el teatro como en su fortaleza. Sin citar otros el nombre sólo del buen Comella, *genio* tan desventurado como bárbaramente fecundo, basta para dar una idea de lo que era ya el teatro; porque no era la decadencia de éste lo que había sobrevenido, sino su muerte profanada por la ignorancia. Zamora y Cañizares habían hecho resonar un momento los ecos lejanos de la voz de Calderón; luego cuando se desvaneció todo y quedó solamente el recuerdo de tanto brillo, en medio de las ruinas se alzó alguien remedando de un modo chocarrero las actitudes trágicas.

No fué empresa fácil la de reivindicar aquellos dominios de las letras, caídos en tan bajas manos. Preséntase á Luzán como el precursor de la reacción literario-doctrinal, aunque desde Felipe V empezó á sentirse la influencia de la literatura francesa. Luzán trajo de Italia, de donde nos vinieron en el Renacimiento, las teorías de la antigüedad; pero las ofreció no sólo con modificaciones, ocasionadas por



los principios que habían transformado la ciencia desde que Bacón extendió la mano y señaló los nuevos caminos, revolución que dió al neo-clasicismo cierto carácter realista; sino que las expuso con profundidad y, en algunos puntos, con originalidad.

Luzán, después de su polémica con Don Juan de Iriarte, el cual fué de los que mostraron una loable tendencia á convertir la reforma en simple depuración y no en destrucción, llegó á ser olvidado. Mas no tardó en asomar, continuando la obra del crítico aragonés, la escuela erudita y clásica, que tenía á los franceses por modelos inmediatos. La lucha con la escuela popular y española, que hizo de la resistencia cuestión de patriotismo, fué reñidísima; mas á pesar de los eclécticos, que también los hubo, y cuya actitud, sin embargo, no pasó de benevolencia respecto á la literatura nacional, la victoria se declaró por los reformadores.

Y consecuencia de esa victoria fué el prosaismo más exagerado que registran los anales de la literatura. La poesía, con el temor de subir demasiado, se arrastró por los suelos; Montiano hacía odas *á la gota* é Iriarte escribía poesías tan particulares como «El apretón». Hubo una inundación de églogas saporíferas, de poemas didácticos, que desde el de «La Música», de Iriarte, hasta «Los Aires fijos», de Viera, también ilustre paisano nuestro, recorrieron la escala de lo peor. A esto acompañaron polémicas llenas de encarnizamiento y un despotismo doctrinal como nunca se había visto. El imperio de las Poéticas, de las reglas, ó como se decía entonces, del «Arte», hizo que el cuidado de las menudencias y del ajuste á los preceptos ahogara el sentimiento y la inspiración. Prueba de ese influjo es el mismo ilustre Jovellanos, que, como ha apuntado álguien,

aconsejando en cierta ocasión á un aprendiz de poeta, no le recomienda más lectura ni estudio que el de *diez poéticas*, ni más ni menos, que le cita á renglón seguido. Con semejante criterio, nuestra literatura en lo que tenía de más original y grande, el teatro, pareció deformarse. Al considerarlo como una espléndida monstruosidad, creyeron hacerle un favor, los que hallaban mil perfecciones en las académicas tragedias de Séneca y se extasiaban con las de Montiano, magníficas para conciliar el sueño. Tal arraigo tuvieron esas doctrinas, que ni siquiera el patriotismo, que suele hacer creer en muchas tonterías, logró que cejáramos un punto en ellas. Nadie ignora que la rehabilitación de nuestro teatro fué en España obra de extranjeros.

Estas influencias llegaron hasta nuestro siglo, que estudiando la naturaleza del arte, vió en él la expresión de la sociedad y de la vida y no creyó más en la perpetuidad de las formas. En nuestra época se ha verificado el renacimiento artístico de la edad media, que en lo que tenía de exageración y de escuela terminó con los románticos; más tarde le tocó su vez al oriente, que apareció de bien diverso modo, como obra, al fin, exclusiva de filólogos y viajeros; y así nuestro siglo ha hecho justicia á todas los tiempos, dando al arte su elevada y amplia significación y reconociendo su carácter universal y humano. Una ligera exposición de lo que es hoy la crítica literaria, será el complemento necesario de la incompletísima reseña á que damos fin aquí.

## LOS PRECEPTISTAS.

---

Clásicos y románticos lucharon con furor. El Romanticismo alemán, que era tradicionalista y creyente, al pasar el Rhin y sentar el pie en Francia olvidó sus apegos lo mismo que sus odios, y se dispuso á entonar la Marsellesa; y así como la Revolución atacó y tomó por asalto la Monarquía tradicional, fortaleza guarnecida por los siglos, así también, en ese otro orden, en el del arte, el Romanticismo acabó con el Antiguo Régimen.

Al hacerse el *Hernani*, la nueva escuela se halló, como si dijéramos, en la toma de la Bastilla; ya cerca de los excesos de la demagogia, pues también hubo una demagogia romántica. Sábese el inaudito ruido que la tal representación produjo: el honor castellano se discutió encarnizadamente en París, como si no fuese indiscutible, y se habló de Carlos V lo mismo que si estuviese en Fontainebleau visitando á Francisco I, y el nombre de Doña Sol anduvo en boca de todo el mundo, particularmente en la de ciertos jóvenes que por la extremada longitud de sus cabellos hacían pensar con insistencia en los

reyes francos y en los sauces llorones. Llegó el día en que la audacia literaria de estos cabelludos reformistas no se pudo resistir más. Los académicos; los poetas eróticos que seguían delicadamente los pasos de Bernis y de Parny; los ignorados autores de las tragedias *Andrómaca*, *Epaminondas*, *Mucio Scévola*, desgraciadamente perdidas; todas las personas formales, en conclusión, pusieron el grito en el cielo. Estaban justamente indignadas, y las apariencias hacían temer á cada minuto un degüello de clásicos y románticos en las calles de la gran ciudad. Mas los clásicos de entonces eran, por regla general, hombres muy notablemente avisados, y se dijeron:—¿A quién corresponde decidir en materias literarias? Al Rey, sin duda alguna. Y al Rey se dirigieron respetuosamente, pidiéndole poco más ó menos la cabeza de aquellos melenudos enemigos; aunque hay razones para presumir que la humanidad hubiera triunfado á la postre, y que se hubieran dado por satisfechos con verles en presidio.

Pues bien, si después de cualquiera de las asonadas á que se daba el nombre de representaciones, los jóvenes á que más arriba hemos aludido—de los cuales, algunos habian pasado ya en literatura á las vías de hecho, y otros aun se hallaban en el periodo de premeditación—se entregaban con más ó menos regularidad al sueño, como es probable; durante esos momentos reparadores, ó en las horas de exaltación calenturienta: siempre, en fin, que aquel interno mundo tan lleno de formas, tan misterioso y tan ilimitado que todo hombre lleva consigo, abre sin ruido sus puertas para mostrarnos sus creaciones extravagantes: entre las mil figuras de indecisos ó acentuados contornos: ya extrañamente grotescas, como las trazadas por el lápiz de un caricaturista ebrio; ya terribles, como las que el miedo dis-

tingue á veces pálidamente alumbradas por el cielo de la media noche, verían surgir una, callada y siniestra, y en amenazante actitud.—Era la personificación de las tirantas literarias que esos poetas (inéditos, incipientes, ó declarados y rematados ya) combatían sin descanso. Era la visión del despotismo; era, con su exterior apergaminado y polvoroso, la envoltura humana de las reglas, feroces divinidades de los clásicos.

Hasta cierto punto hubiera podido designarse á la anónima aparición con los nombres de todos los preceptistas de que hubiese memoria; porque ella venía á ser como el tipo, el ideal, como la imagen de la especie.

Mostrábase bajo la apariencia de un sér rígido y ceñudo; armado del compás clásico y la terminología retórica; despreciador de los modernos; reglamentador minucioso de los detalles y pequeñeces de la forma. Se le concebía estudiando las obras maestras con un procedimiento desmenuzador que no le permitía atender á la idea y al conjunto, sino á pesar y medir cada molécula de la construcción, entregándose á observaciones prolijas sobre el corte de cada sillar y la suavidad ó aspereza de cada entalle. Él no entendía de arcos atrevidos, de columnas que ascienden en gigantescos haces, de bóvedas en cuya alta clave se repliegan las misteriosas sombras. Á la catedral de Strasburgo hubiera preferido, como obra de arte, una imitación de las casitas desenterradas en Pompeya; y en su adoración á los clásicos hubiera hecho de la república literaria una especie de escuela, de que él habría sido inflexible dómine, y en la cual los alumnos se consagrarían perpétuamente á borrajear pastores de Virgilio y guerreros homéricos.

Como se ve, los rasgos atribuidos á la imagen se

resienten de la misma exageración que disculpamos en los periódicos anti-ministeriales; en medio de la pelea, ¿quién se atreve á condenar los gritos por demasiado injuriosos? Hoy, que descansamos después de la victoria, si conviene rectificar un poco las líneas del cuadro.

Los preceptistas, los teorizadores del arte, los expositores de las reglas literarias fueron hijos legítimos del Renacimiento: de allí salieron para entrar en la vida. Pero entonces no fueron más que eruditos. La escasa doctrina desaparecía bajo la erudición como las ramas de un árbol bajo el follaje. Cuando la exposición didáctica alcanzó un gran desenvolvimiento, siempre dentro del molde suministrado por los antiguos, fué en el siglo pasado; y el privilegio corresponde, sobre todo, á Francia. Sea como quiera, los franceses, con su buen gusto innegable, pulen y perfeccionan hasta las doctrinas: ellos descortezan y limpian los productos de los demás pueblos, y dan la última mano á las ajenas creaciones, que llegan, como los recién nacidos, cubiertas con las heces del alumbramiento.

Es verdad que hoy la consideración de la literatura y del arte, y los puntos de vista, aparecen singularmente ensanchados. Ya aquél es algo más que un conjunto de reglas, y la poesía significa otra cosa que el simple arte de manifestar en verso los pensamientos. Ya las grandes y originales concepciones no son llevadas, como quintos, á la talla, para oír la declaración de que no se ajustan. Y de las detenidas y arbitrarias clasificaciones, de los caprichosos límites señalados á ciertos géneros, ¿qué subsiste? La novela está en su auge, á pesar del desprecio con que la miraron los preceptistas; la tragedia y la comedia á que impusieron reglas, los poemas épicos que tanto reglamentaron han desaparecido. Los gé-

neros condenados, los no admitidos en las clasificaciones literarias, al invadirlas después solicitando el lugar que les correspondía de derecho, han roto los anaqueles en que se podían ver, cuidadosamente ordenadas, las obras sujetas á la medida.

Mas prescindiendo de estos cambios, que son progresos, y llegando á considerar puntos de mucha menos importancia, ¿qué se ha añadido á los preceptistas en lo que se relaciona con las generalidades de la composición, con el detalle, con ideas, menudas si se quiere, pero inmediatamente aprovechables al escribir? El estudio de la expresión y de sus minuosidades, con los análisis y clasificaciones á que da lugar, aun se encuentra como Blair y Hermosilla lo dejaron, y á los preceptistas hemos de acudir si se desea guardar con un orden, siquiera defectuoso, conocimientos que el hábito y el gusto van gradualmente haciendo adquirir y modificar. Pero muchos desdeñan cosas en que, sino puerilidades, ven sólo un frívolo esmero; en los tiempos que corren, la fecundidad es una condición literaria, y nadie se pasa la vida, como algún autor de antaño, limando y corrigiendo una obra. ¡Qué gesto no pondrían los neo-clásicos, sin olvidar los más recientes, los Moratin, y aún los Lista y los Martínez de la Rosa, tan amigos de la severa corrección, al notar los pequeños, aunque numerosos descuidos de nuestros mejores poetas, de Becquer lo mismo que de Campoamor, y más aún de Zorrilla! La crítica no habría de parecernos exagerada si recordásemos los disgustos que al pobre D. Tomás de Iriarte le proporcionó la acentuación infeliz de este primero y desafortunado verso de una de sus obras:

Las maravillas de aquel arte canto.

No diremos que así como la demasiada vida del espíritu aniquila á veces el cuerpo, en literatura el

fondo ha matado la forma: sería dar á accidentes de esa misma forma una gran significación. Diremos, sí, que muchos libros tienen una evidente semejanza con los cuadro-bocetos á que parecen dedicarse algunos pintores, y que han de mirarse á gran distancia, pues de cerca más tienen de paletas que de cuadros. La precipitación es un carácter de la época: lo mismo que construimos casas para un mes, hacemos libros para media hora y cuadros para un minuto. Nos sentimos empujados; y ès que, á cada instante, la vida nos recuerda que tiene demasiados objetos á que atender.

Mas la pulcritud en lo material y accesorio—diráse—tiene algo de frío y mecánico; es el carácter de los géneros académicos, y, por tanto, indigno de atención. Los escritores de más genio, los poetas más inspirados no se distinguen por el esmero del estilo. Quien de ello se preocupe exageradamente, consultándose en alta voz sobre la armonía de cada frase, calculando todos los giros, escribiendo con los sentidos puestos en la gramática y el diccionario, ¿qué fuerzas dedicará al pensamiento y al conjunto?—Otras veces, quizás ese pensamiento no hallaría cumplida manifestación en el medio oral, si, por consideraciones meticulosas, la mano se negase á apurar la flexibilidad de éste. Momentos hay en que, dentro de la fantasía, se agita incomunicable la idea, porque á ella resiste la indócil palabra, que se debate como la sacerdotisa de Apolo Delfico se retorcia bajo la presión divina. Al verificarse la expansión, felicitémonos si alguna cosa original y bella resulta de una victoria que no habrá ocasionado otros heridos y contusos que el rigorismo gramatical y los gustos nimiamente formalistas.—Y luego ¿qué mezquino es eso de allegar pequeñeces y escrúpulos gramaticales frente á la obra por cuyo



tejido ha pasado, estremeciéndolo, como el viento por el ramaje, el soplo de una gran inspiración! Acicalar y bruñir cuidadosamente la prosa ó los versos que, fuera de esa limpieza, no han de ofrecer otra condición apreciable, es conveniente y oportunísimo: de ahí que nadie vería de mal modo que no se dispensase nunca del mencionado trabajo á ciertos académicos; pero, no dándose este caso, la exigencia hace recordar aquel antiguo auditorio que, mientras resonaban en la tribuna los apóstrofes de Graco, advertía el ligero abandono con que éste llevaba su traje. Han cambiado los tiempos: nadie se fijó después en las irregulares facciones de Mirabeau, cuando el brazo del orador famoso se tendía enérgicamente señalando la ventana del Louvre, donde una tradición más ó menos verosímil creía ver aún los ojos ardientes y el rostro pálido de Carlos IX, en el momento en que el rey, excitado como buen cazador, descargaba su arcabuz sobre los fugitivos y aterrados calvinistas.

Son estos, con poca diferencia, los razonamientos que parecen esconderse tras desdeñosas alusiones á críticas determinadas; á las de antaño sobre todo, pues las modernas y flamantes casi nunca descenden á las prolijas disecciones que eran tan del gusto de Hermosilla. Y aunque en ellos hay algo de verdad, también se encierra, por exageración, muchísimo de falso.

Todos los elementos tienen en la composición literaria un valor especial y proporcionado: la racional estimación de esos valores nos da el del conjunto. Mas prescindiendo de considerarlos en este lugar, si la incorrección y el desaliño jamás deben perdonarse al escritor, son defectos que, al oscurecer las buenas cualidades—y las oscurecen,—no las hacen desconocer por la crítica justa; en cuanto á

las soñadas luchas con el idioma, estas no suponen otra cosa, por regla general, que precipitación, ó falta de dominio sobre él.

Ningún escultor cree terminada su obra cuando el mármol está sólo desbastado. Llega el momento en que, bajo los golpes del cincel, en actitud ya serena y olímpica, ya profundamente trágica, mostrando el reposo y la inefable majestad de los dioses helénicos, ó el supremo dolor de Niobe, ó la mísera agonía del Gladiador moribundo, aparece la estatua. Aun se destacan duramente las formas; hay aspereza en los contornos: falta acabar los detalles y pulir el conjunto; mas el papel de la fuerza creadora, del genio, tal vez ha concluido allí: la idea ha tomado ya carne.

Pero no ha concluido el trabajo del artista, porque el bosquejo no es la obra. Hay, sin embargo, en el arte á que más nos hemos referido, quienes la arrojan así, apenas fundida, caliente aún, al ávido público que no aguarda á que el trabajador cambie de instrumento y deje el martillo para coger aquella lima de que los críticos han hablado tanto. Envueltos de un modo apresurado y febril en la palabra, los pensamientos salen al mundo: la mano que los sacó de la nada, si escoge el ropaje, rara vez cuida de los pliegues.

No es esto ver con malos ojos las derrotas del antiguo formalismo, ni las libertades conquistadas en algunos terrenos; sin excluir el de la *elocución poética*. Desde Boileau hasta Batteux y Joannet, sin olvidar ni aún al que todos llaman el buen Rollín, se quedarían estupefactos al descubrir que ya las palabras no se dividen en prosáicas y poéticas; que ya no hay voces relegadas por la poesía á los últimos rincones del diccionario; que el lenguaje poético es un lenguaje como otro cualquiera, donde todos

los atrevimientos y todos los modos de decir caben con holgura. Se quedarían, no ya estupefactos, sino alelados—Boileau enmudecería de indignación—leyendo á Víctor Hugo, el mayor poeta de nuestro siglo, al cual representa en cierto modo: en las obras del cantor de la Humanidad y de lo porvenir, verían términos condenados por el gusto, palabras olvidadas, giros extraños, locuciones jamás oídas, acudiendo en tropel al llamamiento, para vestir de un modo abigarrado y atrevidísimo aquella muchedumbre de ideas, que cruza deslumbradora ante la mirada llena de asombro.

Ya dijo Horacio en una de sus sátiras, que *est modus in rebus*; ó como hasta los niños dicen: todos los extremos son viciosos. El arte no se libra de esa ley que nos hace ir, con pasos de embriagado, de la revolución á la reacción. Como el péndulo abandonado á sí propio, el gusto no halla tan á las primeras su centro de gravedad: preciso es aguardar á que el arco decrezca lentamente. Pero entre tanto, mucho se ganaría en literatura concediendo algo más á atenciones que con nada son incompatibles. El no mirar con suma negligencia ciertas condiciones formales, no abre camino á la exageración. Hablar correcta y castizamente, por ejemplo, no es andar en busca de expresiones arcaicas y vocablos de *Las Partidas*, y plagiar á los antiguos por temor de acercarse á los modernos. De este modo, no obstante, lo suelen entender algunos.

En resumidas cuentas, el dogmatismo artístico ha muerto, y no es ciertamente contra lo que debemos apercibirnos. El formalismo que le acompañó acentuándose cada vez más, tuvo en España por último pontífice á Hermosilla, preceptista célebre, que resume en sí, para muchas personas, la clase entera de los preceptistas, y es como la personificación de

las añejas doctrinas literarias, en lo que tenían de más intransigente.

El período neo-clásico, cuyo brillo en España coincidió con el reinado de Carlos III, se halla, en la historia literaria de la Península, colocado entre dos libros: uno, la *Poética* de D. Ignacio de Luzán; otro, el *Arte de hablar en prosa y verso*, de D. Josef Gómez Hermosilla. El *Arte de hablar*, al que llamaba Gallardo el *Arte de hablar disparates*..... en prosa y verso, ocasionó, al aparecer, un verdadero escándalo. En los ataques á Hermosilla ha habido siempre ensañamiento, y algo como enemiga personal, que se atrajo sin duda por su rigidez y dureza, mostrada frecuentemente en una despiadada crítica.

Hermosilla descarta de su libro el pedantesco fárrago de otros expositores; en la parte más original de la obra analizá prolijamenté el pensamiento y la expresión, y con gran claridad y llaneza expone las reglas de ambos. Desde entonces, el arte literario no se ha vuelto á tratar de un modo tan empírico. Hermosilla fué para la escuela neo-clásica lo que Condillac fué dentro del sensualismo filosófico: un aclarador que llevó al extremo la doctrina.

El autor del *Arte de hablar* no perdona á nadie; admira á Fray Luis de León, á Rioja y á Cervantes; Moratín, sobre todo, fué su ídolo, como lo demostraría, sin necesidad de más testimonios, el suplemento de la obra; pero en el *Arte de hablar* apenas se citan otros poetas no menos ilustres sino para encarnizarse con ellos. Lope de Vega y Valbuena, en particular, se traen siempre que se quiere hacer tangible un disparate, ú ofrecer como ejemplo algo de perversísimo gusto.

Por lo dicho, no se crea que el libro de Hermosilla carece en absoluto de valor: muy lejos de eso. El

autor da á conocer gran ingenio y observación, y muchas páginas de la obra abundan en análisis curiosos y cosas no despreciables; no perderá completamente su tiempo el que la lea. Aquellas minuciosas críticas de pensamientos ó de frases pueden servir en ocasiones á los que comienzan á manejar la pluma.

Y hoy—ya lo hemos indicado—¿se ha dicho por ventura algo mejor ó más nuevo en lo concerniente á la práctica del escribir? ¿Se ha tratado de variar con más provecho, ó con el mismo, que es bien poco, la enseñanza de lo *técnico* de la composición? La inmensa mayoría de los trataditos que corren en los establecimientos de enseñanza, inspirados están en Hermosilla, cuando no lo copian al pie de la letra.

Sobre la referida enseñanza pesa cierto descrédito, no del todo infundado quizás; por la sencilla razón de que ni el contenido, ni los resultados, pueden corresponder al vulgar concepto de ella. Abunda en errores y viejos defectos, y no bien precisada para muchos, va continuamente, sin hallar propio asiento, desde la gramática á la filosofía de la literatura. Y es que el arte no se presta á la vez á dos consideraciones tan distintas: á la de Hermosilla y á la de nuestros tiempos. Los preceptistas fueron los naturales legisladores del neo-clasicismo y concluyeron con él; un vago menosprecio, junto con no sé qué recuerdos escolares é ideas de imposición, se mezcla algo injustamente al mismo nombre con que se les designa.

La teoría del arte, que es preciso comenzar desde los cimientos, es hoy un edificio en construcción. Verdad es también que esos cimientos apenas están echados: la estética se halla en la infancia todavía, y sin este auxilio no adelantará la obra. Mucho, sin

embargo, debe esperarse del nuevo rumbo que las actuales corrientes filosóficas han comenzado á imprimir á la ciencia de la belleza.

1879.

---

## DE LA POESÍA EN CANARIAS

---

### I

No hace mucho que con el título de *Poetas Canarios* se publicó en Santa Cruz un libro, una especie de antología canaria, una «colección» de escogidas poesías de los autores que han florecido en estas islas en el presente siglo.»

El colector nos ofrece composiciones de todos los canarios que durante el referido lapso han cultivado con más ó menos éxito la poesía; esto hace que en la obra figuren versos de más de sesenta poetas, número, en verdad, muy respetable. Los testimonios que ella proporciona no bastan para fundar sólidamente ningún juicio; pero nos invitan á divagar hoy un tanto sobre cosas de interés probable, sin duda, mas cuya oportunidad en Canarias sólo pueden desconocer los que ignoren nuestras aficiones poéticas.

No es que se lean aquí más versos que en cualquiera otra parte, ni que el libro de poesías tenga más venta que el prosado. Tratándose de publicación, sea verso ó prosa, todos sabemos ya lo que de-

be hacerse: guardar riguroso y completo sigilo acerca del fatal acontecimiento. Aventurado es, pues, afirmar que un libro tenga más probabilidades que otro de romper esa discreción. Con todo, nunca las aficiones *activas* han sido tantas como desde principios del siglo, ó por lo menos, jamás se han hecho tan públicas; muchos versos han llenado en ese tiempo nuestros periódicos y no pocos libros de poesías han visto la luz.

Mas para lo que eso suponga, tal vez convenga recordar que en los siglos XVII y XVIII no tuvimos imprenta. Algo se escribía; pero, como si viviéramos en lo más cerrado de los tiempos medios, era el manuscrito la expresión última de ese oscuro trabajo. Tantas han sido las causas que han restringido una actividad cuyos frutos, aún así, merecen nuestra consideración. La poesía no fué mirada con desdén; las pruebas de ello, en su mayor parte, se han consumido entre el polvo ó yacen inéditas y olvidadas. Ahora, la cuestión es averiguar si tal fin ha sido el más conveniente para el crédito póstumo de nuestros abuelos.

En aquel siglo XVII, en que la Península rebosaba de poetas, de tal modo que, en algunas ciudades, como Sevilla, como Valencia, parecían constituir la población; en que se escribían dramas con la abundancia y rapidez con que hoy se escriben artículos de periódico; en que se presentaban en un certamen cinco mil poesías, ¿cómo no habíamos de sentir, nosotros, los de las viejas Afortunadas, algo de la fiebre poética en que se abrasaban todos los españoles, desde el rey hasta los caldereros?

¿Quién no hacía versos entonces? Y luego, si las bellas letras eran por allá el refugio único de facultades para las que no se abría ninguna otra senda; en la poesía, considerada en las modestas manifes-



taciones que pueden franqueársenos, se ha creído por acá ver siempre el alimento de una actividad que no sabe ò no puede hallar otro.

De aquellos tiempos nos quedan dos nombres, honra de Canarias: los de Viana y Cairasco. De Viana, los eruditos de la Peninsula apenas tienen más noticia que la mención hecha por D. Nicolás Antonio. El poema de las *Antigüedades* se pierde entre el gran número de los de ese género clásico-heróico y virgiliano á que se aficionaron, en general con muy poca suerte, muchos poetas españoles. Sin embargo, digna de algún recuerdo es la obra del que cantó por vez primera el valor y el noble arrojo de aquellos insulares que caían defendiendo la libertad y la patria, y á quienes rodea aún la suprema poesía del que muere por ellas.

Viana no pudo hacer por los guanches lo que Ercilla por los araucanos. Tinguaro, tan magnánimo y valiente, no llegó á las proporciones de Caupolicán; libémos de culpa al esforzado isleño. Por lo pronto, bueno es recordar que el colector de los tomos de *Poemas épicos*, de la Biblioteca de Rivadeneyra, no logró ver un ejemplar del poema de Viana.

Cairasco, verdadero poeta, que no desmerece, en condiciones, de los más notables de su siglo; de los cuales, con los defectos, tenía el ingenio y la exuberancia, debe ser hoy más conocido gracias á la citada Biblioteca (1). Amantísimo de su país, ese amor le llevaba á hacer extrañas intercalaciones en su traducción inédita de la *Jerusalém libertada*. Imitó los versos esdrújulos de los poetas italianos, nove-

---

(1) De Cairasco se insertaron algunas cosas, no muy bien escogidas por cierto, en el *Parnaso español*, de Sedano.

dad que le dió cierta nombradía en un tiempo en que se apreciaban mucho esas cosas.

Mas ¿quién lee hoy á Viana ni á Cairasco? ¿Quién lee el poema de las *Antigüedades de las Islas Afortunadas* ó el *Templo Militante*? Contentémoños con exigir respeto para los nombres de sus autores.

Tratándose de canarios del siglo XVIII, la memoria de Iriarte debía oscurecer cualquiera otra, si á la poesía nos referimos, aunque á Iriarte se le haya negado la cualidad de poeta, con las mismas razones con que pudiera regateárseles á las cuatro quintas partes de los de su tiempo. Iriarte, cuyo carácter un tanto orgulloso é irascible le atrajo muchos enemigos, fué acusado de frío y prosaico, y esto en el siglo XVIII, en que el poeta Salas, que habló en verso de una porción de cosas inmundas, no ocupó tal vez el último escalón del prosaismo. Forner, que llevaba entonces el látigo de la sátira literaria, y lo manejaba duramente, Sedano, y la cohorte batalladora del pasado siglo, apenas dejaron descansar al autor del poema de *la Música*. Nunca disfrutó de grandes simpatías. Hasta se le declaró mal versificador, acusación injusta que no ha dejado de repetirse.

Pero Iriarte ha sobrevivido en popularidad á todos los que le dieron que hacer. Su nombre es el del autor ingenioso, correcto y elegante que escribió las *Fábulas literarias*.

Sin embargo, cuando ocurre hablar de canarios ilustres, de paisanos que se han distinguido en las letras, no es por cierto el nombre de Iriarte el que citamos con más frecuencia y orgullo. Cairasco, Viana, cualquiera otro nos parece más nuestro. Es que Iriarte sólo tuvo de canario el haber nacido en nuestras islas; él lo recordaba, y alguna vez en sus *Fábulas* se simbolizó en el pájaro cuyos cantos de-

bieron serle familiares en la niñez. Contestaba á sus críticos trayéndoles á la memoria que el *canario* había sido elogiado por un ruiseñor extranjero (Metastasio).

Pero una provincia considera principalmente como hijos suyos á aquellos autores que en sus obras se han unido más estrechamente con el país natal, ya por el asunto, ya por otra circunstancia. El poeta en quien las influencias locales predominen, tal vez no será bien apreciado sino donde lo sea igualmente el sello de su inspiración; limitará su gloria; pero si la literatura nacional no le recuerda, la tierra en que nació no le olvidará. Cuando la diferencia de lengua, circunstancia que aísla y crea por consiguiente una literatura propia, no existe, influencias de suelo, y hasta de clima, condiciones de raza, de costumbres, suelen engendrar escuelas y aún verdaderas literaturas regionales. Hoy esas influencias están poco menos que anuladas por otras más poderosas, y sólo se conciben en la poesía genuinamente popular. No obstante, á veces se conservan en los poetas que por diferentes circunstancias se hallan más en contacto con su país y en quienes las impresiones de éste han dejado más huellas.

Los poetas del norte de España, por ejemplo, suelen distinguirse entonces de los del mediodía. La escuela que podríamos llamar del norte tiene algo de lo nebuloso y fantástico, del sentimiento profundo, del predominio del fondo sobre la forma que caracteriza para el sentir común al arte germánico. La meridional, de forma viva y brillante, de sentimiento ardiente y ligero, contrasta demasiado con la anterior para que sea preciso determinarla. A una da matices osiánicos el cielo septentrional; en aquellos versos melancólicos y graves proyecta su sombra la gran cordillera ístmica, así como en los del medio

día, sensuales y ardorosos, centellea el sol de las vegas andaluzas.

En los poetas del Archipiélago no se descubren tales influencias; ningún especial carácter, ningún rasgo común que á ellas pueda atribuirse, que recuerde los paisajes de Canarias ó ese océano que nos circuye con su espuma y sus rútores. Y no es suponer que la naturaleza en que vivimos haya dejado siempre de inspirarnos. Nuestro cielo y nuestras montañas, nuestros valles colmados de vegetación y de luz no pueden hallar ojos indiferentes. Lejos de aquí no despliegan tampoco más belleza los eternos espectáculos: el alborear del día y las puestas de sol; el crepúsculo ascendiendo desde el fondo de las cañadas y la última claridad tiñendo las cumbres. Nos rodea aquel océano maravilloso en que aún para Dante y sus contemporáneos el terror palpitaba, y surgía incesantemente el prodigio. Nos es familiar la gamma entera de sus voces, desde el acento de cólera hasta el arrullo. Podemos verle, espoleado por el huracán, alzarse desmelenado y siniestro; y escuchar su tranquilo murmullo, en las noches de verano, cuando los ensueños flotan en el aire inmóvil, y luce allá arriba el deslumbrante cielo.

No se ha olvidado tanta poesía, aunque en general nuestros poetas no se distinguen por la observación de la realidad, ni su amor á la naturaleza peca por desmedido. El humanista D. Graciliano Afonso, que se lamentó una vez de que el Teide no hubiese llamado en Canarias «la atención poética de tantos ingenios», no advertiría hoy semejante vacío. Tampoco las tradiciones, las glorias y recuerdos provinciales pueden quejarse razonablemente. Mas esto no destruye lo dicho: Que los poetas de Canarias no ofrecen, colectivamente considerados, nada peculiar y propio; no manifiestan ningún carácter, percepti-

ble al menos, que pueda mirarse como resultado de las particulares condiciones en que se desenvuelve aquí nuestra vida.

## II

No hay región habitada por los hombres donde falte un desarrollo poético, siquiera reducido y humilde, y de esos cuyo valor nace de su espontaneidad; revelaciones de un arte que entonces es casi la naturaleza; que no llevan, en sus productos, la singular marca de este ó el otro individuo, sino la del artista-multitud; y cuya originalidad está en razón de la que distingue á la vida que expresan. Cada pueblo manifiesta en ellas su carácter y préstales fisonomía la naturaleza riente ó desolada.

Tal es la poesía popular, que abraza desde las grandes creaciones épicas, hasta la sencilla frase en que el ritmo predomina y las palabras tienen apenas significación; estribillos ininteligibles y monótonos, como los que en una escena de *Hamlet* canta á media voz la pobre Ofelia, ya la razón perdida.

Sin duda que los primitivos moradores del Archipiélago no carecieron de manifestaciones semejantes. Viera cita algunas de los herreños: ...«Endechas lúgubres y patéticas, en las que trataban materias de amores y de infortunios, que aun traducidas á la lengua española, movían á lágrimas á las personas de blando corazón.» Mas las desiguales circunstancias que concurrían en europeos y aborígenes hicieron que no fuesen dichos cantos la ruda pero original base en que asentara después los suyos el pueblo de las Islas. Aquella extraña raza que las habitó primero, nos trasmitió muchas de sus cos-

tumbres; pero su tradición, si existía, era natural que pereciese con ella. En la mezcla de invadidos é invasores, el elemento á que la cultura daba superioridad, no tardó, bajo ciertos aspectos, en borrar completamente el otro. La poesía hubo de morir con la oscura lengua que la informaba.

Y después, recordando cómo se ha constituido la población del Archipiélago; lo reciente de una historia abierta cuando todas las provincias se apresuraban á cerrar las suyas; el instante en que esa humilde historia comenzó, los días que han seguido, las condiciones de una existencia sin pasado, sin cara ceter y sin vitalidad propia, tal vez no extrañemos que hasta los cantares, la expresión más sencilla y común de la poesía popular, nos hayan venido y nos vengan de la Península.

Como es lógico, los poetas de Canarias suelen reflejar más ó menos á los de aquélla; desde Berto, que escribió á principios del siglo, y parece imitar á Quintana, hasta los que, en los últimos años, descubren la influencia de Zorrilla, el poeta más legítimamente español, de más espontaneidad y fantasía más poderosa que ha hablado nuestra lengua de dos siglos á esta parte; y el modelo de la escuela poética más fútil y más numerosa que aun hoy existe. Sin embargo, no son muchos los poetas insulares en quienes es visible una determinada imitación; cierto eclecticismo, presidido por un gusto del cual no en todas ocasiones se puede decir que

Aquí coge el jazmín, allí la rosa,  
Acá la clavellina almaizalada.

Y si entra en huertas, no siempre son huertas deleitosas, como la de que habla Cairasco, es lo más general en los poetas de las Islas. Zorrilla es el que ha dominado, sin conciencia tal vez de los mismos que le han seguido; pero dadas ciertas cualidades,

que no suelen faltar en la juventud, y menos allí donde la naturaleza y el clima y la raza las fortifican, la escuela se impone, como ha sucedido entre nosotros y en América.

Con lo dicho, inútil es exponer las fases generales que ha ofrecido en Canarias la poesía. Durante el primer tercio del siglo, nuestros poetas, como se supondrá, son marcadamente clásicos; y aun pasada la referida época, sigue prevaleciendo en algunos un clasicismo ya algo anacrónico. Meléndez, Cienfuegos, Quintana parecen ejercer más ó menos influjo; á la verdad, las poesías que conocemos, y son pocas, no desdicen á veces de los imitados. Hay cultura, y cierto gusto; se ve que ni los clásicos españoles, ni los latinos, señaladamente Virgilio y Horacio, eran mirados con desatención.

El romanticismo, advenimiento de una libertad que, para los españoles, era un recobro y no una conquista, llegó, innovador y tumultuoso. Los franceses, que se han encargado, durante mucho tiempo, de equipar y vestir las ideas que han de viajar por el mundo, lo habían ya transformado: en la poesía y en el arte fué la revolución.

Llegó á España, y naturalmente, llegó también aquí. En esta segunda fase, y desde entonces hasta ahora, muchos ha habido que, con innegables dotes, se han dedicado en Canarias á la poesía. No es de necesidad referirnos más particularmente á nombres que todos conocemos, y cuya detenida enumeración se evita en este lugar. Reasumiendo, puede advertirse que contamos con verdaderos poetas. No escasean las condiciones naturales: hay ingenio, hay sentimiento, hay fantasía. Aun los desbarros, contadas veces tienen las proporciones que nadie extraña en los poetas de provincias, innumerables é ignorados cultivadores del arte, en quienes si hay en

ocasiones verdadero genio, en otras, las más, sólo hay indubitable inocencia. En el libro que citamos al comenzar estas líneas, muchos rasgos, y composiciones enteras, dejan fuera de duda que si el esmero del cultivo se hace de cuando en cuando echar de menos, no puede decirse que hay pobreza ó esterilidad: una vegetación en que hay mucho inútil, pero que revela cuánto había que esperar de la inteligencia y el cuidado, tal es en Canarias la poesía.

En cuanto á los simples aficionados á hacer versos, y hasta á publicarlos, que es ya menos inofensivo, ¿dónde no los hay? Esta afición pertenece á la categoría de las debilidades humanas, aunque muchos, procediendo con notorio arrebató, se adelantan á colocarla entre las epidemias sin remedio conocido. Mirándolo bien, ¿quién está libre de pecado? ¿Quién no ha hecho unas seguidillas á su novia, ó no ha interrumpido desabridamente con unos endecasílabos, con un *epicedio*, como diría D. Hermógenes, el reposo de algún muerto infeliz? Pero las cosas varían si á la reincidencia se agregan otras circunstancias.

Sabida es la deplorable traducción que suelen dar muchos á aquello de *Poeta nascitur*. A los diez y ocho años, y más allá, también, no es difícil reconocerse á sí mismo como poeta; y reconocido y declarado, ¿qué hacer, sino aceptar con resignación el fatal destino? La misión del poeta, que según opinaron unánimemente los románticos, es de las más desastrosas de que hay noticia, puede rematarse cumplidamente sin necesidad de estudiar cosa alguna; y esto la hace más llevadera y soportable. Al genio le basta con su pluma, y con las nociones del arte métrica, suministradas por cualquier libro de poesías; de la naturaleza, del corazón, etc., le sobra con lo que todos sabemos.



La lira es, pues, un instrumento que no exige mucho para tocarse, y que hasta dispensa á los que lo manejan de la gramática y de la ortografía; punto de contacto que suele tener con la guitarra. Si nadie razona de este modo, la verdad es que no deja de parecerlo alguna que otra vez.

La facilidad anima; y es tan fácil hacer versos.... malos! En ésta clase general de versos, pueden, no obstante, existir géneros muy distintos: entre el género simplemente *ennuyeux*, señalado por Boileau; y el tonto, por ejemplo, reconocido con gran precisión en nuestra época, hay diferencias notables, que un preceptista concienzudo tal vez se detenga un día á enumerar. El género cultivado entre nosotros, cuando nos dedicamos á lo malo, no puede clasificarse rigurosamente; sin embargo, es posible determinar alguno que otro carácter suyo.

Cuando tropeçemos con una poesia de éstas, no busquemos jamás, entre aquellos vocablos poéticos y sonoros, aunque vulgares, un pensamiento, una idea, algo, en fin, oculto bajo el follaje. Es inútil: allí no hay más que una ñinteligible palabrerfa: alboradas, auras y brisas, ruiseñores: la meteorología y la zoología poéticas, distribuidas de cualquier modo, y unidas con otra docena de palabras indispensables, que hacen el oficio de argamasa en la construcción. Esto admitiendo que los versos, como versos, sean regulares; y lo son alguna vez, pues en Canarias no faltan los buenos versificadores, y nuestros poetas se distinguen generalmente por esa cualidad.

Nada diremos del sentimentalismo, algo trasnochado, que se descubre en ocasiones. Cántese la desilusión y el hastío, enhorabuena; pero no olvidemos que el tema es ya viejo, y que conviene hacerlo menos falso. Ese llorar continuo, toda esa desola-

ción es de muy mal gusto; son reminiscencias románticas, memoria de un estilo que concluyó con Romero Larrañaga, y no huellas de la lectura de Schopenhauer ó de Leopardi.

Pueden hacerse versos sin tener diplomas que lo autoricen, ni títulos universitarios; pero ¿no sería conveniente leer los buenos poetas, familiarizarse con los libros? ¿Estaría demás aprender á observar á pensar á escribir? Aquí, donde la poesía es un simple entretenimiento, y no puede ser otra cosa; aquí donde un poeta jamás vivirá de sus versos, esto es quizás exigir demasiado. Pero, sea lo que quiera, tengamos presente que la ignorancia no es la compañera de la poesía, que ningún gran poeta ha sido verdaderamente ignorante. Si á alguno, en otro tiempo, le faltó la ciencia que se adquiere en los libros, conocía, por observación propia, la del hombre y de la vida lo suficiente para hacer olvidar la falta.

1879.

## CALDERÓN (\*)

---

Nos hemos reunido en homenaje á un nombre y á un recuerdo, que, en los mismos instantes casi, reciben análogos testimonios en toda la Península y donde quiera resuena nuestra lengua y está representada de algún modo nuestra patria.

En algunos, en muchos tal vez de los que hoy le han pronunciado ú oído, el nombre de Calderón sólo despertará confusamente, sin precisos rasgos, la idea de un gran poeta ó de un autor dramático insigne. No es necesario más para que todos saludemos ese nombre glorioso. ¿Qué es un gran poeta? Un hombre cuyo acento nos hace sentir y pensar, elevándonos y purificándonos; á quien todos podemos deber una idea noble ó un sentimiento gene-

---

(\*) Discurso leído en sesión extraordinaria del «Gabinete Instructivo de Santa Cruz de Tenerife,» el 25 de Mayo de 1881, con motivo de la celebración *Centenario* del gran poeta.

roso; cuyas creaciones, en las que muchas veces le sirve su propia alma, sus dolores y sus alegrías, como el pedazo de mármol sirve al escultor, no limitan su influjo á este ó aquel espíritu, sino que, como los astros, derraman su luz sobre todos. Y si para nosotros, españoles, se añade que fué español el gran poeta, y que su genio reflejó, como ningún otro, el genio y la vida de la patria, ¿qué más títulos para nuestra veneración y nuestro perpetuo aplauso?

Reasumir brevísimamente aquéllos en algunas líneas, no es, sin embargo, enteramente inoportuno: recordarlos es fortificar el sentimiento que nos anima, y hourar, á la vez, una inmortal memoria.

Mas, al realizar este propósito, no es ocasión de hacerlo con un carácter enteramente original, empeño á la vez difícil tratándose de un autor conocido, y juzgado de sobra; aun siendo capaz de ello el que ahora niega dicha conveniencia, siempre tendríamos que su opinión sobre el gran dramático, suponiéndola debidamente justificada, no sería al fin, en lo que difiriese de la general, por nuevos méritos hallados ó por el modo de apreciar los reconocidos, la que ha motivado este nacional homenaje. No es del momento hacer llegar á los que la presente lectura escuchan, el juicio de éste ó aquél, esta ó aquella opinión, sino de recordar lo que todas encierran de unánime; y como este elemento común es también el principal y determina la personalidad del poeta, siendo la explicación de su gloria, será, pues, el que expongamos.

Preocupaciones, principios equivocados, obrando sobre la crítica y falseando su tipo ideal de comparación, pueden hacer que ésta se engañe, como se ha engañado en ocasiones juzgando á muchos grandes poetas, á Dante, á Shakespeare, á Calderón,

abultando sus defectos, viéndolos también donde no existían, y desconociendo muchas de sus bellezas. A Voltaire le pareció una monstruosidad la *Divina Comedia*, y Shakespeare un salvaje ebrio; nuestro gran teatro excitaba en el correcto y frío Boileau el mismo efecto que en nosotros los inmensurables dramas chinos, con sus infantiles convenciones. Animados de idéntico espíritu, nuestros escritores del último siglo juzgaron de la manera que todos saben á Calderón y al teatro que representaba.

No cabe poner en duda, ciertamente, ni el buen gusto de Voltaire, ni el de Moratín: á Voltaire se le ha llamado la personificación del buen sentido, y Moratín escribió *El Sís de las Niñas*; pero desconocieron un principio hoy admitido completa y universalmente: que la literatura y, por su naturaleza particular, el teatro sobre todo, ha de amoldarse á cada sociedad y á cada tiempo: que si el fondo de la obra ha de ser eternamente humano, no hay ninguna eternidad en los moldes, porque toda forma, en el arte como en la vida, es necesariamente transitoria.

Los neo-clásicos, como no podía menos, y si no en todas sus consecuencias, hubieron de admitir en algo ese principio: rechazarlo por entero hubiera sido anular el arte, arrebatárle su influencia, hacerle un entretenimiento de eruditos. Mas no bastaba eso para hacer justicia á nuestros dramáticos. Con el teatro griego como tipo, con las concepciones de Sófocles y Menandro como regla, ¿podía acaso juzgarse á Calderón? Veían un género nuevo, que no conocieron los antiguos; que no era tragedia ni comedia; de acción complicadísima las más veces, en que entraban, indiferentemente y á la par, reyes y villanos, grandes señores y humildes gentes; la risa y el llanto andaban allí mezclados; y en la trágica escena, cuando la pasión rompía formidable, se

escuchaba al gracioso, despertador de la realidad vulgar, arrojando al palpitante diálogo su burlona ó grotesca palabra.

De tales obras, en que, además, el lugar de la escena cambiaba según convenía al poeta, y el tiempo corría olvidándose de Aristóteles; viendo las grandes pasiones y los supremos afectos representados no ya sólo en los reyes y los príncipes, sino en todos los hombres; ante esa invasión de la democracia en la tragedia, ¿qué había de pensarse con el criterio manifestado, sino que eran engendros de fantasías delirantes?

Hoy ya no creemos semejante cosa, y si estamos expuestos á la exageración es por un extremo contrario, perjudicial también, pues en rigor tan deficiente es el ojo que en los objetos solamente percibe sombras y manchas, como el que, cegado por cualquier luz, sólo ve resplandores.

Indudablemente, los defectos de Calderón y nuestro teatro no pueden oscurecer ni aminorar sus bellezas. La misma crítica del siglo pasado, en su pequeñez, no pudo desconocer el genio del gran poeta, y lo admiró en ocasiones al condenarlo. Imposible no hacerlo así. Se dió importancia desmedida á muchos defectos y á lo que se creyó irregularidades de forma, pero no negaron lo que no podía negarse; lo cual no extrañará si se recuerda que en nuestros mismos días algunos críticos han considerado el genio de ciertos grandes poetas con la mezcla de admiración y espanto con que se contemplan las grandes erupciones; y como ante el volcán iluminado con intermitencias de respiración, lanzando hasta el cielo flameantes soplos y sobre los campos su lluvia de cenizas, confiesan que aquello es sublime, pero que es un mal.

Cuando los Moratín ó los Clavijo Fajardo habla-

ban de Calderón, antes de censurarle se inclinaban en presencia de su nombre; cortesía del duelo y de la guerra que á veces pudo ser debida á la popularidad del autor de los Autos Sacramentales. Calderón personificaba el teatro nacional: su gran nombre cubría á éste y se alzaba á los ataques de la crítica como el Adamastor de aquel dominio.

Porque lo comenzado por Lope de Vega tuvo en Calderón su maravilloso coronamiento. Moreto, Tirso, Alarcón, Rojas, todos nuestros dramáticos, fueron como aspectos distintos y parciales matices de lo que después, en el autor de *La Vida es Sueño*, apareció como un sólo y único esplendor. Su nombre representa nuestro teatro, en todo el desarrollo y perfección de que esta obra sin igual era susceptible.

La precipitación con que Lope de Vega concebía y escribía al mismo tiempo y que permitió á su asombrosa fecundidad dar al teatro, según dicen, mil ochocientas comedias, se mostraba en el plan de sus composiciones, en la acción apenas bosquejada, en el violento desenlace. Calderón supera en estos puntos al autor de *La Estrella de Sevilla* y á todos los dramáticos precedentes. Aun hoy nadie le sobrepaja en el interés creciente de la acción, en sus exposiciones; en el arte de encerrar en cada acto como una acción parcial; en el modo de terminarlos, y de llevar al desenlace. Sus nudos son complicados, principalmente en las comedias; pero naturales. Los lances y los incidentes se multiplican en ellos de prodigioso modo, sin que el poeta muestre esfuerzo alguno en buscarlos.

Nadie tampoco le aventaja en la energía de la expresión, en la grandilocuencia, en la magnífica palabra, que forman las cualidades dominantes de ese estilo calderoniano, tan especial y carac-

terístico, que todos conocemos, y cuyo vigor tanto responde á la altiva entereza de aquellos hidalgos por Calderón descritos, siempre dispuestos á desnudar la espada y reforzar con ella sus razones. Fácilmente acudirá á la memoria el recuerdo de alguno de esos diálogos, en que la palabra se cruza centelleante y viva, resonando en nuestros oídos con el mismo claro timbre de los aceros.

Pero cuando, con las mujeres, entra en escena la galantería, entonces el estilo del gran poeta despliega su inaudito lujo: los versos, en Calderón de facilidad y armonía incomparables, se deslizan fluidos y musicales bajo aquella exuberancia de fantasía como arroyos que el viento llena de hojas y flores; toda la naturaleza proporciona imágenes, y la expresión deslumbradora se asemeja á esos fantásticos tisúes cuyo tejido desaparece bajo el oro y los diamantes.

Y de aquí se originan los principales vicios del estilo de Calderón: porque la frase muchas veces llega á ser hinchada y los conceptos inoportunos cuando no sutiles y alambicados; y los resabios culteranos y escolásticos del tiempo, y las imágenes descabelladas asoman con frecuencia deplorable, al menos para nuestros gustos de ahora. En general, el estilo de Calderón, como la arquitectura plateresca, género también de su tiempo, si pecan es, sobre todo, por exceso de ornato.

En esto, como en lo demás, Calderón es el poeta de su época, cuyos gustos, ideas y sentimientos reflejó poetizándolos. Analizar el teatro de Calderón es analizar su siglo; ningún poeta, ningún autor dramático ha sido eco más fiel de su propio tiempo.

El amor y el honor son los dos grandes resortes de aquel teatro. Pero la galantería envuelve allí al amor, siendo como el barniz brillante y la poeſta de



éste. Las mujeres y los galanes son en Calderón apasionados y celosos; pero si los celos se manifiestan á veces con toda su naturalidad, llegando en ocasiones hasta la más sublime violencia, como en *El Tetrarca de Jerusalén*; quizás este sentimiento, por la energía que comúnmente encierra, se conformaba más que otros al genio de Calderón. Nunca, ó casi nunca la tierna y sencilla palabra, la frase trémula, todas esas cosas que con natural elocuencia expresan el amor, se ve en sus obras; y si este se manifiesta con notable fuerza, rara vez con ternura. Necesita, además, y esto indispensablemente, la hipérbole, las comparaciones, los adornos.

Este predominio de la galantería sobre el amor era propio de la época. Mas sean cualesquiera nuestras aficiones en el particular, los requiebros de los galanes, sus frases hiperbólicas, su lenguaje algo conceptuoso y excesivamente poético, no dejan de tener especial belleza en el autor de *La Dama Duende*.

El profundo respeto á las mujeres, la cortesía hacia ellas y el deber de ampararlas y ponerse á sus órdenes á la más leve indicación, jamás se desmienten en él. Cuando en *El Escondido y la Tapada*, Celia entra rebozada en casa de D. Diego, y sin descubrirse solicita su amparo contra un hombre que la sigue en la calle, D. Diego no se admira, ni vacila, ni necesita de más razones para ofrecerle su apoyo.

...Caballero (*dice Celia*)

Si el amparar las mujeres  
Heredada obligación  
Es de todos los que tienen  
Noble sangre, pues con ella  
Nacieron á ser cortesés,  
Amparad á una mujer,

Ya que la trajo su suerte  
 A vuestros pies, que no en vano  
 Esta dicha ha de deberles.

D. Diego la interrumpe en seguida:

...Callad,  
 No digais más, que no deben  
 Escuchar los caballeros  
 Más razón á las mujeres,  
 Para ampararlas, que verlas  
 Afligidas. A tenerle  
 Saldré, y aun á desvelarle  
 Las sospechas que trajere;  
 Y á no poder con razones  
 Podré con la espada, etc.

Y esta escena es naturalísima. Todas las obras de Calderón son un testimonio de semejantes sentimientos.

Como la lisonja para con las damas era también parte de la cortesía, de aquí á engañarlas no había mucho. En la comedia *Hombre pobre todo es traza*, verdadera comedia de costumbres, que, en nuestra opinión, ha ocupado menos á la crítica de lo que debía; otro D. Diego dice:

No hay quien á una mujer burlar no pueda.  
 Damas, las más discretas y entendidas,  
 Críticas presumidas,  
 Las de más arte, ingenio, industria y maña,  
 Quien no quiere engañaros, no os engaña.

Más adelante dice el mismo personaje, acerca de las mujeres también, que:

...Engañarlas con industria

Es más buen gusto que infamia,  
Y los mayores señores  
Lo suelen tener por gala.

Pero Calderón protesta de tales doctrinas por boca de otros interlocutores. Es verdad que estos son femeninos, y parte interesada, mas castigan suficientemente al que allí las expone y practica, pues de dos damas á quienes enamora, se queda sin ninguna.

Jamás en Calderón depone un hombre la galantería y el entusiasta lenguaje al hablar á una mujer. El mismo sombrío y feroz Segismundo, educado en una torre, tratando sólo con su carcelero, deja su condición y muda completamente al dirigirse á Estrella. Recordaráse la primera entrevista con Astolfo, y las duras y altaneras palabras de Segismundo. Aquel felicita á éste del modo campanudo y exagerado que Calderón hace emplear al dirigirse á los grandes personajes, y Segismundo contesta breve y secamente:

...Dios os guarde.

*Astolfo.*

El no haberme conocido  
Sólo por disculpa os doy  
De no honrarme más. Yo soy  
Astolfo, duque he nacido  
De Moscovia, y primo vuestro:  
Haya igualdad en los dos.

*Segismundo.*

Si digo que os guarde Dios,  
¿Bastante agrado no os nuestro?  
Pero ya que haciendo alarde  
De quien sois, desto os quejais,

Otra vez que me veais  
Le diré á Dios que no os guarde

Un criado hace observaciones sobre su conducta  
á Segismundo, que contesta:

Cansóme cuando llegó  
Grave á hablarme, y lo primero  
Que hizo, se pusa el sombrero.

*Criado.*

Es grande.

*Segismundo.*

Mayor soy yo.

*Criado.*

Con todo eso, entre los dos  
Que haya más respeto es bien  
Que entre los demás.

*Segismundo.*

¿Y quién

Os mete conmigo á vos?

Pero interviene Estrella, y la escena y el lenguaje  
cambian:

*Segismundo (á Clarín).*

Dime tú ahora, ¿quién es  
Esta beldad soberana?  
¿Quién es esta diosa humana,  
A cuyos divinos pies  
Postra el cielo su arrebol?  
¿Quién es esta mujer bella?

*Clarín.*

Es, señor, tu prima Estrella.

*Segismundo.*

Mejor dijeras el sol.  
Aunque el parabién es bien (*á Estrella*)  
Darme del bien que conquisto,  
De sólo haberos hoy visto  
Os admito el parabién:  
Y así, de llegarme á ver  
Con el bien que no merezco,  
El parabién agradezco,  
*Estrella*, que amanecer  
Podéis, y dar alegría  
Al más luciente farol.  
¿Qué dejáis de hacer al sol  
Si os levantáis con el día?

Y véase ya á Segismundo jugando al equívoco y empleando el refinado lenguaje cortesano.

En el drama *En esta vida todo es verdad y todo mentira*, Heraclio, criado en un monte y entre fieras, dice á Cintia, que le pregunta si no ha visto jamás una mujer:

...No,  
Aunque presumo que sí.

*Cintia.*

¿Cómo?

*Heraclio.*

Como al cielo vi,  
Y siendo el hombre en el suelo,  
Breve mundo en su azul velo,  
Bien que vi la mujer fundo;  
Pues si el hombre es breve mundo  
La mujer es breve cielo.

Y cuando Cintia arma su arco y se dispone á matarle con sus flechas, dice:

¡Qué poco tendrás que hacer!

*Cintia.*

El temor me hizo perder  
Las flechas.

*Heraclio.*

¿Menos las echas?

*Cintia.*

¿Pues no?

*Heraclio.*

No; que si aprovechas  
Los ojos en dar desmayos,  
Quedándote con sus rayos,  
¿Qué falta te hacen las flechas?

Y sin embargo, estas palabras son mucho más naturales que las que en la escena siguiente emplea Leonido, en ocasión idéntica; á pesar de ser el que las pronuncia tan montaraz y salvaje como Heraclio.

Pero el honor es el sentimiento de que se halla más original y verdaderamente impregnado, por decirlo así, el inmortal teatro que nos ocupa; tanto, que á Calderón se le ha llamado «el poeta del honor.» En ninguno aparece como en él, y ninguno ha encontrado, para expresarlo, ni frases ni caracteres como los suyos. Calderón coloca este sentimiento como supremo guta, rigiendo la vida entera, y sobre todos los afectos y deberes. Conocidos son aquellos cuatro versos en que el Alcalde de Zalamea contesta á D. Lope de Figueroa:

Al Rey la hacienda y la vida  
Se ha de dar; pero el honor

Es patrimonio del alma,  
Y el alma sólo es de Dios.

Este sentimiento, que desconocieron los antiguos, parecería de filiación española si nos atuviéramos al poderoso modo con que se ha manifestado en nuestra raza. Calderón ha hecho como nadie su apoteosis, y nos le muestra reinando más absolutamente que ningún monarca, y al nivel de Dios mismo; pero es una deidad feroz, que sólo pide sangre cuando se le ultraja; como las divinidades de los antiguos mejicanos, necesita víctimas humanas. También es verdad que contra sus absurdas tiranías se alza alguna vez el poeta; mas no hubiera sido éste el órgano constante de su tiempo y su nación si la protesta revistiese alguna importancia.

El honor aparece exclusivamente, en no pocos dramas calderonianos, como alma de la acción y determinando el carácter de los principales personajes: tal se ve en *El Médico de su honra* y *A secreto agravio secreta venganza*.

El hombre, sumiso á la mujer á quien amaba, galán con ella hasta la exageración, esclavo de su voluntad, se convertía, al llegar á marido, en señor y amo absolutos. Es cierto que las mujeres de Calderón no parecen conformarse con ese cambio, y una de ellas dice á su amiga:

Beatriz, mi primo don Juan  
Sin duda alguna ha creído  
Que el entrar á ser marido  
Es salir de ser galán.

Pero la mudanza radicaba, más que en otra cosa, en el cambio de situaciones. La mujer era la depositaria del honor del marido, honor tal, que la más

leve sospecha y la más ligera nube lo manchaba. Si antes se había pensado sobre todo en conquistar á la depositaria, después se trataba principalmente de guardar el tesoro. Si algo de esto pasa hoy, las costumbres se han mitigado, y la venganza que de su honor toma *El Médico de su honra*, subleva nuestros sentimientos; porque no se castiga el adulterio de una mujer, delito horrible para aquella sociedad, y que hoy la nuestra parece ver con más sangre fría: Calderón no hubiera presentado en escena á una adúltera declarada: se trata de una sospecha de infidelidad cuyo vano fundamento conoce perfectamente el espectador. Desde que D. Gutierre, el protagonista del drama, y la más alta y rígida personificación del honor que presenta nuestro teatro; al fin de una escena en que advierte con sombrío recelo el sobresalto de su esposa, exclama aparte y saliendo:

¡Ay honor, mucho tenemos  
Que hablar á solas los dos!

el espectador, si conoce la época, puede quedar aterrado.

Y ¿cuál es la venganza de D. Gutierre? Manda abrir las venas á su esposa y la hace morir desangrada. Este hecho abominable, que indignaría á nuestro público, era muy natural dadas las costumbres, y ya hemos dicho que Calderón era su tiempo. El honor justificaba á D. Gutierre, que aparecía realzado por la originalidad de su venganza.

Ridículo es acusar de inmoralidad á un autor porque, sin extremarlos, idealiza los sentimientos de su época, y refleja sus costumbres, haciéndose como el espejo de una sociedad. Esta acusación, no obstante, se ha dirigido á nuestro antiguo teatro y á su representante más insigne y famoso; sin admi-



tirla, concedemos que nuestro siglo, de costumbres más dulces, tiene derecho á rechazar las un tanto duras de un tiempo cuya belleza hizo Calderón incontestable.

Pero los que sientan que el teatro ha de ser una cátedra, desconocen ú olvidan la naturaleza de la poesía y del arte. La moral, por lo menos en los países cristianos, que son también los civilizados, tiene otros órganos y otros medios más propios de manifestación. Respetando los sentimientos y las convenciones, el poeta no debería desechar los bellos elementos que su época le proporciona, contenido por el temor de que la belleza de un hecho ó de un carácter hiciese aparecer éste como bueno y loable y digno de imitación; resultado que probaría falta de cultura en el auditorio y de preparación suficiente para el arte. A lo más, podría acusarse entonces al poeta de no descender hasta su público.

Sin alargar más estas consideraciones, como sería preciso, reseñemos sucintamente los demás elementos del teatro de Calderón y sus más notables perfiles.

En él los personajes ofrecen toda la variedad que cabe dentro de la fisonomía de la época. Los caracteres, firmes y enérgicos, se hallan perfectamente sostenidos; y á pesar de sus muchas veces comunes rasgos, no pecan de monótonos. El Segismundo de *La Vida es Sueño*, el D. Gutierre de *El Médico de su honra* y el D. Fernando de *El Príncipe constante*, no pueden ser, por ejemplo, más distintos entre sí.

Pero en las mujeres, al menos á nuestro parecer, no se halla la misma diversidad. Generalmente se presentan bajo un aspecto sólo; como amantes. Celosas, altivas, enérgicas, son las mujeres del mediodía, y, sin disputa, las mujeres españolas; aquellas Celias, Beatrices y Leonores forman un bello y ex-

traño contraste con esas otras figuras del norte, aéreas y delicadas, con las Ofelias, las Desdémonas y las Cordelias inmortalizadas por el gran poeta inglés.

Conocidos son los lances en que intervienen con frecuencia las damas de Calderón, sus atrevidas citas, sus aventuradas expediciones, y las ocultaciones del amante en la propia casa. Fueran éstas ó no las costumbres, puede observarse que jamás el honor de aquellas damas resulta empañado en lo más mínimo; los galanes se apresuran á declararlo cuando los espectadores podrían estar dudosos; y al fin todas las aventuras terminan en casamiento; lo cual si era desenlace indispensable en las comedias, era también incidente necesario en la conclusión de toda obra dramática; y así, después de las catástrofes más terribles, se oye á los supervivientes acabar tratando de matrimonio; detalle que, sin duda, era una concesión á los gustos del público.

Circunstancia advertida unánimemente en las obras de Calderón y en las de todos nuestros dramáticos antiguos, sin excepción alguna, es que en ellas nunca aparece la mujer como madre. Las damas de Calderón viven solas, ó con un hermano, ó con su padre, guardianes cuya dureza explica las arriesgadas aventuras en que queda burlada su suspicaz vigilancia; pero la figura de la madre, de la natural custodia y consejera, cuya tierna prudencia evitaría aquéllas sabiamente, no entra en escena jamás, como si el respeto hubiese contenido al autor, y temiese profanar el más dulce y grande aspecto con que la mujer se presenta en la tierra.

Pero inconcebible sería hablar de Calderón, hablar del teatro antiguo y no mencionar al gracioso, elemento esencial entonces é imprescindible de toda obra dramática. Porque el gracioso era algo más

que un personaje encargado de hacer reír á la multitud, y salpicar con sus chistes el drama: era el representante de la realidad frente al idealismo de los restantes personajes. El gracioso es siempre un criado, que parodia generalmente al amo, sus lances como sus amores, y reúne las cualidades contrarias, oponiendo su grosera apreciación de la realidad y su positivismo á los ideales sentimientos de aquél, exactamente como Sancho se opone á Don Quijote. Esta creación servía al poeta para corregir, previniendo así la opinión del vulgar sentido, los vuelos y los extravíos del protagonista no conformes con ese sentido, personificado cómicamente en el gracioso.

Y los de Calderón merecen verdaderamente este nombre; innecesario es citar ejemplos, pues basta cualquiera de sus obras. La *fuerza* cómica de Calderón es ciertamente notable, y si esta cualidad ha pasado algunas veces inadvertida para la crítica, débese á que otras más importantes la hacen olvidar; pero escenas hay en sus obras que bastarían para acreditarle en el género, como tiene frases que recuerdan las más celebradas de Molière.

Pero cuando la pasión rueda desencadenada sobre la escena, conmoviendo y arrastrando á los personajes como la tempestad; cuando la musa de lo trágico desciende sobre el creador de Segismundo, entonces es difícil concebir más sublime grandeza en caracteres y en situaciones. Lástima es que con tanta frecuencia el gusto de la época recargase, desnaturalizándolo, el lenguaje de la pasión; mas el público de entonces hubiera quedado tranquilo y frío no oyendo expresiones exageradas y ampulosas é invocaciones al cielo, á la tierra y á la naturaleza entera.

Esto explica, aunque no justifica, muchos defec-

tos de Calderón. Sus caballeros, pundonorosos, enamorados, valientes, y pendencieros también, prorrumpen á veces en fanfarronadas insoportables, y nada más ridículo que diálogos como el siguiente, por ejemplo:

—Pues en campaña te espero.

—Yo haré que poco me esperes,  
Porque soy rayo.

—Yo viento.

—Volcán soy que llamas vierte.

—Hidra soy que fuego arroja.

—Yo soy furia.

—Yo soy muerte.

—¿Qué no te espantes de oirme?

—¿Qué no te mueras de verme?

Y otros parecidos que es inútil citar, como no hablaremos de ciertos apartes á dúo, de las tiradas de versos terminados simétricamente con exclamaciones semejantes, y de otras construcciones artificiosas, que agradarían singularmente á aquel público. También las relaciones pecan de excesivamente largas, y en algunas hemos contado nada menos que trescientos versos, número suficiente á cansar hoy la paciencia del auditorio mejor dispuesto; pero faltas son éstas que pueden olvidarse, como nadie se acuerda de las manchas del sol cuando el espléndido astro nos ilumina con refulgente brillo.

Tal es, en algunos de sus elementos, no en todos, el teatro de Calderón. No fueron creados, pero sí perfeccionados por el autor de *La Vida es Sueño*, que á las principales cualidades de los dramáticos precedentes, armonizadas en él en cuanto lo permitió la peculiaridad de su genio, añadió la de ser el

más profundo y universal de todos. Tipos universales y eternos son Segismundo y el Tetrarca de Jerusalem. Este sentido filosófico de las concepciones calderonianas, mostrado en muchas obras, singularmente en *La Vida es Sueño* y *El Mágico prodigioso*, le hace por nuestras aficiones de hoy, apreciable en este siglo sobre nuestros restantes poetas.

La filosofía de Calderón es hija de sus exaltados sentimientos religiosos; y es la filosofía católica en lo que ésta encierra de más grave y profundo. La vanidad de la vida; la cercanía de la muerte, del instante que abre la puerta á la verdadera realidad; éstos son los pensamientos que han encontrado en el poeta imágenes y palabras más grandiosas; éstas son las ideas que expresa Segismundo en un monólogo célebre:

Es verdad; pues reprimamos  
 Esta fiera condición,  
 Esta furia, esta ambición,  
 Por si alguna vez soñamos:  
 Y si haremos, pues estamos  
 En mundo tan singular  
 Que el vivir sólo es soñar;  
 Y la experiencia me enseña  
 Que el hombre que vive, sueña  
 Lo que es hasta despertar. Etc.

Estos son los mismos pensamientos que el Don Fernando de *El Príncipe constante*, expresa á cada paso:

.....  
 Pues fué cuna boca arriba  
 Lo que boca abajo es tumba.  
 Tan cerca vivimos, pues,

De nuestra muerte, tan juntas  
Tenemos, cuando nacemos,  
El lecho como la cuna.

.....  
Hombre, mira que no estés  
Descuidado: la verdad  
Sigue, que hay eternidad;  
Y otra enfermedad no esperes  
Que te avise, pues tu eres  
Tu mayor enfermedad.  
Pisando la tierra dura  
De continuo el hombre está,  
Y cada paso que da  
Es sobre su sepultura.

D. Fernando, cautivo, prorrumpie en este bello soneto, al entregar unas flores á la hija del rey de Fez:

Estas, que fueron pompa y alegría,  
Despertando al albor de la mañana,  
A la tarde serán lástima vana,  
Durmiendo en brazos de la noche fría.  
Este matiz, que al cielo desafia,  
Iris listado de oro, nieve y grana,  
Será escarmiento de la vida humana:  
¡Tanto se emprende en término de un día!  
A florecer las rosas madrugaron,  
Y para envejecerse florecieron:  
Cuna y sepulcro en un botón hallaron.  
Tales los hombres sus fortunas vieron,  
En un día nacieron y espiraron:  
Que pasados los siglos horas fueron.

En la escena de que los hemos desprendido, estos versos impresionan de un modo extraño, y la joven princesa, oye sobresaltada ese lenguaje, cuyas for-

mas lujosamente poéticas contrastan con lo sombrío del pensamiento, y parecen extenderse sobre él como flores sobre una tumba.

La idea católica, y el sentimiento que de ella nace, tuvieron su intérprete en Calderón, pues en él lo hallaron todas las ideas y sentimientos de un pueblo; por esto último asomaron á veces en sus obras, como, por ejemplo, en las tituladas *El Sitio de Breda*, y *La Devoción de la Cruz*, la intolerancia del siglo y las creencias supersticiosas. No obstante, combatió algunas de éstas en sus comedias *El Galán Fantasma* y *La Dama Duende*.

Terminaremos ya este ligero trabajo, hecho más rápidamente de lo que merece el auditorio que lo escucha. Imposible es abarcar dentro de los límites que las circunstancias nos imponen, todas las fases del genio de Calderón; pero basta, en resumen, tener presente, que si algún pueblo guarda poéticamente personificada en el genio de un hombre toda una época de su pasada vida; si un gran poeta honra á un pueblo y es una gloria nacional, nosotros tenemos en el autor de *La Vida es Sueño*, de *El Alcalde de Zalamea*, y de tantas otras obras inmortales, esé poeta y esa gloria. Él sobrevivirá á todas las revoluciones del gusto y del arte y figurará siempre entre los grandes dramáticos de todas las épocas. Por ello estos universales aplausos le son debidos; y si la muerte no rompe enteramente la solidaridad de los hombres; si hay algún lazo, y triste es no creerlo, entre los que ya no son y los que aun viven en la tierra, esos aplausos no alterarán como mundano ruido la serenidad profunda en que su espíritu reposa: que grato debe ser para los que no han cruzado por la vida dejando tras sí la esterilidad, entender que la verdad descubierta, el bien practicado ó la belleza realizada no ha hecho ingratos á sus seme-

jantes. Nuestras aclamaciones no recuerdan pueriles vanidades; porque no lo son *La Vida es Sueño* ni *El Mágico Prodigioso*; porque no lo es el arte ni la belleza, y ésta es santa, porque es una propiedad de Dios mismo, y en la tierra un destello del divino resplandor. Celebrar la memoria de los que nos lo han hecho entrever, es una obligación de los hombres; ojalá semejantes testimonios se extiendan un día á todo el que en el mundo haya dejado gloriosas huellas de su paso.

---



## D. PEDRO CALDERÓN DE LA BARCA (\*)

---

Nació en Madrid, el 17 de Enero de 1600.

Fué caballero, militar, eclesiástico, en aquella sociedad de hidalgos, de soldados y de sacerdotes; y fué el mayor poeta dramático que España ha tenido; sin que antes ó después ninguno le haya sobrepujado en la presente edad, si se exceptúa Shakespeare.

No igualó á Lope de Vega en fecundidad, cosa imposible; fué también menos creador; pero regularizó y perfeccionó la obra de aquel ingenio, desenvolviéndola en toda su amplitud y magnificencia. En profundidad y alto sentido excedió á todos nuestros dramáticos, como les aventaja en el arte incomparable de desarrollar y conducir la acción: ni hay tramas como las suyas, tan naturales y com-

---

(\*) Artículo publicado en la *Revista de Canarias*, con motivo de la celebración del *Centenario*. -- Mayo de 1881.

plicadas, ni desenlaces mejor preparados. En este particular, como en otros, Calderón es todavía el gran maestro.

La pasión violenta, el levantado vuelo, lo grande, lo vigoroso y lo atrevido fueron más propios de su genio que la sencillez y la ternura. Hay algo de indomable y viril en sus mujeres, como en sus hombres; y los dulces sentimientos y los tiernos arranques parecen en él velados ó contenidos por la austeridad sacerdotal.

Único es también en la frase enérgica y sonora, en la dicción espléndida, en la admirable versificación, de sin par armonía.

De alguna de sus cualidades nacen, por inoportunidad y abuso, muchos de sus defectos. Los adornos, las imágenes, el exceso de poesía, cuando desearíamos la desnudez; las amplificaciones, la abundancia de palabras, cuando preferiríamos la pasión muda; la ampulosidad y el conceptismo sustituyendo muchas veces á la sencillez que el pensamiento y la ocasión reclaman: tales son las principales sombras que se advierten en el gran poeta, si le juzgamos desde nuestro tiempo y nuestros gustos. Pero de sus incorrecciones y descuidos, y errores de palabras, no todo debe serle imputado con justicia, pues él no corrigió ni publicó sus comedias, y sabido es el destino que cabía entonces á las obras dramáticas, desde que salían de manos del autor.

Sin despojarnos de lo que de absoluto hay ó debe haber (si lo absoluto puede alcanzarse) en todo criterio; para juzgar imparcialmente á Calderón, lo mismo que á cualquiera otro poeta; necesario es colocarse en el tiempo y la sociedad en que nació y se desarrolló su genio. Entre la realidad que hoy invade á la poesía, y ésta, no se concebían tantas relaciones: muy al contrario. En el poeta no se que-

ría ver principalmente, como nosotros, al conocedor de los hombres y de la vida real. Seguir atentamente la diestra autopsia de un corazón ó de un carácter; oír hablar á cada pasión su propia lengua; contemplar la gestación, la vida ya desplegada, y al cabo la muerte de un sentimiento; ver al poeta descender firmemente, con la luz en la mano, á los últimos abismos del alma, y alumbrar las oscuras profundidades; estas cosas que ahora pedimos, que constituyen las cualidades de Shakespeare y hacen de él, por ese concepto, el mayor poeta que ha habido sobre la tierra, no se echaban de menos entonces, ni privaban como hoy, que vivimos en el siglo más analítico y filosófico de cuantos los hombres han conocido.

Las aficiones de aquel tiempo eran muy distintas; no se quería ver el sentimiento sino con ricos y lujosos atavíos, en traje adornado y relumbrante. El valor solía rebozarse entonces en la bravata; el amor tenía un vestido que era la galantería, y el ingenio una manifestación, que se llamaba *discreteo*.

La expresión florida, recargada é hiperbólica, tan de moda en ese tiempo; el estilo afectado y ampuloso que hoy nos parece inconcebible, como parecerán á otras generaciones; probablemente, muchos de nuestros actuales gustos literarios; no pocas veces, bajo la melodía y fluidez de los versos calderonianos, embelesa y deslumbra como si lo idealizara el autor, «chupando solos sus nácares y púrpuras,» según la feliz expresión de un aprobador de sus obras. Sea lo que fuere, y conociendo lo generalizado de aquel estilo, disculparse debe en Calderón, como en tantos que en él le precedieron y siguieron; estos defectos no pueden nublar sus grandes cualidades; ó, en otros términos, señalarlos y condenarlos en todos, «no es disipar los altos grados

de los remontados cisnes, que se elevaron al más encumbrado Olimpo de sus plausibles ideas con tantos felices vuelos de sus doctas plumas,» como dice otro aprobador aún más ingenioso que el citado.

Y luego, ningún poeta más identificado que Calderón con su pueblo y con su siglo. Ninguno, por ello, más verdaderamente español. Conoció á los hombres, pero á través del compatriota; y así españolizó á todos sus personajes; y en *La Vida es Sueño*, *El mayor monstruo los celos*, *La Gran Zenobia*, *Judas Macabeo*, y tantas otras obras, no hay polacos, ni romanos, ni judíos, sino españoles. En ningún otro aparece más vívamente el carácter nacional, con los rasgos y sentimientos que de principal modo le formaban entonces; tampoco entonces ningún pueblo, por muchas circunstancias, le tenta en Europa más fijo y distintivo.

Y como resultado natural, Calderón es el poeta católico por excelencia: es el poeta del catolicismo, al modo que Dante lo es del cristianismo de su edad. Español y católico eran sinónimos y como términos inseparables: aunque nuestro poder sólo conservase la majestad de las ruinas, aun nos iluminaba el gran reflejo de su ocaso, y éramos siempre la nación y el ejército de la fe católica, como los francos de la época bárbara lo habían sido del pontificado. Los reyes austriacos eran en Europa los representantes temporales de esa fe, mientras la Inquisición, sombría y atenta, velaba por su pureza entre nosotros.

Así la idea y el sentimiento católicos, el monarquismo, el acendrado sentimiento del honor, tal como ningún poeta lo ha expresado, todo lo que constituía el alma y la fisonomía de aquel período de la vida nacional, se manifestó en Calderón, que,

de este modo, y legítimamente, lo reasume y representa.

Calderón no dejó de ser fecundo, pues compuso unas ciento veinte comedias, que se conservan casi todas; y sesenta y cinco autos sacramentales. Desde que ingresó en el sacerdocio, y á excepción de estos últimos, sólo escribió de orden de la corte, y para las fiestas de palacio; porque Felipe IV no era como su abuelo el señor rey Don Felipe II: si á éste, según es fama, no gustaban las comedias, entre otros motivos, por no parecerle bien que los cómicos arrastrasen por las tablas la real majestad; en cambio, el nieto las compuso, y si es suya alguna que se le atribuye, trocó los papeles, pues si como poeta fué regular, de rey se condujo como un mal aficionado.

Calderón escribió su primera comedia, *El Carro del Cielo*, á la edad de trece años; y la última, *Hado y divisa de Leonido y de Marfisa*, á la de ochenta. Murió el 25 de Mayo de 1680. La congregación de presbíteros naturales de Madrid erigió á su memoria un monumento, con epitafio, en el sitio de la sepultura, y fundó un aniversario perpetuo; «pero le mandó suprimir la visita eclesiástica en 1690, así como anteriormente desaprobó los gastos del epitafio y otros.» La Inquisición, por su parte, impidió se entablase expediente de beatificación, como se intentaba.

El 25 de este mes hará doscientos años que murió Calderón, y España va á celebrar por vez primera el centenario de su poeta dramático más ilustre. Para honrar con fiestas nacionales la memoria de un grande hombre, elegimos el triste aniversario de su muerte: ¿por qué? ¿No sería más natural y lógico celebrar de ese modo, no el día en que nos fué arrebatado, sino aquél en que Dios le permitió venir á la tierra y lo concedió para gloria de los hombres?

## SHAKESPEARE

---

En el Teatro Real de Madrid se ha puesto recientemente en escena *Hamlet*, de Ambrosio Thomas, autor de *Raymond*, *Le Roman d' Elvire*, *Mignon*, y otras óperas más ó menos estimadas, aunque, si prescindimos de las oberturas y algunos trozos sueltos, ninguna muy conocida en España. Con tal motivo, y sin que la música, nueva en Madrid según creemos (1), haya gustado mucho, el nombre del gran poeta británico ha andado estos días en los periódicos de la corte. Nosotros, con oportunidad casi igual, escribimos hoy las presentes líneas.

Claro es que el argumento de *Hamlet*, ópera, sólo guardará de común con el de Shakespeare los lineamientos principales: un libreto es, y debe ser, respecto al drama de donde se toma, lo que á un cuadro acabado el dibujo en que únicamente se indican los

---

(1) *Hamlet* se estrenó en 1868, en París.

contornos. Mas al fin, aunque no podamos juzgar nosotros del acierto, inspirada está en Shakespeare la obra del compositor francés; del modo que *Mignon*, por ejemplo, lo está en el *Guillermo Meister* de Goethe.

No es *Hamlet*, sin embargo, la única producción de Shakespeare que ha proporcionado asunto á los músicos: al contrario, parécenos que de ningún poeta dramático han llegado más concepciones á revestir la forma de partitura. La música, que resuena junto al loco y meditabundo Hamlet, también ha hecho por expresar la criminal ambición de Macbeth y el furor de Oteló; el amor ardentísimo de Julieta y los sainetescos apuros de Falstaff (1).

La música, pues, ha contribuido á popularizar los lances y personajes á que Shakespeare dió tan enérgica vida. También la pintura, ¡cuántas veces no los ha reproducido! Pero si una y otra los han hecho aún más familiares para nosotros, fué el poeta quien los dotó de esa existencia tan determinada: fué él quien grabó tan profundamente el perfil de sus creaciones, y les dió tan vigoroso relieve, y les comunicó aliento y ánima por manera tan maravillosa, que viven llenas de claridad en nuestra fantasía, destacándose con una precisión que pocas veces alcanzan las cosas reales.

Por eso Shakespeare, como creador, sólo tiene rival en Cervantes; porque sólo D. Quijote y Sancho tienen esa vida. Conocemos á los personajes del poeta inglés, del modo íntimo y completo que al protagonista del español. Así como todos hemos

---

(1) A las obras á que se alude aquí, pueden juntarse, por lo que en este momento recordamos, *La Tempestad*, *El sueño de una noche de verano*, *El Rey Lear*, *Penas de amor perdidas*, *Mucho ruido para nada*.

tratado al heroico y malaventurado caballero, por quien habrá simpatías en tanto haya en el mundo almas que sueñen, y le hemos visto marchar con la poesía dentro de sí mismo, pero envuelto en la prosa, que comenzaba en su propia figura, en sus armas y su caballo; así también hemos conocido al moro aquél, esposo de Desdémona, valiente, altivo, terrible en los celos y la venganza; y al viejo y ciego rey que murió, con el corazón oprimido, junto al cadáver de su buena hija Cordelia; y sabemos cuánto amor había en la doncella de Verona, y hemos oído su voz apasionada deteniendo á Romeo á la hora del alba. Sí: todos hemos visto á Macbeth, *thane* de Glamis, luego de Cawdor, después rey, extremecerse en la sombra de pensamientos siniestros; y más tarde, endurecido, cargado de crímenes, decir:

—¿De dónde venían esos gritos?

—La reina, señor, ha muerto.

—Hubiera debido morir más tarde. Hubiera podido entonces consagrar un momento á esa noticia.

Y á Gloucester, odioso tirano, malvado y deforme, asesino de toda su familia, agitarse en el lecho ante un sueño pavoroso, en que pálidos espectros le maldicen, y despertar gritando espantado:—¿Hay aquí algún asesino? ¡No!... ¡Oh, sí, yo, yo mismo!—Y luego, vencido por Richmond, y loco de rabia, exclamar furiosamente:—¡Un caballo! ¡Un caballo! ¡Mi reino por un caballo!

Sí: Shakespeare animó con esa poderosa vitalidad aún las figuras históricas: lo mismo á Ricardo III que á Julio César, á Octavio, ó á Cleopatra; sin datos suficientes, con la adivinación de su genio, abarcaba íntegramente un carácter, y lo producía de un golpe, como se vacía una estatua; y al contemplarlo decimos: Así debió ser. Afirman, á pesar de eso, que el poeta era ignorante, que había leído poco, que



sus estudios en historia llegaban cuando más á las *Vidas Paralelas* de Plutarco: es muy probable; pero indiscutible es que nadie, antes ni después, ha tratado con más verdad, en una obra dramática, un gran argumento histórico. Sirviéndose de un libro mediano ó malo podía Shakespeare concebir un carácter, como guiándose por cuatro indicios descubrió Colón un mundo: es cuestión de genio.

Aunque esta cualidad suprema las reúne todas, y constituye la grandeza de Shakespeare, no es ella sola, así considerada, la que explica la admiración sin freno de que es objeto el dramático. Es preciso detenerse y mirar todo lo que éste exhibe. Él, cuando quiere, resume en una frase un discurso, y en una voz sola exprime una pasión. Conoce á los hombres como si éstos fueran obra suya: ningún sentimiento, ninguna emoción se le esconde: desde la que pasa ligeramente por el alma, alterando apenas la serena superficie, como brisa que pliega levemente el agua tranquila; hasta la que se desata indomable y nos bambolea como la tempestad. El amor puro, sencillo y cándido, que en Ofelia, al decir Polonio de la pasión de Hamlet: Es «un hervor de la sangre, ... perfume de un momento, y nada más;» pregunta tímidamente:—¿Nada más?—El amor de madre, que prorrumpe en Constanza, cuando el joven Arturo es entregado al rey Juan, en frases conmovedoras:—¡Dios mío!... ¡mi hijo, mi Arturo, mi hermoso niño! ¡la alegría de mi viudez, el consuelo de todos mis males!—La incomparable delicadeza, la exquisita ternura, el sentimiento pudoroso, como se ve en Imógenes, en Miranda, en Desdémona, niña «que se ruboriza de sus propios movimientos»; que, por la noche, al entrar en el lecho, presiente vagamente su fin desastroso, recuerda la canción escuchada en otros días, y siente deseos de llorar, sin

saber por qué. Y la ambición, la envidia, la desesperación, los celos, la pasión feroz y desnuda, que se retuerce y grita; todo eso de que es teatro el alma humana, y todo lo que en ella hay de íntimo é inexpresable, Shakespeare lo ha visto y lo ha demostrado.

Es gigantesco y profundo. Analiza con tino sin igual un estado cualquiera del alma, y nos deja maravillados cuando reflexiona, grave ó sarcástico, sobre los hombres y la vida. Extrema las cosas, y la exageración suele acompañarle, por lo mismo que le es habitual lo sublime, cima á donde eleva nuestro pensamiento; pero allí, desde la altura radiante, deja á veces que caiga brutalmente al suelo, como presa escapada á un águila. En él lo grande se codea con lo chavacano, con la familiaridad impertinente que los junta en el mundo, y nadie ha mezclado, de modo más indisoluble y terrible, la tragedia con el sainete, amasando la risa con la catástrofe. Ningún tono desdeña, ni el más bajo, tocando en lo grosero cuando Yago alude con una expresión cínica á las bodas de Otelo y Desdémona, ó Hamlet murmura con la cabeza apoyada en la falda de la ingenua y dulce Ofelia.

Se ha negado que Shakespeare supiera hacer un plan; es decir, á lo que entendemos, desenvolver una acción sencilla en un artificioso encadenamiento de escenas, encerrando en cada acto una acción parcial, y terminándolos en situaciones de efecto: así son nuestros dramas, cuando se escriben correctamente. Pero el teatro, la forma dramática es para Shakespeare un simple medio, y atiende más á la verdad que al arte. Él no prepara efectos, ni calcula situaciones, ni se ocupa en graduar el interés: marcha libremente á su fin, dando suelta á la prodigiosa fantasía. A sus ideas vienen estrechas las envolturas

comunes, que tal vez ignoraba, y por eso aquéllas las rompen, manifestándose como á su naturaleza conviene, y gozando así de tanta vida. Aun dejando las preocupaciones clásicas, hoy no nos atreveríamos, como Shakespeare, á llevar la escena desde Bretaña á Roma, para hacer oír cuatro palabras, y luego volverla á Bretaña; y esto á cada paso. En *Cimbelino*, por ejemplo, la escena cambia de lugar lo menos veintiseis veces; en *Antonio y Cleopatra* unas treinta y siete: la acción se desarrolla en Alejandría, en Roma, en Atenas, en Siria, en el mar, donde quiera se verifica algo que puede contribuir á fijar su carácter ó el de un personaje. Los hechos no son condensados y simplificados exageradamente, para ajustarlos á límites dentro de los cuales ellos pierden verdad y los caracteres riqueza, habiendo de renunciarse á los asuntos y figuras históricas de ciertas proporciones. De este modo el argumento se despliega en los dramas shakespearianos con la amplitud de que disfrutaban las obras épicas.

No sabemos si la mayor parte de lo que hemos ligeramente apuntado son defectos: ¿quién puede decirlo? Muchos háy, sin duda, en Shakespeare; imposible negar que en sus obras se hallan pasajes inoportunos, consideraciones alambicadas, expresiones recargadísimas, y hasta chocarrerías. Sobre todo, ya lo dijimos: de su imaginación tan atrevida y potente brota con facilidad lo desmesurado. Pero aunque no es dado á cualquiera señalar el punto en que la sencillez degenera en vulgaridad, lo sublime en ampuloso y lo cómico en bufonesco, esta dificultad crece tratándose de un poeta de quien ya casi ignoramos si los defectos y las caídas lo son verdaderamente, y no cosas tan admirables como los vuelos. En el genio lo aplaudimos todo, el concierto

como el desorden. Y después, lo colosal se impone sin esfuerzo á las aficiones de la generalidad: Titán, hijo del Cielo, nos cautiva más que el divino Apolo, y no estamos lejos de preferir las batallas del *Ramayana* á las de todos los poemas clásicos.

Excepción hecha de Homero, no ha existido en el mundo poeta más glorificado que Shakespeare; aun puede añadirse, en favor, que esa raza helénica, tan amante de lo bello, lo divinizó todo, y así disminuyó el valor del homenaje; pero Shakespeare, desacreditadas ya las acusaciones de ignorancia, de rudeza y de falta de arte, es deificado en un siglo de más serena razón, y crítico por excelencia; por pueblos que, como el suyo propio, tienen reputación de fríos y poco dados á extremos. Shakespeare, según la más alta fórmula que ha llegado á nuestra noticia, no pertenece en conciencia á esta mísera humanidad: es como el precursor de otra edad futura y de seres más perfectos.

Tales ensalzamientos, cuando parten de admiradores que saben lo que dicen, y aun procuran fundarlo, pueden causarnos extrañeza, y parecer extravagantes ó ridículos. Mas lo insoportable, en éste como en otros casos, es el entusiasmo de oídas; el de los que, sin gusto ni criterio propios, ensalzan porque otros alaban. Ese entusiasmo no carece de manifestaciones literarias en prosa y verso; y como habla de lo que no conoce, es mayor que ninguno, siendo también más insufrible porque exagera sin ingenio.

Pero si es indudable que Shakespeare, por el carácter de sus facultades, tal vez por sus defectos mismos, concuerda maravillosamente con tendencias y gustos modernos, y, más que á su época, pertenece á la nuestra, que le comprende mejor; nunca en los tiempos futuros será olvidado, nunca

será ininteligible, porque representó fielmente á los hombres-en lo que tienen de imperecedero. Las opiniones que de él formamos hoy, serán depuradas; mas sobre todos los siglos flotará, insumergible, su gran genio.

1881.

---

## NOTICIAS BIBLIOGRÁFICAS

---

HIJOS ILUSTRES DE LAS ISLAS CANARIAS,  
POR D. AGUSTÍN MILLARES

Muy conocido en estas islas es el Sr. Millares, escritor que en su laboriosidad muestra bien su patriotismo, sus buenos deseos y lo extremado de sus aficiones; porque si hay amores puros, y sobre todo, desinteresados, no cabe duda que serán los que á las letras profese el Sr. Millares.

El Sr. Millares es un erudito de buen género; no de esos acaparadores de curiosidades, familia cuyas ramas últimas suelen revelar aficiones tan inofensivas y de tan respetable simplicidad; ni de los que almacenan en los depósitos de la memoria noticias más ó menos fútiles, aunque siempre de dificultoso hallazgo, sin más inmediato fin que el de guardarlas; lo cual no es siquiera el platonismo, común á los amantes y á los avaros, que parece hallar tantos goces en la solitaria contemplación.

El Sr. Millares, gran escudriñador de legajos y manuscritos, posee tesoros en este orden de curiosidades, y los libros en que ha dado á conocer sus

investigaciones sobre historia provincial, demuestran que no le es extraña esa misma historia, insignificante en la del mundo, en la cual se pierde como nuestras islas en el Atlántico, pero que no desdeñaremos nosotros, ni quien desee estudiar á los hombres en todos los lugares y medios en que aparezcan y vivan.

Conocida en nuestra provincia es la obra que arriba se anuncia; pero el Sr. Millares la publica hoy refundida y aumentada, y ella nos ocupará extensamente á su terminación.

El cuaderno primero, que tenemos á la vista, contiene una introducción que el autor intitula: «Bosquejo histórico de los progresos de la civilización en el archipiélago.» Es un conjunto de noticias, algunas bastante curiosas, sobre el estado de las costumbres y los progresos de la ilustración en los tres primeros siglos que siguieron á la conquista. Ese bosquejo suministra algunos lineamientos del carácter que distinguita entonces á nuestra vida, reproducción con pocas variantes de un modelo que casi subsiste aún y que debieron ofrecer en general las provincias peninsulares. Y hoy, ¿en cuántos rincones de la tierra no forman la vida el automatismo, las miserias y las pequeñeces de que se componía la existencia en nuestras villas silenciosas, en cuyas calles el rumor de los pasos aun hace abrir curiosamente las ventanas?

Solemos creer que la vida no ofrece sino en el torbellino de un mundo que no es el limitado por nuestro horizonte, la suprema belleza y los motivos de honda meditación. No es el teatro en que vivimos el que se asigna en nuestros sueños á las luchas dramáticas; y si descendemos á considerar la existencia recogida y silenciosa que se desliza en el fondo de las provincias, lejos de todos los ruidos, nos pa-

rece tan monótono el cuadro, los rasgos tan vulgares, los sentimientos en sus manifestaciones y en su desarrollo tan ordinarios y simples, que para nosotros no hay en el espectáculo atractivos, ni misterios, ni nada que despierte un pensamiento ó una emoción, y sólo advertimos una falta desesperadora de movimiento y poesía. Es verdad: algo más se anhela en la edad de las confusas ambiciones y los deseos inexpressables; aunque en lo que echemos de menos tengan mucha parte esas falsas concepciones de la vida que tarde ó temprano nos hacen abrir dolorosamente los ojos á fuerza de estrellarnos contra la realidad. Mas ¡cuánto nos interesa y nos hace meditar esa vida uniforme al descubrir todo lo que alienta bajo su aparente inmovilidad y su prosaísmo; al estudiarla con Balzac, y hallar imprevistos contornos, y agonías y tempestades no imaginadas!

---

PRÓLOGO DEL PRIMER DICCIONARIO ETIMOLÓGICO  
DE LA LENGUA ESPAÑOLA, POR ROQUE BARCIA

Mucho tiempo hace que el Sr. Barcia se ocupa en el gran diccionario cuya terminación han anunciado los periódicos y cuyo prólogo ha visto la luz.

El Sr. Barcia no sólo ha revelado siempre inclinaciones al estudio de nuestra lengua en lo concerniente á la propiedad de las voces, sino que es autor de un conocido *Diccionario de sinónimos*, muy apreciable, aunque no tiene más pretensiones que las de ensayo por sujetarse al mismo plan que los incom-



pletos trabajos de Huerta, Cienfuegos, Olive, y otros. La nueva empresa, de mayores bríos sin duda, no cuenta en España con precedente notable desde los tiempos de Aldrete y Covarrubias. Desde entonces, nuestra época ha visto nacer casi la Lingüística y la Filología, que tan gran impulso han recibido con el estudio de las lenguas orientales, y que pueden citar, entre sus nombres ilustres, los de Schlegel, Humboldt, y Bopp, el autor de la célebre «Gramática comparativa.» En el espacio que media entre Grimm, que descubre la gran *ley de la permutación*, y los últimos trabajos de Pott, la etimología se convierte en ciencia; no siendo ya un juego caprichoso, ni el oído el único apreciador del origen léxico.

Es, pues, la obra anunciada, un acontecimiento de que debe felicitarse nuestra lengua. En el prólogo susodicho nos da el Sr. Barcia el plan del Diccionario, expone el método que sigue en la derivación, y entra en diversas consideraciones históricas. Sin embargo, en el prólogo falta alguna cosa, que tal vez será objeto de una introducción.

En cuanto á la obra, «si no fuere acogida con general benevolencia por los doctos, con favor por el público, y con aplauso y alabanza por cuantos hablan la lengua de Castilla de ésta y de la otra parte de los mares, no sabríamos que pensar del instinto literario de nuestra raza, ni del estado de civilización de tales pueblos.» Pero no hay que temer hoy, dichosamente, el caso indicado en las anteriores líneas, escritas por un distinguido literato, el señor Cánovas del Castillo, al dar cuenta, hace muchos años, de un libro semejante á éste y que quedó sin concluir: el *Diccionario matriz de la lengua castellana*, de D. Rafael M.<sup>a</sup> Baralt.

NOBILIARIO Y BLASÓN DE CANARIAS,  
POR D. FRANCISCO FERNÁNDEZ BÉTHENCOURT

Aunque mantengamos nuestras inclinaciones bibliográficas sesudamente apartadas de la exageración, ¿quién ignora que el Sr. Fernández Béthencourt está publicando un libro que se titula: *Nobiliario y Blasón de Canarias?*

Fácil es ver, reconociendo el género de la obra, cuán limitadísimo campo han de encontrar en ella las condiciones puramente literarias, que en libros así, en que la erudición predomina, se reducen á las vulgares observaciones impuestas á todo el que coge la pluma. Sin embargo, el *Nobiliario* demostraría, á no saberse ya, que el Sr. Fernández Béthencourt escribe de un modo fácil y castizo y que es un verdadero escritor.

Honroso es para los canarios el hecho: los escritores que han nacido en nuestras islas y han ocupado un puesto en la literatura nacional (porque nosotros no hemos tenido, ni tenemos, una literatura, en el sentido que hablando de una provincia suele darse á la afirmación) pueden ser modelos de locución castellana. No hay en el siglo pasado quien gane en corrección á Iriarte. Viera y Clavijo, otro canario, es notable por el referido concepto, en una época en que ya era difícil escribir en castellano.

La erudición que en cada página revela el señor Fernández Béthencourt, el trabajo que suponen los datos en esas páginas acumulados, no hay duda que sorprenden. La obra es una muestra peregrina y magnífica de un género de investigaciones hoy no común, por más que el autor, rehusando los méri-

tos de la singularidad, cite alguna publicación más ó menos reciente que guarda analogías con la suya. Pero el *Nobiliario* es algo más difícil de escribir y significa algo más que el *Almanaque de Gotha* ó los *Anales de la nobleza francesa*. Pasó el tiempo en que abundaban las obras genealógicas, y corrían impresas y manuscritas, mereciendo la poquísima fe de que á principios del siglo XVII hablaba Don Bernabé Moreno de Vargas en sus *Discursos de la Nobleza*. Florecían entonces los D. Juan Antonio de la Vera y Zúñiga, caballero ilustre, que enriquecía la bibliografía genealógica con ocho libros por lo menos, que tenían por asunto los generosos orígenes y la antigüedad y la sublimidad del linaje de los Veras.

En fin, el libro ha llamado la atención, y prueba de ello es que algunos de nuestros periódicos no se han contentado con el simple y lacónico anuncio, acta de nacimiento y defunción á la par, que levantamos respetuosamente cada vez que un libro nuevo aparece en Canarias. La obra es digna de esa atención; son en parte, cosas nuestras, nuestra historia, recuerdos nuestros los que en ella se contienen; familias cuyos nombres, por amistades ó por vecindad conocemos todos, tienen allí sus hojas de servicios. Estas consideraciones pueden mitigar la extrañeza del intento. Aun mirada la obra del señor Fernández Béthencourt como una acumulación de materiales (y es algo más), recordemos que la genealogía y la heráldica son fuentes que ningún historiador descuida. Verdad es que esta clase de libros no es importantísima como auxiliar histórico; son fuente de una clase de datos, pero no de los más interesantes para la historia que hoy se escribe y lee.

El *Nobiliario de Canarias* es una obra con valor y fin propios, *sustantiva*, como suele decirse. La he-

ráldica no es en ella un alfabeto empleado para descifrar un documento escrito en desusada lengua ó un borroso palimpsesto. Es un idioma que se resuscita para ser hablado, no para traducir. Esa vieja ciencia heráldica, que tuvo sus doctores y sus misterios; ese blasón, antiguo lenguaje que asoma ya en Homero y en la Biblia, suele entenderse hoy menos que los signos cuneiformes de los ladrillos babilónicos; y como ha dicho alguien, un noble de ahora no sabe de heráldica lo que un lacayo de su padre hace cincuenta años.

Mas si algunos han creído hallar en el libro no sabemos qué apariencias arqueológicas, el autor lo preveía, y hace por destruir el efecto en un prólogo escrito como el Sr. Fernández Béthencourt sabe hacerlo, es decir, muy bien. Si no convence, agrada. Nobles palabras terminan ese prólogo: «No se ha hecho este libro para halagar vanidades pueriles», dice el Sr. Fernández Béthencourt; y nosotros le creemos, pues su complicidad sería cosa muy triste.

El *Nobiliario y Blasón de Canarias* es el producto de las constantes aficiones del autor, que ama ardentemente lo pasado y lo ha defendido en ocasiones de un modo sofisticado tal vez, pero ingenioso. No es este el lugar más oportuno para hablar de ello. En la indecisión del momento en que vivimos, pueden justificarse los melancólicos amores á lo pasado, como los llamamientos al porvenir. Dejemos que los que no tienen fe vacilen en la penumbra no sabiendo si tienen delante una noche ó una aurora.

La nobleza no es ya ni el cadáver de una institución: es apenas una memoria; y preciso es respetar en el Sr. Fernández Béthencourt la fidelidad á la muerte. El autor del *Nobiliario*, doliéndose de los hechos, no se empeña, sin embargo, á lo que parece, en resurrecciones imposibles; algunos renglones

de su prólogo demuestran que sabe pensar tan bien como sabe escribir. Todos van desertando ya de esa romántica adhesión á las cosas desvanecidas; mas ¿qué importa? El dirá en su soledad: «Si omnes, non ego»; que como sabe el Sr. Fernández Béthencourt era la divisa de la casa de Clermont.

El segundo tomo del *Nobiliario* se acaba de publicar; en él se hace la historia de las casas de Castillo, León y Romero, Lercaro-Justiniani, Molina, y Valcárcel, con sus diversas ramas. Acompañan al tomo láminas tiradas aparte que representan los escudos de armas de las casas referidas. Nada diremos de la impresión de la obra, pues todos saben que D. Francisco C. Hernández honra verdaderamente con sus trabajos la tipografía canaria.

---

EL SR. LICDO. LORENZO Y GARCÍA ANTE LA FE  
Y LA RAZÓN, POR EL DR. D. JOSÉ ROCA Y PONSÁ

La obra del Sr. Roca se ha escrito en contestación á unos folletos que bajo los títulos de *Estudios filosóficos sobre la especificación de los seres* y *Estudios filosóficos sobre el origen y formación de los seres vivientes* publicó en Las Palmas el Sr. Lorenzo y García. Divídese en dos partes, en dos opúsculos más bien; una revista religiosa de Las Palmas, *El Gólgota*, dió á luz en forma de artículos la primera: escrita la segunda después de haberse publicado aquélla, la amplía en gran parte, y es ya contestación al folleto en que el Sr. García responde á los mencionados artículos.

El libro del Lectoral Sr. Roca, lleva, como es de suponer, la censura y aprobación eclesiásticas, y trata con gran extensión de diferentes puntos más ó menos tocados por el Sr. García: las relaciones entre la fe y la ciencia, el darwinismo (que es ahora el asunto vital y la piedra de escándalo), el proceso de Galileo, la pluralidad de mundos habitados, la posesión diabólica, y hasta la usura.

Ya se figurará el lector cual será el juicio del Sr. Roca, cuya ilustración no ponemos en duda, sobre la mayor parte de estas cuestiones. La extensión del libro y el carácter especial de éste nos impide un más detenido análisis.

La obra es algo voluminosa y está difusamente escrita. En cuanto á la impresión, ha sido un poco descuidada.

Por lo demás, el Sr. Roca protesta repetidas veces, refiriéndose al Sr. García, de que no trata «de ofender en nada su persona, su talento y prendas personales», y de que sólo atiende á impugnar los que cree sus errores. Consignamos con placer una declaración que muchas veces es una simple fórmula, sobre todo en polémicas de esta clase, y hoy, en que el ardor de ciertas luchas parece no haber disminuido. Por lo general, es difícil que nuestra admirable condición humana, renuncie en todas ocasiones á reforzar piadosamente un argumento con un insulto, y más, como es obvio, tratándose de lo suprasensible; aunque no tengamos noticia, que sí se tendrá, de ningún notable efecto de persuasión logrado por ese ingenioso y popular medio.

CÁNTICOS DE UN CANARIO,  
POR D. FEDERICO TRUJILLO Y MONAGAS

Precede al tomo de poesías del Sr. Trujillo un prólogo suscrito por D. Edmundo M. de Aguilar. Dos cartas de otros tantos amigos y antiguos profesores del autor acompañan al prólogo. En éste y en aquéllas se emiten algunas ideas sobre el libro.

Manifestación sincera y espontánea de un corazón desgarrado, tal es la obra según su autor. Cántanse allí ausencias y amores, y alúdense frecuentemente á esas desventuras cuyos acentos han de ser modulados por un grande arte para que no se pierdan, como notas mil veces oídas, en el concierto de los vulgares infortunios. Gran musa es en ocasiones la desdicha, y no es raro entrever su trágico perfil junto á los poetas: ella un día, en pie tras el varón de la tierra de Hus acurrucado en el polvo, extendió en el aire sombrío la mano evocadora, y el árabe sin fortuna prorrumpió en las voces más amargamente sublimes que han oído los hombres. Esto, por desgracia, no justifica el llorón sentimentalismo que fué moda en otro tiempo; y decimos en otro tiempo aunque todavía hay, y pruébanlo muchos ensayos juveniles, quien supone ingenuamente que el poeta, *en su misión*, debe siempre mostrarse como interesante víctima del adverso hado, y que no existe otra inspiración que la malaventura, ni forma que pueda tenerse por más poética que la lamentación.

El amor, en sus fases más comunes, es asunto de la mayor parte de las composiciones en el libro del Sr. Trujillo; lo cual está muy lejos de ser censura-

ble, y Dios nos libre de creer otra cosa. Natural ha de parecer que en todos los ecos halle resonancias el viejo tema, puesto que él es la armonía y la vida.

Supongamos lo menos posible: supongamos que por unanimidad se reconocieran como excesivamente *cursis* las poéticas vulgaridades que el amor y las mujeres inspiran: entonces sería cosa de arrojar la lira por la ventana. ¡Cuántos poetas, sin estro, no cantarían más, declarándose en perpetua muda! Y ¡qué notable baja tendríamos en la producción anual de «Crepúsculos y auroras,» «Ayes del corazón,» «Suspiros y dolores,» «Desengaños y tristezas,» etc., etc., etc.!

Y eso que hoy tal vez no se publican demasiadas obras de este género, pues cada día encuentran más dificultosamente lectores. Aficionado á la lectura hay capaz de emprenderla con cualquier libro en mala prosa; pero ¿quién se atreve con versos, no ya malos, sino medianos? En las mujeres no es aún raro este valor, que sorprende en un hombre; mas no hay de qué admirarse, ni siquiera viendo ese arrojó, en tanto haya quien guste de versos y sólo considere en una poesía el aspecto material y rítmico, escuchándola como si se tratase de una melodía al piano. Cosas que por sí mismas tengan alguna belleza, aunque ésta sea trivial; ideas sin enlace y sin objeto, pero sonoramente expresadas; una eufónica envoltura, tras la que suelen cruzar imágenes adivinadas confusamente más que percibidas: esto es lo único que exigen ciertos lectores. Aquí y allí, en el conjunto vagamente entrevisto, cogen, por casualidad y sin pretenderlo, el preciso significado de una expresión, y así oyen, como se camina alumbrado por relámpagos.—¿No tuvieron entusiastas, por ventura, las *Soledades* de Góngora? Esas tenebrosas poesías debieron encerrar para sus admira-



dores un encanto análogo al que la música nos causa; ellos oirían los armónicos versos, sintiendo una impresión algo semejante á la de un perfume en las tinieblas.

Respecto al libro del Sr. Trujillo, poco tenemos que decir; las composiciones que hemos leído no obligan por originalidad de pensamiento ó forma, ó por otro carácter, á singular mención. Nos complacemos, sin embargo, en reconocer que hay en la obra muchos versos fáciles y algunas bellas imágenes; así como una que otra reminiscencia en la idea, y no pocas veces, á pesar de varias faltas, la estructura y el estilo dejan ver que el autor no desconoce á ciertos poetas clásicos: menos sin duda que las actuales manifestaciones de la poesta y las nuevas tendencias.

---

GUADALETE Y COVADONGA,

POR D. EUSEBIO MARTÍNEZ DE VELASCO

*Guadalete y Covadonga* es el noveno volumen de la *Biblioteca popular ilustrada*, acerca de la cual se ha dicho algo en otras páginas de esta misma «Revista.» El objeto del libro que anunciamos hoy es narrar la historia de aquel período, «tal vez el más dramático de la vida de la patria», como el autor dice, que comienza en la memorable rota del Guadalete, y acaba en el alzamiento de Asturias y organización del reino cristiano.

Después de un corto prólogo en que el autor ha-

bla del plan de su libro, sigue un bosquejo histórico de la monarquía goda, dando principio á él por un ligero resumen del estado de España durante el periodo romano, y fines del siglo V, en que se verificó la irrupción bárbara.

Termina el libro primero, de los dos en que la obra se divide, con el desastre de Guadalete y la caída del reino gótico. El segundo libro, *Covadonga*, nos cuenta la invasión árabe: la llegada del entusiasta pueblo á quien despertó la voz de Mahoma; de la raza á quien pareció animar el fuego de su sol y sus desiertos haciéndola recorrer precipitada el mundo y conseguir en espacio brevísimo la más extensa dominación que ha logrado pueblo alguno. Refiérense los acontecimientos principales del revuelto periodo de la conquista y los Emires, periodo en que el recién llegado pueblo se agitaba tumultuoso, como un mar que tendiese á recobrar su lecho; y después la resistencia en Asturias y la victoria de Covadonga, principio de aquella implacable guerra de siete siglos que terminó arrojando á los descendientes de los invasores á la misma África de donde habían venido Tarik y Muza y que por mucho tiempo no había cesado de lanzar nuevas gentes á la Península. El autor narra los hechos subsiguientes, desde Pelayo hasta Alfonso el Casto, terminando con un ligero resumen de los califas de Córdoba y los reyes de Asturias hasta fines del siglo IX.

El libro del Sr. Martínez de Velasco no tiene más objeto que el de poner al alcance de todos una interesantísima y oscura época de la historia patria. Está escrito en galano estilo y su lectura agrada indudablemente.

## LA FAMILIA DE LEÓN ROCH, POR B. PÉREZ GALDÓS

Entre ciertas personas, la novela es un género tenido por esencialmente frívolo cuando no por inmoral. Nuestros noveladores de á cuarto (de á cuarto la entrega) se han esforzado loablemente en justificar ese menosprecio. Sin embargo, en lo que á la moral toca, no escasean las novelas inofensivas, que ensalzan las buenas costumbres, ó que á ninguna faltan si exceptuamos la de escribir bien.

La misma popularidad de la novela influye en la opinión de que hablamos. ¿Cómo una persona grave, con cierta decorosa afición á las letras, ha de gustar de una clase de obras en que halla encantos su mujer? Además, popularidad supone frivolidad, cosa que nadie duda.

Hay tal vez algo de humillante en una comunidad de gustos con la multitud; y de aquí las literaturas eruditas, que no fueron más que un aislamiento aristocrático. Villemain, de quien á su vez formó Enrique Heine un extraño juicio, despreciaba la novela hasta el punto de hacer por no mencionarla nunca; extravagante desvío que autorizaría á un naturalista á pasar en silencio una especie zoológica que le repugnase.

Pero las aficiones que las novelas han despertado, antes y después de Villemain, hacen feroz el desquite. Desde las novelas de caballería, que leyó toda Europa; que tenían por admiradores lo mismo al ventero del Quijote que al emperador Carlos V, apasionado del *D. Belianis de Grecia* como Alejandro por la Iliada; desde las novelas de la señorita Scudery, que entusiasmban á Flechier, y las de

d'Urfé, que parecían á La Fontaine asombrosas; novelas que hoy serían miradas por Escrich ó por Ortega y Friás con un desdén soberbio: ¡por cuántas transformaciones y aberraciones no ha pasado el gusto!

Nunca un género literario ha obtenido popularidad semejante; ninguno tampoco refleja más viva y profundamente la sociedad en que se desarrolla. Género de cuya flexibilidad se han aprovechado todas las propagandas, amplio ropaje que á todos los contornos se presta, forma complejísima que condensa todas las formas, la novela es la hija literaria de nuestro siglo. ¿Quién disputará á éste la paternidad?

Y sin embargo, en el siglo de la novela, España no ha tenido un gran novelista; aunque las causas, poco misteriosas, de esa esterilidad, no hayan llegado hasta impedir toda bella manifestación del género. Mas en estos últimos años, Valera se ha dado á conocer como novelista, y ha aparecido otro, Pérez Galdós.

Y Pérez Galdós es el que echábamos de menos. Aguardábanle inexplorados dominios, en los que ha entrado con resolución, y en los que apenas advertirá otras huellas que las de sus propios pasos. De este modo, la novela moderna, descubierta por Balzac, del cual se da hoy por descendiente y continuador el naturalismo francés, ha hallado entre nosotros su representante.

En las letras, no es indispensable que la aparición de un nombre tenga las gradaciones de un amanecer: puede entrarse en la claridad sin atravesar la penumbra, y el teatro facilita este acceso glorioso. Mas conseguir con una novela un resultado semejante, llamar con ella la atención, sí que es cosa difícil; solamente la fecundidad, que es una

especie de terquedad, logra hacernos volver la cabeza. Con lo cual nos dejamos de distinciones ofensivas, y pasa todo nombre por el mismo crepúsculo.

Ya lo ha pasado indudablemente el de Pérez Galdós. Quien no conozca este nombre, quien no haya leído á *Gloria* y á *Marianela*, quien no haga por leer hoy *La familia de León Roch*, no tiene derecho á hablar de nuestra literatura ni á mostrar por ella interés. Bueno es que la novela recobre en España un crédito ya algo perdido; perdido en los novelones de á cuarto ó de á ochavo la entrega, en las novelitas de á peseta el tomo, en las escandalosas traducciones del francés.

La novela es la única lectura de todas las mujeres, y la principal de casi todos los jóvenes. Allí suelen comenzarse á adquirir aficiones literarias; también allí encontramos frecuentemente las primeras revelaciones y tienen alimento los primeros sueños. Pero respecto á la novela se conservan aún, como en las literaturas de otros días, dos clases de autores y de público; existen, por consiguiente, los novelistas de *las masas*. En España, el cultivo esmerado del género no deslumbra ni atrae, y han predominado estos abastecedores. Y en efecto, poco deslumbrador es saber que el producto de *Pepita Jiménez*, novela con razón celebrada, y probablemente leída, no hubiera permitido al autor (confesión del mismo) comprar un vestido de baile á su señora.

El autor de *La familia de León Roch* puede ser el novelista verdaderamente popular, leído arriba y abajo; ni aun le falta para ello una condición, la de fecundo, que al mismo tiempo es dote llena de peligros. Á la vez que los *Episodios nacionales* ha publicado sus *Novelas contemporáneas*, á las que pertenece *La familia de León Roch*.

Es *La familia de León Roch* una hermosa novela

en la que se ofrecen á la curiosidad y á la meditación algunos aspectos de la vida social. León Roch es un joven, rico, de talento, de sentido práctico; que en una pura existencia consagrada al estudio conoce la vida lo bastante para no ser completamente un neófito. No es soñador ni pone sus ambiciones en los espacios imaginarios, ni tiene esa apariencia ideal y enfermiza de las naturalezas destinadas á templarse ó deshacerse bajo el martillo de la experiencia; almas de que los sueños, fustigados por la realidad, huyen dejando heridas. Mucho de lo cual se debe al divorcio que aun mantenemos entre la belleza y la verdad; á cierto exagerado idealismo que desconociendo ó despreciando la realidad de la vida, no hace por conformarse con las condiciones de ésta. León Roch es el hombre que nuestro siglo va forjando en medio de la lucha, aunque tal vez este tiempo nuestro exagera demasiado la reacción positivista.

León Roch tiene una ambición modesta, y legítima sin duda: la de ser algo feliz aquí abajo, con una mujer *hecha á su imagen y semejanza*, rodeado de hijos, viviendo en el hogar sin romper con el mundo, dichoso y contento en medio de sus estudios y de sus amores. Pero ¡ay! aun le queda al sabio la suficiente imaginación para enamorarse sin previos razonamientos! No tarda tampoco en ver las dificultades que rodean la proyectada obra, y eso que no lejos ha tenido la mujer de sus cálculos, la mujer en estado de *materia prima*, en estado caótico; no faltando sino una mano inteligente y querida para sacar de aquella confusión el orden y llevar la luz á aquel mundo.

Pinturas admirables, llenas de verdad y de talento, descripciones que á un tiempo revelan al profundo observador y al gran artista, llenan el libro todo.

Allí aparece, vigorosamente alumbrado, el convencionalismo social que se mantiene de las palabras y de las fórmulas, y las miserias cubiertas por las hipocresías van desfilando ante el lector, palpitantes y desnudas; sin más velo que un estilo originalísimo y lleno de imágenes, que recuerda al gran poeta de *Noventa y tres*.

Para muchos, el realismo es una especie de fotografía de mal género; otros dándole su amplio sentido, lo condenan en absoluto; pero si es verdad que el arte, *idealmente* considerado, no debe ofrecer ninguno de los caracteres extremos que se llaman realismo ó idealismo, no es menos cierto que puede tomarlos accidentalmente y hallar en las circunstancias un derecho á esos predomínios. Hoy, que la literatura se hace cada vez más docente, lo cual es un hecho innegable, el realismo está en su lugar; y ninguna forma debe ser más realista que la novela, que tan bien se presta al estudio interesante del corazón y de la vida.

Pérez Galdós no es realista á lo Zola, aunque en *La familia de León Roch* muestre el carácter inherente hoy al género novelesco. ¿En cuántas novelas se encuentra la idealidad purísima de *Gloria*? *Gloria* está llena de verdad, no de realidad.

Concluyamos. Pérez Galdós es paisano nuestro; ningún canario ignora una circunstancia que honra á nuestro país. El autor de aquella malhadada novela *Ninfas de Henares*, entregada sin vacilaciones por el cura al brazo seglar del ama en el escrutinio de la librería de D. Quijote, fué, según dicen, canario; pero canario es también el primer novelista con que España hoy cuenta. El será el hijo más ilustre que nuestras islas hayan dado á las letras españolas.

## UNA NOVELA DE PÉREZ GALDÓS

JUZGADA POR «THE SATURDAY REVIEW,» DE LONDRES

---

De *Gloria*, novela de Pérez Galdós, se han escrito bastantes juicios para que alguno haya llegado á los lectores de la *Revista de Canarias*, los cuales no dejarán de conocer un libro que por sí coloca á su autor entre los primeros novelistas contemporáneos. Tal vez opiniones distintas de las literarias han entrado por algo, como elementos favorables ó adversos, en las apreciaciones de esta novela: un grave pensamiento tiene allí artística y original expresión: tiénela intereses que, por su naturaleza particular, siempre han conmovido á los hombres; y que aun hoy les agitan hondamente, casi bajo los mismos aspectos con que en tantas ocasiones se han revelado. *Gloria* es la hermosa vestidura de una idea «trascendental» como ahora se dice; idea que aparece en interesantes y bellas formas, provocando la reflexiva consideración, como la luz facilita el análisis al atravesar la gota de agua y trocarse en destellos y colores. Pero si el pensamiento de



*Gloria* no ha sido, ni mucho menos, desatendido por la crítica, eso no pone en juicio el valor de la novela como tal novela, es decir, como pura obra de arte. Si *Gloria* careciera de ese valor, el pensamiento no tendría por sí mismo el suficiente para evitar que pasásemos junto á ella fríos y silenciosos, como al lado de tantas otras producciones.

Ni la novela, ni el drama, ni el arte en general, tienen por esencial objeto expresar verdades y traernos enseñanzas; los sostenedores de lo que se ha llamado «el fin docente» del arte obedecen por mucho, entre otras cosas, á una estrecha concepción de las necesidades del espíritu. Mas hoy le es difícil á la literatura rehuir las tendencias docentes, si á la sociedad y á los tiempos ha de acomodarse. No hay más que fijarnos en el público y en las críticas mismas de los de «el arte por el arte.» La cuestión del divorcio, los problemas morales y sociales, ¿dónde se plantean desde luego y comienzan á llamar la atención sino en la novela y el teatro? Y á cada *estreno* de Echegaray, de Ayala, de Sellés, ¿quién no se preocupa de la trascendencia de la nueva producción? Recuérdense los juicios á que ha dado motivo *El Nudo Gordiano*, por ejemplo. Ante todo, la mayoría de los que juzgan encamina su investigación á lo que el drama viene á enseñar ó resolver. Aun la escuela realista, ó naturalista, ya que así la ha bautizado Mr. Emile Zola, no hace otra cosa, en el fondo, que responder exageradamente á las inclinaciones dominantes; porque fotografiar en un libro la vida, aunque sea descendiendo al lodo en que por desgracia se arrastra á veces y escudriñando los agujeros en que palpita y ofreciendo únicamente de ella lo repugnante y deforme, es al fin procurar enseñanzas, que sólo tendrán, para muchos, el atractivo de lo nuevo, ó el que la

filantropía platónica halla en las miserias humanas, pero que pueden llegar á ser, para algunos, la voz denunciadora que impulse á buscar el remedio. Hay, en la vida y dentro del alma, excrecencias y profundidades y sombras que el ojo vulgar no sorprende y que ninguna ciencia estudia; y así como la ley se comprende mejor en el caso particular, y la enfermedad se sigue más útilmente en un enfermo, siquiera imaginario, que en las generalizaciones de cátedra, así el arte ayuda á las ideas haciéndolas en cierto modo tangibles. ¿No usamos de ejemplos para hacer entender una generalidad cualquiera, y no se valen de un maniquí los pintores cuando estudian un traje ó una actitud? Que el drama y la novela se utilicen como simples medios, si tal género de exposición llega á ser conveniente; á lo que debe resistirse es á considerar obras semejantes como obras poéticas, y, sobre todo, á reducir á ellas la poesía.

Y véase como Zola, desarrollando en *El Assommoir* el lúgubre curso de la embriaguez, y dándonos en *Le Ventre de Paris* noticias curiosas sobre la fabricación de los quesos; y hasta el mismísimo Adolfo Bellot publicando estudios médico-fisiológicos como el de *La Señorita Giraud, mi esposa*, verdaderamente incalificable bajo el punto de vista poético, vienen á convertirse en simples propagadores de conocimientos bien ó mal elegidos. Mr. Zola no es, pues, un poeta; es un sabio, poco más ó menos. Esperamos que, á llegar á su noticia, habría de mirar con indulgencia esta humilde opinión.

Pérez Galdós ha intentado en *Gloria* demostrar algo, sin duda; pero este visible propósito *no le ha impedido* crear una obra que no necesita de la trascendencia del pensamiento para interesar y conmover. Como poeta, no subordina su creación á un fin

distinto de ella misma. Los gustos de la época pueden á lo sumo influir en que un autor conozca de antemano el valor docente del pensamiento elegido; pero, de un modo razonable, en nada más. Desengañémonos: cuando la atención y la reflexión se vuelven hacia lo trascendental de ciertas producciones, es solamente la belleza, es la forma lo que á ello nos incita.

Consideraciones son, las apuntadas, que no está demás precedan á la noticia del juicio que, acerca de *Gloria*, hace una publicación inglesa *The Saturday Review* (*La Revista del Sábado*). *Gloria* ha sido recientemente traducida á varias lenguas europeas; entre ellas al inglés. La traducción británica no ha agradado, según parece, al crítico de *The Saturday Review*, de lo cual es muy dueño; pero junto á lo deplorable de la traducción intenta, hacer ver lo deplorable de la obra, y esto es ya algo diferente.

Comienza el autor de la crítica por darnos, como de paso, la medida de sus gustos y conocimientos; muy dignos, ¿quién sabe?, cuando otra ocasión mejor escogida le permita manifestarlos, de hacer ver que la patria de Addison y Macaulay sigue aún produciendo buenos críticos. El que nos mueve á escribir estos renglones principia cuerdamente por averiguar la filiación literaria de Pérez Galdós, y la descubre en Fernández y González; según él, Pérez Galdós es en alguna manera un discípulo de este último; pero, como discípulo respetuoso, el autor de *Gloria* se mantiene á decorosa distancia del maestro; *es menos brillante y entretenido*.

De nuestra literatura novelesca, el autor de la crítica no sabe mucho, que digamos; sin embargo, conoce á Fernández y González, puesto que lo cita, y no ignora los gustos del público español en lo que toca á novelas: sabe que en España lo que agrada

en esta clase de obras es la intriga y la aventura, es decir, planes como los de *Tirante el Blanco* ó *Amadis de Gaula*; y tiene noticia de que el héroe, en dichas novelas, ha de violar las leyes todas, las humanas como las divinas; ó aclarando nosotros el pensamiento: que ha de ser una especie de caballero andante, en que D. Juan Tenorio y Jaime el Barbudo entren además en libres proporciones.

Dichosamente, el crítico de *The Saturday Review* no conoce las novelas de Ortega y Frias, ni las de D. Antonio de San Martín, ni las de D. Rafael del Castillo; porque ¡figúrense ustedes qué opiniones resultarían de semejante conocimiento! Espantémonos al calcularlo, recordando que lo anterior es sólo consecuencia de haber leído algo, casi nada tal vez, de Fernández y González.

Lo más extraordinario viene ahora: el autor del juicio encuentra á Pérez Galdós muy *devoto*: califica de «marionetas religiosas» á los personajes de *Gloria*, «que cierran sus párpados á la vista de un protestante y palidecen cuando ven á sus hijas tocar la mano á un judío,» y que, con todo esto, son moralmente irrepreensibles. No podemos juzgar de lo que el traductor inglés, Mr. Wertherell, ha hecho con la novela *Gloria*; pero debe haber sido cosa grave, algo así como volverla del revés; á lo menos, alcanzamos difícilmente lo que con esa parte de la crítica se quiere decir, no siendo que el autor de ella ha desdeñado hacerse cargo de la obra española, suposición inadmisible á causa de su misma sencillez.

A seguida, la revista inglesa expone, sin olvidar detalles, el argumento de *Gloria*.

Ningún novelista español contemporáneo—y hay, afortunadamente, algunos buenos—ha comprendido y traducido en sus obras como Pérez Galdós el esta-

do actual de la sociedad en que vive. De entre este confuso hervidero de preocupaciones y aspiraciones; de esta superficie agitada y turbia como la que resulta de las reacciones de ciertos líquidos diferentes mezclados en un vaso, han surgido *Gloria*, *Doña Perfecta*, *La Familia de León Roch*, á manera de concreciones artísticas. Necesario es tal vez respirar nuestra atmósfera, vivir en el medio en que vivimos, para reconocer esas condiciones. Hase notado á Pérez Galdós, es verdad, de insistencia en una determinada propaganda; pero esto sólo puede dirigirse al criterio del novelista como pensador; no á quien deja traslucir en sus obras el interés dominador y vivísimo que, hoy más que nunca, en algunos pueblos al menos, se concede á ciertas cuestiones.

¿Cuál viene á ser el argumento de *Gloria*? Todo se reduce, en último caso, á que una muchacha religiosamente educada se enamora de un judío: un asunto análogo al de *Matilde y Maleck-Adel*, que tanto conmovió á nuestras bisabuelas: una cosa muy repetida en las novelas de moros y cristianos, en que dos amantes, de diferente religión, sostienen á cada paso diálogos como estos:

—Hazte cristiano, y soy tuya. Abandona esa falsa religión, etc. etc.

—No, ¡por Alá! responde el terco moro (suponiendo moro al amante). No puedo abandonar, etc., etc.

Perp ¡cómo desarrolla Pérez Galdós ese viejo argumento! Nadie, después de leer la novela, echará con facilidad en olvido la adorable figura de Gloria, la protagonista; la enérgica de Daniel Morton, el judío de Hamburgo, el amante; la rígida y severa de D. Juan de Lantigua, el padre de Gloria. En esta novela, como en la tragedia antigua, hay un *fatum* que provoca el nudo y engendra la catástrofe: esa

fatalidad viene también allí de lo alto: es de las ideas, no de los hombres. Como el rayo de sol que pasa á través de medios diferentemente coloreados, estas ideas toman un aspecto característico en los diversos personajes; determinando, por el principal conflicto de la obra, el rasgo más saliente de cada uno.

El crítico de *The Saturday Review* se extiende en el argumento de *Gloria* dando á entender con frecuencia el ningún aprecio que le inspira. Compara el misticismo que, según él (porque el autor del libro no dice una palabra de esto) advierte Gloria, la heroína, en ciertas obras de D. Francisco de Quevedo, con las opiniones arrianas «que ciertos adivinadores ingleses han creído hallar en Milton.» Júzguese de la comparación, y por ende, de otras observaciones. El libro en general le parece un narcótico; exactamente como si se tratase de alguna desmesurada novela de Richardson ó de *Mistress Bennet*. El plan deja de ser racional, para él, desde el segundo volumen; los caracteres le parecen defectuosos, y toda la obra, absurda.

Tal es la crítica cuya injusticia no nos detendremos á poner en evidencia, porque sería un alarde inútil. Basta y sobra con manifestar simplemente las opiniones de la revista británica. Según nuestras noticias, el juicio á que nos hemos referido aquí está lejos de ser el que de la novela de Pérez Galdós han formado otros órganos de la prensa inglesa. Hay, pues, que asignar al redactor de *The Saturday Review*,—y nos apresuramos á ello,—si no el mérito del acierto, otro muy inglés: el de la excentricidad.

## GALDÓS (\*)

—

### I

Adhiérese hoy, de un modo solemne, el «Gabinete Instructivo», al homenaje recientemente tributado en Madrid y otras ciudades á un ilustre paisano nuestro. Como amantes de las letras y como españoles, nunca hubieramos creído que esta manifestación holgara; como canarios, es para nosotros, no ya un acto oportuno, sino un deber.

En tal concepto, inútil es aquilatar los méritos literarios de Pérez Galdós para que, si alguien recuerda los de otros novelistas peninsulares, resulte justificado el privilegio del entusiasmo público. No necesitamos hacer comparaciones, ni hablar de Valera ó de Alarcón. Trátase de un escritor insigne, hijo de Canarias; lo primero basta para explicar

---

(\*) Discurso leído en sesión extraordinaria celebrada en honor de Galdós, por el *Gabinete instructivo* de Santa Cruz de Tenerife, el 20 de Mayo de 1883.

nuestro aplauso: lo segundo, la preferencia de nuestra simpatía.

Tal vez la circunstancia de haber nacido y vivido fuera de la Península y de Europa, en nuestro archipiélago, no es del todo extraña al genio observador del novelista. Hay en las cosas perfiles y aspectos que nota apenas la vista fatigada por el hábito de contemplarlas; los rasgos sobresalientes, las similitudes y las diferencias son más fácilmente advertidas cuando la novedad ha hecho por primera vez atenta la mirada y ha sido como la despertadora de un grande é ingénito poder de observación. El paisaje que nos es familiar despliega mejor sus accidentes caprichosos y sus perspectivas sin fin, su riente belleza ó su majestad sombría, ante el viajero que llega de otra región y de otra zona.

Sí: Pérez Galdós ha nacido en Canarias. Nosotros lo recordamos con noble satisfacción, y él tampoco lo olvida. El novelista que al hablar de un diálogo sostenido en voz baja advierte que «el seseo de la pronunciación castellana se destacaba sobre la conversación como la espuma sobre las olas», conserva en el oído, y como no apagado rastro, en su propio lenguaje, algo de la dulce inflexión con que en nuestras islas y en los países americanos se pronuncia el habla de Castilla.

## II

Grande artista, sin duda, se muestra quien interesa á los hombres, no ya haciéndoles ver la hermosura que por demasiado ideal juzgamos, necesariamente, inasequible, sino la oculta en el vulgar curso de la vida, las desconocidas fases de lo ordinario.



Eslo quien, á la manera de Colón, nos dice: En lo que creéis la soledad y el vacío, mirad, hay un mundo.

Y Pérez Galdós nos descubre ese mundo. Allí, en sus obras, pueden ciertas naturalezas reconciliarse con la realidad; allí, las almas que se refugian en otras visiones lejanas, pueden descender y reposar en algo á un tiempo verdadero y hermoso. ¿Qué es *Marianela* sino la belleza y la gracia en un cuerpo raquítico y deformado; victoria extraña del espíritu y del arte?

En sus novelas, como en la vida, mézclanse á esas imágenes otras de menos suaves contornos; creaciones cuyos trazos ha arrancado el autor á la realidad; donde aparecen confusos y perdidos; y con unas y otras el poeta nos conmueve y el observador nos hace meditar; logrando por acabada manera lo más que á un escritor puede exigirse: satisfacer á la vez y plenamente á la reflexión y al sentimiento.

Él ha descrito la épica lucha de la Independencia y el drama de nuestras primeras discordias. El heroico levantamiento y la iniciación política de nuestro pueblo; la exaltación de los partidos, unos inexpertos y otros fanáticos: las feroces represalias, las turbulencias, las miserias: aquel agitado primer tercio del siglo, época tan merecedora de estudio, toma forma y color y vida en las páginas de los *Episodios Nacionales*.

La guerra que tan terrible golpe dió á la fortuna de Napoleón, Bailén, Zaragoza, Gerona, son asuntos no indignos del tono grandilocuente y la alteza del poema clásico. No obtendrían en él, á pesar de ello, expresión más adecuada y precisa ni comprenderíamos mejor su grandeza, que bajo la pluma de Galdós. Él se sirve de lo ficticio para dar vida á lo real y en sus narraciones la amplitud de la forma

novelista nos permite conocer los hechos de más completo y profundo modo y con su propio carácter: que su verdad no amengua su gloria. No menos grande que los héroes de las viejas epopeyas, los guerreros de divina progenie y esplendente armadura fabricada por los dioses; son los reclutas descalzos de Castaños, y los aragoneses haciéndose matar sobre los escombros de Zaragoza y los guerrilleros batiéndose por la patria invadida.

Otra lucha de interés más hondo si cabe, más gigantesca, más universal, ha inspirado también á Galdós: lucha furiosa, en que se ha derramado la sangre, y que, en uno ú otro terreno, prosigue aún con ardor no extinguido; lucha de lo pasado moribundo, con lo porvenir, que nace; lucha del espíritu moderno con una tradición cuya decrepitud se olvida, para sólo mirar su juventud gloriosa.

Pérez Galdós ha señalado, sin vacilaciones ni reticencias varios aspectos del combate. Ese valor no le ha creado enemigos: que él no puede tenerlos; ni ha hecho poner rencorosamente en duda sus merecimientos literarios, como novelista de primer orden; pero cuando el general entusiasmo ensalza al autor de *Gloria*, *Doña Perfecta* y de *La Familia de León Roch*, sirve quizá de pretexto á algunos para templar sus manifestaciones y explicar su silencio.

Nosotros, que no tenemos porque guardarlo, aplaudamos á Pérez Galdós.

## ACERCA DE LAS MUJERES

---

Si, á modo de homenaje, intentasen colectivamente las mujeres consagrar un recuerdo al hombre que, en un libro, divinizase, ó poco menos, el sexo, hablando de él con emoción casi religiosa, nuestra franca y entrometida opinión sería que ese hombre es un escritor del actual siglo, y que ese escritor es Michelet.

Porque si el arte es *la idealización de lo real*, como pensaba Goethe, nunca la mujer ha inspirado, así lo creemos, páginas tan atrevidas y originalmente artísticas como las dedicadas á ella por el escritor ilustre no ha mucho arrebatado á la Francia. Michelet fué historiador, y fué también poeta, sin haber escrito versos, al menos que nosotros sepamos. Desde el retiro en que pasó los últimos años de su vida, dió á luz una serie de libros, desbordamientos de un alma entusiasta colocada frente á la naturaleza; poéticas contemplaciones que llevan por título alguna palabra solitaria y breve: *El Mar*, *La Mon-*

taña, *El Insecto*. Oyéndolas, ¿quién no trae á la memoria los epígrafes de ciertas suras del Korán?

Uno de esos libros se titula *El Amor*, como podía llamarse *La Mujer*; reconozcamos en todas ocasiones la identidad de ambos términos.

Y ese libro forma tal vez el canto más apasionado, más lleno de ternura y más original que se ha alzado en glorificación de la mujer. Una sensibilidad extremadísima, una percepción delicada, gufan al autor, siendo en él como cualidades distintivas. La mujer aparece verdaderamente idealizada tras aquellas frases ardientes y amorosas, escritas con tan vivo sentimiento y que tanta observación parecen revelar. Con elevado y solemne tono á veces, mas siempre con palabras conmovedoras, con enternecimiento profundo, Michelet nos habla de esos misterios de la vida femenina que, para la vulgar manera de considerar las cosas, aparecen como los menos ideales aspectos de la mujer; siendo, no obstante, los que á nuestros ojos deberían santificarla. Allí se despliega su existencia, desde la noche de bodas hasta el sepulcro: *inter utramque facem*. Quizás la realidad asoma embellecida; pero tal embellecimiento es sólo una depuración; y luego, ¿el punto de vista puede cambiar la naturaleza y la verdad del objeto contemplado? ¿Por qué ser tan mezquinos observadores que sólo hayamos de ver en el lienzo las huellas groseras y bruscas del pincel?

Pero no se crea que el libro indicado es solamente la obra de un poeta; que el sentimiento lo ha producido sin más apoyo que la fantasía: aquella obra es casi un himno; pero en él se prorrumpa después de haber sondeado la realidad. Cuando el espíritu goza de plena armonía, porque no hemos conseguido el desarrollo de un órgano á costa de la mutilación de

los otros, el sentimiento arranca de ciertas contemplaciones como el calor se desprende de la luz.

Michelet ha estudiado su asunto, ha leído y consultado á los fisiólogos y á los médicos; ha tenido á la vista, desde el tratado de ovología de Pouchét y el atlas de Gerbe (atlas de que habla con admiración), hasta las memorias de la Academia de Ciencias. El mismo lo dice: «Los literatos me han servido poco, pero los médicos mucho. Bajo formas duras, cónicas y materialistas han formado, sin embargo, en realidad, lo que puede llamarse—en lo que concierne á la mujer—*el dogma de la piedad*. Han humanizado el matrimonio, y descartado la barbarie material que conservaba...», etc. Pero si Michelet era también un sabio, era igualmente un hombre cuya delicadísima sensibilidad parecerá á muchos demasiado exaltada, cuando no incomprendible: pocos habrá, como él, capaces de apreciar en el sentimiento la femenina contextura, los finos matices, las exquisitas delicadezas, imperceptibles para el común de los hombres, que ni siquiera llegan á sospecharlas; al modo que el tacto de una mano encallecida no advierte la suavidad ó las sutiles asperezas de un rico tejido. Era digno de penetrar en los secretos de esas extrañas almas de mujer en que bajo tan refinados caracteres se ha revelado en ocasiones el sentimiento. Nada tiene de singular, pues, que en el citado libro parezca latir su corazón.

Todo esto hace que muchas de las populares obras de Michelet realicen casi la idea que acerca de la poesía didáctica debiéramos formarnos. Es verdad que las personas de buen gusto, olvidando á los clasificadores doctrinales y engendradores de poéticas suelen mirar el género con malos ojos; consecuencias probables de una denominación tal vez no muy feliz y de un desempeño con frecuencia harto desa-

certado. Por lo que á nosotros toca, si el llamado poema didáctico hubiera de parecerse necesariamente á la *Filosofía de las Costumbres*, del padre Pérez de Celis, ó siquiera á los de nuestro Viera, no juzgaríamos funesto en demasía que por indefinido tiempo se suspendiera su cultivo. La desgracia de los poetas didácticos nace de haber confundido la poesía con los versos, como aun hoy hace el vulgo, y hasta muchos que no son vulgo, para los cuales un poeta que no haga versos resulta enteramente inconcebible.

Para entender el carácter de las obras de Michelet á que hemos aludido, figurémonos un espíritu elevado é impresionable, un hombre de imaginación y sentimiento, sorprendiendo con Ehrenberg, en alguna inapreciable partícula, el asombroso mundo de los infusorios; siguiendo con Spallanzani ó con Latreille la complicada organización de un insecto; observando con Beaumont ó con Prevost las sobrepuestas capas terrestres, páginas de la historia del planeta evocadoras de las edades en que, según explicaciones recientes y verosímiles, el sol calentaba más este globo por cuya superficie, en medio de una vegetación prodigiosa, vagaban animales semifantásticos, que parecen los hijos monstruosos del sueño y la calentura; y después, supongamos que se traduzca y concentre en libros la emoción despertada por tantas maravillas. No son, por tanto, los de Michelet, libros de ciencia, ni el fin didáctico preocupa á éste mucho: por eso no pierden su originalidad en medio de las numerosas obras en que, con buena ó mala fortuna, se popularizan hoy ciertos conocimientos. De manera que, en rigor, no se trata de mezclas nefandas de ciencia y poesía, tan desagradables para muchos, con razón tal vez, pues no debe arrebatarse á la verdad científica su dere-

cho innegable á ser exclusivamente expuesta del modo más árido y fastidioso posible; aunque, en determinadas obras y asuntos, las exigencias de la tal verdad no debieran impedir á ningún sabio, que, olvidando por un instante su naturaleza de simple cerebro, revelase, como al descuido, un corazón.

Al hablar del libro que especialmente nos ocupa, no intentamos hacer un juicio ni un análisis: basta á nuestro objeto consignar su tendencia. Positivistas hay para quienes encerrará mucha poesía y sentimental exageración. Imaginando que la realidad se falsea mientras no se nos muestre con brutal rudeza y en sus detalles groseros, hallarán demasiado ideal la blonda figura del sér delicado y nervioso que Michelet nos presenta; hay allí, en efecto, la idealidad inseparable de las generalizaciones. Quizá otros, por el contrario, pensarán ver en el libro un materialismo poético. Esos juicios importan muy poco. Recordemos solamente que en este siglo de los análisis y los sistemas, se ha escrito mucho acerca de la mujer: ateniéndonos á lo más conocido, son páginas brillantes y ligeras, en que el *esprit* figura de insigne modo; el carácter de ingeniosidad frívola en ellas patente, guarda cierta analogía con el que, en sociedad, suele distinguir las relaciones de los dos sexos. Nada de lo cual impide que se hayan igualmente publicado muchas graves cosas. Viviendo en la época de todas las emancipaciones, hase tratado briosamente de la emancipación de la mujer; y con éste ú otro motivo, se han defendido tesis que, si en defensores y defensoras prueban algo, es un completo desconocimiento de la naturaleza y la filosofía. Pero ninguna de esas producciones, meditadas ó fútiles, sabias ó poéticas, de reposado ó enérgico estilo, sobrepuja en verdad y sentimiento al libro ya mencionado, ni resulta en más loor de la mujer;

también pocas veces palabras de más sencilla ternura han caído sobre ella, joven ó encanecida por los años, virtuosa ó pecadora.

Dirán algunos—ya lo hemos indicado—que la mujer considerada en la mayor parte de estos escritos no es siempre la especie, no es el tipo formado por generalización, sino la mujer ideal, la mujer poetizada. Porque esa palabra «la mujer» es para la fantasía como el «sésamo, ábrete,» para la caverna de Alt-Babá: tras ella se presienten formas juveniles en actitudes de indecible gracia, y surge alguna cabeza llena de encanto, alguna faz sonriente ó melancólica, de grandes ojos en que hay vagos reflejos de sueños. Imagínase algo hermoso y celeste, algo como la belleza y la bondad gentilmente unidas en un sér que piensa y que, sobre todo, ama. Ningún hombre ha dejado de entrever esas apariciones, cuyos rasgos, más ó menos indecisos, creé alguna vez hallar en el mundo reproducidos ó recordados. Pero casi nadie lleva su pensamiento á la mujer tal como las circunstancias desfavorables en que aun generalmente vive suelen mostrarla. No se tiene en memoria que hay mujeres, verdaderos ángeles sin duda, pero ángeles cuya frivolidad es insoportable; no se recuerda que la ignorancia es aún el triste mal de este sexo; que la superstición, la educación viciosa, mil preocupaciones y defectos se esconden con alguna frecuencia tras la esbeltez de esas figuras; cosas bastantes á oscurecer y desvirtuar los nobles instintos, y á disminuir la cantidad de poesía que, para un hombre, hay siempre en un perfil de mujer.

Sin embargo, ante dicho aspecto, no han faltado los juicios pesimistas; un hombre, un filósofo, ha llegado á no ver en la mujer sino lo defectuoso y prosaico, pero esto sacándolo de quicio, rasando verdaderamente las cimas de la exageración. Nunca



esa mitad del género humano, á que todos, con galantería traspirenaica, denominamos «bello-sexo», ha oido en los tiempos actuales opinión más dura y despreciativa. Y no se trata de amantes desdeñados, de espíritus heridos por desengaños femeniles, de algún imberbe declamador al que una experiencia precocísima, adquirida antes de los veinte años, permite hablar mal de todas las mujeres: se trata de un hombre grave, de un representante de esa cosa gongorina y oscura que se llama «filosofía alemana», verdadero resumen de lo tenebroso, para el vulgo, que se figura á los alemanes enviándonos por especulaciones el humo de sus pipas; mas niebla de que, sin embargo, han brotado fulgores, como el relámpago surge de la nube.

Es el Pesimismo una de las manifestaciones más extrañas y notables del genio filosófico alemán. Como el poeta que, en la Introducción de *El Diablo Mundo*, donde la variada mezcla de acentos, el ritmo vagamente imitativo, el indeciso fondo, que la imaginación delinea oscuramente, dejan en el alma la impresión total de ciertas grandes sinfonías; como el poeta ése, con el oido atento sobre la noche, percibe, entre el rumor confuso de la vida y de la creación, todos los humanos gritos; las voces del desaliento, de la esperanza, de la ambición, del triunfo; así, un hombre de talento indubitable, escuchando desde la soledad ese inmenso murmullo, é investigando en él la voz suprema, de que fueran las restantes simples matices, creyó hallarla, y formuló el Pesimismo.

Los genealogistas de ideas, que laboriosamente inquieren la ascendencia de una doctrina, verán aquí muy simplificado su trabajo. En la citada podrá ser más ó menos dudoso el sabor oriental; lo incuestionable es que el primero, sea quien fuere,

que miró sombríamente la vida, que el primer desventurado, fué también el primer pesimista. ¡Qué escuela numerosa! Los remotos siglos nos han transmitido un poema que Lamartine coloca sobre todos los del mundo: es el de Job; el Pesimismo debe reivindicarlo; no sabemos si alguien puede imaginar, para la doctrina, exposición más elocuente que la de aquellos períodos breves y amargos de donde surge espantada y desnuda como su mismo enunciador.

Pero no vamos á tratar del Pesimismo, que como reacción se comprende, al recordar las ideas exageradamente optimistas que dominan aún hoy en la filosofía y en la historia. Cuando la ciencia juzga la vida, aun deja traslucir la faz, llena de beatitud, del doctor Panglós. ¿Es que la existencia es un mal absoluto? No lo creemos sin embargo, engañados tal vez por esa arteria y esa solapada intención que hay en todo lo que nos rodea, como afirmaría Mr. Renán.

Lo cierto es que el Pesimismo existe como doctrina, y con adeptos llenos de innegable fervor. La tradición de escuela exige, ya se sabe, que todo discípulo exagere las ideas del maestro; y la tradición se ha seguido también con Schopenhauer. Discípulo hay de él, cuyas obras hojea tembloroso el leyente, sintiendo en rededor de sí el fúnebre revoloteo de ideas de suicidio, y pensando hallar, á la vuelta de cada página, el anuncio de que el autor dió por su propia mano desastroso término á su vida.

*Schopenhauer* es, pues, el inarmónico nombre del fundador del Pesimismo, y, á la vez, el del enemigo más implacable que en filosofía les ha salido á las mujeres. Gran pensador, no figura en más bajo nivel que otros contemporáneos, ni aun que Hegel, á quien miraba con desprecio. Es muy claro é inteligible, no cayendo jamás en la pesada aridez,

ni en esa oscuridad germánica, que no siempre responde á las exigencias de la metafísica, sino que las más de las veces acusa falta de dotes de escritor. Su pensamiento, franco, enérgico, mordaz, nada perdona, ni siquiera á su misma nación. Juzgando á sus compatriotas escribía este pensador terrible, que «en la previsión de su propia muerte, no vacilaba en hacer una confesión: que despreciaba al pueblo alemán á causa de su necedad desmesurada, y se abochornaba de pertenecer á él.»

Schopenhauer niega al sexo femenino el calificativo universal de *bello*, aunque no hace más que reseñar á la ligera algunos de los caracteres físicos de la mujer. «Debía denominársele *inestético*», dice, no ya sólo por esa física apariencia, sino porque la mujer no posee ni el sentimiento ni la inteligencia del arte: la música, la poesía, las artes plásticas están cerradas para ella. Este sexo no ha producido jamás un espíritu verdaderamente grande, ni una obra maestra; nada original, completo, ó de duradero valor.

Y si es verdad que los griegos no admitían á las mujeres en el teatro, ¡qué perfectamente hacían, según Schopenhauer! No hay más que ver á las mujeres en un concierto, en la ópera, en la comedia; en los pasajes más bellos de una obra de primer orden, mientras suena la música, ó el actor, en la escena, interpreta una gran situación, las señoras dirigen miradas acá y allá, abanicándose con mucha calma, riendo con los conocidos, saludando á éste, chismeando más allí con su frivolidad característica. De manera, que así como se ha dicho *mulier taceat in ecclesia*, también debería decirse *taceat mulier in theatro*. Ni estaría de más poner ese mandamiento en el telón, con letras muy gordas.

En nuestra absurda organización social, la mujer

comparte el papel y la situación del hombre, gozando de una consideración semejante. Cualquiera que sea tal posición, ellas excitan en nosotros las bajas ambiciones; corrompiendo así la dominación de este sexo la actual sociedad. Respetemos la debilidad femenina, pero no le rindamos ridículo homenaje, degradándonos á sus mismos ojos. La naturaleza, al separar en dos porciones la especie humana, no ha hecho iguales esas dos partes.

Los antiguos y los orientales han comprendido mejor que los modernos europeos el papel destinado á la mujer. Si! lo han comprendido mejor que nosotros, con nuestra francesa galantería y nuestra estúpida veneración, que las vuelve tan arrogantes como impertinentes. «Me hacen pensar, añade Schopenhauer con incalificable descortesía, en los monos sagrados de Benares, que tienen tanta conciencia de su dignidad sacrosanta y de su inviolabilidad, que se lo creen todo permitido.»

Otro poquito para concluir.

¿Qué razón de ser tiene esa categoría de *dama* á que la mujer asciende en Europa? «La mujer, el *sexus sequior* de los antiguos, no está hecha de ningún modo para inspirar veneración y recibir homenajes, ni para llevar la cabeza más alta que el hombre, ni para tener derechos iguales á los de éste.» Bajo el punto de vista social y político, ¿cuán beneficioso no sería suprimir, hacer que descendiese á su natural posición, esa *dama* europea, «objeto de las zumbas de toda el Asia, y de que se hubieran burlado igualmente griegos y romanos»! Nada más evidente é indiscutible que el principio de la ley sálica. Las mujeres no tienen clase, ya Napoleón lo dijo; no debe, entre ellas, haber *rangos* ni jerarquías. Nada de damas: haya sólo en el mundo mujeres de su casa, atentas á los cuidados do-

mésticos, y jóvenes que aspiren á ser lo mismo, educadas en el trabajo y en la sumisión.

Tales son, en el fondo y casi siempre en los términos, algunas de las reflexiones que las mujeres han inspirado al gran pesimista. Rara vez deja de hablar con acritud de esas «cabecitas de largos cabellos.» Lo cual no impide que hubiese alguna vez amado, pues, á lo que recordamos en este momento Schopenhauer tuvo una hija. Tampoco el violento amor que, según ciertos biógrafos, inspiró á Aristóteles alguna mujer, sirvió de obstáculo para que el filósofo juzgase al sexo, y á la condición de hembra en general, de la triste manera que lo hizo.

Reasumiendo el pensamiento de Schopenhauer, la mujer es á todas luces inferior al hombre; ha nacido para un sólo sentimiento:

Nací mujer: amar es mi destino,

como dice un poeta. Ella tiene un arma formidable: su propia debilidad; y nula para todo lo grande, lo es igualmente para toda idea y sentimiento que estén fuera de su particular misión.

No insistiremos en estas recargadas apreciaciones, en que Schopenhauer es eco de la antigüedad y de la mayor parte de los escritores que hasta dos siglos hace han tratado de la mujer. Las mismas apologías de ésta, Juan de Espinosa escribiendo su *Diálogo en laude de las mujeres*, y Feijóo, insertando en el Teatro Crítico la *Defensa* de las mismas, probaban la necesidad de la laude y de la defensa. Pocos son los graves escritores de los pasados tiempos, que, si no en el número de los *misoginos*, como decían los atenienses, pudieran dejar de contarse entre los que han mirado á las mujeres con severi-

dad ó con desprecio. El negar á éstas comúnmente toda capacidad superior, intelectual ó artística, dura todavía, y la mayor parte de los hombres no parece aún dispuesta á modificar tal opinión. Las mujeres «no pueden alcanzar ingenio profundo», escribía el Doctor Huarte; «sólo vemos que hablan con alguna apariencia de habilidad en materias livianas y fáciles, con términos comunes y muy estudiados; pero metidas en letras no pueden aprender más que un poco latín, y esto por ser obra de la memoria.» A estas líneas, que tomamos del *Examen de Ingenios*, alude probablemente Schopenhauer cuando cita respetuosamente á Huarte, escritor cuyo nombre llegó ya famoso á España por intermedio de los extranjeros, pues, en el siglo pasado, obras extranjeras se lo revelaron por primera vez á Feijóo sorprendido.

Dejemos estas declaraciones, que la observación no halla del todo conformes con los hechos. Indudablemente, si la historia de las ciencias incluso la filosofía, anota muy escasos nombres de mujer, y éstos de problemático valor, no así la historia del arte, señaladamente de la literatura. Fijémonos al hacer la cuenta y el balance, antes de hacer inducciones, en la condición pasada y actual de la mujer; y fijémonos principalmente en que todo ese respeto y esos homenajes de que Schopenhauer se burla, han tenido y aun tienen más apariencia que realidad.

De Grecia á Roma se verifica cierto progreso en la consideración de la mujer. Ya á fines de la antigüedad, la filosofía, por boca de Séneca, no ve en la mujer el *sexus sequior*, no cree que un sexo es mejor que otro. Fué tal vez una opinión aislada y única; pero algo significa. Pronto las ideas cristianas y los sentimientos de los bárbaros llevan á remate la gran mudanza.

Corrieron aquellos siglos extraños en que la in-

moralidad, la relajación de costumbres, la ignorancia, la rudeza de espíritu no impedían por entero, ya aquí, ya allá, la aparición de algunas virtudes. El amor fué una idolatría; la mujer disputaba, cuando no se apropiaba, en el alma de los caballeros y de los trovadores, el lugar que en los sentimientos de gentes oscuras y humildes solían ocupar Dios y los santos. Las blasfemias y las ardorosas expresiones se hallan confundidas en los cantos de amor. Los caballeros se hacían bendecir por sus amantes; se solicitaban dispensas religiosas para querer á una mujer casada; se declaraba el amor incompatible con el matrimonio. A todas estas cosas, al amor, á las batallas, á los desafíos, se mezclaba la religión, simple conjunto de ceremonias á que se daba un valor supersticioso, cuando se le daba alguno: Petrarca, en una de sus cartas, habla de los «filósofos modernos» que se retan de la fe y atacaban la doctrina de Cristo: véase si es antigua la calamidad.

Y todos saben que existían «cortes y tribunales de amor», con sus decretos y sentencias, con sus códigos que graves jurisconsultos comentaban. Nobles señoras, princesas y reinas componían esos tribunales, que eran en sus trámites un remedo de los ordinarios, y á los cuales se sometían cuestiones ridículas ó escandalosas, que reflejaban lo frívolo al mismo tiempo que lo depravado de las costumbres.

El amor fué el culto de la época y la mujer el ídolo. Cuando Don Quijote, echándose á buscar aventuras, piensa en elegir una dama á quien consagrar sus hechos futuros, no se acomoda sólo á los imaginarios héroes de las novelas caballerescas, sino á una costumbre real de los tiempos medios. En esto, como en algunas otras cosas, los libros de caballerías no exageraban demasiado: el caballero necesitaba en la edad-media, junto con las armas y el

caballo, una dama á quien servir, y á la cual se encomendaba religiosamente cuando, embrazado el escudo y con la lanza y la cabeza bajas, se arrojaba, al galope de su caballo, sobre el enemigo.

Tampoco amores inverosímiles, cuyo platonismo no cedía al del Hidalgo de la Mancha, eran imposibles de hallar. Caballeros que se enamoraban furiosamente de mujeres á las cuales jamás habian visto; singulares penitencias de amantes, observadas con no menos singular rigor: éstos no eran completamente prodigios; sobre todo, eran cosas que daban al héroe un aspecto caballeresco é ideal, y una popularidad que aumentaba en razón de lo excéntrico de los hechos.

¿Y la poesía? Los trovadores provenzales, que inauguraron la de la edad-moderna y á quienes Petrarca saqueó para sus propios sonetos y canciones, no hicieron cosa más notable que cantar la galantería y el amor, asuntos considerados entonces, si no como los únicos poéticos, como los más altos y dignos de la poesía; pues ¿qué eran los heroicos hechos de guerra, faltando una mujer cuyas miradas ó cuyo suave al par que ardiente recuerdo alentase al que los acometiera? Para imaginar algo esa erótica poesía, y dado que no nos quedásemos dormidos antes de llegar al vigésimo soneto, sobra con oír á Petrarca, príncipe, rey ó emperador de los poetas eróticos, cantando á Laura en todas las actitudes y posiciones que á esta rubia *donna* le plugo tomar: de perfil, de medio perfil y de frente; de pie y sentada; celebrando sus menudos dientes, su tentadora boca; sus cabellos sedosos y perfumados; sus brazos, sus manos, sus pies, todo. A pesar de esto, no quiso casarse con ella, aunque pudo.

Pero todo este amor elevado á la locura, tanta galantería, tanto homenaje, ¡cuán poco halagadores



son! Es verdad que estamos ya algo lejos del amor antiguo y de la mujer griega y romana; pero estamos igualmente distantes del verdadero amor y de la verdadera mujer. Se hizo de ésta una diosa, pero no se le creyó digna de ser una compañera. La fuerza se inclinó ante la debilidad, sin estimarla.

Y algo de esto pasa aún hoy, porque la galantería de salón no prueba casi nada. Todavía nos sonreímos al pensar que una mujer pudiera ser médico, ó abogado; se le perdona el cultivo de algunas bellas artes, en cuanto le sirva para aumentar sus atractivos; respecto á la literatura, hay hombres generosos que le permitan escribir con ortografía, pero nada más. Una mujer sabia ¿quién lo duda? es un horror. La ilustración las haría pedantes, se dice; les quitaría además esa ingenua ignorancia, esa futilidad de palabras y de ingenio que es un encanto en estos seres bellos y frívolos. Imaginemos como se quedarían todos los apreciables jóvenes que han hecho interesantes estudios sobre la manera de ponerse la corbata, delante de una señorita que supiese latín, y anatomía, y filosofía. ¡Qué atrocidad!

Reflexionemos ahora. La literatura es cada día el campo más abierto á la mujer, y el número de las que en él se distinguen crece diariamente. Concretándonos á las que más han sonado en estos últimos dos ó tres años, recordemos los nombres de las señoras de Puissand y de Greville, en Francia; en Bélgica, el de la señorita Nicet, poetisa que tanto ha llamado la atención, y el de Carolina Graviere, muerta hace poco, y en opinión de algunos, la mejor novelista belga; en Holanda y el Norte de Europa, los de las señoras Colban, Rosenfield, Wallis, novelista muy elogiada; en los países eslavos, los nombres de las señoras Podlipska, Krestofsky, émula de Nicolás Gogol y de Iván Tourgueneff, y otras

varias; en España, Doña Concepción Arenal, y algunas que no citamos, aun creyéndolas de algún mérito; y dígase si estas ligeras citas dejan de probar, ya que no otra cosa, la creciente capacidad literaria del sexo.

Creemos, con Schopenhauer, que «la naturaleza, al dividir en dos partes la especie humana, no las ha hecho iguales.» La mujer es un sér completamente distinto de nosotros, que tiene una psicología y una fisiología propias. Es probable que ninguna mujer llegue, en las ciencias matemáticas y físicas y en las filosóficas, á tener un nombre como el de Newton, el de Leibnitz, ó el de Kant; que ninguna mujer haya producido jamás ninguna grande obra de arte, y no sea fácil que puedan hacer en poesía lo que han hecho Shakespeare, ó Víctor Hugo; á pesar de la opinión de ciertos filósofos respecto al cultivo del arte por la mujer. Pero esto no menguaría su noble destino; hay algo tan bueno como saber, y es amar; hay algo tan magnífico, por lo menos, como crear una grande obra, y es saber crear al que la ha de producir.

Los papeles están bien repartidos, y se completan. Pero ¿esto significa que no debería ilustrarse á la mujer? La consecuencia sería absurda, porque es desconocer el carácter y el fin de la ilustración. Todos los defectos de las mujeres nacen de la ignorancia. En algunas naciones, como España, cuyas mujeres tienen para los extranjeros fama de ignorantes; en algunas provincias, como la nuestra, el mal es tan común que ni siquiera llama la atención.

Dice un escritor español, que las mujeres no suelen leer con curiosidad lo que acerca de ellas se escribe; lo cual, á la verdad, no es una gran desgracia; porque bien se puede prescindir de esas cosas sentimentales, que comienzan:

---

La mujer! Flor mecida, etc.

No obstante, bueno sería tuviesen presente, que si el sentimiento basta para alumbrarlas en ocasiones, hay una luz que, asociada á él, nunca podría faltarles. Y para eso, bastaría una cosa: que ellas cultivasen, mejor dicho, que nosotros cultivásemos algo más su inteligencia.

1880.

---

## FRAGMENTO (\*)

---

Aunque no tanto, ni con mucho, como las señoras noveleras, hay en España señoras novelistas, y ya le ocurrirán al lector dos ó tres nombres á lo menos, si por casualidad ha hojeado algunos de los libros ó el periódico de modas que lee su mujer (ó su señora, pues que tan impropio término se usa).

Porque las damas noveladoras hallan sus lectores casi exclusivamente en el sexo á que ellas pertenecen. Los hombres, y no por falta de cortesa ó sobra de gusto, rara vez son medianamente aficionados siquiera á las novelas escritas por señoras; pero las mujeres... ¡Poquito que han llorado leyendo las sosas

---

(\*) No podemos dar otro título que el de *Fragmento* á estos ligeros apuntes hallados entre los diversos papeles del autor. El original se halla sin corregir; es parte de otro trabajo en proyecto, y no lo hubiéramos incluido en esta colección, á no haber tenido, como tiene, alguna relación con el artículo precedente.

y morales invenciones de la Mengana ó la Zutana! Entre éstas y los productores varones más populares y *familiares* del mismo artículo (Pérez Escrich, Teodoro Guerrero, etc.) han hecho correr más femeniles lágrimas que en Jerusalem la gran ruina vaticinada por el profeta.

Lo cual, en opinión de gente superficial y maleante, asemejará el depósito de esas lágrimas á cualquiera otro de los que se construyen para líquidos: el más inexperto puede dar vuelta á la llave.

Aun recuerda la personalidad masculina que esto escribe la viva emoción de una desconocida lectora. Pasaba él, ya cercana la noche, por cierta alejada y estrecha calle, cuando, asomada á una ventanita que apenas se alzaba un metro del suelo, y leyendo una entrega que por su color de papel de estraza claro y sus grandes tipos, aun perceptibles, transcendía á edición popular de Murcia y Marti, vió á una graciosa muchacha. Con el busto fuera del antepecho, caídas hasta el codo las mangas de la casera bata, que dejaban así al descubierto los redondos y hermosos brazos; absorta, conmovida, no perdía letra. Tenía la entrega casi junto á los ojos que, cuajados de lágrimas parpadeaban al desprenderlas y se abrían desmesuradamente esforzándose en recoger la difusa luz crepuscular. Llegaba sin duda al interesante pasaje en que Ernesto, herido por el puñal del pérfido marqués, y tendido en su lecho, siente ó cree sentir las ansias de la muerte y se despide con frases tiernísimas de su adorada, que vela á su cabecera, y llora amargamente, como llora la fiel doncella que la acompaña, y llora en un rincón el no menos fiel criado de Ernesto, y lloraba la chica de la ventana, y casi lloraba yo viéndola llorar.

Yo sé que la triste escena de la despedida de Ernesto hubiera hecho bostezar infaliblemente á un

lector de más delicado gusto que el de la muchacha de mi cuento. ¡Y si sería ésta capaz de tenerlo primoroso! ¿Qué artista, sino ella, arreglaba, exornaba y hasta corregía á veces, con tanto acierto y habilidad, y todas las mañanitas de Dios, aquella tan gentil obra de la propia persona, que valia por cuatro novelas, y no seguramente de las malas? En muchos hombres ni siquiera hay asomos de gusto artístico; pero éste, más ó menos desarrollado, existe en casi todas las mujeres, supuesto que casi todas conocen el peinado que les sienta, los colores que les cuadran y el vestido que les está mejor. Su voto es decisivo en asuntos de cosmética é indumentaria, al cabo dos artes. Una mujer es artista siempre: artista de sí misma, en cierto modo; pues ella, aunque la naturaleza produjo la obra, es quien la adereza y dispone convenientemente. En ocasiones, la enmienda. Alguna vez, siguiendo las tradiciones de los escultores antiguos, defendidas hoy por Jugmann, la pinta. En estos casos, la obra pertenece casi íntegramente al arte: la naturaleza que sólo ha suministrado la *materia prima*, no puede, en justicia reclamar nada.

Sostengo, pues, que el sexó hermoso, como prefería llamarlo Clemencin, ha sido predestinado al ejercicio de la actividad artística, cual es opinión de algunos filósofos modernos, alemanes por supuesto; aunque otros, germánicos también, despolvando cosas viejas, hayan mostrado aquella antigua enemistad y desprecio hacia las mujeres, aquella malquerencia que en la escena ateniense hacía exclamar á un personaje:

...¡Infame sexo  
Que los prudentes odian!...

.....

...¿A las mujeres  
Por qué creaste, omnipotente Zeus? (1)

Contentémonos con recordar de paso semejantes extravagancias. No solamente la mujer respecto al hombre, pero, ni la hembra en general, ocupa en el orden de los seres un lugar inferior al macho, ni siquiera desde el punto de vista estético, pese á ciertos antropólogos y naturalistas. Si los penachos tornasolados, las colas multicolores y espléndidas, las grandes melenas, los retorcidos ó ramosos cuernos, que también adornan, suelen ser atributo de los machos; si entre los pájaros cantores la hembra es muda y el macho es el artista *di canto*, ¿para qué sirven todas esas cosas, lujosos apéndices caudales, ó habilidades músicas, sino, como afirma Darwin, para atraer y conquistar á la hembra?

Bueno! Pero esos apéndices caudales, ese lujo de colores, esas habilidades músicas, ¿tienen su finalidad en sí mismos, como preguntaría un estético? ¿Son ellos una aplicación de la fórmula de «el arte por el arte», ó si se quiere, de la belleza por la belleza? De ningún modo: su fin, contesta Darwin, es atraer, enamorar á la hembra, conquistarla. Cuando son varios los pretendientes y la fuerza no dirime entre estos la competencia, la hembra escoge: se somete al penacho más vistoso, y sucumbe ante la cola que más soberbiamente se despliega. Impresionable en alto grado, cualquier particularidad la seduce. Puesta á elegir marido entre ruseñores ó canarios, fijase en la calidad de las voces, compara los gorjeos y las *floriture*, aprecia cada escuela de canto, y sólo entonces se decide, entregándose al

---

(1) Esquilo: *Los siete sobre Tebas*. Trad. de Menéndez Pelayo.

cantante que más la ha conmovido, ó que más notable artista le parece. Así verifica una selección que, sostenida por la herencia, contribuye, según la teoría darwiniana, á modificar progresivamente la especie.

Mas ¿qué sacamos de todo esto? Que la hembra ha de estar, en las especies irracionales, dotada de gusto por lo bello y de sentido crítico. Ella examina, compara, admira, elige; lo cual supone evidentemente cualidades y condiciones de que el otro sexo no da muestras. La hembra es tan superior al macho, como lo es á la belleza natural é inconsciente quien la contempla y juzga.

Después de esta defensa, por la que, lo recelo, ninguna hembra me dará las gracias, sólo añadiré que para dilucidar ciertas cuestiones sería muy conveniente oír á naturalistas y antropólogos del sexo femenino, si los hubiera. Los sabios son algo *misoginos*, y su testimonio me parece sospechoso. ¿Cómo han de juzgar imparcialmente acerca del sexo, ni de circunstancias propias? ¿No han revelado Welcker y Vogt el secreto de ciertas opiniones discordantes sobre el valor de la cantidad de masa encefálica y la mayor ó menor capacidad craneana? Según ellos, «los antropólogos de cabeza grande están dispuestos á defender una de las tesis, mientras que los de cabeza estrecha y puntiaguda defienden con no menos energía la tesis contraria.» ¡Fíense ustedes ahora de antropólogos cuyas investigaciones craneológicas no pueden aceptarse sin indagar previamente el tamaño y forma de la cabeza del investigador y averiguar si es braquicéfalo ó dolicocefalo! ¡Sabios tan descorteses, que por no darse á buscar una perifrasis decorosa para designar cierta conformación orgánica, escriben muy serios: Toda mujer es, por regla general, patizamba! Pero tran-



---

quiltcense las mujeres: estos y otros sabios, no solamente suelen enamorarse como cualesquiera mortales, y se turban á veces con el recuerdo de un par de ojos femeninos; sino, lo que es más grave, se casan más pronto que los ignorantes. Es probado.

En la mujer, además, y dígase lo que se quiera, no se cumple por ningún concepto lo que de las hembras irracionales predicán los naturalistas: no es inferior en belleza al otro sexo, que todos apellidan feo, sino que la hermosura es tan de ella como las propiedades del ser femenino.

.....

.....

---

# EL VÉRTIGO

POEMA DE NÚÑEZ DE ARCE

---

La edad-media! Son tiempos á cuya evocación asociamos confusamente una como imagen del amanecer; de la hora en que las estrellas brillan dispersas y pálidas y los objetos se esclarecen por grados en la sombra y comienza el desentumecimiento de la naturaleza dormida. Tienen el vago encanto que hay en la indecisa claridad del día que nace. Tienen, sobre todo, la poesía de las lontananzas.

Después de la lectura de una romántica leyenda, ¿qué juvenil imaginación no sueña aún con aquellos extraños siglos, cuyo recuerdo, idealizándolos, ejerció tanta influencia en la última generación literaria? Torneos, cortes de amor, ciclópeas batallas, caballeros cubiertos de hierro, damas, trovadores: todo esto lo hemos visto alguna vez, con los ojos de la exaltada fantasía, esbozado en caprichosos fondos llenos de aldeas señoriales y campanarios góticos, de siervos y de pecheros. En medio del cuadro, y como representación en que la edad entera se rea-

sume, destácase el castillo formidable, que, allá, colgado en las altas rocas, eleva sus torreones al cielo. Mil veces nos hemos figurado, en nuestras poéticas alucinaciones, la gran sala en que, junto á la disforme chimenea, donde hubiera cabido holgadamente el á sador de un olmo entero y el entero novillo de las bodas de Camacho, comenzó la vida de familia. Dentro del área luminosa, la castellana, de semblante pálido y rubios cabellos, hila silenciosamente en su rueca; los servidores se entregan cerca del fuego á sedentarias faenas; y junto á él se calienta, dormitando, algún fraile, algún buen peregrino, huéspedes que la tempestad ó la noche acercó al foso demandando albergue. Sobre estos grupos, la roja claridad de la chimenea batalla con las sombras, provocando aquellos contrastes á que tan aficionado era Rembrandt. Ya se ha oído, primero lejano, después más cerca, el cuerno de caza que revela la presencia del señor. Ha rechinado el pesado rastrillo, ha caído el puente con estrépito; y el amo, jayán templado rudamente en la caza y en la guerra, ha entrado rodeado de sus monteros, seguido de sus perros, llevando en la enguantada mano el halcón favorito, al que rocía con vino junto á la lumbre. Poco á poco, las conversaciones mantenidas cerca de ésta suelen irse debilitando por la exclusiva atención con que se escucha algún curioso relato de caza, ó de asombrosas aventuras en viajes á apartadas y casi fabulosas tierras, que quizá no disten cien leguas de la comarca; ó alguna maravillosa conseja, que empuja hacia la claridad á los más medrosos.

Cuando se alzó el telón en el Teatro Español, ése fué el cuadro que, en los detalles más característicos, pudieron recordar los espectadores. En la escena aparece la decoración que sirvió para el acto

segundo de *En el seno de la muerte*, de Echegaray: es el salón gótico del castillo de Argelez, con su gran chimenea, con su ventana ojival por cuyos vidrios de colores entra la luna cuando la luz del hogar se amortigua. Trátase de una escena de la vida feudal, la velada de invierno. Uno de los huéspedes, un trovador, atentamente escuchado por los señores del castillo y por la servidumbre, relata una sombría leyenda. Esta leyenda es *El Vértigo*, poema de Núñez de Arce.

Analizarla detenidamente; reseñar primero el argumento, y desencajar, para ofrecerlos aislados, versos de unas décimas admirablemente hechas, entre las cuales es imposible la elección; parece cosa de tan dudosa utilidad, que renunciamos de buen grado á ella. ¿Cómo hacer conocer, á no copiarlo íntegro, un poemita perfectamente acabado, en que la corrección se une con la belleza, al modo que en las restantes obras de Núñez de Arce; en que el lector de más potencia crítica no hallaría un verso flojo, ni una imagen de discutible gusto, ni uno de esos defectillos de forma, ó el mal encubierto ripio en que cualquier maestro incurre con la sana intención de completar la inflexible estancia, ó de lucir, dos líneas más abajo, un hermoso verso? Narrar prosaicamente el asunto del poema no sería otra cosa que enseñar á los lectores una conseja más, tal vez una de las más sencillas é insignificantes. Sabrían, si lo contáramos, que en una torre alzada á orillas del mar vive un noble poderoso, D. Juan de Tabares, que, con otras muchas mercedes de sus reyes, ha recibido en feudo

las seis villas y lugares  
de aquella agreste comarca.

Este D. Juan es terrible y feroz:

Pasma al mirar su serena  
faz y su blondo cabello,  
que encubra rostro tan bello  
los instintos de una hiena.  
Cuando en el monte resuena  
su bronca trompa de caza,  
con mudo terror abraza  
la madre al niño inocente,  
y huye medrosa la gente  
del turbión que la amenaza.

No sale de su cubil sino para robar, incendiar y matar. Pasa las noches en orgías sin nombre; é intenta coronar esta vida monstruosa con un fratricidio.

Tiene aherrojado en un calabozo á su hermano, sér noble y bueno, á quien profesa un odio salvaje, sin que sepamos la causa, ó mejor dicho, sin que podamos comprenderla enteramente. Porque este monstruo, ó este loco, abriga contra todo lo que le rodea el mismo odio que se supone en Satanás, y por idéntica razón que éste: por incompatibilidad de naturaleza. Obra como arrastrado por un vértigo, como así lo dice á su hermano:

Desde el día en que nací—  
añade airado y convulso—  
obedezco á extraño impulso,  
y no soy dueño de mí.  
Lucha, pues armas te dí  
etc.

Una noche,

...una de aquellas

noches que alegran la vida,  
 en que el corazón olvida  
 sus dudas y sus querellas;  
 en que lucen las estrellas  
 cual lámparas de un altar,  
 y en que, convidando á orar  
 la luna, como hostia santa,  
 lentamente se levanta  
 sobre las olas del mar:

—comparación la última, que recuerda los versos, de un poeta francés,—Don Juan, después de algunas vacilaciones, baja á la prisión de su hermano, y obliga á éste, que se resiste, á que combata con él. Hay un breve diálogo. Don Juan dice á Don Luis:

.....  
 —¿Por qué Dios me ha dado un alma  
 tan distinta de la tuya?  
 Pues no hay fuerza que destruya  
 el odio mortal que abrigo,  
 ¿á qué, di, cuando te hostigo,  
 con tu cariño me hieres?  
 ¡Aborréceme, si quieres  
 ser generoso conmigo!

Luego, con gesto feroz,  
 prosigue quedo, muy quedo,  
 como si tuviera miedo  
 de escuchar su propia voz:  
 —«¡Si supieras cuán atroz  
 es la inquietud con que lidio!  
 Yo prefiero el fratricidio  
 al afán que me tortura,  
 porque es tal mi desventura  
 que hasta tus penas envidio.»

.....  
 «Que el sol naciente me vea  
 libre de tan grave peso.»  
 Y levantándose el preso,  
 dice resignado:—¡Sea!»

Los dos hermanos salen al combate. La tranquila noche, la indecible calma de la naturaleza, están magistralmente trazadas, como el poema todo; sin embargo, las décimas á que nos referimos y las que siguen, hasta el final, son verdaderamente únicas.

El silencio es interrumpido solamente por los lúgubres aullidos del lebrél de D. Juan. Pero el duelo no se verifica, porque D. Luis se niega á él rompiendo su espada. D. Juan, cegado por el odio, mata infamemente á su hermano.

Entonces, comienza el castigo. Ante el horror del hecho, la razón del nuevo Caín se turba, y espantado, emprende una carrera frenética; corre sin parar, desatinado, y en esta desenfrenada carrera le acompaña, implacable, con los ojos fijos en él, el cadáver de D. Luis. El fratricida precipita despavorido su insensata fuga teniéndole siempre á su lado y sintiendo tras sí el ardiente hálito del lebrél.—Quizá esta expiación sin ejemplo sólo haya adquirido materiales formas en el alma aterrada del asesino; pero al fin éste cae muerto, en tierra, y el nuevo día alumbrá los cadáveres de los dos hermanos, y junto á ellos el del fiel perro de D. Juan.

Tal es el asombroso desenlace del poema, que trae á la memoria la infernal cacería relatada como castigo de ultra-tumba en una leyenda popular. Este carácter de popular es el que Núñez de Arce ha querido, según dice él mismo, imprimir á su obra, y por eso la ha escrito en décimas. Los amantes del

«trascendentalismo» buscarán inútilmente en ella una significación recóndita, una intención más ó menos profunda que asome tras el velo de la sencilla narración legendaria. Allí no hay más que una simple leyenda, y el autor de *Raimundo Lulio* no se ha propuesto hacer otra cosa; una leyenda bellísima así en el conjunto como en los detalles.

El asunto de *El Vértigo* es, por otra parte, digno de las fantasías románticas de hace cuarenta ó cincuenta años. La pasión inaudita llevada hasta el delirio; la inconcebible tensión de fibras, de que los románticos hacían un carácter, se ve en D. Juan.—D. Juan, que obra arrastrado por un fatal vértigo: que comete crímenes sobre crímenes, sin remordimiento alguno, y, como no es dueño de su voluntad, sin culpa tampoco, según él mismo parece creer: que odia á su hermano, únicamente porque éste es bueno y le ama todavía: D. Juan, sobre el que recae una expiación tremenda, es tal vez un carácter absurdo: hay en él lo injustificado que se advierte en muchas leyendas populares. Mas ¿á qué hablar de una cosa que el autor previó, sin duda alguna, y de que intencionadamente hizo la base de su fantástico relato?—En la mayor parte de sus narraciones el arte popular no se preocupa de las anomalías; no se cuida de hacer siquiera vislumbrar la razón de ciertos hechos: consigna, pero no explica ni concilia. Sea ó no, á su turno, lo que acabamos de indicar, una explicación; ante una obra que afecta ese mismo carácter popular y legendario, sobre todo tan perfectamente escrita como *El Vértigo*, quizá es ridículo, á más de inoportuno, entrar en un determinado género de disquisiciones. Cuando leemos en *El Parricida*, de Víctor Hugo, que Kanut mata á su padre Sweno, «anciano casi loco,» apenas nos importa saber el por qué de tan bárbaro crimen: atendemos



al castigo portentoso: sólo vemos al parricida incorporándose en la tumba, marchando envuelto en su mortaja de nieve, mientras de los sombríos cielos caen sobre él gotas de sangre: sólo vemos al criminal huyendo horrorizado, sin atreverse á comparecer ante Dios.

Dejando aparte el innegable mérito de *El Vértigo*; la manera de que el público de Madrid conoció el poema debió influir mucho en su éxito extraordinario. D. Rafael Calvo declamó la obra de Núñez de Arce, con el aparato ingenioso á que antes hemos aludido y que fué imaginado por aquel actor. El marco respondía tanto al lienzo, el fondo se hallaba tan íntimamente unido á la composición principal, que ésta debía producir, y produjo, un efecto maravilloso. Núñez de Arce, además, ha llegado á esas alturas desde las cuales las obras de un autor, cualesquiera que sean, no hallan jamás indiferentes, sino entusiastas: no fría acogida, sino admiración profunda. El poeta de los *Gritos del Combate* es digno de este último sentimiento: por la correcta belleza de la forma aventaja quizá á todos nuestros poetas contemporáneos, como así lo atestiguaría, á falta de más pruebas, su postrer obra. Por esa cualidad es, de los actuales, el poeta en cuya imitación se corre menos peligro.

Hijo del siglo, en ocasiones ¡poeta de la amarga duda; que en medio del desmoronamiento de las ideas, en medio del polvo de lo que se levanta y de lo que cae, busca, unas veces con confianza, otras sin ella, un firme asiento, su inspiración pasa bruscamente desde *La última lamentación de Lord Byron* al *Idilio*; desde *La Selva Oscura* á la leyenda que es hoy su última producción. En la carta-prólogo que precede á ésta, Núñez de Arce declara que solamente considera las citadas obras como tentativas ó ensa-

---

yos en géneros distintos, como ejercicios que le faciliten más tarde concluir un poema de mayor importancia. Si el autor se ha probado de este modo á sí mismo, como se prueba un arma antes del combate, seguramente debe haber quedado satisfecho.

1880.

---

## NOTICIAS LITERARIAS

---

### EL GRAN GALEOTO, DRAMA DEL SR. ECHEGARAY

De las tres ó cuatro epopeyas donde se han condensado estéticamente las tres ó cuatro grandes civilizaciones de que somos herederos; la Divina Comedia, vulgarizada en muchas traducciones que por ahí andan, alguna de ellas muy lujosa y con grabados de Gustavo Doré, es, en España como en todas partes, la más leída ó la más conocida, que sin embargo no es lo mismo. Si media docena de citas supremamente fastidiosas demostrasen algo, pocas obras resultarían más traídas y manoseadas que la gran epopeya dantesca. No hay periodista ú orador parlamentario con bastante abnegación para dejar escapar la feliz coyuntura de decir á ministros entrantes, y aún á ministros salientes: «*Lasciate ogni speranza, voi che'ntrate*»; ó ya: «*Sí; caerá ese ministerio: caerá come corpo morto cade*»; ó también: «En cuanto á los presupuestos, señores, ¡qué perfectamente dijo Dante, *non ragionam di lor*, no hablemos de ellos!»

Pero aunque los cien cantos de la Divina Comedia se tuviesen en la memoria tan seguramente como aquel amigo de San Agustín se tenía los doce libros de la Eneida, difícilmente nadie, al anunciarse el último drama del Sr. Echegaray, hubiera sospechado, por la inspección del título, no ya el pensamiento fundamental de la obra, sino lo que ese título podía siquiera significar.

Y como los libros de caballerías ya no se leen, de lo cual deben felicitarse muchos novelistas, que serían entonces irremisiblemente suplantados, nadie se acordaba de Lancelote ó Lanzarote, ni de la reina Ginebra, y por ende, tampoco del escudero mediador entre estos finos amantes.

El Sr. Echegaray, sin embargo, no tomaba la cosa de tan lejos. Se refería más directamente á un verso de la Divina Comedia, verso contenido en un episodio de excelsa belleza, inmortal por su ternura y su fuego, trazado con la enérgica sobriedad de aquella pluma que tan sombría y terriblemente esculpió más que describió el sobrehumano dolor de Ugolino.

Un día Francesca y Paolo leían por diversión las aventuras de Lancelote; «y el modo con que el amor se apodera de él», dice Francesca—única que habla en el episodio,—al poeta que con tanta emoción interroga.

Solos y sin recelo  
de que nuestra quietud dulce y segura  
turbasen los sonrojos,  
estábamos entonces; mas, durante  
la plácida lectura,  
muchas veces se hallaron nuestros ojos  
y mudó de color nuestro semblante.  
Pero sólo á un relato sucumbimos:  
cuando los dos leimos

que en un beso, robada del amante  
es la dulce sonrisa que él provoca:  
éste, que separado  
no podrá ser ya nunca de mi lado,  
me besó, estremeciéndose, en la boca.  
Fueron libro y autor el Galeoto.  
No leimos ya más por aquel día.

«Y en tanto decía esto, continúa Dante, el otro espíritu (Paolo) lloraba tanto, que yo me sentí morir de piedad....»

¡Ah, pobre Francesca, amorosa y valiente, que echabas de menos los días de la pasada ventura mientras lloraba tu amante; él no te quería! Si no, ¿cómo acongojarse hallándose á tu lado, unido á tí por toda la eternidad y arrastrados juntos por el mismo infernal torbellino?

«Galeoto fué para nosotros el libro y quien lo escribió», dice Francesca, aludiendo á que Galeoto ó Gellehunt es en ese libro el intermediario de Lanceote y la reina Ginebra. Por eso el drama del señor Echegaray se titula *El Gran Galeoto*.

Y este gran concertador de voluntades, es según el Sr. Echegaray, la sociedad en que vivimos, es todo el mundo.

Un hombre y una mujer; él, joven y honrado; ella, de pocos años también, dotada de hermosura y virtud, se quieren como hermanos; nunca hubo en ellos pensamientos de otro amor, probablemente jamás les hubieran ocurrido, porque él respeta como á un padre al esposo de la que mira como su hermana.

Pero aquel hombre y este matrimonio viven juntos; quizá juntos inocentemente han sido vistos alguna vez el joven y ella en el teatro, en el paseo, en un sitio público cualquiera; esto no es seguro,

pero no importa: no es necesario tanto. El público da en decir que ambos se quieren, no como hermanos, ¿quién cree en estas inocencias?, sino como amantes.

Y ¿por qué? Porque sí; porque él es joven y ella hermosa; porque se ven y se hablan todos los días; porque viven en una misma casa; porque

Él será sabio y filósofo  
y matemático y físico;  
pero tiene cuerpo humano  
y la otra cuerpo divino,  
y basta *¡corpo di Baco!*  
para cuerpo de delito,

como dice uno de los personajes en un monólogo lleno de gracia y naturalidad.

Además,

...supongamos que sea  
como dicen su cariño:  
la gente, ¿qué entiende de eso?  
¿Qué obligación han suscrito  
para pensar bien de nadie?

Y la gente dice que ambos se quieren, no fraternalmente, sino como Francesca y Paolo, ú otros dos cualesquiera. Y la vida de aquellas tres personas bajo el mismo techo llega á parecer un escándalo, y el cuchicheo y el decir de la gente se convierte en voz que se hace oír del marido. Entonces, *ella* y *él*, empujados uno hacia otro con insistencia tal, se miran por vez primera, y como Francesca y Paolo al alzar turbados su vista de las páginas reveladoras, «sus ojos se encontraron y se demudó su semblante.»

El mundo fué su Galeoto.

La malévola interpretación de hechos inocentes, la murmuración pública, tantas bocas soplando afanosamente sobre la ceniza, ¿qué chispa dejarían de hacer brotar? Suponer en un hombre el crimen de que ni aun la idea ha nacido, es ya despertarla, aunque sea rechazada con horror, y revestírsela de una posibilidad antes ni siquiera concebida. Mas esto allí no se detiene en tal punto: el marido cree en la inocencia de su esposa y del que él mira como hijo; pero se llena de angustias y sospechas. En vano el acusado abandona desde luego la casa en que ha vivido: el marido, herido mortalmente en un duelo provocado por el escándalo, muere, y, por circunstancias fatales, muere creyendo en la culpabilidad de los que, aun agitado por la duda, había supuesto inocentes; y su hermano arroja de la casa á la esposa, entregándola así al amante, que la recibe desmayada en sus brazos, y se va con ella, prorrumpiendo indignado en palabras magníficas por su energía y atrevimiento. Así se completa la obra de la maledicencia: la gente se esfuerza en lograr que aquella mujer sea la querida de este hombre, y consigue su objeto.

Este es, en lo principal, el argumento del drama. Todos conocen lo asombroso del éxito. En cuanto á ser *El Gran Galeoto* el mejor drama de Echegaray, como se ha dicho, la afirmación parece algo aventurada, si se hace en absoluto y sin restricciones; quizá ha sido, sin embargo, el menos discutido. No hay en él exageraciones, se desarrolla con gran verdad, no suscitando reparos la marcha de la acción; reconociendo en él la crítica más unidad, más orden y mejores condiciones formales que en los otros dramas del autor. Aquí el genio, entregado á sí mismo, no ha roto por todo, como una fuerza ciega.

Cumple, además, el drama, con exigencias, si requeridas en todo tiempo, hoy con plena conciencia formuladas: responde á nuestra propia vida, á nuestros intereses y á nuestras pasiones: en él encuentra todo esto, bajo una forma determinada, resonancia grande y profunda. Gústanos también hoy contemplar un aspecto, una fase, un punto más ó menos conocido, ó sentido de la vida moral ó social, alumbrado de lleno por el arte; ayudando el contorno y las líneas y los colores con que esa luz nos lo presenta, á ver aquello con entera claridad, despojado de lo que le era extraño, con la elocuencia que tiene en sí mismo y que entonces el arte revela. Y todo esto se halla en el drama de Echegaray.

Desgraciadamente, si una representación tiene la importancia de un acontecimiento real, como dice Mme. Staël, su eficacia es la de casi todos los ejemplos: muy poca. Después de ver *El Gran Galeoto*, la murmuración no dejará por eso de morder en el tentador fruto de la honra ajena; la mediocridad y la envidia humanas, antes que concebir en algo el bien, creerán siempre lo peor; y no dejarán de ver en el hecho inocente ó bueno criminalidad ó egoísmo. Muchos escrupulosos continuarán juzgándose libres de pecado y satisfarán su conciencia, declarando solemnemente, después de arrastrar por el fango á un semejante suyo:—«Esto no es murmurar»; y algunos seguirán creyéndose hombres honrados, si después de haber sido intérpretes de la calumnia, hacen esta salvedad notable:—«Esto dicen... yo no lo aseguro... pero...

Concluiremos ya esta ligera noticia. El drama del señor Echegaray está versificado, y consta de tres actos y un prólogo. El prólogo está en prosa, y su objeto, como el de los exordios, puede definirse lo mismo: Disponer el ánimo para oír benévolamente



lo que se va á decir. Así este prólogo, exigido tal vez por la naturaleza del pensamiento del drama, se propone, aunque de diverso modo y sin indisoluble enlace con la obra, lo mismo que el señor Sellés realiza breve y sencillamente, y con gran naturalidad, en la primer escena de su drama *El Nudo Gordiano*.

---

FERNANDO DE LAREDO, POEMA DEL SR. VELARDE

D. José Velarde se dió principalmente á conocer leyendo algunas de sus poetas en el Ateneo de Madrid, á pesar de que datan de fecha anterior publicaciones suyas. Manifestó así sus dotes poéticas, como recientemente el señor Albarzuza, por ejemplo, en quien no parecen menores, si juzgamos por media docena de versos llegados á noticia nuestra.

Hoy pocos desconocerán al señor Velarde, que, como Núñez de Arce y Campoamor, ha escrito y publicado, con otras diversas, algunas de esas obras de corta extensión y libre forma, de carácter complejo y vario, aunque en general con tendencia lírico-dramática, llamadas vagamente *poemas*, y que en nuestro tiempo han llegado á ser el más alto ejercicio de la musa no dramática.

*Fernando de Laredo* es el último poema del señor Velarde, leído primeramente en el Ateneo Barcelonés y ahora publicado.

Consignado el hecho deberíamos tal vez dar fin á la noticia, rehuyendo como intempestivo tratar más de una producción ya juzgada. Y decir juzgada no

es significar que el juicio pueda haber satisfecho al autor; tanto, que de seguro los admiradores del señor Velarde, y el mismo señor Velarde probablemente, creerán hallar prevención, y hasta enconamiento, si no en todos los críticos de Madrid, en algunos que, por cierto, no son los de menos ingenio y buen sentido. Quizá tienen la culpa esos admiradores; quizá el señor Velarde, como poeta, dé menos de lo que exige el lugar en que se intenta colocarle, y deban mirarse sus producciones, no como obras que tienen defectos, sino como obras que tienen bellezas; modos algo distintos.

Bellos hay en *Fernando de Laredo* pasajes y detalles.

Indudablemente son bonitos estos dos versos, por ejemplo:

Parece que gravitan sobre el alma  
Los nublados que cruzan por el cielo.

Ó estos:

Sigue el lebrél, latiendo y rastreando,  
al labrador que, con la azada al hombro,  
alegre torna hacia el hogar cantando.

Y otros varios que podríamos citar, con sólo hojear el poema. Además los trozos descriptivos son generalmente bellos: tales son los que dan comienzo á los cantos primero y segundo, y en éste la descripción del cementerio; por las descripciones elogian muchos al señor Velarde, y efectivamente son con frecuencia lo mejor de sus obras, aunque adolecen de cierta uniformidad. Por último la versificación del poema es correcta y de corte esmerado, y apenas descubre un ripio; este *apenas* es un ligero escrupulo, atendido que, *verbi-gratia*, un ciprés,

...que se eleva *con anhelo*  
por encima del mismo campanario,

podría hacer alguna observación.

Pero versos y detalles bonitos no hacen, por sí solos, bueno un poema: en las obras artísticas, la belleza del todo no resulta de la belleza de las partes. Así, una tirada de versos fáciles y sonoros, y, la mayor parte, hasta individualmente bellos por otras condiciones, no constituyen una poesía buena. Esto último no tiene aplicación al señor Velarde; pero debe repetirse donde, siendo endémica la fiebre poética, suele olvidarse que una poesía ha de encerrar un pensamiento, desenvolviéndolo con unidad, y manifestándolo con belleza.

El poema del señor Velarde, mirado y considerado en su conjunto, parécenos sólo mediano; aunque tuviese el argumento más valor por sí mismo, nos hallaríamos con que el autor lo desarrolla débilmente. Todo asunto puede, en cierto modo, ser bien expuesto; y en el poema citado, la falta no está sólo en el asunto, pues tal vez los haya aún más sencillos y menos originales. En *Fernando de Laredo* la parte dramática, la que constituye principalmente el poema, es la más endeble de la obra; y como la parte descriptiva es sólo una decoración, viene á resultar ésta, la decoración, mejor que la pieza; hecho algo frecuente en el teatro.

1881.

# LA ALBORADA

SEMANARIO DE LITERATURA, CIENCIAS Y MODAS

---

## I

No hace mucho que este semanario dejó de publicarse, y ya es casi una curiosidad. Tal vez algún ignorado coleccionador lo conserve; en nuestro poder existe únicamente el último número, que es el XII, y un gran fragmento del V.

En el tal número V se reveló como poeta un conocido nuestro. Seis fueron las composiciones poéticas que allí se publicaron: *El Aura*, *Á Nicolasa en sus días*, *Ella!*, *Un Pensamiento*, *Ay de mí!* y *Lo que sé yo*; y ésta, *Lo que sé yo*, es una poesía de nuestro amigo, la primera valientemente lanzada á la publicidad.

Es obra curiosa. En ella afirma el autor, entre varios puntos, que sabe «lo que el blando céfiro dice á las flores»; lo que murmura «el manso arroyuelo» al deslizarse por «el césped florido»; lo que dicen «las aves y las fuentes, los árboles del bosque y los torrentes»; lo que susurran la mayor parte de los arbustos y las matas al agitarlas «la brisa en caden-

cioso movimiento» cuando la luz comienza á extenderse «por el espacio azul del firmamento»; que sabe lo que gorjea el canoro ruiseñor en la umbrosa espesura; y en fin, otra porción de cosas no menos raras. El autor se lo sabía todo. Lo único que jamás supo, según sus amigos, que en calidad de tales hablaban de él sin misericordia, era donde tenía la mano derecha.

Á nosotros nos agrada la composición, tanto por las muchas y notables cosas de que el autor declara tener noticia, como por el discreto modo con que habla de ellas; porque no ignora verbigracia, lo que «el blando céfiro dice á las flores»: lo sabe perfectamente; pero se guarda muy bien de revelarlo; conducta en que hay una delicada reserva, tanto más digna de encomio cuanto menos suele imitarse. Los dimes y diretes, los secretos y amorfios del céfiro, y aun del aura, con las flores, cosas son á que los poetas han dado una escandalosa publicidad, sobre todo los del género campesino, los que tienen decidida inclinación á los ruiseñores, á los arroyuelos, y á la yerba, aljofarada ó no; y no dejan pasar un susurro, un murmullo, los inofensivos desahogos de los árboles, las inocentes expansiones de cualquier chorro de agua, murmurador por supuesto, sin ir en seguida á contarlos, ó á cantarlos, que es lo mismo. Tan proverbial es esta indiscreción, que cuando una persona, por tenerla, cuenta todo lo que sabe acerca de un asunto, la gente dice: ya cantó fulano!

Conservamos además, íntegro, según dijimos ya, el número XII y último de «La Alborada», semanario de literatura, ciencias y modas. «La Alborada», por lo tanto, ni siquiera llegó á ser aurora completa; duró lo que suelen durar los semanarios de literatura, ciencias y modas: el espacio de un trimestre. Tenemos á la vista el consabido último número, y

en él la redacción declara que, por causas independientes de su voluntad, suspende la publicación durante algún tiempo. Así se protege en provincias la literatura, las ciencias y las modas!

No creemos totalmente supérfluo dar una ligera noticia de ese número de «La Alborada», máxime cuando se nos figura que nadie conservará ninguno. Hoy, en que se procura enriquecer é ilustrar lo más posible la historia literaria, no extrañará demasiado, por obvia ó inútil, la humilde tarea que acometemos. Sin duda la conveniencia ó no de ciertos materiales no pueden determinarse fijamente de antemano, sin previa y completa idea de la construcción. Alleguemos, pues, los que permitan nuestras fuerzas: ya vendrá el encargado de elegir y desechar. Si alguien, con más fuerzas, puede aportar al edificio un trozo de pared maestra, permítase que nosotros llevemos siquiera un ladrillo.

Pasaremos poco menos que de largo sobre los primeros escritos del número. Estos son: un artículo titulado *El Escorial*, que comienza:

«Allí se alza la gigante mole del monasterio, octava maravilla del mundo, construida por el segundo de los Felipes.

«Allí se alza, pareciendo recordar los tiempos pasados y aludir á los venideros.

«En la cruenta jornada de San Quintín», etc., etc.

Una balada en prosa, *El Otoño*:

«Ya caen las hojas de los árboles, arrastradas por el aire de Noviembre, como el desengaño se lleva nuestras ilusiones más queridas.

«El frío viento del norte sopla en la desnuda floresta y el astro del día desciende majestuosamente en el ocaso.

«Todo está triste, sumamente triste.»

Lo dejaremos, pues.

Sigue una *Fantasia*, en prosa también, titulada: *¡Estaba loca!* Principia así:

«¿Dónde va Julia, tan pálida, con el cabello suelto, el velo desgarrado?

«¿Dónde dirige sus pasos vacilantes?

«¿Qué pena le aqueja?

«¿Qué tiene?

«¿Por qué suspira? ¿Por qué está triste?»

Estas interrogaciones, si no indiscretas, son impertinentes; porque desde luego se comprenderá lo que tenía Julia: ¡Estaba loca!

Después de la *Fantasia*, que no es muy larga, hállase un artículo titulado *Los Celos*, perteneciente á cierto género poético-metafísico no enteramente desusado aún hoy.

«Los celos son una enfermedad.

«Una enfermedad grave.

«Tienen los celos diagnóstico y pronóstico; principio y fin; exposición, nudo y desenlace.

«Los celos son al amor lo que el amor es á los celos. El amor es anterior á los celos, como los celos son posteriores al amor, ó coexistentes con él.

«Sin amor, tal vez no haya celos; pero sin celos puede haber amor. Entre los celos y el amor hay tal vez la misma distancia que entre el amor y los celos.

«Los celos no son lo mismo que el celo; pero el celo es casi lo mismo que el amor.

«¡El amor! ¡Los celos! ¡Cuántas profundidades!»

Etc., etc.

Para terminar con la prosa, trasladaremos algunas líneas de la novela publicada en el semanario. Se titula «Percances de la vida», y no llegó á concluirse. El epígrafe del último capítulo que se pu-

blicó (el XIV), era: «De como Alfredo de Villamar vió á la hija de la condesa de Val-Castel».

Copiaremos el final del capítulo:

—«Alfredo! exclamó Luisa sollozando: no me amáis, no. Si me amarais no diriais esq! Yo engañaros. Dios mío! Por piedad, no lo repitáis.

—«Luisa, dijo Alfredo en voz baja y con la mano sobre el corazón: desde el día en que os vi, quedó grabada en mi pecho vuestra imagen. La mirada de vuestros ojos, azules como ese cielo que se extiende sobre nuestras cabezas; vuestra sonrisa encantadora, todas vuestras perfecciones me arrebataron, y os amé. Sí, Luisa! Os amé como el arroyo ama al firmamento que en él se retrata; como el aura, llena de perfumes, ama las flores que columpia; como el césped ama el rocío de los cielos! Y sin embargo, anoche le estuvisteis haciendo guiños á Pepito!

«Al oír estas frases llenas de pasión acendrada, la hermosa hija de la condesa se levantó de su asiento.

—«Alfredo! respondió con voz amante y conmovida. Yo también os amo! Como los campos y las selvas aman al sol que los inunda de luz; como las fuentes de los valles aman las arenas sobre que corren....

—«Me parece que viene vuestra mamá, dijo Alfredo sobresaltado.

—«Imposible! Está ahora en el jardín.

«Luisa continuó:

—«Ay, Alfredo! No sabéis lo que pasa; voy á confiároslo como una prueba de mi amor! Además es preciso que nos defendamos juntos de las terribles asechanzas que nos rodean.

—«Por Dios, Luisa, decid. Conozco algo las tramas que se están urdiendo en la oscuridad; pero yo sabré deshacerlas, perded cuidado.



—«Pues bien, Alfredo: yo no soy hija de papá.

—«¡Cómo! ¿No sois hija de vuestro papá? Dios mío! ¿Qué nueva iniquidad vais á revelarme? exclamó Alfredo pálido, convulso, con los ojos fuera de las órbitas.

—«No! dijo Luisa. Soy hija de un príncipe polaco que estuvo un día á almorzar en casa. Luego el príncipe, en unión con mi abuelo, arregló el matrimonio de la Baronesa, que ya sabéis, para que mi padre no sospechara nada. Después, asesinado el Vizconde, todo fué sencillo; pero el Duque, su yerno, á quien tocaba heredar, enteró á Muñoz de la vida pasada de la Baronesa, de lo cual resultaron los crímenes de la familia, vengándose mi padre del Duque, por instigación del Vizconde, que no murió, y cayendo por consiguiente el príncipe polaco en manos del tutor de la Baronesa, que puso en antecedentes de lo de mi abuelo, el Duque y mi padre á ese infame José de Aznar, produciendo las desgracias de Muñoz y el escándalo consiguiente.

—«Ahora lo comprendo todo! exclamó Alfredo. Vuestra relación ha sido la luz que me ha hecho ver en las tinieblas! Pero ¿cómo sabéis?...

—«Por el diario y las memorias de la condesa mi madre, encontrados por mí.

—«Me daréis esos papeles, Luisa. Se trata de nuestra felicidad. Ahora, oid otra revelación: yo no soy el que soy: yo soy un bandido.

—«Cielos!

—«Sí; pero un bandido muy decente; me he hecho bandido para arreglar mejor nuestros asuntos.

«Tengo una ilustre ascendencia. Ya habréis oído hablar del último abencerraje: pues bien, yo soy el último zegrí, como os convenceréis por estos papeles en arábigo. Otro día os contaré mi historia; por ahora básteos saber que tengo cinco mil millones de

renta y que vuestro padre el príncipe polaco es tío mío.

—«¡Cuánto me alegro! Ah, mirad! Allí en el jardín está el escribano, el que puso el veneno....»

—«Lo sé, Luisa, lo sé. Maldición! Está hablando con vuestra madre. ¡Ah, pérfido escribano!»

—«Cielos! ¿Qué proyectarán?»

—«Dejadme, Luisa, yo os salvaré, confiad en mí, dijo Alfredo, lívido, desencajado y echando fuego por los ojos.

«Luego miró al jardín alzándose sobre las puntas de los pies.»

Aquí terminó la novela, sin que sepamos nada del desenlace, ni aun de la conclusión del capítulo. Lo único que se nos ocurre es que Alfredo debió á poco recobrar su posición normal, pues no podría seguir mucho tiempo así, sobre las puntas de los pies. Reconocemos ingenuamente que la su posición apenas merece consignarse.

Como en el país no está muy generalizada la fabricación de novelas, siendo Madrid y Barcelona las que ejercen casi exclusivamente este monopolio, con el de los romances de á dos cuartos; hemos cavilado muchísimo sobre el autor probable de ésta; pero no consta en el último número que de «La Alborada» poseemos. Unas veces se nos figura reconocer el estilo de Ortega y Frias, otras el de Pérez Escrich; en ocasiones el de diversos novelistas que creemos inútil citar; los rastros de argumento que asoman en lo transcrito nos parecen de Fernández y González ó de un imitador. Pero, en resumidas cuentas, nada hemos podido sacar en claro.

Lo restante del último número de «La Alborada» lo llenaban cuatro poesías. La primera, titulada *¡Siempre lo mismo!* empezaba de este modo:

Llega la primavera con sus flores,  
 Sus ledas brisas y su tibio sol,  
 Y todo cambia y se renueva todo  
 ¡Y no mi corazón!

Y concluía:

Llega el invierno y en el alto monte  
 Sus nieves tiende y sopla el aquilón.  
 ¡Mas ni por esas disminuye un punto  
 El fuego de mi amor!

Titúlase la segunda *Desilusión y hastio*. Véanse algunos versos:

Parte enérgica y desesperada:

¿Qué es la vida? Una ilusión,  
 Dice mi pesar profundo;  
 Y lo dice Calderón,  
 ¡Y lo dice todo el mundo!  
 Siempre en incesante guerra,  
 Para calmar mi pesar  
 Pregunto en vano á la tierra  
 Y en vano pregunto al mar  
 Y en vano pregunto al cielo:  
 ¡Ninguno me dice nada!  
 ¡Aquí se da al desconsuelo  
 Por respuesta la callada!!!

Variación de metro: parte amarga y dolorosa:

Desdichado de mí. Yo soy poeta;  
 Yo siempre estoy en vena;  
 Y pido al universo una receta  
 Para calmar mi pena!  
 ¡Oh desventura! ¡Olvido

Que no tiene remedio conocido!  
Con el alma partida en mil pedazos  
Y el corazón deshecho  
Al mundo en mi dolor tiendo los brazos.  
Con todo, ¡ahí le veréis tan satisfecho!  
Aunque mi voz le llame  
No responde ni chista. ¡Ah, mundo infame!

Otra variante: deplorables resultados:

Con estas cosas me voy  
Convirtiendo en un abismo!  
¡Ya me espanto de mí mismo  
Al ver mi profundidad!!  
Y marcho así por el mundo  
Como la res sin establo...  
En fin... yo creo que hablo  
Con bastante claridad.

Efectivamente, está muy claro; en este lugar no comprendemos la duda sino como ripio.

Dejaremos de transcribir lo restante de la poesía: redúcese á insistir sobre lo miserable que es este mundo, que todo lo ve con indiferencia y se ríe de los dolores. Por fortuna, el autor, según él mismo dice, lo desprecia profundamente. Después se detiene á considerar lo infinito de sus desventuras; añade que todo le cansa y le hastía, que ha perdido toda esperanza. Luego nos participa como «fué una mujer el pérfido verdugo» que acabó con «las puras ilusiones del poeta». Continúa reseñando sus penas y sus desengaños; después habla de sus desengaños y sus penas; y termina, en fin, tratando de las dos cosas.

Otra de las poesías se titula *Meditación*. Haremos conocer las últimas estrofas:

Es triste soñar siempre, en tanto que se elevan  
Del alma con las dichas, recuerdos de un amor,  
Pensando, en nuestro sueño, que así las auras llevan  
El polen fecundante de la aromada flor.

La tórtola que arrulla, el límpido arroyuelo,  
La palma de los valles, el espumoso mar,  
Sus voces mezclan solos, y en el azul del cielo  
Palpitan mansamente los ecos del cantar.

¿Qué importa? Si soñamos vivir sin esperanza,  
Soñemos de la vida la luz y el porvenir;  
Son pálidas auroras, fulgor de lontananza  
Que brilla en nuestro sueño para después morir.

Los armoniosos cantos se irán desvaneciendo  
Y por las mudas sombras el alma dudará.  
Las liras enmudecen. Yo mismo no comprendo  
Los sonos de esta mía, que nadie entenderá.

Las poesías de este género, como se ve, no pueden resumirse, ni analizarse, ni extractarse. Sólo preguntar por lo que se dice en ellas, es casi una profanación. Nadie, oyendo sonar un organillo, preguntaría á los *dilettanti* que con las manos en la faldriquera y aire pasmado contemplan el manubrio y á su triste impulsor, cuyas miradas á su vez se estrellan en algún balcón tenazmente cerrado; nadie repetimos, preguntaría á los callejeros oyentes: ¿Qué dice ese organillo?

La última de las poesías tiene corte y estilo muy diferentes; la copiaremos íntegra:

¡AMBOS!

Junto al río, á la sombra de los sauces  
Me miraste una vez,  
Y me diste, al pasar, los buenos días,  
Que devolví cortés;  
Un año pasó ya de la mirada

Y del saludo aquél;  
Sin embargo, ¡qué extraña es la existencia!  
Yo vivo.... ¡y tu también!

Y aunque no venga á cuento, vamos á destruir aquí la opinión de ciertos individuos que hallan especial gusto en hablar mal de todo. Ellos no harán nada, pero buscar faltas en otros de más ingenio, eso sí! Decimos esto, porque algunos, que no harán versos seguramente, afectan creer que una poesía ha de encerrar algo que llame la atención por original, profundo ó cosa así. Pero entonces, ¿de qué servirían los versos? Si se necesitase un pensamiento para cada composición poética, Dios mío, no se hallaría una aunque nos comprometiésemos á pagarla; se experimentaría una horrible escasez de versos; los poetas languidecerían, morirían y se extinguirían; lo que da grima tan sólo imaginarlo. Mas no hay que pensar en tal exigencia: para que tengamos una poesía del género de Bécquer ó de Campoamor, basta coger una tontería cualquiera, no importa cuál, y ponerla en versos octosílabos, ó endecasílabos, ó en coplas de pie quebrado, sin preocuparnos el que los versos resulten prosa rimada, y sean cojos, ó tullidos, ó tengan más ripios que un paredón.

Hay otro género también, incoloro, insípido é inodoro, al cual los aficionados que quieran dedicarse á su cultivo y juzguen conveniente darle nombre pueden llamar clásico ó académico. Ciertos críticos, para salir del paso, ponen gravemente muchas poesías de esta clase (la inodora) bajo la advocación de la escuela sevillana. Es la única escuela peninsular de que estos críticos tienen noticia, cuando se trata de versos que no huelen á nada. Tal es, á no dudar, el motivo de que, sobre estos productos sevi-

llanos, den muchas personas marcada preferencia á las aceitunas, aun cuando gusten poco de ellas.

Y basta de consideraciones, porque otras diversas que se nos ocurren las dejamos para un arte poética que pensamos publicar, si Dios nos ayuda y el tiempo lo permite.

## II

—Confesémoslo, decía á sus compañeros el autor de *El Escorial*: es una desgracia vivir en los pueblos pequeños. Estamos muy atrasados, muy fosilizados, muy que sé yo. Aquí no hay, en el presupuesto de las personas acomodadas, una peseta para lo intelectual, para algo que no sea la comida diaria y el vestido. ¿Qué entiende la gente, ni qué se cuida, de literatura, de ciencias, ni de nada? Libros y periódicos; ¿para qué sirve eso? Para ocasionar gastos. No hay más necesidades que las orgánicas. No hay patriotismo. Las letras aquí son un sueño. No se sabe nada! Somos unos animales!

Concluyó mirando en silencio y colérico á sus oyentes; luego, con descompuesto ademán, buscó su pañuelo y se sonó con temeroso ruido. Hubo una triste pausa.

—Atención! comenzó el poeta de *Siempre lo mismo*; ¿qué ha pasado con los suscritores aquellos? ¿Qué han dicho?

—¿Qué han dicho?—contestó el autor de *El Otoño* soplando suavemente en el extremo de su cigarro. Nada: que dejan la suscripción: que no dan los tres reales; este es el resumen.

—Pero eso no tiene nombre! Si es el colmo de... Si parece mentira!

—¿Mentira?... No sé que tendrá de raro el caso, dijo tranquilamente el de la balada.

Incomodándose de pronto, añadió:

—Lo que sí parece mentira es que tú vivas aquí; que tú no conozcas el pueblo! Mentira!...! Ayer estuve en casa de Don José, ya sabes. Le digo: ¿Por qué se desuscribe usted, Don José?—Dice: Amigo, porque yo no leo el periódico.—Digo: Pues no lo lea usted, pero páguelo: estas cosas mueren si les falta el apoyo de las personas como usted, desahogadas. Luego, tres reales de vellón no son gran cantidad.—Dice: Amigo, tres reales de vellón por aquí, y tres reales de vellón por allí y tres reales de vellón por allá son nueve reales de vellón. Yo gasto mucho. Estoy además suscrito á «El Ultimatum» y la chica tiene «La Moda Elegante». Y voy á cortar por lo sano: fuera periódicos! No dejaré más que esos dos (y más que esos dos sólo tiene el nuestro). Porque, amigo, el dinero no debe gastarse en papelitos y en tonterías. La chica lee eso.... el periódico de usted.... ¿cómo se titula? La chica lo lee; hay allí versos, y una novela, me parece, que viene en pedacitos, dada en cucharaditas; como los medicamentos de la botica. Pero, ya se lo he dicho: ¿En «La Moda» no hay novelas? ¿No es mejor leerlas de cabo á rabo en un libro? Las mujeres, las mujeres! De repente viene toda sofocada: ¡Ay, papá! ¿Sabes cómo han matado al vizconde?—Hija! ¿A qué vizconde?—Al vizconde del libro: ¿no te he contado el argumento?—Otras veces me la encuentro llorando como una Magdalena: Muchacha, ¿qué tienes? ¿qué te pasa?—Nada, papá: que muere uno aquí.... una cosa tan triste...! Y en efecto; es uno que se muere, y habla con muchos puntos suspensivos, y dice: Adios, fulanita!... me falta la voz... no veo bien... En fin, que diga una porción de bobertías.



El autor de la balada en prosa titulada «El Otoño» hubiera proseguido seguramente remedando los diálogos y los gestos y la voz del Don José, si el compañero de «Siempre lo mismo» no le hubiera interrumpido:

—Mira, estás perdiendo el tiempo. Si quieres probar que Don José debe ser bueno para tirar de un coche, es inútil: no somos, por desgracia, empresarios de diligencias.

—Pues como Don José es Don Fulano y Don Mengano, y todos. Vi al señor de Rodríguez, lo vi de casualidad, por supuesto; y la conversación recayó también casualmente en el periódico (yo no puedo ir a casa de todos los suscritores a preguntarles por que dejan la suscripción). Me sale igualmente con razones de pie de banco.—Pero como este individuo es más olímpico, sentencioso, majestuoso y voluminoso que otro cualquiera, me habló del asunto con aire también más grave é inspirado. Dice que él no lee versos: los versos son tonterías, cosas de niños, juguetes. Las personas de talento ni leen versos ni los hacen. Pero, señor de Rodríguez, ¿y Calderón? ¿y Homero? ¿y Hernán Cortés? ¿y Estrada? dije yo, citando todos los nombres que se me ocurrieron.—¿Hernán Cortés? ¿Estrada?... Eso es otra cosa... hay excepciones. Pero los versos, desengañese usted, son niñerías. Mire usted, exceptúo á Virgilio, á Horacio, por ejemplo. ¡Oh! los poetas latinos! ¡Qué grandes hombres! ¡Qué cabezas! Porque vea usted que escribir en latín...

«Tampoco leo novelas: jamás! Ellas son las que pervierten á la juventud. Novelas!.... disparates, lecturas frívolas. Nunca he leído una; espéreme usted: excluyo «El Quijote». Pero ¡esa no es una novela! ¡Esa es una gran cosa! Yo la pongo, en aprecio, al lado de la Historia de España de Lafuén-

te, y aun del Diccionario de Domínguez. ¿Eh? ¿Qué le parece á usted esta opinión mía? Algo atrevidilla, sin duda. He oído decir que en el Diccionario colaboró también la señora de Domínguez; pero sea ó no fruto de un matrimonio, ¡qué obra! Allí, señor mío, se hace añicos á toda la Academia, á lo único en que los españoles reconocen y acatan la infalibilidad, después del Sumo Pontífice se entiende. Sin embargo, aquel Cervantes fué hombre de mucho talento. Y era cojo!

—«Manco, sí señor, dije yo.

—«Eso es, continuó solemnemente el señor de Rodríguez: cojo y manco. Vea usted con cuántas dificultades se las habría necesariamente el pobre hombre. Oh! Tenía mucho talento, mucho, mucho!»

—Bueno, murmuró el poeta ya impaciente: el resultado...?

—Qué redundante eres, querido! ¿Cuál había de ser? Otro suscriptor menos. En estos casos, como en las pruebas aritméticas de las operaciones bien efectuadas, el resultado es invariable: da «siempre lo mismo»; hasta lo has confesado tú en unos versos, hombre!

El narrador siguió burlescamente, con gesticulación de cómico y dando á la voz entonaciones imitativas:

—Encontré al gran Luisito Yáñez: ¡un sabio! ¡Qué disposiciones, caballeros, y qué bigotitos tan aéreos y delicados! Se dignó alargarme dos dedos cubiertos por el guante, mirándome á través de los lentes. Tiene casi concluída su obra monstruo, «La colonización del Sahara, desde el punto de vista económico, teológico, político y literario», ó cosa así, porque no me acuerdo bien del título. Me comunicó la noticia con aire afable, indicando modestamente que, en su opinión, es la mejor obra escrita en nuestros

tiempos. ¡Qué chico y qué talento de los demonios!

—«Y ¿dónde la publicará usted, Luisito?—En Madrid. Mis amigos, ¡tengo allí tantos! me escriben continuamente: «Hombre, por Dios, ¿qué haces ahí, en ese rincón, en ese desierto? Ven y tráenos tu libro; Paco Giner, Montero Ríos, Moreno Nieto nos tienen locos preguntándonos: ¿Y Yañez? ¿Y su libro?» Yo no he marchado mil veces por las afecciones que ya tengo en este país; además, me sienta muy bien. Por otro lado, amigo mío, es preciso desengañarse, aquí no se puede vivir. Esto no es pésimo únicamente, sino insostenible de todo punto. Sólo tiene para mí dos cosas buenas: el clima y la tranquilidad. Eso sí: la tranquilidad es bastante completa; quizá hasta excesiva. Y diré más, porque no quiero ser injusto: tampoco me parece enteramente mala el agua potable, ó sea el agua que sirve para beber, me advirtió el gran Luisito explicando amablemente la palabra.—Mas, ¿dónde hallará usted aquí un *restaurant* como el de Fornos, por ejemplo; compañías como las del Real, museos como el del Prado, bibliotecas y sociedades científicas y literarias á la altura de las de Madrid? No existen, es innegable. En cuanto á espectáculos, lo que principalmente echo de menos es la ópera: las triples del Real, los tenores del Real, la orquesta del Real! Oh, el Real! Le digo á usted que el Real sólo me decidiría, y me voy.—Pero ¿abandona usted su empleo? No es despreciable completamente.—Y ¿para qué necesito yo el empleo? Mi familia posee cuarenta mil duros de renta, lo bastante para vivir. Yo desempeño el destino por gusto, por hacer algo. Mi estancia aquí no ha tenido más objeto que restablecer mi salud. Indudablemente, el clima es inmejorable.

Aunque la redacción, sumergida en dolorosas reflexiones, sólo escuchaba distraidamente al char-

latán de la balada, éste continuó hablando con el mismo desparpajo é idénticas exageraciones. ■

—«Ay! exclamé yo. El clima es muy bueno; sin embargo, ya usted sabrá cómo á pesar de él se muere nuestro periódico; no lo salvará el clima. Los suscritores se van! Muchos hasta se han negado á pagar el trimestre vencido.—¿De veras? dijo el grande hombre mirándome con desconfianza. Vea usted, yo... no me había considerado así... como suscriptor... para todos los efectos... Como había ofrecido colaborar... Precisamente trataba de enviar á ustedes algunos escritos míos, inéditos, sobre derecho internacional y sobre la música de Wagner, además de unos estudios acerca de los monos del antiguo continente... Soy muy amigo de los jóvenes que comienzan; me gusta alentar...—¿Cuánto sentimos no poder dar cabida á los trabajos de usted, respondí yo: Eso de los monos debe ser divertido: me lo figuro, proseguí con sencillez; al fin cosas de monos, monerías. Lo que nos falta es suscritores; si hubiera suscritores! Lamentó conmigo, por política, la susodicha falta, y habló de las numerosas publicaciones á que estaba suscrito.—Apenas tengo tiempo de hojearlas; sólo revistas extranjeras recibo cincuenta ó sesenta. Verdad es que la mayor parte no me llegan aquí; pero estoy lleno de suscripciones.

—Mucho hablar para nada! dijo el sombrío autor de «El Escorial».

—Yañez ha hablado mal del semanario: me consta, afirmó el de «Siempre lo mismo». Ha dicho que la novela era un plagio de no sé quién, de Pérez Escrich, según creo. ¡Qué calumnia, señores, y cuánta ignorancia! En ningún símil de la novela entran las magnolias, siquiera por casualidad, ni se menciona en parte alguna el terebinto de Judea; y sin embargo, hay quien tiene desenfado bastante

para atribuirle á Escrich! Y no es esto sólo, no: se ha despachado á su gusto sobre la «poca gravedad y profundidad de los artículos» y la «superficialidad de las poesías»: de tales expresiones se ha valido. Ha criticado con animosidad una multitud de cosas. Una vez hizo observar en un corrillo que en el periódico se leía la palabra «canilla» y la palabra «rascar», que declaró asquerosas; añadió que usábamos con frecuencia frases familiares y hasta bajas...

—¡Canilla! ¡Rascar! dijo hondamente preocupado el vate de la «Meditación», callado hasta entonces. Me parecen mal sonantes, en efecto.

Se discutieron al punto las dos voces, y los números publicados de «La Alborada» comparecieron en la disputa. Olvidado al fin el principal objeto de ésta, la redacción puso al llamado Luisito Yáñez hecho una lástima.

—Pero Don Buenaventura no se ha borrado de la lista de los suscritores. Es uno de los fieles, hizo observar el de «Siempre lo mismo».

—Sí, manifestó el de «El Escorial»; porque le di esperanzas de que le publicaríamos algunos fragmentos de su grande obra inédita en que trabaja hace veinte años, «Historia de todos los santuarios y ermitas de la provincia», y de su no menos grande «Historia documentada de la parroquia de San Nepomuceno».

—¿Y el médico?

—El médico dice que si publicásemos algunos trozos del «Origen de todos los cultos» ó de «El cristianismo desenmascarado», se suscribiría; pero que así no le gusta el periódico. Y el escribano agrega por su parte que «La Alborada» le parece aguachirle; que nuestro periódico ni es salado, ni picante, ni nada. Un periódico que no habla pestes del gobierno, ni anuncia el desquiciamiento de la situa-

ción, ni amenaza á los traidores, ha de ser soportífero.—¡Vaya un periódico, dice, en que solamente hay versitos al sol, la luna y las estrellas, y novelitas de tú me amas y yo te adoro. Buenos estamos para eso!

—En conclusión, no hay suscritores! exclamó amargamente resignado el de «Siempre lo mismo».

—Pues ¿no lo saben ustedes? dijo el de «El Escorial» mirando dramáticamente á sus compañeros. Si Luisito Yáñez tiene razón: aquí no se puede vivir! Todos critican, eso sí: el uno que si está flojo, el otro que si está fuerte; que si está bueno, que si está malo: todos se meten á hablar y ninguno sabe hacerlo mejor. ¡Es gracioso esto! Los colaboradores no pagan por ser colaboradores; los amigos, por ser amigos; y como los que no son colaboradores son amigos, y el pueblo es corto arreglen ustedes la cuenta. Luego, ¿quién puede guiarse entre tantos pareceres disparatados, y tantos gustos...?

—A propósito, saltó de repente el de la «Meditación»; el escribano está furioso porque en la parte de novela del último número se habla de un escribano envenenador. Está echando chispas.

—¿No lo decía yo? exclamó triunfalmente el de «El Escorial». Ya lo ven ustedes. ¡Esto es peor que la fiscalía de imprenta! Habla usted de alcornoques, y allá sale alguien preguntando si aludimos á él; se cita á la burra de Balaam, y ya hay quien se cree ofendido. Escriba usted ahora.

—Resumiendo: ¿cuántos suscritores hay en lista? preguntó el de «Siempre lo mismo».

—Tenemos veinte y tres, incluidos nosotros y los parientes más cercanos. Veinte y tres suscritores hacen... hacen... sesenta y nueve reales de vellón mensuales... ¡Imposible sostener un periódico con sesenta y nueve reales!

—Imposible, imposible! exclamó la redacción á coro.

—Ni siquiera hay para tinta, advirtió uno.

El autor de «El Escorial», que paseaba lentamente con las manos cruzadas á la espalda, se detuvo y declamó con aire trágico:

—Dios mío! ¡Y dicen que ésta ha sido la patria de tres genios ó de cuatro genios, pues no estoy seguro del número! ¡Y nació aquí el gran historiador y eminente poeta Juan Sánchez y Fernández, el autor de la «Crónica real» y de las «Altezas de la gracia y místicos soliloquios!» Estamos en decadencia, sí, pero en una bárbara decadencia. Para dar alguna vida á este muerto pueblo, para hacer que las letras y la cultura hallen aquí alguna representación y no parezcamos salvajes, fundamos un periódico: exigimos por cuota de suscripción tres reales nada más... Pero sale aquello de tres reales por aquí, y tres reales por allá; y la gente se resiste á darlos! ¡Qué civilización, señores! Me avergüenzo de haber nacido en este pueblo! Despidámonos de la literatura, de las ciencias y de todo!

—Y de las modas también, dijo sentimentalmente el bufonesco autor de la balada.

—Y yo que había puesto mi esperanza en las mujeres! exclamó el de «Siempre lo mismo». Todas las que trato leían los versos de «La Alborada». Conozco una chica que se sabe de memoria la «Meditación» de éste.

*Este* hizo que tosa para disimular la emoción.

—Y no la entiende; es decir, no se da mucha cuenta de lo que éste medita en la «Meditación». Pero le gusta mucho.

—Yo, la verdad, no quise decir nada, manifestó ingenuamente el aludido.

—Le hará el efecto de un crepúsculo, de una no-

---

che alumbrada por estrellas, dijo el de la balada.  
¡Encantadora muchacha!

—En fin, señores, no pensemos ya más en el asunto; ha concluído todo! Vámonos.

A estas palabras del autor de «El Escorial» se dispersaron los redactores.

Y concluyó definitivamente «La Alborada», semanario de literatura, ciencias y modas.

1882.



## DISCURSO

LEÍDO EN EL INSTITUTO PROVINCIAL DE SEGUNDA  
ENSEÑANZA DE CANARIAS, EN EL ACTO SOLEMNE  
DE LA APERTURA DEL CURSO ACADÉMICO DE 1882-83

---

SEÑORES:

Habiéndome cabido en turno la memoria académica que ha de leerse en el presente acto, procedo á ello, ocupando por cortos instantes una atención que la cortesía me dispensará y á que yo no puedo corresponder, sino distrayéndola muy brevemente, para que, ante la consideración del tiempo malogrado, no aparezca menos inexcusable y más notorio el valor escastísimo de mi discurso.

Y al elegir un tema que á tal propósito se conforme, pienso necesariamente en el carácter con que lo hago, y reconozco que el del profesorado de segunda enseñanza, singularmente, consiste más en la exposición didáctica que en la investigación misma; en comunicar adecuadamente lo indudable y sabido, más que en descubrir y elaborar cosas nuevas; sin que supongamos, ni por un momento, incompatibles ambos fines, sino al contrario; pues si mal po-

dría transmitirse un conocimiento no precediéndole, como es lógico, su adquisición, con más seguro fruto lo llevaríamos quizá á otras inteligencias si, al mostrar lo que otros hallaron, hubiésemos frecuentado los mismos caminos, ó de cualquiera manera los conociésemos. Pero, aunque con los propios esfuerzos deben los encargados de la enseñanza aumentar en todas ocasiones el caudal de ésta, es la trasmisión, es la *enseñanza* lo que constituye su carácter propio. Y esta misión presupone el incesante cultivo de la ciencia, la investigación continua, el seguirla en sus modificaciones, sus cambios y sus progresos. Ningún sistema de conocimientos racionales es estacionario: en esta grande obra que se llama la ciencia, hay, como en el mar, un perpetuo movimiento: la construcción se hace y se rehace, se aumenta y se transforma con incansable actividad, y las generaciones se suceden presurosas dejándose el legado de su perseverante trabajo, cuya terminación ninguna de ellas podrá jamás contemplar. No hay, pues, derecho para apartar los ojos de esta labor eterna, creyendo, por orgullo, por cansancio ó por ignorancia, que es lícito en algún instante dar tregua y reposo á la atención. Lo que muda y cambia, vive; desgraciada, por tanto, la obra humana en que sobrevenga la inmovilidad.

Si hay un linaje de conocimientos con cuya cita, sin necesidad de otras, podemos evidenciar plenamente lo indicado, es, sin duda, aquél comprendido bajo la denominación de ciencia histórica, enunciación general con que, no obstante, se designa tan sólo la historia de nuestra especie. Este siglo en que vivimos y que va acercándose á su fin; siglo ensalzado con exageración y vituperado con ingratitud, pero al que debiéramos amar, porque el tiempo en que se vive es algo como la patria; este siglo, que es

realmente grande y así ha de parecer á la posteridad; ha recibido muchos y diversos apelativos, algunos injustamente dados por el sarcarmo; pero ninguno quizá más propio que el consagrado por los que le llaman el siglo de la historia.

En efecto: ninguna ciencia cuenta en él con más extensa bibliografía y ha tenido un desenvolvimiento más prodigioso. Por el carácter comprensivo de la historia, hoy más que nunca desplegado, confluyen en ella distintos y numerosos estudios, de la mayor parte de los cuales ha visto nuestra época la progresiva y fecunda vida, cuando no el nacimiento. Pero no bastarían esas circunstancias á explicar enteramente el auge y predominio de la investigación histórica; si no los fundáramos en particulares tendencias de nuestro tiempo, que es, más que ningún otro, el de la investigación y el análisis; que por la naturaleza de los problemas en él planteados, tanto favor concede á los estudios político-morales, y sabe que nada más útil, para guiarse y juzgar en este agitadoísimo presente, que ahondar de profundo modo en lo pasado.

Multiplicanse diariamente las monografías y las historias particulares. La arqueología, la literatura, la filología, ciencia nueva, llamadas en ayuda de la historia, han ensanchado el campo de ésta, y han facilitado la depuración de juicios recibidos, trayéndole á la vez ignorados hechos. Concienzudos estudios, con mayor abundancia de datos, han permitido en gran parte rehacer la historia de la antigüedad; aun la de esa antigüedad clásica, tan conocida desde el renacimiento y que tanta ocupación ha dado á la actividad intelectual de toda una edad histórica. El Oriente, lleno de misterios, patria de las grandes revelaciones; declarado inmóvil por los historiadores y los filósofos; ha mos-

trado su variadísima y mudable vida pretérita, no más escasa en múltiples fases y peripecias que la europea, y trabajada por revoluciones político-sociales y religiosas no menos grandes. Civilizaciones ignoradas aparecen sobrepuestas como las formaciones geológicas. Literaturas de que sólo había incompleta noticia hace algunos decenios, revelan cada vez más su prodigiosa riqueza; y hallanse monumentos de cultura literaria hasta en los archipiélagos malayos. Tenebrosos periodos históricos que los mitos, los símbolos y las leyendas envolvían por todas partes, defendiéndolos de la curiosidad, como los misteriosos y extraños guardianes atribuidos por los cuentos á ciertos lugares encantados; se abren, por fin, lentamente á la luz; y trabajos de interpretación que han sido, otras veces, nada más que ingeniosos, hoy, atinadamente dirigidos, ofrecen conclusiones generalmente aceptadas, ejercitándose en lo que, para muchos, eran sólo muestras sin significado de la hiperbólica y desatada imaginación oriental. La filología, partiendo del sanskrit, descubre el parentesco de la sagrada lengua indostánica con las europeas, y esclarece la oscura genealogía de los pueblos occidentales. Estudiando esas relaciones de la flexible y sonora lengua de los antiguos indos, se llega, con una paciencia de análisis que maravilla, hasta las primeras capas y depósitos léxicos; y así como por los vestigios é impresiones dejados en los terrenos primitivos se reconstruye la fauna y la flora antediluvianas, así, á través de aquellos arcaicos vocablos, se puede ver á los padres de la raza indo-europea, nómadas y pastores, vagando por las llanuras asiáticas, y se les ha seguido en sus emigraciones é invasiones. Por tales modos penetra la mirada en tiempos fuera de toda cronología y sorprende á un pueblo en la profundidad de los

siglos, como por medio del telescopio sigue las evoluciones de un astro en lo más apartado de los cielos. Y mientras los filólogos entregan á la historia el país de la contemplación, donde el brahmán, absorbo, se sumerge de antemano en la eternidad; los arqueólogos y los epigrafistas, con la exhumación de las ruinas de Nínive, imprimen nuevos aspectos á nuestras nociones sobre el Oriente, modificando las que se tenían acerca del pueblo semítico más famoso en el mundo antiguo, acerca de aquellos asirio-caldeos de que solamente conocíamos el genio exterminador; sin verles de otra suerte que, en cumplimiento de lo que parecía constituir su misión única, marchando con ardor salvaje á la más devastadora conquista. Pero ese pueblo cruel y feroz cultivó el arte y la ciencia y alcanzó un sorprendente florecimiento material: los monumentos de Nínive, saliendo de la tierra, atestiguan lo que era una sospecha tan sólo, y los bajo-relieves y las inscripciones cuneiformes rectifican nuestras noticias y lanzan claridad inesperada sobre lo que se creía para siempre oscuro.

Para la historia, no existe ya el Oriente de que hasta hace poco nos hablaban los historiadores: vasta región con uniformidad de desierto; inmutable como los dogmas de sus religiones seculares; de mil años acá silencioso y muerto; y antes, repitiéndose en la monótona sucesión de hechos que son como el invariable producto de sus dos clásicas instituciones, la teocracia y el despotismo. Los juicios han cambiado por virtud de un más atento examen, y lo que pasaba como axioma histórico es hoy lugar común desacreditado. Opiniones tenidas por incontrovertibles suponen ya graves errores ó un superficial conocimiento de los hechos. Y esto se ve no menos palpablemente en lo que toca á esa antigüe-

dad greco-romana, objeto siempre de inagotable estudio. Las indagaciones históricas y los trabajos con ellas enlazados aclaran las primitivas épocas del pueblo helénico, su edad-heroica llena de tinieblas, su religión, sus instituciones públicas; debiéndose algunos de estos resultados á nuestro mayor conocimiento del Oriente: de allí también, como al engendrar el día, ha venido en esta ocasión la luz. Hoy, por ejemplo, está fuera de duda el origen brahmánico del politeísmo griego, y mitos que eran ininteligibles encuentran su explicación en la teología india. —Se conocen mejor aquellas ciudades helénicas, donde nació el germen del estado y la vida política; siempre en interior lucha; alternativamente conmovidas por demagogias turbulentas ó por las aristocracias más egoístas é indignas que menciona la historia, y se tienen ideas más exactas sobre las jefaturas populares á que el nombre de *tirantas*, por su acepción en nuestras lenguas, presta una significación algo errónea.

Los juicios sobre la antigüedad, y, en general, sobre otros períodos históricos, han hecho no pocas veces comprender que tomamos por tipo al hombre moderno, sus sentimientos é ideas, su modo de ser, para imaginar al hombre de otras edades. Sin duda la naturaleza humana no cambia; pero sus manifestaciones, aunque sujetas á la ley de la invariable esencia, muestran su variedad infinita en la determinación individual como en la de sociedades y épocas. Si hay enormes diferencias, que todos reconocen, entre muchos pueblos y razas actuales; entre los habitantes del extremo Oriente y los europeos, verbigracia; no son menores tampoco las que median entre el hombre de nuestros días y el antiguo, y entre una y otra edad.

La historia hace ya ver las más notables, formu-

lándolas con precisión, aunque en algunos autores parezcan los términos demasiado absolutos. El mundo antiguo, que tuvo por cimiento la esclavitud é ignoró la fraternidad de los hombres, desconoció asimismo la individualidad humana: fué socialista por excelencia; ó más acertadamente, en nuestra opinión, extremó el principio socialista sobre el individualista, como á su vez exageraron éste los bárbaros. El hombre, como ciudadano, tenía privilegios; como hombre, carecía de derechos. Si en Occidente era absorbido por la ciudad, forma entonces del estado, en el Oriente panteísta se perdía en la masa informe de los pueblos, como se fundían los seres todos en el océano de la divinidad. Fué aquél también el reinado brutal de la fuerza. El orgullo de cada pueblo le aisló de los demás, y se erigió en virtud el odio al extranjero. Dentro de las ciudades, cuando el despotismo no realizaba la igualdad, se vivía, por conquistarla, en perpetua lucha civil. Fácil, pues, será comprender esta afirmación: Que ideas y sentimientos hoy vulgares no eran, para la antigüedad, ni siquiera patrimonio de sus grandes hombres.

En cuanto á los antedichos caracteres, que ponen de manifiesto los historiadores, resúmelos la historia de la ciudad que conquistó tan inmenso imperio; historia que no es donde menos se ha hecho sentir el progreso de los estudios que nos ocupan: más numerosos y prolijos es difícil que los haya motivado ningún pueblo. Las investigaciones sobre el arte, el derecho, las instituciones y las costumbres de aquellos romanos que, si no conquistaron el mundo, como dijeron sus poetas, establecieron una dominación cuyo recuerdo asombra, se prosiguen en nuestra época con interés no decreciente, siendo importantísimo el valor de los resultados. Narraciones

admitidas por lo general, puestas en tela de juicio, se han reformado ó desechado por la crítica; los orígenes del gran pueblo, aunque quizá inescudriñables, son mejor estudiados, abandonándose las leyendas de los antiguos historiadores. Siguiendo cuidadosamente su política, su derecho de guerra, su sistema de conquista y colonización, su vida entera, ha podido ya hacérsenos patente cómo la ciudad que vivió y reinó por la fuerza alcanzó, conservó y perdió finalmente su colosal poderío. Sus clases sociales, sus disensiones civiles, las aspiraciones que tan agitados hicieron los tiempos republicanos: aquel imperio, que admiraron los bárbaros al destruirlo: que para la edad-media fué un recuerdo acatado, y un ideal también, como lo ha sido muchas veces para desatentadas ambiciones, y aun hoy, como forma política, para ciertos estadistas é historiógrafos: la historia toda, en una palabra, de tan maravilloso pueblo, es más exactamente conocida y juzgada. El romano que mató á César no es hoy, para la conciencia histórica, el mensajero de una libertad que no conocieron los antiguos; sino el representante de la oligarquía y el privilegio. El gran dictador, el hombre de la antigüedad que como guerrero y político tuvo miras é ideas más vastas, personifica la democracia de que los Gracos fueron la voz elocuente y Mario el brazo vengador. El imperio es el triunfo de esa democracia, como la república su lucha; y Roma, con sus tribunos convertidos en absolutos señores, alcanza la igualdad que tanto deseó, y á que, como no pocas veces los modernos estados neo-latinos, alguno de los cuales ha visto de cerca la democracia cesárea, dió el nombre de libertad. Y así han variado otras muchas apreciaciones sobre los hechos y las cosas del pueblo que descubrió y conquistó la Europa occidental, sacán-



dola de la barbarie, y que tan gran papel ha cumplido en la historia.

Concretándonos aquí á muy someras y generales indicaciones, dejaremos de exponer minuciosamente los cambios verificados en la consideración histórica de acontecimientos, pueblos y edades, y de precisar todo lo que hoy debe la ciencia al continuado y paciente esfuerzo de mil distintos investigadores. Si nos referimos al siglo entero, el impulso dado á la historia ha sido tal, que ha mudado su aspecto mismo, haciéndola ganar en importancia y condiciones científicas lo que ha perdido en carácter literario. El estudio, además, ha crecido por todos lados en comprensión y amplitud. Así como el siglo XV presenció el renacer de la antigüedad, el nuestro, que ha descifrado los geroglíficos egipcios y leído las inscripciones asirias, ha visto también á la edad-media salir del olvido y del desprecio: ha sido otro renacimiento, que tuvo en el romanticismo su fase artística. No teníamos, de la que algunos han llamado edad de transición, como si hubiese edades que no lo fueran, más noticia que la de su oscuridad profunda. Mas hoy conocemos la misión y naturaleza de los pueblos á cuya aparición en la historia comienza el alborear de otra edad; que trajeron al mundo el espíritu individualista que le faltaba, y son los fundadores más inmediatos de las actuales sociedades. Les vemos en sus emigraciones, en su establecimiento; á través del confuso período feudal; y presenciamos el nacimiento de las monarquías, y contemplamos la gradual formación de las nacionalidades. De este modo, la historia se ha completado y abrazamos la progresiva marcha de la humanidad de un extremo á otro del tiempo.

Esta ley de progreso, como estamos procurando demostrar, se hace perceptible en la propia ciencia

de que hablamos. Conforme nos alejamos de lo que fué, lo pasado se torna más luminoso y nuestro conocimiento se extiende y dilata. Sabemos más del Oriente que los griegos y romanos que lo conquistaron, y más de los orígenes de estos pueblos que ellos mismos. Países que estaban, no hace mucho, fuera de la indagación histórica, como los del centro y oriente de Asia, satisfacen ya la curiosidad moderna. Preside, además, á la historia un sentido más alto, y abarca ella también un objeto más grande; porque no nos presenta las sociedades exclusivamente en su manifestación política, deteniéndose sólo, como hasta ahora, en lo que expresa violentamente su vida; sino que comprende su modo de ser entero, no desdeñando aspecto ninguno, y descendiendo hasta la raíz y la causa de sus diversos y múltiples fenómenos.

Podemos también darnos mejor cuenta y hacer más exacto inventario de lo mismo que desconocemos. Aun subsisten muchos problemas y cosas ignoradas. Al abrir la historia, los principios y las fuentes de todo, el origen de los primeros pueblos, la filiación de las antiguas civilizaciones, que, como en la ya abandonada cuestión de la lengua primitiva, tiene, en la todavía insoluble de la unidad histórica de las razas, otra distinta forma, surgen como interrogaciones que no han obtenido aún dentro de la ciencia satisfactoria contestación. Cuando en la averiguación de lo pasado remontamos cierto límite, la claridad va faltando gradualmente, como en el descenso á un abismo; y pronto nos hallamos en plena noche. Entonces, en presencia de lo insondable, la historia calla ó divaga. Ciencia demasiado reciente, la prehistoria está aún en vías de formación, y sus más generales é importantes deducciones pecan de prematuras, no contando con suficiente apoyo en

los hechos. Sobre todo, la humanidad no cae aún íntegramente bajo el conocimiento histórico: una raza desgraciada, que la educación mostrará tal vez un día como la más dulce y sensible de todas, la raza negra, carece de historia, porque no la tiene la barbarie. Otra, la amarilla, la más numerosa porción del género humano, sale de tal modo fuera de nuestra concepción histórica, que muchos estudios modernos apenas si la mencionan de pasada. Faltan noticias sobre un inmenso continente, la América, donde restos de ciudades desaparecidas, y desconocidos monumentos, deponen de la existencia de tal vacío. Sabemos únicamente la historia de la raza blanca, principalmente en la rama indo-europea, la privilegiada y la dueña del mundo; y su desenvolvimiento es el objeto exclusivo de nuestras historias universales, obras de que sólo en esta época se han visto los más apreciables ensayos.

De todo lo expuesto sólo deduciremos, para terminar, lo mismo que al comenzar enunciamos y que hemos intentado hacer ver con la presente lectura: que ningún ramo de conocimientos, ningún estudio, ninguna disciplina permanece estacionaria; ni aun la ciencia que, memoria y reflejo de la vida pasada de la humanidad, parece, y es en cierto modo dentro de su grupo, y como depósito de recuerdos, la más inmutable de todas. Así, aun en los límites de la segunda enseñanza, y hemos procurado no salirnos de ellos; para transmitir digna y fructuosamente un conocimiento, es preciso no desatenderlo en su continua marcha; y en todas ocasiones, tener presente su estado último, nunca definitivo. Es ineludible el estudio constante, y el hacerse cargo no sólo de lo que abarca una ciencia, sino también y en lo posible, del valor y extensión de lo que ignora. Y asentado esto, queda terminado igualmente lo que

me propuse: mostrar las dificultades de una tarea modesta y oscura que, si no otro premio y otra gloria, da, realizada, la tranquila satisfacción del deber cumplido.—HE DICHO.

---

# LAS CANARIAS

## Y EL DESCUBRIMIENTO DE AMÉRICA

---

### I

Cuando se descubrió la América, ya las Canarias pertenecían á los españoles; ellas fueron nuestras avanzadas en el Atlántico.

Por mucho tiempo se alzaron á la entrada del vasto mundo inexplorado, en el límite indeciso de la realidad y el sueño. Los hombres no habían vivido aún lo bastante para dejar de admitir en el universo la irregularidad y, como obra de ese carácter, el prodigio; la fantasía, encargada más que nunca de responder á la eterna curiosidad humana, proveía sin freno, llenando de creaciones las tinieblas. Entonces la luz no se extendía más allá de la cuenca del Mediterráneo, lago en cuyas orillas han acampado todos los pueblos; el fulgor de aquellas aguas atraía á los bárbaros, y acercarse era como entrar en el círculo luminoso y como entrar en la historia.

Existían pueblos acéfalos, cinocéfalos, y otros no menos raramente organizados. Testigos dignos de crédito habían visto islas pobladas de sátiros, malignos

y lascivos; no faltaba quien depusiese de la existencia de ciertos hombres que con las orejas se cubrían el cuerpo, como el pájaro se cubre con las alas. En Africa había naciones cuyos individuos, á semejanza de las serpientes, tenían la lengua bipartida; otros, los hipópodos, daban positivo fundamento á la tradición de los centauros. Toda esa extravagante muchedumbre pululaba en la sombra de que era deforme engendro. En las obras de los geógrafos antiguos, leyendo á Plinio el viejo, se presencia este desfile de monstruos, y se admiran estas reseñas, que quizá no hayan perdido para los niños todo su interés.

No faltaban, sin embargo, graciosas imágenes, serenas concepciones de la fantasía helénica. *¿Onde está á felicidade?* es el título de un libro portugués y ha sido y será siempre la amarga pregunta de todos los hombres; á este anhelo infinito obedecía la imaginación dando poética vida á la Arcadia; ó haciendo nacer las Afortunadas, lejos del mundo, en medio del Océano. Y ninguna de las maravillas geográficas que tan ampliamente acogió la credulidad de los antiguos, hizo delirar tanto como esa última.

Inquirir si nuestras islas, con más motivo que las Azores, ó las de la Madera, ó cualquiera otra región, tuvieron efectivamente el privilegio de encerrar los Campos Eliseos, puede ser materia de apacible entretenimiento, á falta de otro asunto más importante. Sabrosas disquisiciones fueron éstas, en que menudamente se ocuparon nuestros cronistas, asemejándose á todos los cronistas conocidos. Pero es casi seguro que el Archipiélago, por una coincidencia tal vez, suministró durante mucho tiempo á la fábula el dato real de la situación. El país de la felicidad, no solamente, por una triste lógica, debía ser inabordable para los hombres, sino que era algo

inestable y flotante, como todas las tierras imaginarias. Cada vez que la claridad, dilatándose, abarcaba más espacio, el fondo tenebroso retrocedía sin desaparecer; y aquellos contornos de ensueño se transformaban un poco ó se alejaban.

Guardaba á las Canarias el Océano sin límites, cuyas misteriosas soledades jamás había escudriñado el hombre. En una sombría página de la Divina Comedia refiere Ulises cómo él y sus compañeros de aventuras llegaron á ese «gran mar», donde, petrificados por el asombro y arrastrados por el vértigo, hallaron el castigo de su audacia. Durante el viaje, cuando

Tutte le stelle giá dell' altro polo  
Vedeá la notte,

Llegaron á ver una montaña,

..... bruna  
Per la distanza, e parvemi alta tanto  
Quanto veduta non n'aveva alcuna.

La muerte detiene «el insensato vuelo» de aquellos violadores de lo inaccesible. El último verso condensa lacónicamente el terrible desenlace, y cierra el episodio como una losa cierra un sepulcro.

Aunque no bajo la latitud que en ese extraño suplemento á la Odisea fija el aventurero rey, una montaña existía en los mares que éste recorrió; tan alta, que semejante «no había visto Ulises otra alguna». Ella causó, andando los siglos, una impresión grandísima en navegantes no menos audaces, aunque más afortunados. Mucho antes de divisar la tierra de Tenerife, los compañeros de Colón vieron allá sobre las nubes una cima gigantesca. Luego, al caer la noche, presenciaron un maravilloso espectácu-

lo: con las intermitencias de una respiración la cima se iluminaba y un resplandor inmenso llenaba el mar. A lo lejos, una boca entreabierta y ardiente lanzaba hasta el cielo flameantes soplos.

Los ojos atónitos iban desde el horizonte incendiado á las tranquilas aguas, extrañamente lívidas. Extinguítase después la lejana incandescencia: el cielo se tornaba pálido y gradualmente se oscurecía, como si el lejano reflejo desapareciese prolongándose; y en inalterable silencio, la noche rodaba otra vez sobre el mar. Todo aquello, exhibiéndose en medio de la calma solemne, sobre el Océano inmóvil, bajo el cielo cuajado de estrellas, parecía evocar reminiscencias de sueños, previsiones vagas de la prodigiosa vida de otros mundos. Los navegantes, espantados, creyeron en una próxima catástrofe; pronto, sin embargo la voz de Colón se alzaba explicando el fenómeno, y la tranquilidad se restablecía, sustituyendo al terror una curiosidad temerosa.

## II

Cuando, después de haberse detenido en la Gome-  
ra, atravesó Colón el meridiano de la isla del Hierro,  
algo debió agitarse en su pecho sin quebrantar un  
punto su confianza. En los que le seguían hubo una  
especie de desesperación. Iban á navegar quizá en  
plena maravilla; entraban en el desconocido mundo,  
donde, según la opinión vulgar, no era el peligro ba-  
jo sus formas comunes, lo que había de arrostrarse,  
sino obstáculos inauditos, acumulados por la fantasía  
de edades enteras. Tratábase de barreras divinas, de  
zonas infranqueables, de Adamastor guardando el  
abismo. Como otras veces, la miseria humana resu-



mía en una breve fórmula el resultado probable: tentar á Dios. Porque, á la verdad, si hay una historia grande y dramática que nos haga ver la idea perseverante en lucha con la pequeñez de los hombres, es la historia tan sabida del aventurero italiano.

Nuestros paisanos vieron hacerse á la vela al futuro descubridor, cuyas naves, más que los vientos, empujaba la energía de su alma y de su genio. Se sentía arrastrado por fuerza incontrastable hacia Occidente; una mano, que la leyenda materializó más tarde, le señalaba el misterioso punto. En las serenas noches del Atlántico, cuando las estrellas brillaban temblorosas, y del mar, en reposo, no se escapaba un rumor, ¡cómo debía centellear ante su ávida mirada aquel Oeste lejano, que era su destino!

Fué una existencia extraordinaria. La tempestad, la desgracia, los obstáculos mismos, todas las fuerzas ciegas de que es juguete la vida, le labraron y fortificaron para el gran objeto, templando su voluntad y acreciendo su fe. En el rostro ascético y la apariencia austera, en la mirada observadora y profunda, que había tantas veces escrutado el mar y el cielo, se vislumbraba el perpetuo batallar con las contrariedades, la honda tristeza, pálida compañera de los que han pensado y sentido mucho, que la traen consigo, al tocar más serenos y reposados momentos, como el naufrago trae á la orilla la amarga espuma del oleaje. En el alma exaltada de este hombre ardía con intensa y vívida llama el sentimiento religioso; dirigía, á los vientos alborotados, versículos del Evangelio; era semi-vidente y tenía éxtasis y visiones: su fantasía, hostigada por el dolor y la angustia, llegó á veces hasta el delirio; pero su resignación no era tampoco menos grande y cristiana que su fe. Acariciaba proyectos encaminados á la mayor gloria del cristianismo, para realizar los cuales mi-

raba como principal medio su empresa del viaje á las Indias y la conquista del Cipango. Dió á esta gigantesca aventura un carácter de misión religiosa, personificando así el espíritu de su edad y, más que nada, el de su patria adoptiva, sin que en ella otro más fervoroso animase á hombre alguno.

Una de las tareas más útiles y curiosas cuando una inteligencia no vulgar la verifica, sin ruines intenciones, es investigar cómo nace y germina en un cerebro una gran idea, y qué circunstancias y agentes ayudan á su desarrollo: es mostrar los acontecimientos, la casualidad muchas veces, depositando la misteriosa semilla, y averiguar qué influencias, qué sucesos, qué causas adventicias han ido determinando el interno trabajo.

Respecto á Colón se ha hecho ya: lo hizo él mismo tratando de justificar su empresa: luego se hubiera encargado de ello la envidia. La crítica histórica no ha tenido más, si bien miramos, que reunir esas primeras indicaciones de amigos y enemigos.

En la idea de la existencia de nuevas tierras occidentales; en la concepción del viaje á las Indias siguiendo una dirección tan extraordinaria, ¿qué parte cupo á nuestras islas? Para sospechar que la tuvieron bastan las más ligeras nociones geográficas: cuál fué esa parte sólo es dado calcularlo, aunque verosimilmente estuvo lejos de ser pequeña. Los biógrafos de Colón y los que han escrito de su descubrimiento no lo han olvidado; un historiador de las islas, Viera, habla con empeño de tal influencia.—Desde las costas de la Gomera, isla donde un tiempo residió Colón, pudo éste columbrar los mares hasta allí no surcados por nave alguna; tras el impenetrable horizonte se extendía tal vez la soledad infinita, se ocultaban quizá ignorados mundos, ¿quién entonces lo adivinaba? ¿quién tampoco los pensa-

mientos que haría nacer esa contemplación en alma tan observadora y meditabunda? Probable es que en aquellas orillas, frente al Océano inmensurable, oyendo el estruendo de sus olas, fuese concebido ó tomase forma acabada el proyecto que dió por resultado descubrir la otra mitad del planeta. La creencia extendida en Canarias, de no muy explicable origen, y de fecha quizá remota, de que una tierra semi-fantástica, una isla envuelta en el misterio se divisaba hacia Occidente; ciertos vagos y confusos datos, ciertos oscuros signos que después se han procurado enumerar, pareciendo claros á muchos, como siempre sucede; eran vanas chispas y destellos fugitivos, que los ojos no percibían siquiera, pero que bien pudieron ser para el genio súbitas efusiones de claridad. El Océano que algunas antiguas cartas geográficas llamaban *Tenebroso* y comenzaba algo más allá de las islas, no debía infundir mucho temor en los canarios; en el piélago no entrevisto por la mirada humana, se formaban probablemente las olas que ellos veían deslizarse mansamente por las playas insulares, ó espumantes y furiosas romperse con estrépito en los arrecifes. Así es que gentes de la Gomera acompañaron á Colón tripulando sus barcos en el primer viaje del Almirante. Canarios había, pues, en el reducido grupo de hombres que siguió al famoso descubridor y sorprendió su emoción profunda cuando, en medio de la noche, un grito anunciando tierra saludó al nuevo continente.

En este mes de Agosto hace trescientos noventa años que las carabelas de Colón después de arribar á Gran-Canaria, hicieron rumbo á la Gomera. Con el recuerdo de tal aniversario cerraremos nosotros las presentes líneas.

1882.

## DE 1820 Á 1823

---

### I

#### IN DIEBUS ILLIS....

Pasaba en nuestros pueblos de Canarias lo mismo que en los de la Península. Andaban en minoría los liberales: minoría, la de allá, ilustrada y escogida, si se quiere, aunque levantada de cascos, en su mayor parte, llena de ilusiones y con escaso sentido práctico, en lo cual estuvo sin duda la principal causa de su valor. Tuvieron en frente al rey, al clero, á la España tradicional; clases é intereses poderosos: balumba enorme y obra secular, aunque desvencijada. Ni era conveniente, y menos posible, trasformar de un golpe el edificio, ni fácil tampoco lograrlo con cuatro especies de filosofía traspirenaica. El levantamiento tan oscuramente comenzado en Las Cabezas, cuyo buen éxito debèría haber admirado á sus propios fautores; aquella aventura sólo explicable en días asaz turbados, de inseguridad é indecisión, como todos los de nuestra historia contemporánea, en la cual se ha repetido luego mil veces, dió el poder á los liberales, mexpertos, y demasiado esclavos

de su agrupación misma. Fueron entonces combatidos solapada y ferozmente: los absolutistas atizaban á los exaltados, y los extremos se favorecían, para que la nación, huyendo del uno, se refugiara en el otro. Y divididos entre sí, en perenne discordia, con enemigos por todas partes, que soplaban el fuego de la revuelta, fuese ésta la que fuese, hubieron de parar ellos y España en el desbarajuste y la anarquía.

El régimen liberal cayó ante la intervención extranjera. Sabido es lo que siguió; la desgracia y la muerte enaltecieron á los caídos: de borrar sus faltas y redimir su memoria se encargó la barbarie realista. Si al hojear la historia de aquellos tres años, algo puede hacernos sonreír, bien pronto se levanta, para impedirlo, el grave pensamiento de la final y dolorosa tragedia.

En esos tiempos no había misericordia ni en los que luchaban ni en los que vencían, y la victoria misma era sólo una peripecia del combate, que no lo remataba. Los liberales de los tres años no dejaron de apelar al rigor; algunas veces en sus discursos hay un eco salvaje del 93; pero aun el *trágala*, parece menos feroz desde que se oye el aullido de «mueran los negros».

Sostener que el pueblo era entonces liberal, fuera inexplicable ligereza, cuando no tontería. El pueblo no era más que ignorante: nada se le alcanzaba de constitución ni de libertades que al cabo le importaba poco. Si gritó contra los serviles fué más fácil hacerle escarnecer á los *negros, judíos, francmasones*, epítetos que despertaron más su brutal fiera por dirigirse á su fanatismo. La muchedumbre no se parece al mar en ciertas ocasiones únicamente: cuando derramada por calles y plazas imita el vaivén y el murmullo del oleaje: se le parece asimismo

en obedecer á cualquier viento; en trocar repentinamente en cólera su mansedumbre; en carecer de raciocinio y de piedad. La turba que cantaba el *trágala* y se volvía loca de entusiasmo con el héroe de Las Cabezas, llenaba á éste de baldones cuando era miserablemente arrastrado al suplicio. Tal ha sido siempre la multitud: la que salió con palmas á recibir á Cristo, fué sin duda la misma que luégo pidió su muerte. Y tal fué en España: aplaudía á los vencedores y silbaba á los caídos. De entonces acá las diferencias no son muy considerables, salvo que en muchas ocasiones silba á unos y otros.

Hay un vergonzoso hecho, notado hasta la saciedad, y depone lo mismo contra la nación que contra los partidos; y es que no se conoce á punto fijo la opinión política de la mayoría de los españoles; mayoría que se declara siempre por el que manda y por todas las formas y sistemas de gobierno. El mal comienza á vislumbrarse en los tiempos á que aludimos.

En Canarias no faltaban liberales; éranlo algunas personas ilustradas; entendiendo yo en este lugar por ilustración la suma de nociones y luces suficientes para darse cuenta de lo que era absolutismo, y constitución, y liberalismo, y todas esas cosas: que mal podrían ser liberales quienes nada sabían de ellas, ó no las entendían, ó sólo muy torcidamente las alcanzaban. Ahora, que ha crecido el número de los que leen de corrido, y los periódicos nos adoctrinan, acontece de otro modo, y apenas hay quien no discurra sobre reformas y cambios y mutaciones de gobierno y administración, y no tenga opinión formada acerca de casi todos los problemas políticos, sociales y económicos de que hay noticia.

Había aquí liberales, aunque, por sus propias circunstancias y las del país, debían de ser, especial-

mente en la Laguna, gente pacífica, no inclinada á entusiasmarse ruidosamente y alardear de opiniones, bien que en Las Palmas y en Santa Cruz fuese mucho más expresiva. Lo mismo sucedía seguramente en varias provincias de allá, tranquilas y olvidadas, aunque á ninguna llegarían más debilitados los rumores que á la nuestra, á causa de la distancia y el apartamiento. No faltaba entusiasmo, sin embargo. Cuando en 1820 se supo que el amadísimo Fernando juraba la constitución, los canarios se alborozaron, la mayoría suponemos que oficialmente; y cuando en 1823 hubo noticia de la segunda abolición del precitado código, se volvieron á alborozar, no sé si menos oficialmente y con más trasportes que la primera vez.

Pero á lo que entendemos, no hubo alborotos, ni persecuciones, ni asomos de lo que se vió en la Península. Liberales y serviles siguieron como antes y vivieron sin odios que brutalmente se manifestasen en obras. Menos que liberales y absolutistas, sectarios á la postre y mutuos enemigos, serían, unos, personas algo abiertas á las novedades, que no se atemorizaban de las reformas hechas en la Península; y otros, los más, gentes escrupulosas y tal vez asustadizas en lo tocante á mudanzas é innovaciones, sin dejar de respetarlas, huyendo de comprometerse ó por hábito de obediencia á lo que de allá se disponía. Entonces, por miedo ó por costumbre, se respetaba más que hoy á todos los poderes; ningún absolutista de ahora habla del parlamento con la centésima parte del respeto verdadero ó fingido que mostraba cualquier fraile del año 12 al hablar de las Cortes de Cádiz. El ayuntamiento constitucional de la Laguna se compuso de liberales y de realistas significados, lo cual prueba que no se llevaban muy mal, y también que ni en influencia ni en nú-

mero eran escasos los absolutistas. Después se modificaron estas circunstancias, y los bandos y parcialidades de la Península tuvieron aquí cumplida organización y fervorosos secuaces.

Algunos opinarán, sin embargo, que hubo en Canarias, durante el primer tercio del siglo, más de lo que suponemos. Si no estamos trascordados, un escritor peninsular ha dicho que muchos de los folletos y papeles que inundaban á Cádiz cuando las primeras Cortes, procedían de nuestro archipiélago. No hemos hallado pruebas de tal aserción; pero sí de que no había periódico ni libro, de carácter reformista ó revolucionario en cualquier sentido, y que se publicase por aquellos años en la Península, que aquí no llegase y corriese; desde el *Semanario Patriótico* el periódico de Quintana, hasta el famoso *Diccionario crítico-burlesco* del bibliógrafo Gallardo; librito diminuto, castizamente escrito, aunque ligero y de burlas, y que levantó polvareda tan grande. Desde *El Citador*, «el catecismo de la impiedad», como una refutación lo llamaba; librejo en que se atacaba al cristianismo con los procedimientos vulgarizados por Voltaire; dado á luz en Francia por el asquerosísimo novelista Pigault Lebrun, y traducido entonces al castellano; obra totalmente indigna por el fondo y la forma, del ruido que la acompañó; hasta las traducciones del abate Marchena y los mil libros y folletos de sabor más ó menos revolucionario y filosófico que aparecieron en España durante los dos períodos constitucionales, el segundo sobre todo.

No dejaban de recibirse y leerse por ello, las numerosas refutaciones y vindicaciones que á tal invasión opusieron los absolutistas y los católicos de veras: el tradicionalismo (démosle este nombre algo equívoco) resistió en España briosamente la aco-



metida. Si en Francia apenas tuvo el enciclopedismo otro impugnador que el abate Bergier, en España no faltaron inteligentes defensores á la religión y al régimen que se desmoronaba.

Pero lo dicho persuade de que nuestras islas no se mantentan ligadas á España tan sólo política y exteriormente sin que por otros modos participasen de la vida peninsular y se interesasen en sus fenómenos. Basta un ligero y breve conocimiento del archipiélago para deducir lo contrario. En la medida y forma que su posición geográfica lo permite, las Canarias han reflejado siempre la vida nacional de manera análoga á la mayor parte de las provincias continentales. Por ese valor general y extensivo que observamos en muchos rasgos de nuestra historia, nos movemos á borrar algunos, que serán materia de otro artículo.

## II

### LA LÁPIDA CONSTITUCIONAL DE LA LAGUNA.

Es seguro que todos los habitantes de la ciudad de San Cristóbal de la Laguna no tendrán exacta y cabal noticia de la acusación que allá, durante los *tres mal llamados años*, como ingeniosamente se dijo después de 1823, se hizo á sus abuelos. El cargo no era flojo: se les motejó de *servilones*, de poco afectos al sistema proclamado por Riego; contándose que el año 14, cuando el idolatrado Fernando abolió el código fundamental, los laguneros celebraron el hecho poniendo á las claras sus anti-constitucionales aficiones. Y no se imagine el lector, si lo hubiere, que esto

no pasaba de dimes y diretes de vecindad, acusaciones de pueblo á pueblo, ó cuando más, *inter insulas*, siendo uno de tantos episodios de nuestra historia provincial, en que no escasean enteramente las discordias fraternales; patentes muestras, según ha escrito el alemán Frantz von Loeber, del individualismo que á los canarios nos caracteriza, y por ello, de nuestra filiación germánica. Los cargos á que nos referimos no resonaron por esta vez y se desvanecieron dentro del archipiélago, pues no siempre caen y desaparecen en el mar las peladillas que aquí nos tiramos. En plenas Cortes, en la sesión del 5 de Octubre de 1821, un diputado aseveró que la Laguna había sido enemiga del sistema constitucional en 1814, y que en el día estaba lejos de ser adicta. Análogas declaraciones se volvieron á oír en las sesiones del 8, 16 y 19 de aquel mes, y en la extraordinaria del 4 de Mayo de 1822.

Tratábase en Cortes de división territorial, y el diputado Giraldo, que no era de los menos conspicuos de aquel entonces, impugnó en la sesión primeramente citada la capitalidad que, indebidamente según él, se otorgaba en el proyecto de la comisión á ciertas ciudades, entre éstas á la Laguna. El mismo tema, y el de la diócesis de Tenerife, igualmente combatida, reapareció en las demás sesiones.

Tal fué, pues, la causa de que las Cortes de 1820 dispensaran á nuestra ciudad la honra de ocuparse en ella; honra á que, así lo creemos, hubieran renunciado los laguneros con mucho gusto.

Pero ¿qué inquina mostraron éstos en el año 14 al sistema constitucional? Diremos lo que ha llegado á nuestra noticia por haberlo expuesto y explicado el ayuntamiento en una *Representación* dirigida á las Cortes en 20 de Febrero de 1820.

Con motivo de promulgarse la constitución del

año 12, se erigieron en casi todas las ciudades y villas de España sendas lápidas constitucionales. Fueron entonces las lápidas algo como en Francia los árboles de la libertad, á cuya plantación con tanto ardor se dedicaron los republicanos.

Pero sobrevino el año 14 y con él la libertad del adorable Fernando; *item*, sobrevino asimismo cierto famoso real decreto que aboita el código de Cádiz y no dejaba duda respecto á lo que había de hacerse con todo lo que significase y recordase el régimen anulado. Arrancáronse, por tanto, las lápidas donde las había. El populacho de Madrid, atacado de un acceso de realismo absolutista, rompió, é insultó de mil modos, la que allí se había levantado; ejemplo que se siguió en casi todas partes. Un vecino de la Laguna conservaba todavía en 1822 un fragmento de la lápida destruída por los madrileños.

Claro está que los laguneros quitaron también la suya. Pero hallábase embutida «en la pared de la iglesia del convento de monjas catalinas», frente á la plaza del Adelantado, é hizose que un albañil (un *pedrero*, dice el papel á que ya aludimos, y diría en este caso todo legítimo lacunense), la rompiese á martillazos. Explíquese como se quiera, no por eso es menos real y efectivo el destrozo, y así lo debieron de pensar luégo los acusadores y el benemérito Sr. Giraldo.

Cuatro meses después de destruída la lápida vino el presidente del ayuntamiento á dar cuenta del hecho cumpliendo órdenes superiores. En cuanto al ejemplar de la constitución «forado en rasoliso encarnado y ribeteado con galones de oro», propiedad del ayuntamiento, se guardó por si servía para otra vez, como sirvió en efecto.

En Las Palmas y en Santa Cruz, á lo que hemos podido entender, anduvieron en el asunto de las lá-

pidas con la misma ó parecida falta de respeto. Los habitantes de Santa Cruz festejaron además la caída del sistema con cierta curiosa invención, que fué un trasparente en que dos leones pintados se tragaban el venerando código, pintado también; ocurrencia ésta del lienzo que debió de agradar bastante, porque algunos pueblos de Tenerife lo pidieron prestado.

Y aquí entra con oportunidad á mi parecer, una consideración. Hoy, que todos somos muchísimo más liberales que Riego, el cual, de vivir y conservar las mismas opiniones de entonces, suavizado con el tiempo su vanidoso afán de popularidad y ruido, pasaría por reaccionario; hoy, digo, displacerá quizá á algún receloso que se recuerden estas añejas cosas, y se traigan á plaza, dándose á creer el tal que el liberalismo de nuestros abuelos resulta de ellas algo menguado y turbio, pudiendo la averiguación ocasionar algún desdoro á los nietos. Cavilidades ridículas y temor completamente absurdo. Fijándonos en lo del trasparente, ¿quién duda de que, si entonces hubiera habido por acá menos liberalismo, se habría pintado, en lugar de dos leones, dos perros ó dos gatos comiéndose la constitución, hecho á todas luces más indecoroso y humillante para aquel respetable código y sus mantenedores?

Volviendo á nuestro principal asunto, pensará alguien que lo más grave, acerca de lápidas cuando menos, queda ya apuntado, y que no habría más «cargos lapídeos». Pero, sí: hubo desgraciadamente motivos para tratar de seguir lapidando á los laguneros.

Dijose en las Cortes que la segunda lápida erigida en 1820, había sido nada menos que arrastrada por los habitantes de la Laguna, poseídos de no sabemos qué demonio monárquico y absolutista que no podía sufrir lápidas ni cosa parecida. Luégo, por bien

parecer, se habilitó una mala tabla que la sustituyese. La tabla constitucional, pues, no era de piedra, como deben ser las tablas de la ley. Además, esa tabla desgraciadísima estaba colgada de las rejas de la cárcel; pero los laguneros le tenían tal odio, á la tabla, que era preciso quitarla por las noches, con objeto de precaverla de insultos.

«Es necesario tener un corazón perversísimo para mentir tan descaradamente», contestaba nuestro buen ayuntamiento á esto, que el mismo calificaba de terrible cargo... «Apenas se entendió en la Laguna el restablecimiento de nuestra constitución política, sin esperar á recibir órdenes del gobierno, acordó (el ayuntamiento) su publicación... En el momento, y según lo permitía la premura, se escribió en una tabla con letras de oro *el dulce nombre* de constitución, para fijarla en la primera de las tres plazas en que fué publicada... «La cárcel... está, es verdad, dentro de las casas capitulares; pero ni aun con ella toca la pared donde se colgó el *apreciable símbolo*, y por lo tanto, hacia aquel lado ninguna reja tiene.»

A otra de las acusaciones respondía: «Este símbolo... ha sido respetado en la Laguna, sin que nadie, nadie hubiese ni aun soñado insultarle.... No, señor: la Laguna es y siempre ha sido un pueblo moral y subordinado, que respeta la ley, que la obedece y cumple. Dígase si no (continuaba el ayuntamiento), ¿contra quién se ha procedido por inconstitucional?» (1)

En cuanto á rápida, «la Laguna la tiene muy her-

(1) Representación | dirigida | á las Cortes generales ordinarias | de la monarquía española | por el ayuntamiento constitucional de la M. N. y L. ciudad | de San Cristóbal de la Laguna Capital de la isla | de Tenerife en las Canarias | etc. etc. Laguna | En la oficina de la Universidad de san | Fernando. Año de 1822.—Es un cuaderno de diez hojas en folio sin paginar.

mosa; cual acaso no la tendrán mejor ni tan buena muchas ciudades». Había sido traída de Génova, para colocarla en la fuente de un paseo público; pero de allí la quitó «el pueblo alborozado, entre vivas y aclamaciones», para que sirviese á «más grato y noble destino». «Y esto, advierte el ayuntamiento, se dijo á las Cortes que fué arrastrar la lápida de la constitución, cuya inscripción aun no tenía. ¡Qué maledicencia!» (1)

Era, de consiguiente, calumnioso lo alegado en las Cortes. Teníamos lápida, como se ve; y no una lápida falsificada, una tabla elevada á la categoría de lápida, sino una lápida auténtica, de mármol y todo.

Ocurría entonces que dando un paseo por las calles podía cualquiera aprenderse la constitución de memoria. Así como durante el 93 el sombrío espíritu revolucionario asomaba en Francia hasta en las muestras de las tiendas y en los anuncios de las más pacíficas industrias, no siendo raro leer sobre una puerta:

Libertad ó muerte.  
Zapatería.

Ó ya:

¡Á la guillotina los aristócratas!  
Fábrica de jabón.

Lemas que resumían las opiniones ó deseos que animaban al dueño, el cual solía llamarse Trasibulo, Epaminondas, ó llevar otros nombres no menos significativos y descomunales; así, de análogo modo, el entusiasmo constitucional y la sumisión á las

(1) Ibid.

ideas imperantes se mostraban por aquí en tarjetones, tablillas ó cosas semejantes, que cada vecino colocaba sobre la puerta de la calle ó en otro lugar visible, y que contenían aquel artículo ó artículos del código fundamental que más gracia hacían al susodicho vecino ó que él juzgaba más importantes por cualquier concepto. Los realistas que sólo dejaban ver la oreja á su realismo (y en aquel tiempo apenas se hubiera á éste permitido enseñar otra cosa) y los liberales se hacían sorda y cruda guerra por medio de los tarjetones citados. Si un realista copiaba ó hacía copiar en el suyo un artículo en que se reconocía de algún modo la dignidad ó el poder real, poniendo, verbigracia: «La persona del Rey es sagrada é inviolable y no está sujeta á responsabilidad»; un liberal, su vecino, lo aplastaba desde la acera de enfrente con otra afirmación constitucionalísima: «Artículo 3.º La soberanía reside esencialmente en la nación».

De este modo se manifestaba el celo constitucional de nuestros abuelos, en tiempos en que el entusiasmo político, por lo mismo que comenzaba, era más grande y más inocente que ahora.

Si el hecho de los cartelones, junto con la existencia de una verdadera lápida, no basta para decidir acerca del constitucionalismo de la Laguna, tampoco será suficiente la noticia de cómo se celebró en la ciudad el restablecimiento de la constitución. A más de haberse publicado ésta con pompa, según testimonio del ayuntamiento, y cantarse un *Te Deum*, al cual el cabildo invitó á todas las corporaciones, «hubo en aquellas y siguientes noches, luminarias, salvas, repiques, vivas y aclamaciones». Y en este punto se cita un documento justificativo que lleva el número 55. Verdad es que, ateniéndonos á diversa autoridad, lo sucedido fué que el pueblo «se llenó de

luto y de tristeza, cerrando sus ventanas para no vitorear al objeto de su odio». (1) Pero esto, lo más que prueba es lo difícil que es de escribir la historia, incluso la de la Laguna.

Sin reflexionar mucho, compréndese el objeto de lo que con razón llamaba el ayuntamiento *maldicencia*, recordándose que entonces se promovía la cuestión de capitalidad. Pero si no es extraño que acusaciones y chismes de pueblos rivales llegasen al Congreso, donde esos pueblos estaban representados ó cerca del cual tendrían agentes; lo es, y mucho, que diputados graves, que sabían poco de las islas, y apenas las conocían de nombre, y eran ajenos á estas rencillas de vecindad, se expresasen con tanta enemiga. Pase que el canónigo D. Graciliano Afonso, en la sesión del 4 de Mayo, acusase de absolutistas á los laguneros; lo que repitió en un folleto escrito á nombre del ayuntamiento de Las Palmas contra el cabildo de la Laguna (tratábase de impedir también la erección de nueva diócesis): aunque el futuro traductor de Virgilio y Horacio era tinerfeño, como diputado representaba á Gran Canaria, de cuyo cabildo catedral era miembro; pero ¿qué explicación tienen las acerbas y mortificantes palabras de otros?

En mi opinión, es fácil dar en el *quid*. La Laguna era el pueblo natal del confesor del rey, D. Cristóbal Bencomo, persona mal vista de los constitucionales

---

(1) Elogio | del Sr D. Fernando VII | rey católico de las Españas, | que en la celebridad de su augustó nombre | en la junta general | de la real sociedad económica de Tenerife, | pronunció | el día 30 de Mayo de 1814. | El M. R. P. Fr. Cristóbal López y Armas de la orden de | Predicadores, Bachiller en Filosofía, Cate-drático de Prima, etc.etc. Impreso por acuerdo de dicha Sociedad Patriótica. | Con licencia | Laguna: en la imprenta de la real universidad de san | Fernando. Por D. Juan Díaz Machado. Año de 1824.



por atribuírsele perversa influencia en varios asuntos, y ser de los íntimos y familiares del monarca. ¿No era al fin quien visitaba y sondeaba hasta los escondrijos, agujeros y oscuras revueltas de la conciencia real, de la que tenta la llave y la inspección? Decir confesor, allegado y consejero del rey, y absolutista acérrimo y sigiloso enemigo del sistema constitucional no implicaba diferencia alguna.

Bencomo aparecía como protector de la ciudad de su nacimiento; tratábase mal á ésta en odio al confesor. Por interés propio, ya que no por gratitud, el pueblo sin duda que profesaría las ideas del patrono, y querría, como él, la autoridad real pura é incólume, y detestaría, como él, un régimen nefando, que amenguaba las facultades del rey, disminuyendo la influencia del arzobispo *in partibus*, cuyo poder, reducido y pobre, y ejercitado sólo en el silencio y la sombra, no se extendería ya á conseguir universidades ni catedrales. Y valga la verdad: fuese esto ó no, en la Laguna se veneraba singularmente á Bencomo, á quien sólo se debía reconocimiento; aun hoy es popular su nombre, y su memoria respetada de todos. (1)

Hablando de la Laguna, el diputado Giraldo aludía claramente á Bencomo, á quien llamaba *la mano poderosa*. «El protector y el pueblo protegido, decía en otro lugar, están todavía llorando la extinción de la Compañía» (de Jesús); añadiendo, no sabemos por qué: «Es el único pueblo en que se ignora la expulsión de los jesuitas».

Al tomarla con la catedral, que, según el diputado

---

(1) Vid. Breve relación | de la vida, virtudes y méritos | del escmo. é ilustrísimo señor | D. Cristóbal Bencomo y Rodríguez, | arzobispo de Heráclea, | natural de la ciudad de la Laguna de Tenerife | en las | islas Canarias | Sevilla: | Imprenta de D. Mariano Caro. 1839.—En folio. 17 páginas y un retrato en acero.

López, no era «otra cosa que una iglesia particular en la que se han introducido *unos que se llaman canónigos*; y el señor Calatrava, que era una catedral en el nombre solamente, establecida «por influjo del confesor de S. M. *el señor Bencomo*», el diputado Afonso hacía esta manifestación en el Congreso: «El mismo *genio malhechor* que introdujo la discordia en lo civil y en lo eclesiástico, quiso dejar *en el lugar de su nacimiento este monumento de su despotismo*, estableciendo dos obispados en una provincia en que no debe haber más que uno por exigirlo así la totalidad de su población». El *genio malhechor* era Bencomo, según se comprenderá; su paisano, el canónigo traductor de las Eglogas virgilianas, no se mordía la lengua.

El cabildo catedral de la Laguna contestaba en una noble y decorosa exposición dirigida á las Cortes, procurando demostrar que *el ciudadano español de las islas* (así designaba á Bencomo, sin nombrarle) á quien se atribuía la erección del obispado, había sido ajeno á este hecho. Entonces convenía afirmarlo así, aunque lo contrario era casi evidente. La exposición se imprimió. (1)

Con estas cosas, los de la Laguna, desesperados, no sabían ya á quien volverse; los *honorables* representantes, como los llamaba el cabildo en un castellano algo estrafalario, nos trataban de una manera lastimosa; y entonces no conocíamos aún, ni refrescaba nuestro ánimo, el hecho de que S. M. tenía noticia de nuestros males y se interesaba magnánimamente por la Laguna. «Sí: más de una vez habló

(1) Exposición respetuosa | que dirige | á las cortes extraordinarias de 1822 | El deán y cabildo | de la santa iglesia catedral de la ciudad de san Cristóbal | de la Laguna, en la isla de Tenerife. | etc. etc. Madrid. | Imprenta de Tomás Albán y compañía. 1822.—En 4.º, 36 páginas.

S. M. á nuestro favor, cuando menos se esperaba; más de una vez empleó su autoridad para conservar la obra de sus manos, y detener los tiros dirigidos del más alto puesto contra esta leal ciudad». (1) «¡Bondad generosa—concluye patéticamente el cronista,—fineza especial que ha penetrado vivamente nuestros corazones, y que permanecerá indeleble en la memoria del *sensible nivario!*» Fuera ó no sabida esa intervención real, que pudo consolarnos, y que no es dudosa existiendo Bencomo, la indignación de los laguneros era grande, y estalló singularmente en cierto papel, obra de algún estudiante patriota, y en forma de horripilante introducción:.... «El pueblo de la Laguna, contra el que han fulminado anatemas algunos otros que se jactan de ser muy adictos al sistema constitucional, no porque deje de ser griego para ellos.... puede, sin embargo, levantar todavía una voz tan intrepitosa (*sic*, por estrepitosa, sin duda) como el trueno mismo, y desde la cúspide del Pico, gritar á la faz de la nación entera».... etc. Lo que sigue es inocentísimo, y se reduce á una defensa de nuestra tan negada adhesión al régimen constitucional. Para hacer esta defensa tan sólo, es para lo que el autor, á lo que parece, juzgaba necesario subir al Pico.

De esta manera se desfogaba nuestra cólera. La *Representación* escrita por el ayuntamiento y la *Exposición respetuosa* del cabildo, aunque firmes, se distinguen por su moderación y prudencia. Es lección que convendría no olvidar. Estos odios y estas miserias son causa de que se digan y hagan muchas tonterías; el tiempo corre, los motivos que nos impulsaron se borran: feliz entonces quien no los tiene para avergonzarse de lo que escribió, por lo risible ó indigno:

(1) Vid *Elogio del Sr. D. Fernando VII*, anteriormente citado.

Como todo se acaba en este mundo, el sentimiento de los habitantes de la Laguna hubo de templarse; y algo, si no completamente, se mitigó en aquel mismo año (1822). Los nacionales de Santa Cruz, dando un paseo militar, vinieron á la Laguna (6 de Octubre). Hubo *refresco y comida*, y letrillas, que se cantaron, y en las que se hacían votos por la unión fraternal de los dos pueblos, el olvido de lo pasado, etc. etc. Los versos han llegado á nosotros, y es lástima, porque así no hemos podido conservar la ilusión de que serían buenos, como los sentimientos expresados. Dispararemos tan sólo algunas de las más significativas estrofas; tenga calma el lector y permanezca sereno, que esto pasa, y al cabo no se trata de bombas de Orsini:

Santa Cruz, Laguna,  
¡Oh día fortunado!  
Vuestro mal pasado  
Desde hoy ya cesó.  
Cesó la discordia;  
En este momento  
Finó el sentimiento  
Que la paz quitó.

Haya entre nosotros  
Amor y concordia:  
Nunca la discordia  
Nos vuelva á turbar  
Sino quiera el cielo  
Que amistad sincera  
Fiel y duradera  
Nos pueda estrechar.

Y si algún perverso  
Esto no desea,  
Al momento sea  
Objeto de horror.

Sea perpetuamente  
De todos odiado  
Y sea señalado  
Por perturbador.

Son trece coplas, sin el estribillo. También se dedica en ellas un recuerdo á varios funcionarios, entre ésto,

Al jefe apreciable  
Superior civil.

Los versos se publicaron en hoja suelta. Al pie dice en letras gordas: SANTA CRUZ DE SANTIAGO DE TENERIFE CAPITAL DE LA | PROVINCIA DE CANARIAS AÑO DE 1822 | TERCERO DE LA RESTAURACIÓN DE LA LIBERTAD ESPAÑOLA. | IMPRENTA DE RIOJA Y HERMANO.

## EPILOGO

De cómo se celebró por aquí la abolición del código constitucional (1823).

Verificáronse los últimos sucesos de Cádiz, y fuimos sabedores de la libertad del rey y del restablecimiento de su «gobierno paternal». Cuando arribó á Santa Cruz la fragata *Venus*, de la marina francesa, trayendo á Uriarte, comandante general nombrado por el rey, el síndico personero del ayuntamiento de la Laguna, reuniendo la corporación, propuso y consiguió que oficiase ésta á Don Ramón Polo, comandante por el gobierno de las Cortes, manifestándole que ya no reconocía como autoridad legítima sino á Uriarte. ¿Trataba Polo de resistirse á entregar el mando, como luégo se supuso, y esta actitud de la ciudad vecina, ó mejor dicho, de su ayuntamiento, lo desconcertó? No lo sabemos de

fijo. Lo cierto es que hasta el cabildo catedral escribió en el mismo sentido al nuevo comandante llegado en la *Venus*, el cual contestó informándole de que se hallaba «S. M. restituido á la plenitud de sus derechos». Entonces, es claro, «se empavesaron las torres, se colgaron las calles», y hubo repiques, vivas y aclamaciones, lo mismo que tres años antes al promulgarse aquella constitución, ahora injuriada y detestada.

Demás está decir que se cantó en seguida el *Te Deum* correspondiente, que bueno es alabar á Dios en todas ocasiones. Los oficiales franceses llegados en la *Venus* asistieron á la solemnidad, y según el autor que nos proporciona estos datos, quedaron agradablemente sorprendidos y haciéndose lenguas de nuestro realismo.

¿Será preciso añadir que la pobre lápida constitucional, causa de tantos disgustos, fué definitivamente hecha pedazos? Ya el lector lo habrá supuesto. En fin, que nos alegramos mucho de que cayera la constitución, y reprodujimos un espectáculo que vieron todos los pueblos de España. Por fortuna de la humanidad y gracias á nuestro carácter, no se derramó sangre en nuestra tierra; no presenciámos las escenas de abominable salvajismo que llenan la historia de aquella atroz reacción: no vimos á Riego subir de rodillas la escalera de la horca, ni al Empecinado metido en una jaula de hierro, como una fiera, recibiendo las soeces injurias de la cruel multitud.

El cronista de que nos valemos para la Laguna, describe con exageración evidente; pone en las nubes el realismo de esta ciudad; cita con orgullo las acusaciones del año anterior, que habían pasado á ser méritos; procede, en una palabra, como autor

nada menos que de un panegírico de Fernando VII. (1)

En Santa Cruz se celebró también con grande aparato el desastroso fin del sistema constitucional. El retrato de Fernando VII recorrió procesionalmente las calles «tirado por ocho granaderos», dice la relación (2). Todo el pueblo tomó parte en el regocijo, «á excepción de muy corto número, cuya conducta inmoral, ó carácter perverso, los hace siempre seguir un rumbo opuesto al de los hombres de bien, siendo su elemento natural la discordia, el desorden, la anarquía, la irreligión y todos los vicios». Estas eran las lindezas que se regalaba á los liberales; y salían de la misma imprenta donde, un año antes, se daban á luz unas coplas cuyo estribillo decía:

Cantemos, soldados,  
La constitución.

Al mismo tiempo se reimprimían en la Laguna otros versos, titulados: *Vida y muerte de la constitución española*. Era un largo romance. Al principio se lee: *Poema histórico que contiene la vida y muerte de una niña adulterina de infame nacimiento, salida á luz en Cádiz año de 1812, no bautizada por la Iglesia, y no obstante confirmada militarmente en la*

---

(1) Elogio del Sr. D. Fernando VII, etc. Este elogio es sólo muy insignificante y descolorida muestra del extremo inconcebible á que llegó en España, primeramente en los años de 1814 á 1820, y luego en 1823, la desvergonzada adulación al rey. Esta baja adulación al poder absoluto no olvidó ni á los lacayos reales y se extendió como una plaga por toda la península.

(2) Impresa en Santa Cruz 1824. Por Francisco y José Rioja, hermanos.

*Isla de León; hija de los padres más viles y execrables de todo el mundo.* Los versos comenzaban:

Yo, doña Constitución,  
niña bonita en extremo,  
hija de padres honrados,  
Quiroga, Baños y Riego,  
salí á luz hace tres años  
en el gaditano suelo,  
con humos de emperatriz  
y reina de mil imperios (1)  
etc., etc.

Cuando se leían estos versos estúpidos, Riego había sido arrastrado en una cesta por las calles de Madrid y ahorcado en la plaza de la Cebada; Quiroga, y Baños, emigrando, huían de la muerte; y los liberales, perseguidos sin misericordia y acorralados por las jaurias realistas, iban en todas partes al destierro, á presidio ó al cadalso.

*Sic transit gloria mundi.*

1883.

---

(1) Vida y muerte | de la | constitución | española. | Laguna. | Reimpreso en la Universidad de san | Fernando por Don Juan Díaz Machado. Año de 1824. En 4.º, 9 páginas.



## PASADO Y PRESENTE

---

Preferir lo pasado á lo presente, álabar lo que fué y dolernos de lo que es, cosa parece tan antigua como la naturaleza humana. El *laudator temporis acti*, el sostenedor de que

Cualquiera tiempo pasado  
Fué mejor,

debió de aparecer á la hora y punto en que el primer hombre, enjugando la frente sudorosa, recordó melancólicamente el perdido paraíso.

Es fatalidad llena de ironía que no estimemos el bien sino cuando ya no lo tenemos. ¿En quién, además, no vive algo de amor á lo desvanecido? Y como lo presente no nos basta, si delante ninguna claridad divisamos, volvemos suspirando los ojos; y á la manera que mientras unas constelaciones descenden y se ocultan por una parte del cielo, otras se van alzando por el opuesto horizonte, cuan-

do se borran nuestras esperanzas se levantan nuestros recuerdos.

Suele haber en ellos el encanto que la indecisión de líneas, lo vaporoso, da á las perspectivas lejanas. A distancia tal el detalle inarmónico desaparece: no queda sino la impresión del vago conjunto; y lo que pierde la realidad, gánalo la poesía de las cosas. De suerte que pasamos la juventud en un constante ensueño, y al trasponerla, despiertos ya y desengañados, y refugiarnos en los recuerdos, no hacemos más que cambiar de ilusiones.

Si esto es explicable, eslo también que algunos maldigan, no ya de su individual presente, sino del tiempo y la edad en que viven, y no hallen verdad, ni justicia, ni belleza sino en épocas que no conocen, ó conocen mal, y crean sinceramente que fueron

Siglos de más virtud, de menos yerro;  
Siglos de piedad llenos, siglos santos,  
Sin los cuales estamos en destierro,

como allá por los años de 1797 dijo cierto poeta bastante malo.

Es la más inocente y la más vieja de las ilusiones. Por un error de óptica, tan antiguo y universal como el que suponía á la tierra inmóvil y al sol girando en torno, se ha pensado que lo mejor quedaba á nuestra espalda. Por qué? Sólo porque ese pasado es extraño á las contrariedades de nuestra actual vida, que nacen de lo que nos rodea, del medio en que alentamos y con que ella directamente se roza. Porque en él los defectos pueden, cualesquiera que sean, aparecer velados y oscurecidos; y en lo que vemos y tocamos de cerca, aun los insignificantes resaltan, casi siempre abultados por el perpetuo

descontento de nuestra alma. Porque, aun dado que falten en un siglo cualidades ó virtudes de otro, no reflexionamos que toda transformación es en cierto modo una pérdida; que para ser hombres necesitamos dejar de ser niños, esto es, desprendernos de cosas tan amables y bellas como la inocencia y la ignorancia y el caudor de la primera edad.

Apenas hace un siglo que los hombres creen en el progreso; también hay la misma fecha que el desaliento por lo presente y la desconfianza en lo porvenir han convertido para algunos los recuerdos en esperanzas y en ideal realizable lo pasado. De ahí que, como nuestra época, ninguna haya sido tan discutida, ni haya recibido á la vez más encomios y más vituperios. Tampoco ninguna ha llegado á más entera conciencia de sí misma. Frente á lo rudo de los ataques ha tenido que perder la modestia y ha loado orgullosamente los propios méritos, quizá mostrándose, por las necesidades de la defensa, algo injusta á veces con los tiempos que la han precedido.

Mas el día en que con juicio sereno se haga definitivamente el balance, mucho resultará á favor de ella. ¿Cómo puede negarse lo que le debemos? Ella ha extendido á mayor número de semejantes nuestros las ventajas materiales, los goces del arte, los bienes de la instrucción. Ella ha facilitado la obra de comunicar y unir á los hombres, con las aplicaciones del vapor; con el telégrafo, de tal suerte que

*Paris, Londres, New-York. les continents énormes  
Ont pour lien un fil qui tremble au fond des mers.*

Ella ha suavizado costumbres, ha humanizado sentimientos, ha abierto caminos á las ideas. Su gloria está asegurada.

Pero al rendirle este homenaje no olvidemos con

ingratitude que los frutos de una estación han germinado y crecido en otras. Sin juventud sana no hay virilidad fecunda. Cosecha supone siembra.

¿Nuestro siglo, bajo cualquier aspecto que se le mire, sobrepuja á todos los siglos? No: no se ha demostrado aún que el progreso, ley, para algunos, de toda existencia, de la humanidad, y del universo mismo, sea una completa ascensión, continua é igual.

Que existe el vicio, la ignorancia, la injusticia; que hay otros mil males. Sin duda. Pueden disminuir; mas, probablemente, nunca podrán ser aventados de sobre la haz de la tierra. ¿Qué son, no obstante, los adelantos de esta edad nuestra junto á los sueños generosos de los que confían en la humanidad y en lo porvenir?

Mejor es confiar que desesperar. Sobre todo, respecto al tiempo en que nos ha tocado nacer, más noble que escarnecerlo es amarlo, como se ama todo aquello en que se ha desenvuelto y templado nuestra vida: el pedazo de tierra que nos sustenta, la luz que nos alumbra y el ambiente que respiramos.

1883.

## CARTA GEOGRÁFICA

---

SR. D.....

Querido sobrino:

He visto en los periódicos que vas destinado á Canarias.... con ascenso. Esta última circunstancia me ha quitado algo el susto, pues creí al principio que te habías echado á conspirador, ó cosa así, incurriendo en el desagrado del Gobierno. Como un periódico de Madrid decía no há mucho, con motivo de la traslación de cierto magistrado: no es fácil evitar que esa expresión de *trasladado á Canarias* suene á castigo ó á enojo gubernamental.

Pensando razonablemente, supongo que tus noticias acerca de aquellas islas serán algo confusas. Dicen que la guerra franco-prusiana demostró la impericia geográfica (y otras impericias) de los franceses: yo tengo para mi, estimable sobrino, que nosotros los españoles andamos, en esto de conocimientos geográficos, más cerca de los franceses que de los alemanes.

Y sin embargo, nada hay más útil que la geografía; tenlo por seguro. ¡La geografía! Sí yo estudiara,

ella sería mi estudio predilecto. Y qué hablo de geografía? Ojalá, sobrino, tuvieras solamente alguna afición á leer, que esto fuera bastante, y yo me daría por contento, que á lo menos algo hubieras aprendido. Tú me dirás que un empleado no necesita saber nada: *concedo*, en la mayor parte de los casos; pero ¿qué razones podrían abonarte más la utilidad de una prudente afición á los libros, que el ver cómo yo, merced tan sólo á mis pocas y fugaces lecturas, con desorden y sin grave propósito hechas, puedo hablarte hoy de Canarias lo mismo que si alguna vez me hubieran deportado, y darte sobre aquel archipiélago diversas nociones, convenientes hasta para el mejor arreglo de tu equipaje? Si casualmente sabes reflexionar, sobrino muy amado, reflexiona en lo provechoso que es leer, aun cuando nos propongamos únicamente entretener el tiempo, ó matarlo, como dicen los que más inquina le tienen.

No ignoras tú que la lectura de los Extractos del Diario de Sesiones, que amablemente nos proporciona la Gaceta, es uno de mis placeres favoritos, al que sensualmente me entrego en cada período legislativo. De esa continua lección, para mí apacible y sabrosa, se ha originado el profundo convencimiento que hoy abrigo, de que mi vocación más enérgica, ya por mí instintivamente sospechada antes de ahora, mi misión, por así decirlo, ha sido representar al país en Cortes. La fatalidad y los electores del distrito no lo han querido nunca! Pero no removamos ideas tristes, que no vienen á cuento. Mi digresión se enderezaba sólo á explicarte el sentimiento respetuoso y un si es no es melancólico con que voy á dar comienzo á estas noticias valiéndome del *Extracto* aludido.

No ignorarás que las Canarias están muy lejos,

sumamente lejos. Para establecer este punto no hay necesidad de acudir á mapas ni á libros: un Sr. Carreño, diputado, refiriéndose á las Canarias, dijo hace algunos meses en el Congreso: «No voy á hablar de tan remotos países». Con que, ya ves. Son, por tanto, las tales islas un país muy remoto. Sólo mi amor á la exactitud me hace insistir en ese detalle, para cuya confirmación sobra cualquiera otro testimonio, supuesto que el susodicho Sr. Carreño es ó era presidente de una comisión que habia de informar sobre un asunto relativo al archipiélago canariense. ¿Y quién sabe todo lo demás que será el referido Sr. Carreño? Como nadie lo conoce, la imaginación tiene ancho campo donde explayarse.

Por más que no falten autoridades para creer distinta cosa, las Canarias sólo forman una provincia desde el 69 ó 70 acá. Antes eran una colonia. Pruébalo el que otro representante del pueblo, individuo también de otra comisión, contestando á cierto diputado por Canarias que reclamaba no sé qué en nombre de estas islas, lo tranquilizaba afirmándole que el Gobierno pensaba tratar á las colonias lo mismo, lo mismito que si fueran provincias. ¡Cómo se enternecería, oyendo esto, el diputado canario!

Como verás en cualquier tratado de geografía ó interrogando á cualquiera persona algo culta, el clima de Canarias es ardentísimo, á causa de la proximidad de estas islas á la zona tórrida. Hacia el S. y el S. O. el calor es pesado y *mortelle*, dice el Diccionario de Bouillet. Eh? ¿qué te parece? Además, los terremotos menudean bastante, y hay un volcán, el Pico de Tenerife, cuyas erupciones son frecuentes.

Aconséjote que prescindas, al llenar tus maletas, de la ropa de abrigo. No llevés capa ni gabán, si no

quieres que los indígenas se rían de tí. Tu equipaje debe reducirse á muchas camisas de color y á pantalones y levitas de hilo blanco. Allí te comprarás un sombrero de corteza de árbol ó un panamá.

A lo que leo en una obrilla de geografía, las islas son veinte, aunque en su mayor parte no están pobladas. Entre los ríos, cuéntanse como más notables el Guiniguada y el del Infierno. Si no miente, que no lo creo, el ya citado Diccionario de Historia y Geografía de Bouillet, las poblaciones importantes de la isla de Tenerife, donde está el Pico, son, Santa Cruz, Laguna, Orotava, Palmas y Canaria.

Los primeros habitantes del archipiélago fueron los *gonanches*, según Lord Macartney, ó su traductor castellano; ó los *guanchos*, como los llama la Historia Universal de César Cantú, versión de Fernández Cuesta. *Guanchos* dicen igualmente otras muchas obras.

Ignoro si hoy producen vino aquellas islas; mas en tiempo de Ricardo Corazón de León lo había, y exquisito: fabricábanlo probablemente los *guanchos* ó *gonanches*. Lo he supuesto al leer el *Ivanhoe* de Sir Walter Scott. Si conocieras esta hermosa novela, recordarías que el pícaro ermitaño, alegre compañero del romanesco bandido Robin Hood, suele dar frecuentes acometidas á cierta bota, que encima lleva, copiosamente provista de vino de Canarias. Y si Shakespeare fuese en estos detalles tan escrupuloso como el novelista escocés, tendríamos que en tiempo de Falstaff, el bufonesco protagonista de *Las Alegres Comadres de Windsor*, apenas se bebía de otro vino en Inglaterra; si ni aun lo cataron las citas hechas en la comedia prueban, á lo menos, que á Shakspeare le gustaba particularmente aquel producto de las viñas canarias.

Siguiendo al ya referido Lord Macartney, una de



las plantas más curiosas que pueden verse en las cercanías de Santa Cruz de Tenerife, capital de Canarias, es el *nopal*. Para coger su fruto, defendido por terribles púas, los campesinos se envuelven las manos en paja, y toman grandes precauciones, porque es temible empresa. De consiguiente, vayas á Santa Cruz de Tenerife, ó á Ticoronté, otro pueblo que el lord menciona, ó á donde te envíen, mucho cuidado con los nopales.

Lei estas noticias, hace años, en cierta relación del viaje á China verificado por Lord Macartney en calidad de embajador de la Gran Bretaña. La relación anda traducida al castellano; y la prueba de que no yerra en lo concerniente á Canarias, donde el lord se detuvo algo á la ida, es que el traductor español nada enmienda, aunque cuida de rectificar algunas aserciones del autor inglés relativas al Celeste Imperio.

La raza de los *gonanches*, ó de los *guanchos*, ó como se llamen, se ha extinguido. Según Bory de Saint Vincent, quedan algunos restos de este pueblo en cierto punto de Tenerife: son muy respetados, y anualmente hacen cierto papel en una fiesta que se celebra en honor de la Virgen de Candelaria. Bory de Saint Vincent, sin embargo, que era muy listo, apunta la sospecha de que los tales fuesen unos impostores.

Es muy grande la religiosidad de los canarienses; casi extremada parecerá al que lea la Biografía del P. Claret publicada en una revista de Madrid ya fencida, *La Ciudad de Dios*, y luego formando libro. El P. Claret estuvo de misión en aquel archipiélago, y levantó en masa á las gentes, que le seguan por todas partes. Si deseas conocer la devoción de los insulares, visita en Santa Cruz de Tenerife alguno de los barcos dedicados á la pesca, y

muestra á sus tripulantes, que son una especie de salvajes, un grabado cualquiera: la tripulación caerá de rodillas gritando, aullando y dándose golpes de pecho. Refiérelo así Mr. Jacques Arago, autor de un *Viaje alrededor del mundo*, obra cuya veracidad es incontestable, por más que parezca dudarlo Mr. Jules Janin.

Lo que es hoy los gobernadores de Canarias deben de saber escribir; puede asegurarse. Pero á comienzos del presente siglo, por lo que dice Mr. Arago, aquellas autoridades no solían ser tan ilustradas. El Gobernador del archipiélago, cuando allí se detuvo Mr. Arago, no sabía escribir; pero en cambio, el secretario no sabía leer, lo cual era una compensación.

De estos curiosos datos, facilitados con tanta gracia por el supradicho viajero, que no debió de inventarlos, porque como en todo lo restante de su *Viaje* no dice una palabra de verdad, tendríamos entonces que había sacado el libro enterito de su cabeza; de estas noticias, pues, acerca de la instrucción en un tiempo alcanzada por el personal administrativo de las islas, ha salido quizá una especie, ó una bola, que quiero refutar, porque soy muy mirado en esto de admitir sin examen ni crítica lo que hallo escrito. En una reciente novelilla, ó cosa así (precio una peseta; editor, Manini), su autor, que, según reza la portada, se llama Domingo de Santoval, cuenta que el astrónomo Arago, habiendo visto en Santa Cruz de Tenerife á un pobre loco descalzo y desarrapado á quien nombraban por mote el *alcalde*, refirió que la autoridad municipal de Santa Cruz andaba por las calles con una facha rarísima, y sin zapatos ni sombrero. Dispénseme el apreciable Sr. de Santoval, que sin duda leyó ú olió esto en alguna parte; mas ni Arago el astrónomo fué

el viajero, sino un hermano suyo, ni éste mienta en su *Viaje* cosa parecida. Si el astrónomo se hubiese metido á hablar de eso, resultaría que los tales hermanos Arago dieron con diabólica complacencia en tomarla con las autoridades de aquella capital, aplicándose uno al Gobernador y otro al alcalde; ejemplo de ferocidad en que no abundan las historias.

Paso á comunicarte algo que te agrada singularmente, si tu grande afición de antaño no ha disminuído: en el valle de la Orotava (Tenerife), y quizá en otros puntos de la isla, se verifican lidias de toros que no dejan de haber adquirido fama, ya que en una ópera bufa estrenada en París hace algunos meses, *La Princesa de Canarias*, música de Lecocq, las sacan á relucir, y hay una *corrida de torros*, con su correspondiente marcha de los *toreadors*. Son, por cierto, las únicas circunstancias que dan al libro algún color local.

Respecto á otros varios pormenores, á las numerosas muchachas de doce y trece años, morenas, bellas y haraposas que asaltan al viajero en la playa de Santa Cruz.... te remito á Mr. Arago, suplicándote, sobrino de mi alma, que no abandones en tan dificultosos lances la cordura que te caracteriza.

Aquí doy fin á mi epístola, que ya pasa con mucho de los dos pliegos, extremo límite que impongo á mi correspondencia. Bastante se me ha quedado en el tintero; mas si hay tiempo, y no emprendes aún tu viaje, ya te comunicaré otros avisos utilísimos, de que puedes sacar provecho, y que leyendo aquí y allí he ido almacenando en la memoria.

Tu afectísimo tío,

N.

*Post Scriptum.*

Ya cerrada mi epístola, vuelvo á abrirla precipitadamente. Por casualidad llega á mis manos un número de la *Revue Britannique*, notable revista que cuenta la respetable edad de 58 años y se publica á la vez en París y al otro lado del canal. En dicho número, que corresponde á la edición francesa y al mes de Diciembre de 1882, hay un artículo á cuya cabeza se lee: *Literature espagnole.—Biographie*. Y debajo: *Perez Galdos et son œuvre*. Después de dos páginas de introducción comienza el artículo por un párrafo que no traduzco, sino que copio al pie de la letra, por temor de equivocarme, pues mi conocimiento del francés no pasa de bastante mediano. Dice así:

«Don Benito Perez y Galdos est originaire des îles Canaries, *une terre quasi sauvage*, et l' un de ses compatriotes s'étonnait que Perez Galdos y eût fait ses premières études psychologiques: car, prétendait-il, *on doute si les habitants possèdent une âme.*»

O hay telarañas en mis ojos, ó, como podrás conocer si lo has entendido, el texto suena en castellano, «que las Canarias son una tierra casi salvaje, y que un compatriota de Pérez Galdós, se asombra de que éste haya hecho allí sus primeros estudios psicológicos, por cuanto se duda si los canarios tienen alma.»

Francamente, me he quedado pasmado. Sobrino, ¿á dónde demonios te envían? ¿Se han figurado que eres misionero? Y aunque tuvieras ese carácter, ¿qué aprovecharía en un país cuyos habitantes, si el autor del artículo se hallaba despierto al escribir, que puede suceder, han de estar por fuerza, muy por debajo de los tupinambas y botocudos? Quizá

sean antropófagos, y ese compatriota de Pérez Galdós, ó el articulista, no lo hayan manifestado por delicadeza, juzgando que se trataba de un hecho de la vida privada.

Y á la verdad, el tal compatriota, que tal vez exista, pues se han dado casos de que un articulista francés, escribiendo, no haya puesto casi nada de su bolsillo, hizo perfectamente en asombrarse, y aun me extraña que no ande desde entonces espantado y con la boca abierta; porque efectivamente, es muy raro que de entre salvajes salgan novelistas. Compatriotas estúpidos cualquiera los tiene; articulistas ignorantes que no hayan abierto jamás un libro de geografía, no escasean enteramente; pero tierras de salvajes que produzcan escritores, es cosa extraordinaria; á mi parecer, porque al de Mr. Arsène Arüss, que así se firma el autor del artículo, no debe de serlo mucho, cuando apenas le llama la atención; lo cual, á mi juicio, sólo demuestra una gran fuerza intelectual, de cincuenta caballos lo menos, que halla explicable y obvio aquello en que los demás nos quedamos á oscuras.

Pero ya caigo: el asombradizo compatriota, ó Mr. Arüss, ó los dos á un tiempo, habrán supuesto que Pérez Galdós pertenece á familia de colonos allí establecidos: tanto que, según el articulista, la de aquel escritor es de antiguo linaje (*de vieille souche*). Pero entonces, de que se asombra el compatriota, Señor? Si hay en las islas población civilizada, grande ó pequeña, en ella haría Galdós los tales estudios psicológicos, sin acudir á esa otra casta de habitantes cuya racionalidad anda en litigio; como, pongo por caso, un novelista de Melbourne ó Botany Bay no necesitaría hacer su aprendizaje entre los indígenas australianos. No hallo á esto más que dos salidas: que la familia de Pérez Galdós sea la única ci-

vilizada del archipiélago, ó que haya en éste familias salvajes *de vieja cepa*.

En fin, aquí me tienes cavilando y lleno de confusiones, sin saber á qué atenerme en un punto á cuya averiguación me mueve el interés que por tí siento, y mi natural inclinación á depurar la verdad en todas las cosas.

En vano me ha dicho un amigo que no me preocupe; que, probablemente, á Mr. Arüss las Canarias y todas las islas en general le parecerán de salvajes, cuando no las crea desiertas, por recordar que de estos dos modos figuran casi exclusivamente en los cuentos que oiría cuando pequeñito. Que eso de emitir fresca y serenamente disparates acerca de cualquier lugar de la tierra, sea importante, sea humilde, sólo podía admirarme á mí, que sé poco francés. Que las palabras: «se asombra (un compatriota de Galdós, su portero, verbigracia) de que haya hecho allí sus primeros estudios psicológicos, porque se duda si aquellos habitantes tienen alma,» son únicamente una frase ingeniosa, una hipérbole en que hay bastante gracia, y que caería en mientes al autor cuando éste escribía: «tierra casi salvaje.... estudios psicológicos»; y hablando con franqueza, si á Mr. Arüss le ocurren las frases ingeniosas difícilmente, no es cosa de sacrificar una por escrúpulo más ó menos.

Pero á mí me hacen poca fuerza estas razones. Yo tengo á ese Mr. Arüss por hombre de peregrinas y vastas entendederas. ¡Y cómo nos conoce á los españoles, y qué cosas raras sabe acerca de Galdós! Por lo pronto, escribe el nombre de éste muy correctamente: *Don Benito Perez y Galdós*; y no dice *Don Galdós*, ni *Don Perez*, como otros. Le es familiar nuestra literatura, á tal punto, que cita el *Lazarille*, las *novelas* de Cervantes, y el *Pablo de Segorille*.

via, de Quevedo, título que yo no había oído en mi vida: ¡mira si está enterado! Nosotros, según él, somos indulgentes hasta con los bribones, porque, «Dios mío!.... estos son españoles después de todo!» En España, «unas costumbres originales, una religión fanática, un idioma expresivo hasta la rudeza, no pueden producir ni la novela francesa, delicada y maliciosa; ni la inglesa, elevada y humortstica; ni la alemana, profunda y doctrinal»: nada de eso! Nuestros novelistas no pueden pintar sino lo que da el país: «amores locos, celos brutales, venganzas crueles, odios implacables.» Por esta razón «Pérez Galdós no puede ser traducido al francés.» Es claro!

Todo esto me parece incuestionable, aunque yo no comprenda algunas cosas: por ejemplo, el carácter «delicado y malicioso» de la novela francesa. Malicioso!.... ¿Se referirá á Paul de Kock? En fin, cuando Mr. Arüss lo dice....

Respecto á Galdós apunta algunas circunstancias singulares y poco sabidas; verbigracia: el autor de *Doña Perfecta* asiste asiduamente al teatro Guignol de Madrid, y es grandemente aficionado á coser á máquina. Sin embargo, esto último no se atreve á asegurarlo enteramente el articulista, y se pregunta entre paréntesis: «¿Será verdad?» Yo no lo dudo; ¿por qué no ha de creerse que Galdós se pasa así la vida cosiendo y escribiendo? Ni me extrañan gustos tan sencillos y primitivos en un hombre que proviene de una tierra casi salvaje, donde no habrá máquinas de coser, ni titeres.

Terminaré, sobrino, porque la posdata va tomando descomunales proporciones; pero no la remataré sin darte un consejo: como Mr. Arüss puede no haberse equivocado, si el gobierno persiste en enviarte á Canarias y tú no te sientes con fuerzas para renunciar el destino, añade á tu equipaje un par de

carabinas *minié* (ya que el transporte de un cañón Krupp ofrecería muchos inconvenientes) y llévate en la faldriquera dos ó tres revolvers de seis tiros: nunca están demás las precauciones.

*Por la copia,*  
F. M. PINTO.

1884.

---



## DON DOMINGO BELLO Y ESPINOSA

---

Don Domingo Bello y Espinosa nació en la Laguna, en 1817. Estudió Derecho y recibió el grado de Doctor en la Universidad de San Fernando, de aquella ciudad. En el mismo establecimiento, si no estamos equivocados, desempeñó algún tiempo una cátedra. Pero la mitad de su vida transcurrió en la isla de Puerto Rico. De ésta hace poco que había regresado el Sr. Bello, para establecerse definitivamente en el país natal, donde ha muerto á la edad de 66 años.

Aunque en América vivió dedicado al ejercicio de la abogacía, no son triunfos en esta profesión alcanzados, ni publicaciones de carácter jurídico, lo que motiva en Canarias la notoriedad de su nombre, para todos respetable; sino estudios y escritos de muy distinto género, como que las ciencias naturales, y muy especialmente la botánica, constitutan el principal tema de sus trabajos y el objeto de sus predilectas aficiones.

Despertáronse éstas durante la estancia del Sr. Bello en las Antillas. La exuberante flora tropical, cuyas maravillas sólo confusamente percibe y admira quien sea extraño á los estudios fitológicos; la idea de dar mayor atractivo á sus paseos y excursiones, incitáronle al cultivo de la botánica. Estudióla sin otra pretensión que la de distraerse; como él decía, parecióle que de esta ciencia, con más razón que de ninguna otra, podía hacerse un deleitable entretenimiento. De seguro que J. J. Rousseau creía lo mismo.

Y no hay duda: para los que deseen unir al grato, moderado y provechoso ejercicio corporal los apacibles goces del espíritu, llenando así el vagar que dejan enervantes y sedentarias ocupaciones, no sería fácil discurrir más adecuado arbitrio que el ya utilizado por el autor de la Nueva Eloísa. Por mi parte, opino con Herbert Spencer, cuyas reflexiones sobre educación me parecen notables, que la herborización puede convertirse hasta en útil divertimento de la infancia, en juego que ésta no rechazaría; siendo una de las tantas enseñanzas *por insinuación*—permítase la frase—que deben preceder á otras por que comienza la rutina.

Pero el Doctor Bello fué pronto un consumado botanista. Extensos y profundos estudios verificados en larga serie de años; sus trabajos sobre la flora de Puerto Rico, algunos publicados en Madrid hace poco tiempo, en los Anales de la Sociedad Española de Historia Natural le hacen acreedor á semejante título. Alguna planta de la flora antillana ha recibido su nombre, como justa distinción á quien tan bien la conocía. Llevaba, además, el Sr. Bello, correspondencia con diversos é ilustres naturalistas, particularmente con el alemán Gundlach; y él mismo refirió en la «Revista de Canarias» sus excursiones

por las orillas del Tegel, en Prusia, con el botánico y ornitólogo Bolle.

No era, pues, un mero aficionado á la ciencia, como tantos otros; un simple *amateur* más ó menos digno de recordación, la persona de quien damos noticia en estos mal zurcidos apuntes. En verdad y justicia, otro puesto más honorífico y alto le corresponde; y no tememos, porque sería necedad, que se tache de lisonja póstuma ese concepto, aunque bien pudiera juzgarle inconsiderado ó irreflexivamente emitido quien nada sepa del Sr. Bello ó haya en él visto solamente lo poquísimo que descubre el trato casual y ordinario. Pero hablamos con plena conciencia, y sin ignorar que aun teniendo, como tenemos los canarios, por más que sólo en familia lo publiquemos, bien modesta idea de casi todo lo nuestro, con frecuencia—y no implica contradicción, sino aparente—exageramos bastantes apreciaciones, por falta de seguro y frío criterio, como por la misma razón las atenuamos á las veces excesivamente y con injusticia, si el humor y la ocasión á ello nos impulsan.

La instrucción del Doctor Bello, con abrazar muchísimo, era, sin embargo, aun más sólida que vasta. La balumba de noticias bibliográficas, reducidas al autor y título de la obra, y de lecturas fáciles, no llenaba en él, como en algunos, el lugar de la verdadera erudición. Bien puede dispensarse á quien conozca á Humboldt el no haber leído á Luis Figuiet; como también de hojear *Las tierras del cielo* á quien haya manoseado *La Mecánica celeste*.

Fácil es hoy, al simple aficionado á la lectura entretenida, adquirir rudimentos y especies de diversas ciencias; autores hay que en tal propagación se ocupan, y editores que les ayudan; y ora en libros á módico precio venales, ora en lujosas y provocan-

tes impresiones, con grabados y cromos andan ya, así puestas de manifiesto, y bien ó mal acomodadas á los alcances del lector no científico, casi todas las disciplinas, artes y facultades de que se tiene noticia; aunque especialmente sirven de objeto á esta clase de obras, llamadas populares, y han dado ocasión á las más dignas de este nombre, aquellos conocimientos que por algún aspecto ofrecen atractivo á la imaginación, susceptibles, por ello de ser expuestos de agradable y pintoresco modo. Gracias á Flammarión, por ejemplo, apenas habrá persona medianamente culta, que no se pique de estar iniciada en «el saber de astronomía». Mas, no tenían, como se supondrá, los conocimientos del señor Bello, la endeblez y poca sustancia de los que en estas fuentes se beben, por más que, con acertado acuerdo, hubiese aprovechado la forma popular y novelesca para los trabajos que singularmente le dieron á conocer en nuestra provincia.

La serie de artículos *Una excursión más allá de las nubes*, que publicó en la «Revista de Canarias», acredita lo versado que estaba el Sr. Bello en la ciencia astronómica. En esos artículos, como en otros suyos se ve perfectamente que era, no una persona que «había leído», sino un hombre que «había estudiado». Su conocimiento de las matemáticas le facilitó el de la astronomía, imposible de adquirir sin aquél, como nadie puede ignorar. Aficionóse más á ella en esas islas americanas donde, al diurno espectáculo de una tierra cuya superficie cede por todas partes á la incontrastable virtud fecunda que la cubre de vegetación poderosa y la mantiene siempre verde y enflorcionada, sucede ese otro espectáculo de las noches, llenas de claridad y de rumores, en las que brillan tan limpidamente los astros, despidiendo fulgor tan vivo,

Conservaba fresco el recuerdo de la lengua latina, cuya inteligencia no huelga por cierto en un abogado; pero tampoco en un botanista. ¿No es acaso el latín la lengua oficial y técnica de la fitología, aquélla en que escribió el gran Linneo? El Sr. Bello, además, hablaba el inglés y el francés. A propósito de esta última lengua recuerdo haberle oído contar que en su viaje por Alemania halló fácilmente quien la entendiera, mas no tantos que en ella le contestaran. Dirigiendo en francés la palabra á cierto bibliotecario de no sé dónde, éste, aunque le comprendía y quizá podía responderle en el mismo idioma, tuvo por más conveniente contestarle en portugués chapurrado; y así, uno en francés y otro en portugués sostuvieron la conversación.

En el continente americano toca á los Estados Unidos la influencia, el particular dominio, la hegemonía que siempre va unida á la principalidad en civilización y poder. La lengua inglesa tiene, pues, en América el frecuente y general uso que la francesa conserva en Europa; y *ende*, como dirían nuestros abuelos, ser más común en el nuevo mundo que en el antiguo el conocimiento de la literatura inglesa. Profésáse en casi todos los países hispano-americanos gran devoción á los poetas sajones, lo mismo á Byron que á Longfellow, y se les estudia é imita. Bien merece aprecio y honra, ciertamente, la literatura que, entre las modernas, y en lo tocante á originalidad y grandeza, ocupa lugar junto á la española y la italiana.

Era el Doctor Bello, que no en vano residió en América y viajó por ella, grandemente aficionado á los poetas ingleses; lord Byron, Tomás Moore, Tennyson, parecían hechizarle, y son los que más frecuentemente le oímos citar. A pesar de su apariencia fría y calmosa, gustábale, cuando hallaba un

oyente algo atento, hablar de sus poetas preferidos, contar menudamente los episodios de «Lalla Rook» y referir los asuntos y las bellezas de los poemas de Byron. Era éste quien más le contentaba; cerca, á la mano, tenía siempre las obras del insigne lord, impresas en el idioma original y formando un grueso tomo. Considerábalo como el mayor poeta de los tiempos modernos (eso creía Goethe, si no significa otra cosa el episodio de Euforión, en la *Segunda Parte de Fausto*), y se lo representaba en su fantasía y lo mostraba al interlocutor bajo la apariencia ideal y romántica con que aun lo vislumbra el lector de *Childe Harold y Lara*, con la peregrina poesta y el sello fatal de los mismos personajes byronianos; apasionado y sombrío, como el Giaur, ó en la actitud sarcástica y rebelde de D. Juan. Mirábalo, en fin, al modo de D. Emilio Castelar, vaya por ejemplo, en su *Vida de lord Byron*, poética relación digna de leerse, y que, según dicen, ha obtenido gran éxito en Inglaterra, donde se ha traducido, aunque los ingleses puedan enterarse, hojeando los *Estudios Literarios* de su paisano Macaulay, del más exacto juicio que sobre Byron se haya escrito.

Movido por esta inclinación el Sr. Bello, ensayóse alguna vez á traducir en versos castellanos las estrofas de Byron. Ni fué extraño á otras bellas artes, pues dibujaba y pintaba sirviéndose de estos procedimientos en sus estudios de botánica; y aun para conservar ciertas impresiones de viajero, cuando visitó la América del Norte. Era aficionado á la música, y no le disgustaba la que apellidan *del porvenir* («de lo porvenir» sería versión más correcta): en la capital de Prusia oyó por vez primera el *Tanhausser*, que le agradó por extremo; y acerca de esta y otras óperas wagnerianas que igualmente oyó entonces, discurría minuciosa y largamente,

con el gusto de quien lo había tenido en escucharlas.

En Abril de 1880 y morando ya en Canarias, verificó este viaje á Prusia el Sr. Bello, por haberle comisionado nuestra Diputación provincial para estudiar en la Exposición internacional de pesca, que se efectuaba en Berlín, todo lo pertinente á la mejor conservación del pescado. «Con justicia ha elogiado la prensa, decta la «Revista de Canarias», la elección del Doctor Bello. Dificilmente se hallaría entre nosotros quien, por sus sólidos conocimientos científicos y especial espíritu de observación, pudiera mejor que nuestro respetable amigo desempeñar encargo de tanta trascendencia».... etc. Juzgamos lo mismo. Pero el viaje se realizó y la memoria que debió escribir y entregar el Sr. Bello no se ha publicado.

En la Laguna, fuera del tiempo en que ejerció las funciones de alcalde, vivía encerrado en su despacho, estudiando y escribiendo. Conocía bien, sin embargo, nuestra provincia, no ya solamente en orden á la historia natural ó á la geología, sino en otras muchas relaciones, y no abundarán los que posean, acerca del país, tantas curiosas noticias, así de cosas como de personas. En su conversación, cuando al caso venía, jamás con inoportunidad ó alarde, hacía patente su mucha ciencia. Explicábase con sencillez suma y con palabras corrientes y molientes, procurando hacer obvio el asunto, huyendo de la pedantería á riesgo de caer en la vulgaridad. Esta enemiga del Doctor Bello al pedantismo y la afectación se advierte fácilmente en sus eseritos de la «Revista de Canarias», en los cuales se juntan la naturalidad de la expresión y la congruencia del tono; donde la gravedad nunca es hinchazón, ni estruendo de palabras; ni el autor evita la frase llana y

común, si es oportuna, ni el chiste y la zumba cuando bien le parecen. Circunstancias son éstas que desaprobarán los que para manifestar sus pensamientos en letras de molde, «se almidonan fuertemente el cuello de la camisa» (Campoamor), y sólo con estirado empaque y gesto solemnísimo se dignan platicar con los simples mortales. Ni las sabrá pesar quien ignore que para tratar un asunto con claridad y llaneza se necesita conocer éste á fondo, y que estilo oscuro y altisonante sólo significa poca ciencia y pésimo gusto. Tampoco arrebatarán á los apasionados de cierta manera de expresión afectadísima, rimbombante y disparatada, ridícula parodia del estilo que en Francia adoptaron Pelletan y Quinet, y principalmente del ex ornado y fastuoso que distingue muchas obras de Castelar; á los buscadores de plurales inusitados y de *sexquipedalia verba*: á los que sienten honda emoción ante «las cóleras y el rugir de las muchedumbres... las tremendas solidaridades de la historia... las almas inclinadas sobre los abismos sintiendo las misteriosas palpitations de los universos y hundiéndose en las infinitas profundidades cósmicas... la luz que irradia en las supremas cimas de las inteligencias y de los mundos, rodando en deslumbradoras cascadas hasta»... y otros selectos pasajes, á cuyos autores, concediéndoles (como el Señor nos concede á los pecadores la divina gracia: sin méritos de nuestra parte) que escriben en lengua castellana, no habría ciertamente nada que reprocharles sino la falta de sentido común.

Hemos ya citado las producciones que mayor estima grangearon en nuestro país al Dr. Bello. La principal es *Un jardín canario*, que la «Revista de Canarias» publicaba conforme el autor iba escribiendo. Apareció luego en forma de libro, figurando



en la serie que con el nombre de *Biblioteca de Canarias* comenzó á *editar* por entonces el Director de la mencionada revista. En *Un Jardín canario* se propuso el autor dar á conocer por modo ingenioso y agradable la flora regional. La sencilla ficción elegida con tal objeto permitió al Sr. Bello dejar traslucir en la obra su sólida y variada ciencia, y evidenciar su fiel conocimiento del archipiélago. El hombre naturalmente observador, el botánico á quien la afición á mirar las plantas no ha impedido ver otras cosas, el escritor dotado de ingenio y buen sentido, y de un gracejo que pocos hubieran en él sospechado, manifiéstanse asimismo en éste como en otros escritos más cortos del Sr. Bello. Ya hemos indicado, sin embargo, cómo la obrita que nos ocupa se escribió. Pensaba el Doctor Bello limitarla á tres ó cuatro artículos; pero dióle mayor desarrollo atendiendo al deseo del Director de la «Revista». Quizá de ello haya resultado la obra, para carta, algo larga; quizá el supuesto canario establecido en Filipinas que con tan buen humor y tanta aplicación cultiva el género epistolar, tenga demasiada memoria para las cosas de que no entiende; pero sí puede afirmarse que *Un Jardín canario* es el libro más ameno, instructivo y con mayor sabor al país, que de muchos años acá se haya publicado en Canarias.

Del trabajo que el Sr. Bello tituló *Una excursión más allá de las nubes*, decía el autor: «El artículo, ó serie de artículos que escribimos para la «Revista de Canarias», bajo el epígrafe *Una excursión más allá de las nubes*, tiene por objeto presentar á los lectores no versados en astronomía un cuadro sucinto de los astros, sus movimientos y principales fenómenos que nos ofrecen en los espacios celestes, desnudo de cálculos y de todo aparato científico. En

el plan seguimos el que en nuestra juventud tuvimos el placer de oír desarrollar al Doctor Saviñón, profesor de la extinguida universidad de la Laguna, con la lucidez y claridad que le eran tan peculiares; prescindiendo, por no caber en nuestro propósito, de sus bellas demostraciones científicas. Debemos añadir que la memoria del ilustre sabio, contemporáneo y amigo del célebre astrónomo Mr. Arago, no es responsable de la más mínima frase de nuestro tosco discurso». Son, pues, dichos artículos un trabajo de vulgarización científica sencilla y chistosamente escrito, que muchos leerán con provecho, aunque la circunstancia de ser tan comunes las obras populares de astronomía, ó de *uranografía* mejor dicho, le quite alguna novedad.

Ni para la invención de un plan, ni en escribir cuando una ú otra cosa se proponía, carecía de facilidad el Doctor Bello. Con ocasión de haber publicado su amigo Mr. Berthelot la *Vitalité des mers*—libro que es una recopilación de varias lecturas, y no aumenta la justa nombradía del autor de las *Antiquités canariennes*, cuya fama tiene firme cimiento en esta última obra, en la *Histoire Naturelle des iles Canaries*, en su laboriosa vida consagrada á la ciencia y á nuestro archipiélago,—con motivo de esta publicación, decimos, y conociendo los gustos del venerable é ilustre ex-cónsul, le comunicaba el Doctor Bello, para que lo utilizase si quería, el plan en francés, lengua en que sostenía su correspondencia, de una obra del género de la *Vitalité des mers*, ó semejante por la idea fundamental y la comprensión, obra que había de titularse *Le monde de la nuit*. En ella se descubriría la transformación que experimenta la vida universal cuando las tinieblas cubren el hemisferio; los organismos que recobran su actividad en las nocturnas horas; todo

lo que despierta, vive ó se mueve en la oscuridad como en su propio medio. El libro, pues, tenta por asunto la *vitalité de l' ombre*, como el de Mr. Berthelot la *vitalité des mers*. Sobremanera plugo al colaborador de Webb el proyecto; mas le era imposible realizarlo: «Ya á mi edad no se escribe» decía poco más ó menos contestando al Doctor Bello.

No hablaremos de otras producciones de éste, porque las publicadas, fuera de las que hemos citado en el curso de la presente noticia, se reducen á algunos artículos sueltos. En todos, sin embargo, muestra el Sr. Bello notables cualidades como escritor. Si no con extremada pureza (la cual es rara, y más en las personas científicas), expresaba con claridad y acierto los pensamientos. Su estilo, en que hay precisión y soltura, es siempre agradable: grave cuando la materia lo requiere, jocoso é irónico á veces, nunca pesado.

El Doctor Bello escribió poco; á lo menos escaso en demasía parecerá á muchos lo publicado, considerándolo en proporción con la edad alcanzada por aquél. Mas adviértase que el Sr. Bello vivió entregado asiduamente á las tareas de su profesión; de ellas comenzaba á descansar entre nosotros, y los años que transcurrieron entre su llegada á Canarias y su muerte fueron los únicos en que hubiera podido aplicarse á una labor para él tan grata como de dudoso provecho. Empresa adecuada á sus inclinaciones hubiera sido, por ejemplo, la de corregir, completar y ampliar el Diccionario de Historia Natural de Viera, libro que D. Domingo Bello admiraba, que se lee gustosamente, aun por las personas á quienes son extrañas tales materias, y es viva muestra del eficaz amor que á la ciencia y el trabajo profesó el más sabio é ilustre de los escritores isleños. Mas faltaba al Doctor Bello, entonces, como

en los mejores años de su vida, el impulso que viene de fuera y hace obrar.

Tal vez algunas desparramadas indicaciones nuestras hallen confirmación en estas líneas de los *Apuntes para la flora de Puerto Rico*: «A pesar de una residencia de treinta años en aquella hermosa isla (Puerto Rico), el ejercicio de una profesión sedentaria y la falta de estímulo en un país donde nadie ó casi nadie se ocupa de Historia Natural, han hecho que mis excursiones hayan sido pocas; mis trabajos interrumpidos, y con frecuencia abandonados, y mis herbarios reducidos á polilla, por falta de tiempo para cuidarlos como es menester en un clima tan contrario á su conservación. En suma: la Historia Natural no ha sido para mí sino una distracción en los momentos de descanso de mis ocupaciones habituales» (1).

Conviene observar que el autor de esos *Apuntes* vino á ordenarlos estando ya en Canarias. La especie de introducción ó prólogo porque comienzan lleva esta fecha al pie: «Laguna (Tenerife) Julio de 1880.» Son un ensayo, el primero que se haya hecho de clasificación y descripción de la flora puertorriqueña, y un trabajo rigurosamente científico, en que la descripción de las plantas como es uso está en latín. A pesar de nuestra incompetencia, quizá nos sea lícito suponer que un catálogo donde por vez primera aparecen nombradas, clasificadas y descritas muchas plantas, debe de poseer algún mérito.

Acabemos tan larga y descosida relación, que á vueltas de difusa ha de resultar algo incompleta, por haberla escrito atentos sólo á nuestros propios

---

(1) *Apuntes para la flora de Puerto Rico*, por D. Domingo Bello y Espinosa. Vid. los «Anales de la Sociedad española de Historia Natural.» Tom. décimo.—Madrid, 1881.

recuerdos. Si nos hemos equivocado en noticias ó juicios, nuestra es la culpa. El lector resumirá el propósito de estas líneas declarando que D. Domingo Bello y Espinosa hubiera sido estimado, como en Canarias, donde quiera se aprecie algo el ingenio y la sólida ciencia.

1884.

---

## TEOBALDO POWER

---

La noticia ha causado en todos sorpresa y dolor; ya los periódicos de la provincia se han hecho eco del duelo público, al que se ha unido el sentimiento de estupor con que se recibe lo inesperado y se contempla siempre la muerte.

¿Quién lo duda siquiera? Teobaldo Power era de los que, al morir, pueden hacer suyas la noble protesta y la ingenua declaración que, llevándose la mano á la frente, hacía en el cadalso aquel poeta francés sobre quien descendió la antigua musa griega con toda su primitiva frescura y su pureza clásica. Sí: Power pudo decir con justo orgullo de sí mismo: Algo habla aquí!

No era él una esperanza sólo, como otros, sino un artista completo y notabilísimo. Una vida más larga no hubiera desarrollado en él nuevas cualidades, pero le hubiera dado más gloria, permitiéndole manifestar las que ya tenía. Puede decirse de él, que, lo mismo que ciertos organismos naturales ó artifi-

ciales sólo responden á un fin determinado, siendo inútil investigar en ellos funciones distintas, era una organización de músico, en la cual los demás aspectos no tenían particular interés y pasaban inadvertidos. El sentimiento predominaba en él, aunque esta influencia más se adivinaba que se mostraba claramente, pues en tales caracteres no es raro, por más que lo parezca, hallar cierta reserva y como desconfianza. Las circunstancias de su juventud, transcurrida en grandes centros de población y entregada á sí misma, no le dieron quizá, porque no la dan siempre, entera experiencia de la vida y del mundo, ni despojaron de sencillez su carácter algo indeterminado á primera vista.

Admiraba fácilmente los méritos extraños, todo lo que como bello ó bueno ó valioso en cualquier sentido, se le presentase; bien que, tratándose de su propio arte, como le conocía mejor, fuese muy escrupuloso en adoptar juicios que otros formaran. Porque, además, Teobaldo Power tenía de ese divino arte suyo la más elevada idea que cabe: idea inefable, sentimiento más bien, de cuyas razones no se daba clara cuenta, por más que animase todas sus opiniones artísticas. Concebía perfectamente la necesidad que el músico tiene de ciertos estudios á más del contrapunto y la armonía; y en él mismo despertábase con facilidad suma el afán de aprender desde que descubría ó se imaginaba la conveniencia de saber una cosa. Cuando escribía su método de piano se dió á leer obras de estética, buscando en ellas los fundamentos de su arte, aunque la hojarasca metafísica de la mayor parte de tales ensayos le hiciera desmayar. Alguna vez, el que escribe estas líneas pudo verle con la versión francesa de Hegel en la mano, engolfado valientemente en los párrafos en que el mayor genio filosófico de la moderna edad

levanta con el solo poder de la especulación el edificio de la filosofía del arte.

¿Diremos algo de Power como pianista, como ejecutante? Pero ¿quién tiene el remordimiento de no haberle oído? Y quién le oyó una vez recordará siempre aquella ejecución límpidísima, admirable, perfecta; aquella magnífica interpretación que constituía su talento artístico. Las creaciones de Chopin, el músico delicado y peregrino, poco accesible al vulgo de los ejecutantes; las de Gottschalk, de tan especial colorido; las de Listz, llenas de dificultades de expresión, se deslizaban bajo sus dedos en fácil curso, como raudales sonoros, claros y límpidos. Power comprendía bien el arte que profesaba y le poseía enteramente. En juicios y apreciaciones artísticas mostraba fina percepción y gusto acendradísimo, que sabía distinguir bien la obra del genio de la del talento; que odiaba la vulgaridad, la afectación, la brillantez de apariencia, los recursos que impresionan al vulgo, eso que pudiera llamarse la charlatanería artística, aquello todo que no fuera el puro y verdadero arte, el arte de los grandes maestros, á los que tanto estudiaba y conocía. Por eso, si hablaba con entusiasmo de Rubinstein, por ejemplo, no consideraba dentro del gremio del arte á los ejecutantes *fenómenos*, á los prestidigitadores del piano, á los que hacen gala de luchar con el instrumento como el domador con la bestia, y á quienes el público suele aplaudir rabiosamente, como aplaude los esfuerzos laringeos y pulmonares de un tenor que jadea sobre las tablas después de una nota inconcebible, ó las dislocaciones y los saltos de un gimnasta. Por eso, en fin, no miraba con respeto muy marcado, las *fantasías*, las *reveries* y los demás excesos con que los músicos de pacotilla nos obsequian y los aprendices de piano ator-



mentan las teclas y el buen gusto. Power no olvidó tratar estos particulares en ciertos apuntes suyos aun inéditos, escritos durante su estancia en Canarias, y que formaban parte de un método que tituló «El arte del Piano»; obra sin duda provechosa, siendo de tan notable maestro.

Power, como no es raro, sino comunísimo entre los ejecutantes, era autor de arreglos y composiciones originales para su propio instrumento. Estas últimas andan todas impresas, si no estamos equivocados, y los arreglos son también conocidos, pues figuraban como tales en los programas de sus conciertos. Sus obras para orquesta han hecho que su reputación de compositor no haya quedado á más bajo nivel que la de pianista. Hace apenas algunas semanas que los periódicos de Madrid hablaban con aplauso de una de sus obras, ejecutada por la orquesta de la Sociedad de Conciertos. A sus paisanos les basta recordar los *Cantos Canarios*.

Estando Power en Tenerife, un amigo suyo y nuestro le dió en cierto modo la primera idea de esa composición, que todos hemos escuchado y aplaudido con entusiasmo. No es un simple *potpourri* de aires provinciales, sino bella pieza sinfónica, concebida con gusto exquisito, instrumentada con delicadeza y ciencia extremadas; una obra que para nosotros los canarios es como el reflejo de nuestra tierra, como el resumen de las impresiones más características que de ésta hemos recibido. Aquellas armonías, donde quiera que las oigamos, nos traerán la imagen de la patria y despertarán en nosotros los recuerdos. Porque allí oímos desde el grave canto con que nuestras madres nos mecieron, melodía á través de cuyas notas lentas y melancólicas se percibe el vaivén de la cuna, hasta el son vivo y alegre del más regocijado de los bailes insulares; y la ima-

ginación ve pasar las aldeas y los campos de nuestro país, y las desenfadadas alegrías populares, y las callejeras rondas que en las noches tranquilas hacen llegar tan frecuentemente á nosotros el rasgueo de sus guitarras (1).

Consideremos los *Cantos Canarios* como legado y memoria del músico á su tierra. ¡Cuántas más obras, si él hubiera vivido, tendríamos seguramente, con el tiempo, ocasión de admirar! Quizá también le habría debido algo la música dramática, á la que perteneció el primer ensayo de su juventud (2); cuando su última y reciente permanencia aquí asomaban en él, en este sentido más ó menos vagos propósitos.

Power estaba ya en situación de trabajar con desahogo y calma. Era organista de la capilla real y profesor del Conservatorio: su fama de compositor

---

(1) Power comenzó á hacer algunas investigaciones sobre los cantos y bailes provinciales. Aunque me parece indudable que el famoso *baile canario*, tan popular en otro tiempo en España y aun fuera de ella, citado por nuestros antiguos dramáticos, y por Cervantes en uno de sus entremeses, es el llamado en Tenerife *tajaraste* (voz indígena á todas luces), Power se inclinaba algo á opinar que la brevísima descripción de Viera (Noticias, libro 2.º) y de algunos diccionarios («tañido músico de cuatro compases», etc.) se acomodaba más al *tanganillo*, aire de que hizo una de sus composiciones para piano, impresa luego por Zozaya, y que el autor dedicó al rey de Portugal. De aquí el primitivo título de *Danza de los Guanches*, que era una explicación y que él dió á su obra en algunos conciertos de la Península.

Casi todos ó todos nuestros restantes cantos y bailes populares (generalmente á todo baile corresponde entre el pueblo un canto,) aun los de origen andaluz pueden considerarse como propios de nuestro país. Vengan de donde vinieren, han experimentado modificaciones de adaptación, como las ha padecido en algún modo la lengua, y ofrecen un carácter especial que los hace enteramente nuestros.

(2) Una zarzuela. El libro era de D. José Plácido Sansón.

comenzaba: obtenía en Madrid triunfos y recibía homenajes de sus discípulos. En tales circunstancias sobrevino la muerte, el factor imprevisto de nuestros cálculos, y los amigos y admiradores del autor de los *Cantos Canarios* y del pianista eminente no pueden ya extenderse con satisfacción y orgullo sobre lo que es, sino recordar con tristeza lo que era Teobaldo Power.

1884.

---

# MARIQUITA PRÍNCIPE

## ADVERTENCIA

---

Esta *Relación* no se hubiera publicado, de seguro, en la forma en que se hace hoy, si, para mayor gloria de las letras canarias, su malogrado autor viviera todavía. Lo que se da á luz es nada más que un boceto, un simple borrador, sin corregir ni enmendar, como salió de primera intención de la mente de D. Francisco M. Pinto. Y que lo que se publica no es más que un boceto, lo prueba el hecho de haberse encontrado, entre los manuscritos del autor, las cuatro primeras cuartillas de la relación, puestas en limpio y en forma completamente distinta de la primitiva, aunque conservando siempre el fondo y el plan de la obra. De todos los trabajos inéditos de Pinto, éste es uno de los más importantes y el único que se puede considerar completo, aunque la forma que reviste no sea la que su autor le hubiera dado definitivamente á no habérselo impedido la muerte.

# MARIQUITA PRÍNCIPE

---

## RELACIÓN

*A mi queridísima hermana J....*

### I

Todos los años, el 4 de Noviembre, víspera de Santa Isabel, comenzaban para mí unas vacaciones que se prolongaban á veces seis ú ocho días, y que mi bondadosísimo padre nunca se atrevió á desaprobar. ¿Cómo, si el pretexto era la celebración del santo de mi única hermana? La víspera me despedía yo de mi patrona, cargaba á un mozo con la maleta, y me metía en el tren. Cuatro horas y cuarenta y cinco minutos en éste, y otras cuatro ó cinco en cierto carricoche que hacía de diligencia bastaban para abordar á mi pueblo.

Aquel año, pues, hice lo mismo; el día de Santa Isabel ya estaba yo instalado en mi casa. Levantándome muy temprano presenté á aquella cuyo santo se celebraba, mi regalo correspondiente: un par de magníficas corbatas que por su forma y sus colores discordantes y vivos recordaban con alguna exactitud las moñas de los toros.

Aceptólas mi hermana con reconocimiento, al parecer; aunque se admiró mucho de que yo asegurase que las señoritas de Madrid se ponían aquello.

El principal acto del día fué la comida, que sólo adoleció de la falta, mejor dicho, de la sobra que aun suele caracterizar en mi pueblo á las de esta especie: demasiados platos y demasiada comida. Lo confieso: me horrorizan las comidas extraordinarias; cuando mis paisanos me invitan á alguna, para excursarme sin descortesía, me declaro enfermo desde la víspera, y guardo rigurosamente cama.

Después de comer, mi padre, mi tío y los cuatro ó cinco amigos que les acompañaban permanecieron en el comedor. Mi madre y mi hermana, con las señoras, pasaron á la sala, siguiéndolas yo, único pollo á la vista en aquellas inmediaciones.

Mi hermana y sus amigas se pusieron á charlar junto al balcón, en tanto que mi madre y las suyas, después de ocupar el sofá se entregaron á largas é importantes consideraciones sobre la jaqueca y sus diversos remedios y específicos, dando á conocer por turno cada señora lo que la observación y la experiencia propias ó ajenas le había suministrado acerca del asunto. Por mi parte, no estaba menos entretenido: hablaba con una morenita, algo parrienta nuestra, y que ya en el último verano me había comenzado á hacer muchísima gracia. Tenía una manera de abanicarse; un modo de acariciar con los ojos, cerrándolos amorosamente y echando algo hacia atrás la cabeza! ¡Unos labios ligeramente gruesos, y tan encendidos!...

Yo estaba en pie junto á ella. Se había sentado al piano, mas nuestra conversación le había impedido pasar á vías de hecho en el instrumento. Y qué hablábamos? Véase la muestra:

Yo.—¿Pero usted no cree en nada?

ADELA (Se llamaba Adela).—En nada? No señor. Yo creo....

Yo.—Sí: creerá usted en Dios padre, todopoderoso....

ADELA.—Bueno; pues creo en Dios, y dudo de los hombres pecadores. Oh! los hombres! Son ustedes muy malos, muy malos!

Yo (Echando mano al incipiente bigote).—Pero Adela, aun suponiendo esa maldad, hay excepciones; míreme usted: yo, por ejemplo....

ADELA (Haciendo gestos con la cabeza y monerías con los ojos).—No, no, no! Usted una excepción? Quién garantiza eso?

Yo.—Quién? Yo mismo. Mis palabras, mis miradas, mi.... ¿No comprende usted, no ve usted que los sentimientos, cuando son verdad, se dan á conocer ellos mismos, se salen á fuera, por los ojos, en la voz, por el semblante, como se da á conocer el fuego, aunque esté encerrado?

ADELA (Riendo).—El fuego, si está encerrado, se apaga.

Yo.—Si no le dan salida, es claro: eso está usted haciendo. En cuanto abro yo un respiradero al mío, viene usted y lo tapa con el dedo. Lo conozco. Usted.... &. &. (Mientras yo hablo, Adela hace sonar maquinalmente una que otra tecla del piano, y ya baja los ojos como semi-ruborizada, ya los levanta, acariciadores, y los fija en mí).

Cuando nosotros tocábamos estas alturas, el grupo del sofá, que, como he dicho, se componía de mi madre y dos ó tres señoras mayores, una de ellas prima de mi padre, había naturalmente pasado del tema de la jaqueca, ya visto por todos sus aspectos, al examen de otras diversas enfermedades, de las numerosísimas que afligen á la humanidad;



ensayando en aquellos instantes, con éxito, una estadística sanitaria de la población.

La tarde se iba oscureciendo por grados. Mi madre dió orden de que llevaran luces al comedor, donde habian de hacer ya suma falta. En este momento entró una nueva visita.

## II

Era una joven, casi una niña, pues tendría cuando más diez y seis años, blanca, delgada, vestida con un sencillísimo traje negro. Saludó con voz tranquila y sonriendo, desde la puerta, y sonriendo adelantó hacia mi hermana, que se puso en pie y la besó afectuosamente en ambas mejillas.

—Muchas gracias por tus flores, dijo mi hermana entre los dos besos.

Entonces recordé haber visto aquella mañana entre los regalillos hechos á Isabel por parientes y amigos, y que habian estado expuestos una parte del día sobre un velador de la sala, un sencillo ramillete acompañado de una tarjeta escrita á mano, en la cual, bajo tres ó cuatro palabras de cariñosa felicitación, se leía este nombre:

### MARÍA PRÍNCIPE

La reciénvenida saludó luégo en particular, con serena gracia y fácil cortesta, á mi madre y á las demás señoras. Acercóse también á Adela, que, sin levantarse, le alargó con abandono la mano, diciendo protectoramente:

—Adiós, María.

La última claridad de la tarde alumbraba aún la sala y permitía ver á la tal María. Era ciertamente

una niña, ó una adolescente. Su vestido negro, cerrado bajo la barba, y de mangas muy ajustadas, delineaba enteramente el busto; apenas, no obstante, acusaba éste formas de mujer. Llevaba el cabello, que era muy rubio, partido sobre la frente, —la cual parecía así demasiado ancha—; y formando dos trenzas, recogidas sobre la nuca. El rostro era pálido y algo prolongado. Al mirar, abría completamente los grandes ojos azules; mirada siempre igual, franca y serena, que se fijaba en todo con cierta ingénita benevolencia, y la tranquilidad inalterable de quien, por la bondad y la ignorancia de su alma, de nada recela ni teme. Por esto, á no dudarlo, sonreía siempre al hablar. En la boca, de labios delgados y descoloridos, había una indecible gracia.

A mí, hablando francamente, al primer vistazo no me gustó gran cosa la Mariquita; era una niña, y á un estudiante de tercer año de derecho sólo le gustan las mujeres. Luego; aquel peinado tan raro! ¡Aquél traje tan fuera de moda! Miraba yo sus rubios cabellos lisos, su cara delgada y pálida, su aspecto en fin, y mi memoria asociaba rápida y vagamente á lo contemplado, no sé cuantas cosas: rostros de santas y vírgenes, como asoman en los nichos de las iglesias: perfiles de monjas, figuras de pensionistas de convento; y hasta me acordé de tres señoritas inglesas; hijas de un *clergyman* que vi en una ciudad del norte de España, y que se parecían bastante en el peinado, el traje y en cierta expresión á Mariquita Príncipe.

Era ésta, sin embargo, muy hella. Yo no advertía, ni sabía apreciar entonces la corrección, el corte clásico, la finura de aquel rostro. Si un escultor hubiera entrado donde estábamos, quizá habría chismeado con Adela, pero sin duda hubiera admi-

rado y dibujado el rostro de Mariquita. Algo más lleno ese rostro, algo más desenvuelto y redondeado aquel cuerpo de adolescente; ¡qué hermosa estatua de la bondad ingenua y plácida!

Como todos los pollos, y muchos que no son pollos, yo buscaba y prefería casi exclusivamente la exuberancia de formas, lo tentador y voluptuoso. Agradábame en las mujeres la coquetería, la gracia llamativa, y lo lindo me gustaba más que lo bello. Las vírgenes de Murillo me causaban efecto medianísimo; en cambio, placíanme sobremanera las mujeres de los cuadros de Tiziano, que había visto en el Museo. Como se ve, yo no era de los exagerados. Las mujeres de Rubens y los pintores flamencos, me parecían... demasiado robustas.

—¿Y de dónde sale esta Mariquita? ¿Quién es? pregunté á Adela.

—¿Cómo quién es? ¿Usted no la conoce?

—Yo, no. La veo por primera vez.

—Pues hace más de un año que está aquí.

—¿No es del pueblo?

—Pero, hijo, ¿usted es de las Batuecas, que no conoce á nadie ni sabe nada?

—Hágase usted cargo, Adela: hace dos años que no he estado en junto un mes en el pueblo. En las vacaciones del año pasado fuí á Santander con mi padre. Luégo, en Noviembre, apenas estuve aquí tres ó cuatro días. En el verano último, hice aquella expedición que usted sabe....

—Es verdad: aquí nada lo sujeta á usted: muy convencida estoy de ello, interrumpió Adela, mirándome con intención firme de quemarme el alma, si podía, y moviendo la cabeza de arriba abajo en señal de triste persuasión.

Protesté yo calurosamente, y la conversación cayó en las acostumbradas vaciedades y soserías,

porque es difícil hallar cosa más fastidiosa que estos asaltos de palabra entre una coqueta algo tonta y un pretendiente algo necio. Al fin, después de muchas vueltas y revueltas, casualmente salió otra vez á relucir Mariquita Príncipe. Cayósele á Adela el pañuelo, y yo, al recogerlo, dije algunas vulgaridades sobre los méritos que para mí tenía aquella prenda, señalando además uno real é intrínseco: lo primorosamente que estaba bordado.

—Es obra de María Príncipe, manifestó Adela.

—¿Regalo?

—No, señor, que se la pagué, contestó fríamente la morenita.

—¿De modo que esa señorita borda.... para fuera? Dije yo algo sorprendido.

—Y arregla sombreros de señora, y hace ropitas para niños.... Tiene muchas habilidades. La pobre, de eso vive.

—Lo que me extraña.... Y usted, según veo, también es amiga de esa señorita?

—Amiga mía! dijo Adelita con un ligero mohín de labios. Isabel la trata; más ó menos, todos la tratamos. Cierto es que, según dicen, su padre era de buena familia. ¿Usted no lo conoció? Ah, no: ya sé. Lo destinaron á aquí el año pasado y se murió á los tres meses de llegar. Era capitán de infantería y se llamaba Don Antonio Príncipe; un hombre que me daba miedo, puede usted creerlo: tan rubio, y tan pecoso, y con aquellos ojos tan claros que parecían no tener pupilas, como los del ciego de Olivilla! Le digo á usted que daba miedo. Y con un geniazo! Hablaba de un modo precipitado y duro, y parecía que estaba siempre temblando de furor. ¡Qué hombre!

—Era una alhaja.

—Y vea usted: se mostraba afabilísimo con su

hija: ¡la adoraba. Cuando estaba junto á ella era cortés, y hasta benévolo, y á su lado casi se le aliviaban, según daba á entender él mismo, los rabiosos ataques de que padecía; porque padecía de unos horribles dolores de estómago que cuando le entraban lo hacían bramar como un toro: se ponía babeando, y los ojos borrosos y sin expresión le rodaban espantados. Dicen que tenía doblados y torcidos los barrotes de hierro de su cama, por asirse á ellos con la fuerza bestial del dolor. Y murió de esa enfermedad, pues resultó luego que tenía en el estómago no sé qué, una cosa que se le reventó. Mejor le estuvo morirle. Figúrese usted que hacia dos años que no comía.

—Cómo! ¿no comía?

—Se alimentaba con leche únicamente. En casa tenemos un criado que fué asistente del capitán y á él le he oído algunas de estas cosas. El pobre mozo entró al servicio de Don Antonio cuando le faltaban dos meses para cumplir en la milicia, y á pesar del poco tiempo que con él estuvo, cuando entró en casa no tenían los demás criados durante los primeros días, sino decirle: Ahí viene el capitán, y se quedaba pálido como un difunto. Y advierta usted que el Don Antonio jamás le había puesto la mano encima; pero los ademanes, los gritos y los dolores de éste aterraban al muchacho.

—Y tenía amigos aquí ese hombre?

—Amigos.... quizá no tenía; pero todo el mundo le guardaba cierta consideración. Dicen que su abuelo fué gran privado de Fernando VII, si no me equivoco, y de Doña María Cristina, y tuvo un alto cargo en Palacio, y que su padre era muy estimado de la reina Doña Isabel, que lo envió de embajador á Prusia, ó á Italia, ó no sé donde: por ahí. Mas el Don Antonio salió de otra manera, y se metió en un

pronunciamiento, de cuyas resultas casi lo fusilan, é hizo otras mil atrocidades. También dicen que cuando no era más que teniente se casó á disgusto de su familia, que rompió desde entonces con el Don Antonio, ó él con ella, sin que se volvieran á tratar más. Ese capitán era loco: considere usted que vino á casarse con una costurera, una tal María Castell, una catalana.

—Que es la madre de esta María.

—La madre de esta María.

—De modo que Mariquita Príncipe vive ahora sola con su madre.

—No, señor: su madre murió, creo que de una tisis, ó cosa parecida. El capitán Príncipe, cuando llegó aquí el año último, ya había enviudado. María vive sola, con dos hermanitos. ¡Si vive á dos pasos de esta casa, ahí debajo!

—Y esa pobre chica no cuenta más que con la pensión de orfandad....

—Qué pensión de orfandad! No tiene ninguna. Su padre se casó sin no sé qué requisitos, de los que exigen á los militares, y sus hijos no tienen pensión. María vive de sus bordados y su costura; ha vuelto al oficio de su mamá, y lo sabe regularmente, en lo cual nada hay de extraño.

—Y ese peinado es también herencia de la mamá?

Este chiste, necio y cruel, hizo gran efecto en la morenita, que lo celebró exageradamente.

—Ese peinado—respondió conteniendo apenas la risa—es un capricho del papá. No le gustaban las mujeres sino peinadas así, según declaró cortésmente, delante de mí y de otras, en varias ocasiones. «Nada de andamiadas en la cabeza ni de ricitos sobre la frente» decía él. «La frente debe estar descubierta, y el peinado ha de ser sencillo y cómodo». Con esta predicación nunca logró persuadir á nadie,

fuera de su hija. Aseguro á usted que era un maniático. ¡Un hombre que padecía tan atrocemente del estómago, tener calma para ocuparse en el peinado de su hija! Y entretenerse en hablar de peinados, y de los trajes de las mujeres, y de las modas! Señor, señor, le digo á usted!...

—No me sorprende eso, expuse yo con aire solemne. Aquí me tiene usted á mí que no hablaría sino de usted: de la gracia de usted, de los ojos de usted....

La conversación, vuelta á este terreno, siguió en él durante algún tiempo. No volvimos á acordarnos del capitán Príncipe ni de Mariquita.

### III

Trajéronse luces. Mi hermana, que con otras señoritas, la recién llegada entre ellas, continuaba junto al balcón, exclamó de repente:

—Adela, hija, canta alguna cosa, ó toca. Hace una hora que estás al piano, pero no oigo á éste, sino á mi hermano Ramón. Cambia de instrumento, por caridad. Te aseguro que el piano, si no tan expresivo como Ramón, es más variado.

—Gracias, Isabel, dije yo. Conque te parezco monótono?

—Hombre, no. Pero esta noche no tocas sino una sola pieza!

—No puedo cantar, dijo Adela: no tengo la voz para ello.

—Pues entonces, renunciemos al canto, repuso Isabel con aire resignado. Es preciso: ¿quién de nosotras canta, á no ser María?

—Yo, no, Isabel, dijo sonriendo la nombrada. Ni sé cantar ni tocar.

—Pues tu hermanito Luis, que tiene largas conversaciones conmigo, me ha asegurado que cantas lindas canciones.

Mariquita, viéndose entre dos afirmaciones tan contrarias, se ruborizó algo de sorpresa, sin abandonar su dulce y serena sonrisa.

—No me acordaba de eso, dijo sencillamente. A veces, cuando estoy cosiendo ó bordando, para entretener á los niños, les hago los cuentos que me vienen á la memoria, ó canto alguna cosa; pero mi repertorio es tan escaso, y vale tan poco! Suelo cantarles unos versos, una *salve*, que á mi parecer es bonita; me la enseñó mamá, y comienza: *Salve, madre de eterno consuelo*; y una canción, que también aprendí de mamá, y se titula *La Despedida*.

—Esa canción, me dijo Adela por lo bajo y mirándome burlonamente, debe de ser contemporánea de la de *Triste Chactas* y la de *Abelardo*, que oí cantar á mi abuela: notables, no lo dude usted, miradas como reliquias.

—Sí: prueban lo que afirma la Sagrada Escritura: que hubo una edad de inocencia en la tierra. Pero la *salve*! La *salve* debe de ser prodigiosa. ¿Qué dice usted de la *salve*?

—Ese es, con algunos cantarcillos, todo mi repertorio, continuó Mariquita apaciblemente: muy humilde ¿verdad? A mis hermanitos, es claro, les parecen muy gentiles mis canciones; también á mí me agradan bastante, y me llenan á la vez de pena y contento, porque me traen tantos recuerdos!

Mariquita se detuvo un instante algo enternecida; pero luégo sonrió, abriendo al mismo tiempo sus grandes y dulces ojos; sonrisa y mirada que parecieron inundar su rostro de repentina y suave claridad.



—Ya ves, mi buena Isabel, añadió, cómo no sé nada. ¿Qué tienen que ver mis pobres cantares con esas cosas tan hermosas y tan difíciles que las que saben cantan al piano? Y yo, tan ignorante que ni siquiera entiendo una nota de música!

—Pues la mamá estaba poco provista, me advirtió Adela. ¡Qué costureras tan raras esas de Cataluña! No cantar!

Mi hermana Isabel, que tenía un corazón de oro, se levantó y besó en la frente á la hija del capitán Príncipe.

—Eres muy buena chica, dijo.

Adelita, después de su inocente observación, se dedicó á revolver conmigo los papeles de música buscando una pieza *ejecutable*. Al fin dimos con un *nocturno* que ella manifestó conocer y que declaró maravilloso. Yo propuse una *romanza sin palabras* (en castellano, *sin letra*) que me encontré por allí; pero la morenita insistió en favor del *nocturno*, y hubo que ceder.

Confieso que aborrezco los *nocturnos* casi tanto como las *reveries*, aunque á éstas les profeso un odio mortal. Los malos poetas abundan, ya se sabe; pero los malos músicos no escasean, y tocante á lo perjudicial y nocivo, sostengo que son mucho más venenosas las producciones musicales malas, que las poéticas malas también. En primer lugar, no hay *fantasía*, *balada* ni *nocturno* que no tenga más extensión que cualquier poesía de las epidémicas, que son las líricas. Nadie ignora que una poesía trascendental digna de este nombre no cuenta más allá de diez ó doce versos; y cuanto más trascendental más corta. Campoamor ha escrito *doloras* de cuatro versos. Yo tuve un amigo, estudiante de Farmacia y poeta trascendental, que hacía poemas de dos versos, de esta especie y corte:

El amor es la sal de nuestra vida.  
Mas si es mucha la sal, ¡adiós comida!

Otro hizo aún más corto, que fué éste:

Verdad averiguada:  
La vida no es nada,  
Lo mismo hoy que ayer.

Recuerdo que otro compañero, lleno de ideas hegelianas, presentó esta variante al verso último:

El sér es la nada;  
La nada es el sér.

Variante que se rechazó, aunque el poema hubiera resultado con ella más trascendental.

El de la variante, muchacho de punta, era autor á su vez de esta composición sibilina:

¿A qué pensar? Si la idea  
Su interna variedad crea,  
¿Quién el gran misterio aborda?  
¡Sursum corda!

Versos que, según el autor, encerraban un problema altísimo; y efectivamente, debía de estar muy alto porque nunca lo pudimos alcanzar.

Pero aun tuve yo otro amigo, más poeta y más trascendental, que hacía poemas de un sólo verso. Todavía no se me ha borrado de la memoria cierto poema, ó cierto verso suyo, porque es lo mismo, el cual, con título y todo era así:

#### HISTORIA DE UNA PASIÓN

(*Poema trascendental en endecasílabo libre*).

La ví, la amé, me despreció, y aun vivo!!

Pues bien: ¿hay, ó puede haber, composición musical de proporciones tan diminutas? Ninguna poesta iguala tampoco en extensión á la más reducida pieza de baile, que se repite indefinidamente. Además, en las reuniones, en las tertulias, en los casinos, en los cafés no es aún costumbre generalizada, gracias á Dios, el espetar á los concurrentes madrigales, sonetos, y odas: estas pócimas las toma cada uno individualmente, cuando la desesperación ó la suerte fatal le obligan, pues las *lecturas* no han entrado aún en los usos de la vida diaria. Pero un *nocturno* ó una *reverie*! Eso tiene usted que aguantarlo todos los días, y necesariamente, y donde quiera que vaya. El *nocturno* (ó la *reverie*, ó la *fantasia*) obra perversamente no sólo sobre la persona que lo ejecuta, sino que extiende su acción maléfica muchos metros á la redonda, y afecta á los padres y familia del ó de la ejecutante, á los amigos de la casa, á los individuos que pasan por la calle, á la criada de la cocina, y á los ratones del granero. Usted puede ó no leer los versos de tal poeta; pero si el vecino tiene piano, ha de oír usted, quiera ó no quiera, las secreciones líricas de tal ó cual compositor, aunque á usted se le rompan los nervios.

Adelita la emprendió con el *nocturno*, que, en su género, me pareció de lo peorcito, y consiguió, en medio de los bostezos más unánimes, darle remate y feliz término. En estas ocasiones tienen las señoras una innegable ventaja, y es que muy pocas veces ponen atención á lo que se toca. El *nocturno* concluía con una multitud de escalas ascendentes y descendentes y un tumulto tan horroroso de los bajos, *tutta forza*, que hizo cesar la conversación de los hombres en el comedor, por más que mi padre, y los demás seguramente, estuviesen acostumbrados á escándalos tales.

Acabóse la música, y á la vez que los hombres entraron en la sala, algunas señoras se levantaron y empezaron á despedirse. Mariquita se dispuso á lo mismo.

—Te vas? dijo Isabel.

—Sí, respondió Mariquita: tengo los niños solos, y aunque Ursula, nuestra antigua criada, me ha hecho el favor de quedarse en casa...

—¿Ursula? ¿No se casó tu criada Ursula con el cochero de D. Jesús?

—Sí; pero siempre que halla algún rato libre viene á ayudarme en mis quehaceres. Es muy buena mujer. A pesar de sus nuevas obligaciones, cuando la última recatda de Luis casi no salta de casa.

—Luis está mucho mejor, aunque se mantiene delgadillo.

El rostro de la hija del capitán Príncipe se entristeció algo.

—Siempre está delicado, dijo. Me tiene muy apesurada.

Se quedó un instante con la cabeza baja y los ojos tristemente fijos.

—Adiós, exclamó de repente, adiós, Isabel: me voy.

—Cómo! ¿Sin que te acompañen?

—De ningún modo: vivimos demasiado cerca.

Ví á Isabel salir con Mariquita hasta la antesala, donde la huérfana había dejado su sombrero y su abrigo. Luégo mi hermana entró sola.

La tertulia duró un par de horas más. Me acosté á las doce de la noche, y soñé con mi patrona, con cierto bedel de la facultad de Derecho, y con una criada llamada Ursula, que guiaba un coche encastrada en el pescante.

## IV

Aunque era el mes de Noviembre, hacía buen tiempo. A medio día el sol calentaba agradablemente, y algunos vecinos solían entonces pasear en la plaza Grande, rectángulo con tres hileras de hermosos y jóvenes olmos, que está hacia el centro del pueblo; pero los domingos y días de fiesta aumentaba la concurrencia, sin que faltasen las mujeres. Los domingos había *misa de doce* en Nuestra Señora de los Angeles, que da á la plaza, misa á que toda la gente de *buen tono* de mi pueblo creía un deber asistir, no sé por qué; al salir mis paisanos de ella se quedaban paseando un rato y tomando el sol antes de regresar á sus casas. No había *misa de doce* sino en otoño é invierno; en las otras dos estaciones se suspendía; aunque solía durar hasta bien entrada la primavera.

El primer domingo fui á la plaza. Allí vi paseando á mi hermana, Adela y otras señoritas, con los velos echados atrás y los devocionarios en las manos. Mi padre, el alcalde y otros personajes paseaban también con aire reposado y lento, escuchando á un individuo que ocupaba el medio de la fila y manoteaba: era mi tío, gran político, que siempre sostenía correspondencia con un par de ministros y con los hombres de más campanillas del partido en que militaba. Los de su bando le miraban en el pueblo como una notabilidad, aunque yo nunca le advertí otros méritos, fuera de ser un buen hombre, que el de disponer de muchos votos y tener cierta aptitud para enredos electorales. Paseando aquel domingo, parábase de pronto, con objeto de que se oyera mejor lo que iba á decir y el acompañamiento

se detenía también, con atención redoblada, aprobando de vez en cuando con un sordo murmullo, ó expresando su satisfacción con una carcajada en tono grave, pausada y poco ruidosa, carcajada de hombres serios, que hacía volver la cabeza á los paseantes.

También distinguí á mi madre sentada en uno de los bancos de hierro y madera del paseo, con la señora de D. Jesús el médico y otra que no conocí. La temperatura era templada y suave. Un alegre sol alumbraba la plaza y dibujaba en las losas las enmarañadas ramas de los olmos, desnudas ya de sus hojas.

Mis actuales treinta y cinco años me autorizan á citar acerca de mi propia persona algún pormenor, sin que se crea que á través del tiempo transcurrido me entretengo en considerarla vanidosamente. A esta edad juzgamos ya despreciable y pueril lo que en otra podía causarnos satisfacción.

Entre las muchachas y los pollos de mi pueblo causaba yo cierto efecto, á que mi vanidad, que picaba más alto, daba poco valor. En primer lugar, yo era por mi familia de los más ricos del país, vivía en Madrid estudiando ó haciendo que estudiaba, y vestía con sujeción estricta á la moda reinante, siguiéndola en sus modificaciones mensuales y hasta semanales; yo era, de consiguiente, en mi pueblo la más alta representación del *gomoso* y el ideal del pollo *comm' il faut*. En segundo lugar, me atribuían una despreocupación que tácitamente se había declarado de buen gusto, aunque nadie se había atrevido á imitarla. El secreto de ella estaba, por cierto, en el poco caso que yo hacía de mis paisanos y en mi indiferencia hacia sus juicios. En algunas ocasiones, para dominar la opinión no hay como despreocuparla ó no preocuparse con ella.

Las principales circunstancias y rasgos que originaban mi fama de despreocupado, eran los siguientes: muchos días de trabajo solía vestirme con más cuidado y elegancia que los días de fiesta, en los cuales andaba de cualquier modo; una vez crucé el pueblo á caballo, con un velo de seda sujeto al sombrero, para libramme del sol; otra vez, en una noche de verano, fuí al paseo sin sombrero acompañando á unas señoritas; otra, y esto pareció más grave, salí á la calle en zapatillas. Eran hechos bastantes para crear una reputación.

Aquel día vestía yo un trajecillo de tela ligera, á pequeños cuadros; llevaba un sombrerito de alas recortadísimas, comprado en casa de Villasante, y guantes del color más en moda. Paseaba lentamente, con aspecto de hombre fastidiado, saludando con movimientos de cabeza á los conocidos y mirando á las mujeres con la mayor frescura posible, que es el modo más subyugador de mirar.

De pronto, en uno de los paseos laterales percibí á Mariquita Príncipe: aunque marchaba delante de mí, y me volvía, por tanto, la espalda, la conocí en seguida. Andaba muy despacio, porque daba la mano á un niño de tres años próximamente, hermanito suyo sin duda. Al lado de éste, agarrándole á su vez de la otra mano, iba otro niño mayorcito, muy forrado y abrigado, y que sería Luis, el enfermo; sobre el pañuelo de lana que le cubría cuidadosamente el cuello y por debajo de su sombrerito asomaban sus rizados cabellos rubios, que recordaban en el color á los de su hermana. El niño de más corta edad iba, pues, entre María y Luis, cogido de las manos de estos, con un brazo más alto que otro, y moviéndose con el paso menudo é irregular de los pequeñuelos. Todos tres vestían de negro. María llevaba un sombrero de paja, negro también, cuyas

alas desmesuradas cubrían casi su rostro, dejándolo en la penumbra; un gran chal del mismo color le colgaba de los hombros; y cuando ella se inclinaba hacia el hermanito á quien daba la mano, uno de los extremos del sobretodo le arrastraba por el suelo.

Paso á paso me iba yo acercando al grupo.

—Luis, estás cansado? Quieres sentarte? Preguntó María al mayorcito.

—Bien, Mariquita, respondió éste, me sentaré. Espera: yo diré el banco en que quiero sentarme.

—Él no, él no sienta, tartamudeó el pequeño protestando y designándose á sí mismo en tercera persona.

—Antoñito, no seas malo, advirtió gravemente Luis. Eres muy malo.—Yo si soy bueno, ¿verdad, Mariquita? añadió modestamente, cambiando en satisfecha la inflexión de su voz.

—Sí, Luis, repuso la hermana, eres bueno. Pero Antoñito no tiene culpa, porque no es tan grande como tú.

—Sí, es muy chico, confesó Luis, sin mirarlo, y haciendo con los labios un gesto de conmiseración.

En este momento pasé yo junto á Mariquita, y saludé; pero no me vió, porque se había bajado para asegurar el sombrero del pequeño.

Continuaron paseando hasta que Luis hubo de hallar un banco de su gusto y tendió á él con fuerza la mano que tenía libre tirando con la otra de Antoñito y arrastrando así por María. Siguió ésta la dirección dada, y levantando en brazos al pequeño lo sentó con cuidado, ayudando luego á subir á Luis y tomando ella asiento entre los dos.

Como Antoñito se quedó con los pies en el aire, púsose á moverlos alternativamente, y esto le entretuvo algunos instantes; mas pronto sintió un deseo



tan vehemente de bajarse, que tuvo su hermana que colocarle en el suelo; había visto á pocos pasos una ramilla seca y cedió á la tentación de echarle mano. Dueño de la rama, dedicóse á azotar con ella las hojas esparcidas sobre la arena.

Sin perder de vista al chiquitín, María se esforzó en distraer á su otro hermano, el enfermo, de carilla descolorida y ojos tristes; y con el rostro vuelto hacia él y acariciándole las flacas manecitas, hablábale, sin que Luis, con la nariz metida en el pañuelo que le abrigaba el cuello, pareciese darse cuenta de nada, como si algún pensamiento le absorbiese. Poco á poco, sin embargo, comenzó á seguir con la mirada los juegos de su hermano menor, contemplándolos en silencio y atentamente.

Al fin sintió también comecón por dejar el banco, y María le ayudó á ponerse en pie.

Ya en el suelo, se contentó con observar los movimientos de Antoñito, dando de tiempo en tiempo algunos pasos hacia éste, deteniéndose, y volviendo á acercarse, sin perder un punto de vista á su hermano ni la rama; hubiera tenido cierta satisfacción en poseer algunos momentos aquella ramilla y azotar las hojas con ella. María pareció conocerlo porque miró al suelo en su alrededor como buscando algo.

En tal momento pasó Antoñito junto á Luis; alargó éste la mano, y sin decir una palabra, quitóle rápidamente la rama; y mientras el pequeño gritaba y pateaba desesperado, quedóse él mirándolo curiosamente, inmóvil en el sitio, aunque sin tratar de restituir el usurpado objeto. Medió en seguida la hermana, ensayando, con escaso fruto, el aplacar á Antoñito, que amenazaba con echarse en el suelo para desahogar allí su cólera. Mientras sostenía con un brazo al desposeído, cuya justa irritación no era fácil de contener, procuraba, sin duda con la pro-

mesa de cosa mejor, que el impasible Luis se resolviese á devolver la dichosa rama; no se movió ni respondió nada el taciturno niño, pero se dejó abrir sin resistencia la mano, de donde María tomó la varilla de la discordia, especie de anticadúceo, entregándola al legítimo dueño. El enfermito, sin hacer observación alguna, volvió á hundir su rostro en la bufanda, metió las manecitas en los bolsillos, y fijando los ojos en el suelo, recobró su aspecto á la vez ensimismado é indiferente.

Sentóse María, terminada con felicidad la disidencia, y tornó Antoñito á su rama con nuevo entusiasmo. Luis, dando algunos pasos, se detuvo á examinar la atarjea que iba de uno á otro árbol formando al pie de ellos pequeños depósitos. Al cabo de algunos instantes hizo un descubrimiento porque se bajó poniéndose en cuclillas; luego extendió dos dedos y cogió una cosa: una oruga, un bicho; y se alzó conservándolo agarrado con extraordinario atrevimiento. Acudió Antoñito arrastrando su rama, y se detuvo á cierta distancia, con los brazos caídos y los ojos dilatados, contemplando estupefacto al monstruo. Luis llevó á su hermana lo encontrado, y el pequeño, abandonando la rama, le siguió con su dificultoso trotecillo. Colocado aquello en la falda de María, comenzaron las interminables preguntas, y los ojos de los niños iban desde el bicho al rostro de su hermana y las tres cabezas rubias se inclinaban sobre el hallazgo.

A muy pocos pasos del banco, y sentado en otro, observaba yo todo eso. Movido de no sé qué curiosidad, tenía los ojos en Mariquita; en sus facciones, en sus movimientos, en su traje. Comenzaba á parecerme simpática y á entrar para mí en la categoría de esas cosas en que nada de particular distinguimos á la primera ojeada, siéndonos entonces

indiferentes; pero que luego, cuando más se ven y examinan, más gustan. No me gustaba ahora Mariquita en el sentido en que esto se dice de una muchacha; yo estaba bien seguro de que su cualidad de mujer no entraba por nada en mi naciente simpatía; ni tampoco su hermosura: no hubiera sostenido yo que aquella niña era fea, pero no hubiera afirmado que era bonita. No concertaba con mi ideal de la femenina belleza; parecíame lejos de esa amada, aunque vaga é indistinta, figura de mujer, que todos cuando jóvenes llevamos dentro del alma. Miraba yo, no obstante, su rostro, tal vez demasiado descolorido, y un poco largo, y fuera de esto no podía señalar con precisión defecto alguno: la nariz, como la barba, como la boca, no había duda que eran irreprochables; ni podían ser más bellos sus grandes ojos azules, de mirada á veces pensativa, pero clara y límpida, que dejaba ver el fondo, como un agua serena. Pero Mariquita no pasaba de ser una niña, como lo decía bien su cuerpo, de austero contorno.

Debía de estar delgada: á través de las ajustadas mangas de su vestido se adivinaban unos brazos algo flacos; reparé en esto, como noté que su traje negro, aunque cuidado con esmero, tenía bastante uso; que estaban algo deslustradas sus botitas, y que los guantes podían renovarse sin que tal medida se creyera poco urgente. A la verdad, por mucho que bordase la hija del capitán Príncipe, y por numerosos encarguillos de coser que le hiciesen, aun dándoles avío, no era posible que anduviese muy sobrada. Y sin embargo, los niños, si no con lujo, vestían como los de cualquier familia de buena posición.

¿Se creerá lo que voy á decir? Estas cosas acrecentaban mi simpatía, movían sin duda mi com-

pasión; pero al mismo tiempo el advertirlas ocasionaba en mí no sé qué extraño y oculto deleite: sentimiento que no trato de explicar y de que entonces no me daba cuenta. Ejercitaba con cierto placer mi facultad crítica y examinaba á Mariquita desde los pies á la cabeza, sin que nada se me escapara.

De todo esto, el resultado más inmediato era que aquella niña tenía para mí un atractivo que yo no podía determinar claramente: era tal vez la compasión, la influencia de la juventud y la gracia, el efecto de otras circunstancias de la costurerita que movían el interés.... Y (lo sospechaba) la noche misma en que la conocí había comenzado á nacer esa simpatía de que ahora tenía plena conciencia. Sin embargo, esa noche me había burlado con Adela mi prima, de la huérfana del capitán Príncipe.

Parecíame, ó mejor dicho, no dudaba un instante de que el sentimiento que yo experimentaba nada tenía que ver con el amor. Hubiérame agradado estar junto á Mariquita, mirarla y oirla; pero aquí terminaban mis deseos. La idea de que pudiera ser mi amante no me pasó siquiera por la imaginación; y al investigar con curiosos ojos toda su persona, no se despertó en mí un pensamiento que no fuera puro y sin mácula.

Seguía ella sentada en el banco. Antoñito, que sin mala intención, había acabado por estropear al bicho volvía á sus anteriores juegos, vigilado siempre por su hermana, en tanto que Luis, de pie al lado de ésta, permanecía callado y meditabundo, con la cabeza baja y las manecitas en los bolsillos. Alguna que otra de las señoras que paseaban, al reparar en Mariquita, la saludaba con una ligera y grave inclinación; honra á que la huérfana contestaba levantándose casi del asiento, y con su afable sonrisa. Mientras paseó con sus niños, ninguna de las seño-

ritas de su edad se le había acercado, á no ser mi hermana, que se dirigió desde luego á ella, abandonando por un momento á sus amigas, y la saludó besándola con su afecto habitual.

Según yo observaba, era Mariquita la única niña que paseaba allí sola y monda, sin otra compañía que la de sus hermanitos. ¿Quién se juntaba á una pobre chica que traía perennemente dos niños á remolque? Además, esa chica había venido á menos, trabajaba para vivir; era, en fin, una costurerilla; su diferencia de posición respecto á todas las señoritas del pueblo, había de enfriar necesariamente las relaciones amistosas, ya que no las rompiese por entero. ¿Cómo podían tratarse las citadas señoritas con una muchacha que bordaba y cosía para sostenerse? Puesto que ellas no hacían nada, sino á lo más tocaban *nocturnos* en el piano con la perfección que mi prima Adela, indudablemente eran más *distinguidas*.

De seguro que Mariquita no había reparado siquiera en esos graduales apartamientos y desvíos. A los secos y ceremoniosos saludos respondía afectuosamente, siempre sonriendo, siempre con su serena y plácida mirada. No suponía, probablemente, en los demás otros sentimientos que los que hallaba en sí misma. Y yo contemplaba con interés creciente aquella ignorancia de la vida y del mundo; aquella tranquilidad inalterable; aquel triste destino aceptado á los diez y seis años, no con resignación, sino con dulce contentamiento; admirando á aquella ingenua niña, virgen y madre, que desconocía enteramente sus merecimientos, y quizá se hubiera sorprendido mucho si alguien se los mentara; que cumplía su misión sencillamente, como quien hace la más natural y fácil de las cosas.

El cielo había comenzado á entoldarse; y una

gran nube de color de pizarra veló el sol. De repente cayeron aquí y allá algunas gruesas gotas. Mariquita alzó la cabeza, asustada, y luego, poniéndose rápidamente en pie y envolviéndose en su gran chal, dió la mano á los niños, después de llamarlos á sí y ver si estaban suficientemente abrigados, y abandonó el paseo.

Cuando llegó á mi banco, miró distraidamente y me conoció, sin duda, porque hizo una graciosa inclinación de cabeza.

Yo me levanté al punto y saludé respetuosamente.

## V

.... Mi hermanita murió, después de haberme dado, pobre niña, muy malos ratos; ¡ojalá pudiera aún dármelos!

(GOETE. *Fausto*.)

Aquel día por la noche anunció mi padre su propósito de asistir á la feria de Villajena, que iba á comenzar, y donde él tenía algo que hacer. La feria había de ser más animada que otros años, porque coincidía con la inauguración del ramal de ferrocarril de Villajena á Longares.

Mi padre se trasladaría también por un par de días á este último pueblo.

Dijo que llevaría á mi hermana. «Le agradaría que yo le acompañase; pero conocía que mis deberes de estudiante no habían de permitirme continuar otros ocho días lejos de las aulas universitarias». Fundado en tal razón, pues, «renunciaba con sentimiento á invitarme».

Mi hermana, que no sin motivo esperaba entre-

tenerse más y gozar de más libertad siendo yo compañero de viaje, se manifestó pesarosa de mi regreso á Madrid. Yo expuse que aun estábamos á principios de curso; que yo tenía aquel año tres asignaturas solamente; que había sobrado tiempo para estudiarlas y aplicarse á ellas y salir lucidísimo en exámenes; que ocho días más ó menos influirían poco en mis estudios; que.... &., &. Mi padre, como era tan buenazo, se convenció, ó aparentó convencerse; y se dispuso que los tres emprenderíamos viaje al otro día.

Emprendímosle, en efecto. Isabel y yo permanecemos en Villajena, sin aburrirnos demasiado, en tanto que mi padre evacuaba enteramente sus negocios. Luego, por la nueva línea, fuimos á Longares, en donde nos detuvimos seis días; y en suma, resultó que los ocho días de que habló mi padre se alargaron hasta catorce, ó haciendo cuenta más exacta, hasta quince, porque á la vuelta dejamos la diligencia en Olivilla, lugar cercano á mi pueblo, y pasamos en él la noche, y la siguiente mañana, y aún algo más, accediendo á las instancias de unos parientes que allí teníamos. Por la tarde montamos á caballo, y al paso, porque el caminejo que tomamos estaba lleno de baches, nos aproximamos á mi pueblo, llegando á éste cuando empezaba la noche.

Apenas, después de abrazar á mi madre, había hecho traer una bujía á mi cuarto, en el entresuelo, y comenzaba á quitarme las botas, entró mi hermana con aire consternado:

—¿Sabes, Ramón? A Mariquita Príncipe se le ha muerto el hermanito.

Francamente, apenas me acordaba, en aquel momento, de.... Me quedé con una pierna sobre otra y la bota á medio sacar.

—¿Qué hermanito?

—¿No ves qué desgracia? Una chica sola, una niña, sin padre ni madre....

—¿Qué hermanito se le murió?

—Luis, el mayorcito. ¿Has visto qué desgracia?

—Ese niño creo que estaba algo enfermo, dije yo. La última vez....

—No me podría acostar esta noche sin ver á María. ¡Criatura más desdichada! Morírsele ahora.... Y un niño ya criadito! Jesús! Ella es una madre, Ramón; puede decirse que ella es una madre. Sí, quedará más descansada; pero no me digan eso: el dolor que se pasa es muy grande; yo tenía diez años cuando Inesita.... y bastante que lloré con mamá. Pobre María! Es una chiquilla: ¡yo le llevo cinco años! Estará tan sola, tan.... Porque aquel niño ya la acompañaba: sí, señor. Voy allá en seguida: no hago más que cambiar de traje. Ramón, tú irás conmigo. Pero, hijo, cómo te has puesto! Estás lleno de polvo. Jesús, qué cuello de camisa! Voy á arreglarme. Eso de María me ha puesto mala.

Yo comencé á mudarme lentamente de ropa, y en tanto se me representaba Mariquita, ya como la había conocido en casa, ya como la había visto en el paseo; con su cara pálida y delgada, y sus dulces ojos azules, de que parecía fluir, al mirar, no sé qué infinita benevolencia; y aquella sonrisa, tan suya, en que había ese hechizo, mezcla de inocencia y de gracia, que la infancia muestra alguna vez y nos impulsa entonces á comernos los niños á besos. Es verdad que la figura de la costurerilla se me aparecía ya medio borrada, á pesar de mis esfuerzos en restablecerla; quedábame el recuerdo de su atractivo, como de un ramillete queda el leve perfume. Ahora la vería de más cerca que en otras ocasiones; pero ¡qué triste y llorosa había de estar!



Acabé de vestirme con mucha calma, y naturalmente, á mi hermana Isabel, con toda su buena voluntad y la relativa prisa que indudablemente se dió, aun le faltaban por colocar la mayor parte de las horquillas, amén de otra infinidad de cosas. Aguardé paseando por mi cuarto, y eché mano á un cigarro, de unos cuatro ó cinco que, envueltos en un pedazo de papel de seda y en superlativos elogios, me había dado uno de los parientes de Olivilla; y en efecto, merecían elogiarse por su denodada resistencia á arder, su magnífica dureza, y su hermoso color amarillo, tan propio del Otoño, estación en que nos hallábamos.

En esto apareció mi madre, que solía hacerme sus visitas, descendiendo hasta mi habitación, y se sentó con cansadísimo aspecto.

—¡Ay, Ramoncillo! dijo. Qué mala estoy! No sé como tengo fuerzas para dar un paso. Tengo un dolor aquí, en el hombro, que me coge todo este lado.... hasta aquí; ay! hasta aquí mismo, hasta la cintura. No sé, no sé como puedo moverme. Ahí tienes á tu padre que si le hablo de mis males atiende como quien oye llover; en ocasiones hasta me mira y se ríe. ¿Para qué me quejo? Ay! ojalá, y así se lo pido al Señor, no tenga nunca por mi causa motivos para dejar de reír. Dice doña Paca que estos dolores son á manera de epidemia: ella los ha padecido, y la criada, y Serafinita, la hermana del beneficiado. Doña Paca recomienda que se haga una frotar bien el costado.... ¡ay!... con un trozo de bayeta verde empapado en espíritu de vino: dice que es cosa efficacísima.

—¿Ha de ser verde la bayeta? pregunté yo desquejándome con mi cigarro.

—No, no es cosa indispensable, contestó la buena señora, satisfecha con hallar un oyente que no se

distrata. Dice doña Paca que no hay inconveniente en que sea amarilla: la ha usado también de ese color. Pero no creo.... ¡ay!.... que estos dolores míos se curen tan fácilmente, aunque doña Paca asegure que sí. Los de ella le cogían desde el hombro hasta el tobillo, todo el lado izquierdo de arriba abajo: una cosa horrible!

Reconocí ese horror sin dificultad, y casi llorando, por causa del maldito cigarro, que cuidé de tirar á seguida por la ventana.

—¿Pero no pensaba ir tu hermana Isabel á casa de esa niña? ¿Qué hace que no baja? ¡Dios mío, lo que tardan estas muchachas en ponerse un vestido! No sé si habrás ya oído que se le murió un hermano á Mariquita Príncipe, la hija de aquel D. Antonio que era capitán y padecía del estómago. A ése, por cierto, le dí yo una receta que, á seguirla, otro gallo le cantara. La hija es muy buena: no se parece á su padre, que era como vinagre. Cuando murió el niño.... ¿cuándo fué?.... El miércoles, sí.... Hace hoy seis días.... Envié un recado á casa de la Mariquita: «que si algo se le ofrecía».... Me dió las gracias, y quedó muy reconocida á la atención, según dice Nicolasillo. Es muy buena chiquita, y muy trabajadora. Isabel la quiere mucho. ¿Pero no baja esa Isabel? Isabel! Isabelilla! Date prisa, mujer! ¡Qué calma gastan, señor, estas niñas; y para nada y cosa ninguna!...—El hermano de la Mariquita.... ¡ay mi costado! Te digo que no sé como resisto.... el hermano.... era pequeño.... no te figures.... Tenía sólo cuatro años y medio, según me dijo doña Paca: no había cumplido los cinco. Tú lo verías en casa alguna vez, que lo hacía venir un rato tu hermana.... Pero, Dios santo, ¿esa niña no se decide á bajar? Qué pesadez!...—Y ese D. Antonio, que padecía del estómago, y que si se hubiera llevado de mi consejo....

Pues hay en Sevilla un hermano suyo muy rico.... Me lo ha dicho doña Paca. Pero no se trataban, eso de ningún modo. Y qué bien le vendría á esa pobre Mariquita.... Santísimo Dios! ¿No bajará tu hermana esta noche? Isabel! Isabel!

Isabel se resolvió á bajar, y llegó medio sofocada al entresuelillo.

—Vengo de cualquier modo. Jesús! Apenas he tenido tiempo.... Vámonos, Ramón, vamos.

Besamos á nuestra madre, según nuestra costumbre cuando entrábamos ó salíamos, y nos encaminamos á casa de Mariquita.

La casa en que había vivido el capitán Príncipe (que padecía del estómago) y en que á la sazón habitaban sus hijos, era de esas pequeñas, con pocos y no simétricos huecos, y apariencia vetusta, de que aun no escasean en mi pueblo ejemplares. Hallábase á cuarenta ó cincuenta metros de la nuestra y en la misma acera. Entrábase por un zaguán oscuro, de piso empedrado y desigual, que conducía á un reducido patio en que había gran número de tiestos con plantas. A la izquierda estaba la escalera, estrecha, de dos vueltas, que directamente llevaba á una especie de galería, á la cual daban algunas puertas. Zaguán, escalera, galería, todo anunciaba una casa muy vieja.

A las dos palmadas con que yo llamé había bajado á alumbrar una mujerona de cara encendida y basta, aunque respirando bondad. Subido habíamos rápidamente la escalera, mi hermana delante, encontrando en los últimos peldaños á Mariquita, que había conocido nuestra voz, y se arrojó llorando en los brazos de Isabel.

—Vaya! Llorar! dijo conmovida, aunque procurando hacer severa su ruda voz la mujer que alumbraba. ¿De modo y manera que esto no se acaba

nunca? ¿A qué afligirse más, niña mía, rubita, botoncito de oro? ¿No me prometió que ya no lloraría? Bueno: pues lloraremos todos, y ya está! De modo y manera que esto sigue.

Las dos amigas, tan llorosas una como otra, permanecieron unos instantes abrazadas y sin ánimos para hablar. Isabel por fin, rodeando con su brazo la cintura de Mariquita se dirigió á la sala, precediéndola con su bujía la criada aquella ó lo que fuera. Dejamos el corredor, en el cual se abría la oscura boca de la escalera, rodeada de una barandilla, y entramos en una habitación de dimensiones regulares y paredes blanqueadas y desnudas. Era la sala. El esterado sólo cubría las dos terceras partes del enladrillado piso. Un sofá, algunas sillas, una mesa y un veladorcito, formaban el sencillo mueblaje; todo muy limpio y muy arregladito; pero muebles que decían en su poquedad y sencillez que eran de militar ó empleado trashumante, de esos que han de poner casa en la previsión de que el día menos pensado los planta el gobierno á doscientas leguas, cuando no más lejos.

Sobre la mesa había una pequeña máquina de coser, de esas que se pueden colocar sobre la falda; y un cestillo de costura.

Sentáronse Isabel y Mariquita en el sofá, siempre abrazadas. Isabel tenía cogida una mano de la costurerita y le besaba el rostro, cubierto de lágrimas. La criada, en pie delante, continuó hablando:

—De modo y manera, que ya me parece bastante: se acabó. Lo pasado, pasado. ¿Pues á qué estamos en el mundo, rubita de mi alma, sino á sufrir lo que Dios nos manda? ¿Dios no es bueno? Pues todo lo que hace es bueno y retbueno. ¿Qué sacamos con llorar? Aunque todos los ángeles juntitos se pusieran á llorar con mi niña, no harían que las

hojitas caldas de los árboles se volvieran á pegar á la rama. Yo pienso, y digo: esto ha de suceder, porque.... es claro!

—Sí, Ursula, sí, pero.... ¿qué quiere usted? baluceó Mariquita con aflicción suma.

—¿Qué quiero yo, rubita mía, rayito de sol? repuso la buena mujer, con su gitanesco lenguaje. Quiero que no lllore más; quiero que esté contenta; que se ría, que esos dos luceros le brillen serenitos, como los de allá arriba. Eso quiero, sí, eso!

Mariquita se sonrió á través de sus lágrimas.

—¿Se ríe? Eso! Eso! exclamó Ursula palmeando. Así quiero ver yo siempre á mi niña. Y ahora que la dejo en buena compañía y que no me necesita, me voy á mi casa, porque el hombre me estará esperando, y querrá la cena. Mañana, cuando él despache el almuerzo, volveré á dar con mi rubita. De modo y manera que me retiro.

Besó maternalmente á Mariquita, y dando á los demás las buenas noches, salió.

—Y Antoñito? preguntó Isabel.

—Duerme ya. He vuelto á colocar su camita junto á la mía, como antes.

Para no ser indiscreto y dejar lugar á las expansiones, me había sentado yo junto al veladorcito, en que la luz estaba y á cierta distancia del sofá. Había allí un libro y comencé á hojearlo. Era un grueso tomo en cuarto, el segundo de las obras de Fray Luis de Granada. En la primera página se leía: «Comienza el libro de la oración y consideración». Entre las hojas, y asomando por el canto superior del tomo, había diversos pedacitos de papel, y hasta una madejilla de hilo, marcando páginas.

—Has pasado malas noches, observó mi hermana. Esa Ursula es una excelente mujer: tiene razón; debes distraerte, recobrar la tranquilidad perdida,

animarte.—Sí, *rubita mía*, continuó sonriendo. Está usted muy ojerosa, y muy sin ánimos, y muy delgada. Cuidadito con abandonarse.

Mariquita, en efecto, había cambiado algo. Nunca la había visto yo tan de cerca. Entonces la luz del quinqué del veladorcito la bañaba completamente y pude mirarla despacio; aunque mirarla, procurar descubrir su rostro fué mi primer empeño en cuanto la distinguí en la escalera. Y cuando percibí en lo alto su vaga forma; cuando la luz, ascendiendo alumbró la falda de su vestido, y luego sus facciones, sentí una impresión indefinible, algo como un placer suave y tranquilo, cierta sensación de bienestar: me sentía bien allí: no había más que eso. La débil, confusa y medio desvanecida imagen que llevaba dentro pareció refrescada y retocada de un sólo golpe.

Y ¡cómo se adivinaba que algo extraordinario, algo violento y grave había conmovido y agitado aquella naturaleza! Allí aparecía, embellecida, transformada, dolorida, como después del temporal nos figuramos el enflorado arbolillo, reverdeciente, húmedo, lleno á su pie el suelo de flores y hojas tronchadas; lastimado, pero bello.

Sí: estaba más delgada la rubita, como advirtió mi hermana. Viéndola con su traje de percal oscuro, de mangas perdidas y grandes pliegues, sus dos enormes manojos de pelo rubio, su carita pálida y sus grandes ojos, se acordaba uno de las ondinas, de las hadas del Rhin, ó más bien, de las hijas de las hadas, de cabellos de oro y tez nivea, que habitarán con sus madres las frías y verdosas profundidades del río germánico, sin salir nunca á la superficie, porque las desharía el aire, ó el sol las derretiría. Su delgado rostro, de una delicadeza como de cera ó nieve, y que el llanto y los frotos del pañuelo

habían inusitadamente coloreado, parecía tener cierta diafanidad; se le hubiera creído más pequeño, al verle junto á las abundantísimas trenzas rubias. En el seno que forman la nariz y el ojo había una ligera sombra azulada, que se extendía por debajo del párpado y daba á esos ojos un grandor extraordinario, oscureciendo el azul de las pupilas. Ahora la mirada de aquellos ojos, sin perder su inefable dulzura, era tan triste, tan triste, que daba ganas de llorar. ¡De cuántas malas noches y de cuántas lágrimas hablaban! Y si ellos no lo dijeran, allí estaba, para confirmarlo, el extremado sonroseo de las finas y movibles alillas de la nariz, mayor que el que la luz producía cuando por ellas se transparentaba. Ay! no había duda! Mucho había llorado el botoncito de oro, el rayito de sol! A veces fijaba la mirada como dolorosamente absorta, y las ventanillas de la nariz, enrojecidas con las lágrimas, se dilataban, y la boca entreabierta parecía no hallar aire bastante que respirar; entonces *la rubita* se llevaba una mano al pecho, comprimiéndolo, y arrancaba de él un suspiro, un angustioso gemido más bien, respirando á seguida profundamente como si sólo en tal momento el aire vivificante llegara en oleadas á los pulmones.

¡Adiós sonrisas apacibles, miradas serenas, tranquilo contentamiento! La desgracia y el dolor habían golpeado, implacables, y la víctima nada había dicho de monstruoso abuso: no había hablado de triste fatalidad, de amargo destino: nada sabía de estas cosas; no había pensado en ellas: se había contentado con llorar.

Era el congojoso dolor de la madre que ha perdido su hijo, porción de su alma, pedazo de sus entrañas. Sí: aquel dolor era tan verdaderamente maternal que hubiera conmovido á las piedras. ¿No había acaso advertido yo otras veces, en la pura y

tranquila mirada en que la inocencia y la sencillez del alma se traslucían; no había advertido yo la preocupación y el cuidadoso desvelo y la grave ternura de madre, cuando los ojos ó el pensamiento descansaban en los dos niños, de los cuales uno se había ya llevado la muerte? No me sorprendía, no, ver aquel juvenil rostro lleno de aflicción y bañado de lágrimas, tan semejante al de esas vírgenes de los Dolores, que también suelen representarse de pocos años, y con los brazos en cruz sobre el tras-pasado pecho, y vueltos al cielo los angustiados ojos.

Después de algunos instantes de triste silencio, dijo Isabel:

—Cuánto he sentido, chiquilla, haber estado lejos. Si yo me hubiera imaginado.... Y tú, aquí, solita y Dios contigo!

—Tu mamá envió un recado, cuando.... Interrumpióse Mariquita en cuya voz temblaban las lágrimas. Continuó luego, esforzándose en tranquilizarse:

—Ursula me ha acompañado día y noche, abandonando á su pobre marido. Debe de ser muy bueno, como ella. Yo no lo he visto; pero creo que se pasó dos ó tres noches en la cocina, esperando que se ofreciera.... que ocurriera.... porque esperaban.... cómo el niño estaba tan malito!

Detúvose muy conmovida.

—No, no me lo hubiera figurado! exclamó mi hermana. El último día que lo ví me pareció.... Estaba un poco triste, sí; un poco flaquillo; pero.... Jesús! Cuando por allá gritan: «la hora!», no hay más que bajar la cabeza.... ¿Qué hacer, sino sentarnos á llorar?

Miré á Isabel, muy poseída de lo que estaba diciendo. Mariquita se limpiaba los ojos con un



pañuelo tan empapado en lágrimas que hubiera podido torcerse. Yo seguí hojeando á Fray Luis de Granada, y la imaginación juguetona é impertinente voló á la calle Ancha de San Bernardo y se metió en el edificio donde nos explicaban Derecho: una de las cátedras estaba llena de estudiantes. Allí, en el banquito cercano á la puerta, me contemplé á mí mismo, con los ojos medio cerrados y las piernas estiradas. Un zumbido monótono y sostenido llegaba hasta mí y bajo su influencia se cerraban mis párpados: era la voz de nuestro profesor. Palabras sueltas llegaban revoloteando pesadamente, como pájaros ciegos, y chocaban en mis oídos sin penetrar más allá: «*ab-intestato....*» «*Mejora de tercio y quinto....*» «*Ley de mostrencos....*» De repente, una emoción profunda agitaba á la clase, y el zumbido aquél desaparecía anonadado en un gran murmullo. Una voz, parecida á la que según mi hermana Isabel resonaba en la eternidad, pronunciaba gravemente la misma palabra usada en las misteriosas regiones donde se forjan nuestros destinos: «*la hora!*» ¡Oh expresión agradabilísima y siempre nueva! El bedel!

Después de una pausa, Mariquita siguió hablando, con los ojos vagamente absortos, y voz cuyo claro timbre resultaba apagado:

—La última vez que salí fué un domingo; hace quince días. Estuve en la plaza con los niños. Sí, es verdad: allí nos encontramos. Me pareció conveniente salir, para que Luis se distrajera algo, y paseara, y tomara un poco de sol; porque encerrado casi siempre aquí, conmigo.... Cuando allá por Marzo comenzó á adelgazar tanto, lo llevé á don Antonio, el médico nuevo; me dijo que no tuviera cuidado, que no era nada. Esto me tranquilizó; pero el niño continuó lo mismo. Hubo unos meses en

que se repuso algo; luego, en Setiembre, empeoró. No tenía apetito, le dolía el pecho y se le presentó una calenturilla que lo consumía. Llamé á D. Jesús María Iglesia, á quien no agradó el estado del niño: se lo conocí, aunque no me dijo nada. Se restableció un poco, sin embargo, y llegué á creer.... El domingo salí. Dios mío! Por la noche volvió la calentura. Al día siguiente me pareció tan malito que yo misma fui á buscar á D. Jesús.

Mariquita hablaba lentamente, sin cambios perceptibles de tono; en voz baja y casi tranquila. Aliviábase repasando detenidamente sus dolores.

—El médico vió al niño y dijo que.... que estaba muy mal.... que no había remedio.... Yo me pasé llorando todo el día. Besaba á Luis y lo abrazaba apretadamente.... Me parecía mentira que.... Creta que teniéndolo abrazado, no me lo llevarían.

Enjugóse los ojos, é hizo una pausa, para recobrar-se. Mi hermana oía con triste actitud. Continuó Mariquita:

—Desde que yo ví algo enfermo al niño, hace meses, sentí una grandísima pesadumbre. Como en casa habían ocurrido otras desgracias, cualquier desazón me llenaba de susto. Pero mi alarma había ya disminuido: abrigaba mucha esperanza; cuando de pronto.... Ay! hubiera querido morirme yo también: se lo pedí á la Virgen tantas veces...!—Al día siguiente de la visita del médico, amaneció el niño con menos fiebre; aunque se le había enronquecido un poquito la voz, y respiraba en ocasiones con dificultad. Á pesar de todo, hacía que lo sentara en la cama y me preguntaba mil cosas y hablaba como si se sintiera completamente bueno. Tenía un carácter muy vivo y animoso; mas desde que comenzó á estar enfermo se había vuelto algo triste y callado, y no se reía nunca; apenas jugaba; no buscaba ca-

morra con Antoñito. Yo me ponía á coser y él se pasaba junto á mí las horas sentado, con la cabecita metida entre los hombros, como si tuviera frío; era igual á los pajaritos, cuando están malos, que se cubren con las alas, y no cantan más. Él tampoco volvió á sus graciosas conversaciones, ni á sus juegos, que me sobresaltaban, y de los que Antoñito salta siempre mal librado.

Medio llorando y medio sonriendo, Mariquita se detuvo un instante. Luego siguió:

—Se irritaba de nada, y por cualquier cosa la emprendía con Antoñito que era más pacífico. Aquel día estuvo muy hablador. Vino el médico; pero no me dió ninguna esperanza. Aunque débil, la calenturilla persistía; por la noche, sobre todo, se notaba más. Quité del cuarto la cama de Antoñito, y la puse en el inmediato. Qué noches! Qué días! Ay! Isabel de mi alma! Ni el niño ni yo cerrábamos los ojos. Al rayar el alba, él se dormía, con sueño leve é intranquilo, y yo me echaba vestida sobre mi cama, al lado de la suya. Pero mi corto sueño no era descanso, sino pesadilla que me atormentaba. El más ligero ruido, un suspiro de Luis, su respiración algo agitada me hacía saltar despavorida. ¡Oh Dios mío! Luego, cuando la claridad de la mañana entraba en el cuarto, me acercaba á reconocer al niño, estremecida, porque iba á descubrir sin remedio un nuevo signo, otra prueba de que el mal se agravaba. Aquello seguía, seguía, adelantaba con una rapidez que daba espanto, lo devoraba, lo mataba, y yo allí delante, retorciéndome las manos, sin poder defenderlo, ¡hijo de mi vida!

Mariquita, sollozando, se torcía los brazos, frente al vivo recuerdo. Isabel, llorosa, dijo algunas palabras.

—No quería tomar las medicinas, prosiguió Mari-

quita. Se resistía con una violencia que me asustaba. Promesas, caricias, eran inútiles. Se lo suplicaba con las manos juntas, desesperada y llorando; él fijaba en mí sus ojitos hundidos, brillantes con la calentura; pero no decía una palabra. Cedía algunas veces, cansado de mis ruegos, ó movido por alguna promesa, aunque estas le persuadían con dificultad. Hablábale de un juguete, y aunque parecía en ocasiones deseoso de tenerlo, después, cuando lo veía, y lo tocaba, dejábalo con indiferencia. Dijo el médico que era preciso hacerle tomar las medicinas. ¿Cómo, Dios mío! Úrsula trató de conseguirlo á fuerza; yo me puse aquí en la sala á llorar, oyendo los gritos de Luis, que se defendía encolerizado. Aquello era por su bien, sin duda, pero me partía el alma. Ay! yo hubiera querido no causarle ni una leve contrariedad, cumplir sus más caprichosos gustos.... Yo me afanaba para ello, preguntándole, adivinando lo que podía agradaarle.... Cuando me era imposible, porque no estaba á mis alcances, satisfacer sus deseos, me entraba una desesperación!.... Sentía un dolor y un remordimiento á la vez!... ¡No poder contentarle, y se iba á apartar de mí para siempre!... Él no comía casi nada; yo le proponía á cada paso cosillas que le pudieran agradar, y él decía también: Mariquita, quisiera esto, quisiera lo otro; pero en cuanto se lo trata, ó no lo probaba siquiera, ó lo rechazaba después de llevarlo á los labios! ¡Cuántas veces me metí en la cocina, tiritando, á la madrugada, para hacer algo que había él apetecido, y que hacía yo con el desaliento de que no había de tomarlo! Las medicinas, sobre todo!... En vano yo las gustaba, en vano eran mis súplicas y mis lágrimas! Sentía sed, y al llevarle agua alquitranada, me decía: No quiero eso, Mariquita; esa agua tiene humo! No me gusta!—

Pobrecito! Cuánto le hicimos padecer!—Le dolía todo el cuerpo, y se quejaba de la dureza de la cama. Yo se la removía de cuarto en cuarto de hora, cambiándolo de posición, teniéndolo en mis brazos, para que hallara algún alivio. Yo no dormía, yo no vivía. Para que se rompiera el corazón en pedazos, bastaba ver aquel cuerpecito, tan flaco, tan consumido, que no tenía más que los huesos!... Ay! no me quiero acordar! Y conservaba su vigor y una energía!... Y gritaba con su vocecita enronquecida y se irritaba tanto cuando Úrsula insistía en que tomara un medicamento!... No podía ver á D. Jesús, y consentía con mucho esfuerzo en que lo pulsara; entregaba una mano al médico y la otra á mí, que yo había de tenerle muy apretada: «Para que ése no me lleve», decía.

Mariquita, deshecha en lágrimas, se arrojó al cuello de Isabel y le abrazó convulsivamente.

—Ay! Isabel! Hermana mía! Se lo llevaron! Se lo llevaron! ¡Yo lo ví! Mi niño de mi alma, mi prenda, mi amor! ¡Allá está, debajo de la tierra, solito, lleno de frío!... Y llamará á su hermana! Sí! me llama! me llama!

Yo me levanté sobresaltado ante semejante acceso. Isabel no hacía más que llorar, diciendo lo primero que le ocurría, como en estos casos sucede: María, por Dios!... Cálmate.... Por Dios!... María.... Reflexiona.... Cálmate.... Por Dios!...

La costurerita sollozaba de un modo angustioso, con la cabeza en el pecho de Isabel. Las palabras de ésta, mi presencia quizá, pues yo me había acercado al grupo, la fueron serenando. Se llevó, por fin, las dos manos al pecho, apretándose fuertemente, y dió aquel hondo y profundo suspiro, semejante al de una persona medio asfixiada á quien expusieran á un aire puro.

Mi hermana desató su elocuencia, mientras yo regresaba á mi velador y al padre Granada.—«Mariquita hacía muy mal, pero muy mal, en afligirse así. Lo que le había sucedido á ella ¿no le sucede á todo el mundo? A nosotros se nos murió una hermanita, y bastante que lo sentimos. Jesús! ya lo creo!—Pero, hija, ¿qué remedio sino conformarse? Así es el mundo, así es la vida. Y Mariquita acaso no tenía otro hermano? Si ella se acongojaba y se mataba de esa manera—porque los disgustos desmejoran y matan—¿qué sería de Antoñito? Jesús! Mariquita se olvidaba de éste sin duda. Aun tenía á quien cuidar y á quien querer. ¡Un niño tan pequeño! ¡Pobre Antoñito!» (Algunas de estas consideraciones no dejaban de ser oportunas, y mi hermana se explayó en ellas).

No podría asegurarse que la *rubita* escuchaba; con los ojos fijos y las manos abandonadas sobre la falda, permanecía muda y como absorta en sus dolorosas memorias. Sólo un estremecimiento nervioso, semejante á un repentino escalofrío, la agitaba de tiempo en tiempo.

De pronto, cuando mi hermana, agotados ya sus conceptos, volvía á repetirlos pausadamente y con grandes interrupciones, como final de discurso de una persona que se duerme, Mariquita empezó á decir en voz baja, sin entonaciones apenas:

—Un día.... tres ó cuatro antes de.... de la desgracia que.... (repitióse violentamente aquel escalofrío). No sé como pudo suceder aquello.... Como pudo él pensar.... siendo tan pequeñito....—Estaba Úrsula arreglando el cuarto; yo al lado de la cama del niño, con sus manecitas entre las mías.... Él estaba de espaldas, con los ojitos fijos en la pared, y la boca entreabierta, porque casi no podía respirar... —Úrsula se ocupaba en su faena, y mirándonos un

instante, y viéndome tan afligida y llorosa, porque el niño había pasado una noche malísima, trató de consolarme y de consolarse: «Señorita, preciso es conformarnos con la voluntad de Dios; él lo quiere para sí: nosotras, ¿qué podemos hacer sino resignarnos?»—Añadió algunas otras palabras semejantes, limpiándose los ojos con su delantal, y salió poco después.—Luis la siguió entonces con los ojos,—continuó Mariquita con emoción, que cada vez se hacía más profunda,—y en cuanto la vió desaparecer, esforzóse en sentarse en la cama.... ¡Ni en el día de la muerte padeceré tanto! Sentóse, con mi ayuda, y apresurado, lloroso, con una angustia.... con una angustia.... díjome: Mariquita, me voy á morir, sí, me voy á morir; reza... reza... quiero que reces.... (Mariquita rompió en sollozos). Yo.... me puse de rodillas.... y recé.... «Padre nuestro, que estás en los cielos.... »

Dios mío! Creí que iba á darle algo, y me puse en pie. Isabel lloraba sin poder contenerse, y yo mismo estaba conmovido. Mi hermana, procurando hacerse fuerte, volvió á sus consuelos: «Lo que contaba Mariquita se explicaba.... El niño oyó lo que decía Úrsula.... En la muerte de su padre escucharía algo semejante... Los niños tienen mucha imaginación... De seguro que Luisito, á las primeras palabras de su hermana, olvidó aquello.... (Mariquita hizo una señal afirmativa, pues le era imposible hablar). Es claro! Los niños son así.... Lo de Luisito era extraño, es verdad.... Pero en los niños se ven cosas tan raras y tan inesperadas!—Lo mejor era no hablar ya de eso, no pensar en lo irremediable. Hija, no conviene rebelarse contra Dios. Y llorar y affigirse demasiado es poco cristiano. ¿No recordaba Mariquita aquel sermón del Beneficiado, en Nuestra Señora de los Ángeles, cuando la octava? Pues el

Beneficiado había dicho: «Los males, las desgracias, las calamidades nos las envía Dios: recibámoslas con respeto: Él procura en todo nuestro bien: Él es la infinita sabiduría, y nosotros somos la iguorancia». Había dicho esto ó algo por el estilo. Jesús! Mariquita debería pensar en estas palabras.—Por cierto que, según había oído Isabel, aquella misma tarde, la nave derecha de Nuestra Señora amenazaba ruina, y ya no se decía misa en aquel lado. La iglesia acabaría por caerse. Se trataba de hacer una suscripción entre los vecinos; pero si no andaban pronto....

Isabel dió otras noticias é hizo otras observaciones, algunas traídas por los cabellos, con la bontísima intención de distraer á Mariquita. Era demasiado afectado el procedimiento para que ésta no conociera el propósito de su amiga, y sin duda por bondad y gratitud aparentó algún interés en escucharla, y respondió con alguna que otra palabra á las suyas.

Si lo he dicho, vuelvo á repetirlo, porque tengo placer en ello: mi hermana Isabel era una de las mejores muchachas que pueden existir. Viva y franca, jamás ocultaba sus sentimientos, y hacía perfectamente, porque éstos eran dignos de mostrarse á la luz del sol. Nunca se apartará de mi corazón y de mi alma el recuerdo de aquella hermana mía; pareceme contemplarla, con sus ojos negros en continua movilidad, y su blanco rostro de poco delicadas facciones, pero tan abierto, tan expresivo, tan simpático! No estaba un momento quieta y su charla era inagotable. Su pensamiento saltaba sin transición de una idea á otra como un jilguero salta de rama en rama. Se reta por cualquier cosa, y lloraba con la misma facilidad, de buena fe, con toda el alma. Como por su casa entraba allí la alegría; pero



tampoco había ajeno dolor que en ella no repercutiese con hondo y prolongado eco. Perteneía á mi familia más que yo; tenía de mi padre la bondad y de mi madre la sencillez.

Quería entrañablemente á la huérfana del capitán Príncipe; queríala por tendencia natural de su corazón, que se inclinaba hacia la bondad, la inocencia y la desgracia, como se van los graves hacia el centro de la tierra. Ternura profunda é irreflexiva, á la vez que protectora; afecto como el de la hermana mayor á la más pequeña.

Habló largo rato, contó mil cosas, procurando abrir caminos menos tristes á los pensamientos de Mariquita, y lográndolo quizá, porque ésta se sonrió algunas veces. Entré yo entonces en la conversación, y procuré ayudar á Isabel en su buena obra, aunque no creo mucho en semejantes lenitivos. El dolor es como esos caballos que sólo se doman por medio del cansancio.

Y hablando, contemplaba á Mariquita, que entonces volvía hacia mí su rostro de Virgen de los Dolores y su ingenua mirada. Me gustaba estar así, cerca de ella, y mirándola siempre. Sus lágrimas me habían conmovido; ¡qué satisfacción si hubiera podido enjugarlas! Y había reparado muy bien que el dolor le daba una especie de brillo y de realce, de esplendor y de relieve (permitaseme lo estrambótico de los términos) que nunca había yo notado. Si, Mariquita era bella. Si antes me había parecido algo como una rosa en botón; ahora, así me lo figuraba, la rosa se había abierto, y se mostraba magnificente, con sus múltiples hojas y sus bellos matices, esparciendo alrededor fragancia.

—Jesús! es muy tarde: me voy! dijo Isabel de repente. ¡Cómo estará mamá! Me voy, hija. Pero mañana me tendrás aquí todo el día: ya no te

abandono. Me tendrás á tu lado más tiempo de lo que imaginas. ¡Y cuidadito con lo que se hace! Yo soy terrible!

Ciñó con su brazo el talle de Mariquita y dió á ésta una porción de sonoros besos.

—Ramoncito, mi hermano, este caballero que ves, se marcha mañana para Madrid. Si se te ofrece algo, ordena: lo tendrás inmediatamente, porque es muy galante.

Yo añadí también algunas palabras, ofrecimientos corteses de viajero.

Mariquita clavó en mí su dulce mirada.

—Que sea usted siempre feliz; eso deseo—dijo sencillamente.

Momentos después, mi hermana y yo entrábamos en casa.

## VI

Volví á la corte y á visitar el edificio de la calle Ancha. ¿Quién no supone poco más ó menos lo que será en Madrid de un estudiante que cobra regularmente una buena pensión? Si en aquellos años de mi vida cometí alguna locura, nunca me encenagué en ciertos placeres, y además, solía pagar mis deudas; lo cual era condición de temperamento más que propósito impuesto á la voluntad. Era yo aficionado á vestir bien; me agradaban las reuniones brillantes, los paseos, los teatros, y quien tiene gustos puede librarse de tener apetitos.

No se borraba de mí el recuerdo de Mariquita; á él daban extraña fuerza las impresiones de la última noche en que la ví; y á cada instante la imaginación me la representaba, ya paseando con sus her-

manitos en la alameda del pueblo, é inclinando hacia ellos la blonda cabeza para contestar á sus preguntas; ó en su casa, abrazada á Isabel, y enrojecida de tanto llorar. El atisbo de un traje femenino en la vuelta de una calle, la vista de un contorno de mujer, la contemplación de un regocijo ó un esplendor cualquiera llevaba mi pensamiento á la vieja casa donde la huérfana del capitán Príncipe lloraba á su hermanito muerto. Envidiaba á Isabel, que podía sentir sobre su pecho el calor de las mejillas de Mariquita y besar aquellos ojos anegados en lágrimas; yo lo haría con la misma pureza que mi hermana, y consideraba la idea solamente de lo contrario como una profanación indigna, juzgando inconcebible nada que fuera más grosero y atroz.

Este continuo pensar en Mariquita y esa extrema simpatía parecíanme naturales. Inocencia, juventud, desgracia, belleza, reunidas en un mismo sér, ¿no atraían necesariamente los corazones? Mi atención, despertada por unas cualidades, había descubierto las otras: eso era todo.—Por ventura, decláme yo, Isabel no profesa grande afecto á Mariquita? Lo mismo y por iguales razones, me sucede á mí.—Este último razonamiento, sin embargo, no me dejaba grandemente persuadido; formulábalo la cabeza, y lo rechazaba algo que se estremecía dentro de mí y murmuraba, produciéndome sensación inexplicable.—No! Si Mariquita se arrojara á tu cuello.... ¡si te besara!... No te quedarías como tu hermana Isabel.... No! no! no! gritaban mil corrientes nerviosas atravesándome desde la cabeza á los pies.

Un día nos hallábamos juntos varios compañeros, entre ellos uno de San Carlos, que solía alternar con nosotros. Éste, con aspecto grave y señalándome con el índice, dijo:

—Este chico está enamorado. Vaya! Afición á la

soledad; tendencia á estar en Babia; aire de palomino atontado; inclinación á ensalzar á las mujeres y ponerlas en los cuernos de la luna. Síntomas evidentes: enamorado. *Récipe*: duchas de agua fría por la mañana y encerrada por las noches.

—Y chichonera cuando salga á la calle.

—Se *ha enchulado*, observó otro. Tiene una querida en Madrid.

—¿Querida? No,—dije.

—Bien, hombre; amante, novia, serafin de los cielos: el nombre *ne fait rien*... Siempre he dicho que mi profesor de francés debía de ser alemán. ¡Cuidado si me enseñó francés el endiablado hombre!

—Ni amante, ni novia, ni nada.

—¡Papiniano me valga! ¿Si la cosa será todavía más inocente! Tendremos que darte papilla, desventurado! ¿A qué piensa en alguna chica que al venir él se quedó lagrimeando en el pueblo?

—¡Almas de cántaro! ¡Pechos de ley de imprenta! Saltó otro declamando. Para vosotros, los amores puros, los sentimientos sanos, son como las explicaciones del de Economía, que no entendéis, ni yo tampoco. ¿Qué hay de particular en que uno tenga novia en su pueblo? Chistosa extrañeza! Yo tengo novia en el mío, y nos escribimos en todos los correos y probablemente me casaré con ella, si no ocurre novedad. ¡Poquito que pelamos la pava en las vacaciones! Yo le he prometido casarme, con una condición: que no le den antes las viruelas; porque la infeliz no se ha vacunado, ni quiere hacerlo. ¡Y me temo que le han de dar! ¡Es un presentimiento que me roe las entrañas, produciéndome insomnios crueles, y más pesadillas que pelos tengo en la cabeza! ¡Dios de Bártulo y de Gómez de Laserna, las viruelas me horrorizan!

Ay! Alguien había quedado llorando, era verdad,

cuando yo salí de mi pueblo. Pero aquellas lágrimas no eran por mí. Ni aun se acordaría ella de mi persona: ¡si apenas me había visto y tratado! Por cierto que la única vez que le dirigí algunas palabras no dije más que tonterías! ¡Bonito papel hice aquella noche, propio para dejar un recuerdo! De seguro que en largo rato ni siquiera se dió cuenta de mi presencia. ¡Y qué ocasión desaprovechada para hacer que ella conociera la resonancia que en mí hallaba todo lo que la conmovía!

El chusco de la Escuela de Medicina decía que estaba yo enamorado!... ¿Conque estaba yo enamorado de Mariquita?... Sí! no había duda!—¡Cosa más rara! Este descubrimiento me llenó de sorpresa, de orgullo y de contento. Sí! Estaba enamorado!

Y fué entonces cuando comenzó á despertarse verdaderamente aquella pasión, primera de mi vida; porque desde tal momento la fantasía la alimentó y la avivó sin descanso, y para el pensamiento y la memoria no hubo más que un objeto: la triste y llorosa niña que quedaba allá abajo.

Hay, según se ha dicho bastante, quienes, en larga ausencia, conservan tan vivamente la imagen de la persona amada, que, á saber pintar, la reproducirían en un lienzo. No sé. Pero recuerdo perfectamente, y apunto aquí como pura curiosidad psicológica, que á veces, á pesar de largos esfuerzos, la fantasía se negaba á representar la imagen deseada, y sólo veía dentro de mí algo como horrosísima prueba fotográfica. La imaginación parecía gastarse con el incesante trabajo. De repente, y cuando menos lo esperaba, una actitud, un detalle se reproducía, entregando la punta del velo, y caía éste, y la aparición brotaba, tal vez debilitada por esa evocación continua; pero amada siempre.

No acabaría si fuera á referir mis proyectos de en-

tonces, mis sueños y mis divagaciones. Gustábame estar solo; y echado sobre mi cama, y cerrados los ojos, dejaba correr horas enteras, con la imaginación en actividad constante y soñando despierto. Sentía á la vez placer y dolor y ansiedad inexplicables; y padecía tan verdaderamente, que me rebelé contra la pasión, no con intento de extirparla en mí: por ningún caso quería yo semejante cosa; sino para mitigarla, para disminuir aquella tensión de mi alma y hacerme dueño de mis sentimientos. Para conseguir tal propósito me ponía á buscar defectos en Mariquita (¡admírense los que no se hayan enamorado de veras!), entregándome á repasos y análisis de que, naturalmente, resultaba lo mismo que de echar combustible á un incendio con la intención de apagar éste, ó de proponerse arrancar un clavo remachándolo.

.....

Tal es en breve y mal extracto lo que pudiera llamar mi historia interna de algunas semanas; y de tal modo se han grabado en mí los pensamientos é imaginaciones de aquellos días que me sería fácil referirlos sin olvidar uno siquiera.

De tiempo en tiempo recibía una carta de mi padre, lacónica como todas las suyas; no contenían más líneas que las necesarias para noticiarme el estado de la salud en casa y el envío de alguna letra. Al pie de esas cartas ponía mi madre cariñosas advertencias y consejos: «Cúdate mucho, Ramoncillo, que la salud es antes que todo, y siempre me estoy figurando que vas á caer malo. No te retires muy tarde por las noches, y sal con mucho abrigo, para defenderte de las pulmonías, que en Madrid son lo más de temer....» &c.

Isabel me escribía con irregularidad, pero más frecuentemente, y solía atestar sus cartas de minu-

ciosos pormenores. Por ella sabía yo lo más notable que en el pueblo ocurría, y lo más insignificante que sucedía en casa, donde casi nada pasaba.

Á principios de Diciembre, á los diez días escasos de mi llegada, recibí una carta de Isabel. En uno de sus párrafos se hablaba de Mariquita, y ese fué para mí el más interesante, y el que leí repetidas veces. Hélo aquí: «Me paso los días en casa de Mariquita Príncipe; está mala y yo no la dejo un momento. La cosa no es de cuidado; pero como esa pobre María estuvo una porción de días sin comer, sin dormir, y sin tranquilidad ni sosiego, cuando la enfermedad de su hermano, y luego sobrevino el disgusto ocasionado por la muerte del infeliz niño, ya te puedes hacer cargo que todo esto junto le ha producido al fin una gran postración. Hoy se ha levantado, ya con algunos ánimos, y ha dado su paseito por la sala apoyándose en mí. Dentro de dos ó tres días estará completamente buena».

Yo aguardaba con ansia el comienzo de las vacaciones de Navidad para irme al pueblo. Los estudiantes suelen tomarse las tales vacaciones con espantosa anticipación; mas aquel año se dictaron órdenes severísimas sobre este punto. Los profesores nos declararon que si faltábamos á clase antes de la época reglamentaria, considerarían como explicadas las lecciones correspondientes á los días que ilegalmente nos tomáramos de asueto; que se pasaría lista diariamente; que se nos apuntarían tantas faltas, &., &. Á pesar de estas amenazadoras prevenciones, algunos comenzaron á hacer su equipaje desde el 8 ó 10 de Diciembre. Pero otros, y yo entre ellos, hicimos propósito de seguir asistiendo algunos días más á las cátedras.

Amontonáronse las contrariedades. El 14 de Diciembre recibí dos cartas, de mi padre y de Isabel.

En la de ésta se volvía á tratar de Mariquita Príncipe, mas con detalles que me produjeron hondísima impresión. Júzguese de lo que pude sentir al leer esto:

« Mi muy querido hermano:

» Estoy muy triste, y lo estuve más hace algunos días: todo por causa de Mariquita Príncipe, aunque no por su enfermedad, pues aunque ésta no ha desaparecido, el restablecimiento es seguro. Ya sé lo que tiene, y casi y sin casi lo averigüé yo antes que nadie. Tiene debilidad, falta de sangre, á lo que el médico llama *anemia*, según me ha dicho papá. Los nombres que dan los médicos á las enfermedades me fastidian. Diciéndose «debilidad», ya sabe una lo que es y se queda tranquila. Yo deseaba que don Jesús hiciera una visita á la enferma, por cumplir con eso de llamar al médico, y supliqué á papá que hablara para ello á D. Jesús; y papá es tan bueno (cada vez debemos quererle más, Ramón) que ha hecho, no sólo que D. Jesús la visitara una vez, sino que la vea diariamente; y corre con estos gastos y los de botica, porque la pobre María no tiene en su casa lo que se llama un céntimo; ni un céntimo, Ramón. Todos sus escasos ahorrillos se debieron de ir en la enfermedad de su hermano, y hasta sé yo que vendió por mano de Úrsula algunas prendillas, heredadas de su madre.

» Y tú dirás que cómo sé tanto. Mi trabajo me ha costado. María no tiene noticia de mis descubrimientos, ni yo pienso dársela. Lo de las prendas, que no eran más que dos sortijas y unos pendientes, únicas alhajas que ella poseía y usaba, me ha sido fácil averiguarlo; y casi lo adiviné un día en que, sintiéndose bien, permitió que yo la vistiera y peinara como si fuera á salir. Preguntéle por sus pen-



dientes, y díjome, sonriendo, que ya no los volvería á usar.—Es adorno que he suprimido. Estoy mejor así.—Yo hablé de otra cosa, y ella fué poco á poco entristeciéndose; pues con el motivo que he dicho debió de acordarse de Luis ó de su madre. No me atreví á preguntar por las dos sortijas, aunque noté su falta. Las recuerdo bien, porque las había visto continuamente en sus dedos: una tenía engastado un zafiro y la otra un pequeño diamante.

» ¡Y si lo descubierto no fuera más! Pero, Ramón, asómbrate, porque no espero que llores como yo he llorado al saberlo! ¡Hacia muchos meses, no sé cuántos, muchos, que María sólo se alimentaba con un poco de leche! ¡Ha vivido con dos vasos de leche por día! Y ha vivido así.... por falta de recursos, Ramón; y nosotros, á algunos pasos de distancia, satisfechos, sin carecer de nada, rebosando de lo necesario y lo supérfluo; y el más inútil de nuestros criados se alimentaba mil veces mejor que María! ¿Qué digo de nuestros criados? Papá gasta diariamente en cada uno de sus perros de caza más de los tres ó cuatro cuartos que ella empleaba en sí misma. Y la veías tú siempre tranquila, y con aquella eterna dulzura, como si su vida transcurriera del modo más ordinario del mundo; y así se lo creía, puedes estar seguro de ello.—Y yo, su amiga, he sido tan necia que nunca hice por averiguar de qué y cómo vivía! Que cosía, ayudada de su máquina, (pequeña y mala, por cierto); que bordaba algunas cosillas: muy bueno; ¿pero en un pueblo como éste abundan acaso los que encargan trajecitos de niños, y gorritos y pañuelos bordados? Y por mucho que trabajara una niña, débil y delicada como ella, había de cuidar de sus hermanitos, y además carecía de criada. Ella lo hacía todo. Con sus pequeñas ganancias había de pagar el alquiler de la casa, que por

suerte es mezquino, y alimentar y vestir á los niños. Imagínate qué proezas! Ella las hizo: á sus hermanos jamás les faltó nada, y daba gusto verlos; ella.... salía siempre con el mismo vestido y el mismo sombrero; y acordándose, sin duda, de que su padre vivió mucho tiempo sin otro alimento que leche, á causa de una enfermedad, se sostuvo de igual manera! Esto hace llorar, Ramón, créelo. Qué tonta he sido! ¡Me parecía tan natural que todo el mundo, y ella más que nadie, tuviera de sobra con qué vivir!

» Ahora, gracias á Dios, el asunto ha cambiado. Yo paso el día en su casa, y he traído de la nuestra una criada. De casa se envía diariamente todo lo necesario, y por las noches, cuando no se queda velando Úrsula, una antigua criada suya, envío yo á Niza, (ésta era la nodriza de Isabel, que propiamente se llamaba Anunciación).

» Lo más raro es que María apenas parece haberse dado cuenta de nada de esto; me figuro que ni siquiera lo ha reparado. Pregunta muchas veces por Añoñito, y cuando lo ve al lado suyo y contento, se queda tranquila. La debilidad es todavía muy grande, ya se ve, y es causa de esa especie de indiferencia, que es sólo postración. Pero, lo que yo digo, ya se sabe lo que María tiene, y la curación es obra de algunos días únicamente, y de algunos cuidados. Papá, que suele hablar de esto con el médico, dice exactamente lo que yo. Don Jesús va por allí todos los días, y hace sus recetas; no creo que sean muy necesarias estas visitas, pero, como dice papá con mucha razón, ¿qué se pierde? »

Tal era la carta de mi hermana, suprimiendo los dos ó tres últimos párrafos, que contenían noticias sin gran interés para mí. Transcribela fielmente, sin más que reformar algo su ortografía, pues Isabel, aunque tenía clara y hermosa letra, era rebelde á

ciertas leyes ortográficas, y en particular á las de puntuación, de que nunca se cuidaba.

Impresionóme grandemente su relato, y la compasión reforzó como nunca al amor; fué un río que se precipitó sobre otro formando una misma desbordada corriente. Dos ó tres días antes de recibir yo esta carta había dicho aquel aprendiz de médico:

—Este chico está enamorado.

Cómo se iba manifestando mi pasión, cómo llegó á la conciencia de sí misma, lo he procurado referir sumariamente y aparte. Sucesos que voy contando y que paralelamente á ella se desarrollaban, eran para mi corazón y mi fantasía como renovada y creciente fuerza, de donde ambos se alimentaban.

—Sí! decía yo leyendo y releiendo la carta, y paseando por mi salita, que con una alcoba no muy desahogada, constituía mi habitación.—Sí! Comprendo esto. Recuerdo bien sus estropeadas botitas y sus usados guantes. ¡Oh, niña adorada! ¡Dios mío, qué buena es! Más pobre aun si cabe, más miserable quisiera yo que fuese, y verla desamparada de todos, sin refugio humano y sin esperanza; y á mí que nadie me igualara en riquezas, en poder, en talento: ser muy grande y estar muy arriba, sí!... para arrojarme á sus pies desde mayor altura.

Sintiéndolo energicamente, lo decía. ¡Oh juventud! me alejo ya de tu resplandor; mis cabellos, que empiezan á encanecer, me anuncian que toco ya la penumbra; pero ¿cómo no amársete y volver hacia tí con melancolía los ojos, si eres la fe, la generosidad, el desinterés, el amor? Cierto es que á veces sueles desfigurarte á tí misma con un barniz que llamas conocimiento del mundo, prematura experiencia, y es simplemente, cuando no unto inofensivo, cieno del arroyo; pero estas desagradables

pinturas en raras ocasiones llegan también á embardurnar tu corazón.

Abrí la carta de mi padre, é íntegra la copio, que su concisión lo permite:

« Querido Ramón:

» Te va adjunta una letra por valor de reales vellón 1.400. Ciertas razones me determinan á girar contra los señores Mombiella y no contra Fernández Trives.

» Tu tío y yo pensamos hacer viaje á Madrid de un día á otro. No te muevas, por consiguiente, hasta nuestra llegada.

» Tu madre buena, como tu hermana. Yo, sin novedad. Tu afectísimo padre,

*Ramón.* »

En vista de esto, continué en Madrid, aunque ya empezaba la dispersión de los estudiantes.—«No es mucha contrariedad la de permanecer aquí, pensaba yo. Luego me iré con mi padre, y cuantos más días transcurran más probabilidades tendré de hallarla buena». Así procuraba consolarme.

El 24 de Diciembre todavía mi padre no había llegado; pero recibí cartas. Mi padre escribía que hasta la fecha no le había sido posible salir del pueblo: que, no obstante, aguardara yo, porque de un día á otro....

Lo que yo aguardaba siempre con ansia era la carta de Isabel. La de entonces principiaba hablando de otro disgusto que mi hermana había tenido: la mujer del estanquero de la calle Real se había matado resbalando en una corteza de melón que habían arrojado de la zapatería del Blanquillo. Isabel ponía de vuelta y media al Blanquillo y pedía para él lo menos cadena perpetua.

Otra noticia: Serafinita se casaba con D. Arsénico el recaudador (se llamaba D. Arsenio, pero Isabel lo designaba siempre como he dicho). El pueblo estaba á sombrado, porque todos habían supuesto en Serafinita decidida vocación á monja y santa. El santo, por lo visto, iba á ser D. Arsénico.

Mariquita (vamos, corazón, no tan apresurado) no había recobrado aún sus fuerzas, pero tardaría poco. Si estaba el tiempo bueno, se levantaba á mediodía, y apoyada en el brazo de Isabel iba hasta la sala, donde se sentaba en una butaquita. Allí permanecía un par de horas, frente á la ventana, por cuyos vidrios entraba el sol; luego volvía á su lecho. Estaba aún muy débil; mas, «como dice muy bien papá—añadía Isabel—el restablecimiento en estos casos es lento, con alternativas de adelantos y retrocesos que no deben sorprender».

Daba á seguida mi hermana algunos pormenores, por lo que tenían que ver con Mariquita, muy interesantes. Según doña Paca, la viuda del intendente, la cual estaba segura de lo que afirmaba, en Osuna vivía un D. Guillermo Príncipe, hermano mayor del difunto capitán D. Antonio, y tío, por consiguiente, de Mariquita. El D. Guillermo era bastante rico: á lo heredado de su padre, igual á lo que el D. Antonio derrochó primorosamente antes de casarse, juntaba la fortuna de cierta hermana solterona, que al morir se la había dejado íntegra, y un caudal muy limpio hecho en Ultramar, donde el D. Guillermo había estado ocho ó diez años y desempeñado altos puestos administrativos. Doña Paca lo había visto, y casi tratado, en Junio último, en que esta respetable señora hizo un viaje á Sevilla para visitar á unos parientes. El don Guillermo acababa entonces de regresar de América y hacía una vida muy retirada. De tiempo en tiempo iba á Sevilla; tenía un mayor-

domo muy viejo y solían acompañarle dos criados, uno de ellos mulato, que parecía de chocolate.

Doña Paca, verdadero pozo de saber, sabía además de otro Príncipe, otro tío de Mariquita, secretario de legación en... dónde no lo sabía D.<sup>a</sup> Paca, porque, si lo hubiera sabido, y hay acierto en la tierra, debiera habersele encargado la formación del censo.

—Pues bien—parece que decía esta señora,—ya que no al secretario de legación, pues al cabo anda fuera de España, ¿por qué no se dirige Mariquita á su tío el de Osuna, que es rico, viejo y solo, y no puede rechazar á sus sobrinos, al fin su sangre, pese á diferencias de familia, ya olvidadas, sobre todo muerto D. Antonio? Mariquita era una niña, y no debía continuar así, viviendo con independencia tal, sin parientes, sin protección y sin arrimo.

Todo esto me lo comunicaba Isabel confusamente, añadiendo que ese D. Guillermo era un salvaje y un mal hombre, sin duda, puesto que en cinco ó seis meses que llevaba de estar en España no había hecho por averiguar la suerte de sus sobrinos, siendo imposible que ignorase el fallecimiento del hermano. Sin embargo, movida por el bien de su amiga é impresionada con las observaciones de la viuda del intendente, Isabel se decidió á sondear algo á Mariquita, aunque no juzgaba la ocasión muy oportuna.

Acometió en seguida el intento. La noticia de que su tío Guillermo estaba en España no sorprendió poco ni mucho á Mariquita: dijo que lo sabía, sin pronunciar más palabra acerca de ello, y quedándose callada y triste. Isabel respetó unos instantes aquel silencio, y luego se lamentó de los tíos que no hacían por saber, á lo menos, si los sobrinos que Dios les había dado eran vivos ó muertos. A esto, Mariquita, siempre triste, dijo:

—Me ha escrito.

Asombro de Isabel:

—¿Te ha escrito?

Señal afirmativa.

—¿Te ha escrito dándote noticia de su llegada?

Signo idéntico.

—¿Y te ha ofrecido su apoyo, se ha puesto a tu disposición?

Tercer movimiento de cabeza, afirmativo. Mariquita seguía muy triste.

—¿Y cuando fué eso, hija?

—En Julio ó Agosto.

—De veras estoy sorprendida. Y tú le respondiste?

Claro que le responderías!

—Sí: le dí las gracias.

—Le diste las gracias....

—Rehusé sus ofrecimientos.... Le escribí que no necesitaba nada.

Mariquita hablaba con gran fatiga. Sus ojos iban de un punto á otro como si pidieran auxilio. Isabel la llevó á su cama y por entonces no se habló más del asunto.

Estos pormenores no me los suministró Isabel en su carta, sino que más tarde llegaron á conocimiento mío. Escribíame, sin embargo, lo suficiente para hacer que mi imaginación no reposara un punto. Asaltóme de repente el cuidado de que Isabel, por un cambio en ella no extraño, y que se explicaba por lo impresionable de aquella naturaleza, no volviese á decirme una palabra de Mariquita, ó excusase los detalles acostumbrados, en cuanto ocurriese algo que de otra parte lograrse momentáneamente interesarla. En esta última carta ¿no la ocupaba demasiado la catástrofe de la estanquera? Para salvar el riesgo, supliqué, al contestar, que no dejase de noticiarme, con la mayor frecuencia posible, todo

lo que con Mariquita se relacionase, por inspirarme esta joven «grande y sincero aprecio».

¡Cuánto me dió que pensar lo anteriormente referido! ¿Conque ella tenía un pariente rico, capaz de protegerla? Sí, no me cogía de nuevas la noticia; mas hubiera preferido que Mariquita estuviese sola en el mundo; sola, para que no tuviese más que á mí. Había rechazado los ofrecimientos de su tío: ¿por qué? Yo no lo entendía, pero la resolución me agradaba, por incomprensible que fuese.

Los días rodaban tras los días y mi pasión parecía crecer. Como si se tratase de un fuego que se le hubiese encomendado, la imaginación se encargaba de soplar y de echar leña. Yo salía muy poco, me gustaba andar solo, apenas me distraía, y no podía estudiar ni leer. Con el libro abierto delante de mí, los codos sobre la mesa y la cabeza descansando en la mano, agradábame soltar la rienda á mis pensamientos, y así me pasaba las horas. ¡Qué dichosa era mi hermana Isabel, que *la* veía continuamente, que estaba cerca de *ella*, que hasta la ayudaba á vestirse y á peinarse!

Y á todas éstas mi padre no venía, y las vacaciones adelantaban hacia su fin. ¡Y seis días sin recibir una carta! Qué desasosiego!

El 30 de Diciembre llegó una: era de Isabel, y sólo contenía, caso raro, unas cuantas líneas. Pero ¡Dios mío! ¿se había vuelto tonta mi hermana? Ni una palabra de Mariquita! «Que no ocurría novedad, que estaba muy de prisa, que ya escribiría más largamente, que el viaje de papá á Madrid sería pronto», ¿qué me importaba nada de esto? El nombre de *ella*, aunque fuese el nombre era lo que yo quería ver escrito.

El proyectado viaje de nuestro padre reconocía por causa, según Isabel, una idea del tío, el insigne



político. El tío había raciocinado de este modo: Yo soy el gran elector de la circunscripción; yo hago, á cada renovación de cortes, al diputado de aquí. Pero ¿qué diputado más adicto á mi persona y más conveniente que mi propio hermano, sin contar con el mérito que su elección traerá á la familia?—Y pensando esto, trabajó en persuadir á mi padre, que se resistió valerosamente, pero que se dió por vencido al cabo, como siempre que con su hermano se las había. Las elecciones se acercaban, y ya no se trató sino de ir á Madrid á *hacer la presentación* de mi padre y á *ponerse de acuerdo* con los jefes. Sin duda mi padre, menos político que mi tío y poco aficionado á exhibirse, daba largas al viaje esperando á que se enfriara algo mi tío, que en caliente era invencible.

Terminó el mes de Diciembre y comenzó Enero. Mi padre no parecía por Madrid y las vacaciones agonizaban. ¡Adiós viaje á mi pueblo! Ya no la vería hasta los Carnavales! Esto me disgustó muchísimo. En lontananza, qué serie de interminables días! ¿Cómo aguardar tanto tiempo? ¿Qué podía hacer en él para distraerme, y olvidarlo?

El 6 de Enero, día de Reyes, tuve carta de Isabel. En un instante la recorrí de la fecha á la firma, buscando.... Sí! estaba su nombre! ¡Me hablaba de *ella!*

Isabel empezaba diciéndome que papá ya no vendría probablemente á Madrid, sino más adelante. Ya no sería diputado, por una razón muy sencilla: mi padre había propuesto con gran calor un candidato, de cuyas prendas y condiciones, elocuentemente enumeradas, mi tío no había hallado que decir, sucumbiendo por la primera vez de su vida en una disputa con su hermano; ese candidato era el mismo tío, el cual, según todas las apariencias, representaría á nuestra circunscripción en las próximas cortes.

Mariquita seguía así.... unas veces mejor, otras peor. ¡Aquella maldita debilidad! Continuaba levantándose, en los días buenos, para sentarse en su silloncito, delante de la ventana. El médico la visitaba diariamente. Papá iba todas las tardes á ver á la enferma, y permanecía allí un ratito. En cuanto á Isabel, no se apartaba de su amiga.

Ésta se pasaba en ocasiones largo tiempo con los ojos muy abiertos y fijos, como si pensara en cosas muy hondas. Tal ensimismamiento no era del gusto de Isabel, la cual entonces movía y tocaba á Mariquita como si tratase de despertarla; despertábase ella, en efecto, y volvía, sonriendo, su dulce mirada, hacia la cariñosa compañera.

Preguntaba á cada instante por Antoñito, cuando éste se hallaba en otra habitación; si no lo traían en el momento en que deseaba tenerlo á su lado, parecía inquieta y sobresaltada. Abrazábalo y besábalo con ternura indecible. Apretándolo contra su pecho, dijo una vez:

--Si yo me muriera, ¿qué sería de tí, pequeñito mío?

Este pensamiento la afligió. Isabel, incomodada, habló sobre la conveniencia de no decir jamás tonterías.

Pocas veces citaba Mariquita á su hermano Luis; pero cuando lo recordaba y pronunciaba su nombre, lo hacía naturalmente, sin entristecerse, como si hubiera olvidado que el niño había muerto.—Todo pasa en el mundo, decía Isabel.

Un día en que Mariquita se había levantado, sentándose como de costumbre frente á la ventana, por donde le llegaban, en dorado haz, los tibios rayos del sol de invierno, Isabel exclamó chanceramente, contenta con ver á su amiga fuera del lecho:

--Tu tío Guillermo te vendrá á visitar cuando menos lo pienses, queridita.

Apenas dijo estas palabras cuando le pesaron en el alma: tal expresión de angustia apareció en los ojos de la enferma, y tan demudada quedó.

—Vendrá.... el tío Guillermo.... tartamudeó Mariquita.

—Es una broma, hija, ¿qué ha de venir? dijo Isabel muy alarmada. Es chanza mía. Jesús! Y si viniera le echaríamos fuera.

Mariquita, ya tranquila, se sonrió.

—Pero, María, ¿qué te ha hecho ese hombre? preguntó Isabel. ¿Te ha tratado mal? ¿Te ha escrito alguna cosa inconveniente?

La rubita dijo que no con la cabeza.

—Entonces ¿por qué ese aborrecimiento?

—Yo no le aborrezco, respondió apresuradamente Mariquita.—¡Oh, no! Es mi tío! Yo no aborrezco á nadie.

—¿En su carta no te hace ninguna ofensa? insistió Isabel.

—No, contestó Mariquita muy apesadumbrada.

—Mira, no te pregunto por curiosidad, advertió mi hermana seriamente; sino que todo lo tuyo me interesá, porque tú eres como mi propia persona. Si tú lloras, yo lloro; si estás alegre, me río de contento. Tú y yo somos una misma, ¿entiendes? Y no quiero que me ocultes nada, nada, nada!

Mariquita echó los débiles brazos al cuello de su amiga, que estaba medio arrodillada á sus piés, y atrayéndola á sí la besó tiernamente.

—Veamos, qué ha hecho tu tío? preguntó Isabel volviendo á la carga.

Mariquita no respondió: parecía desfallecida.

—Pues, acabóse, no hablemos más de ello. Guarda tu secreto.

La enferma volvió á rodear con sus brazos el cuello de Isabel, y acercando á ésta su pálido y alte-

rado rostro, dijo en voz muy baja, que apenas oyó la amiga, y con acento que daba pena:

—Habló mal de mamá! No la miraba bien!

.....

Tal era lo que mi hermana refería, aunque sin la extensión que yo ahora puedo darle. No costará mucho suponer los sentimientos que la carta produjo en mí.—Ese tío Guillermo es un infame—pensaba,—debe de serlo. La madre de *ella*! Una mujer tan virtuosa, tan buena, ¡un modelo de madres! (recuérdese que yo no la había visto en mi vida, ni tenía de ella sino las incompletas noticias que en cierta ocasión oí á mi parienta Adela). Ah, tío Guillermo del diablo! ¡Con qué gusto le rompiera el alma!

Luego, á pesar del optimismo con que la juventud mira todas las cosas, la enfermedad de Mariquita comenzaba á llamarme la atención. ¿Qué era aquello, que mi hermana llamaba «debilidad», que ya iba mejor, ya peor, y nunca se curaba? Según el testimonio de Isabel, que lo apoyaba en papá, al cual sin duda enteraría el médico, la enfermedad no tenía gran importancia. Mi padre no era tonto, y me constaba su buen ojo en estas cosas.... pero.... En fin, Mariquita no estaba aún buena: esto venía á sacarse en claro.

Transcurrió una semana sin recibir cartas. Comenzaba á perder la paciencia, si podía llamarse paciencia la forzada espera con que veía sucederse los días, cuando recibí un billete, más bien que carta, de mi padre. Me enviaba una letra. «Todos quedaban buenos.» Isabel me mandaba sus recuerdos, como mi madre. «No puede escribirte hoy; mas, según me encarga que te diga, lo hará sin falta en el primer correo.»

De *ella*, nada! Y mi padre escribía: «Todos quedan buenos!» Parecíame imposible que eso se dijera tranquilamente en el caso de que Mariquita estuviese más grave. No! Si no se hallase mejor, si ocurriera algo, ¿cómo mi padre escribiría con tanta calma: «Todos quedan buenos?»

No pensaba que difícilmente podía sospechar mi padre el interés que yo sentía por Mariquita. Hasta supondría que me era desconocida. Pero á mi padre, y á las gentes que andaban por la calle, y al mundo entero debería preocuparles la suerte de *ella*. ¿Cómo, estando Mariquita enferma, era mi padre capaz de escribir: «Todos quedan buenos?»

Pasaron otros siete ú ocho días. Unas veces, á fuerza de cavilaciones, ó sin saber por qué, me ponía casi alegre. Otras se apoderaba de mí una tristeza indescribible; todo se me volvía negro, y parecía que me apretaban el corazón.

Una tarde, al bajar la escalera, me encontré al cartero que subía. Detúvose al verme, y buscó en el paquete que en la mano llevaba, mientras yo sentía los precipitados latidos de mi corazón. Me entregó una carta: de Isabel! Volví á mi cuarto, y me senté en una silla, al mismo tiempo que rompía el sobre. ¡Ni un presentimiento! Sólo una emoción me embargaba: que allí se hablaría de *ella*.

Comencé á leer la carta.

¡Oh, Dios mío! Cuando recuerdo aquel día y aquel instante, el alma se me oprime. ¿Qué pasó por mí, qué sombra densísima me envolvió, qué cataclismo enorme se produjo en torno mío? Cuando algo nos conmueve bruscamente, arrojándonos fuera de nuestro camino y rompiendo la serie ordenada en que á nuestro parecer deben sucederse las cosas, el primer pensamiento es: ¡Sin duda estoy soñando! Su aparente irregularidad es lo que para nosotros dis-

tingue los hechos del sueño de los que ocurren en la vigilia. El hábito de la sucesión regular y ordinaria, y nuestra seguridad en ella, forman la conciencia de la realidad. Pero cuando lo inesperado, lo extraordinario surge violentamente, y la serie parece desanudarse, entonces, nuestro apoyo falta por un momento, y sin luz y sin guía nos preguntamos con desconcierto sumo: ¿Estamos despiertos? ¿Soñamos por ventura?

Yo creí que soñaba. Con la carta en la mano miré estúpidamente alrededor mío. Los objetos inmóviles que me rodeaban, parece que, en su mutismo y dentro de su misma indiferencia, habían cambiado de expresión; era aquella una especie de inmovilidad estóica y triste. Las sillas, la cómoda, el velador, el candelero que estaba sobre éste, parecían decir: ved nuestra inercia y la invariable forma que nos sujeta. Estamos condenados á un eterno suplicio!—Encima del velador, y bajo el pie del candelero andaban revueltos unos apuntes de Derecho Civil: me acuerdo bien, porque entonces me vino á la memoria que Pepe Salvany, un compañero, me los había pedido prestados.

Volví á leer las terribles líneas; las leí muchas veces. ¡Qué mudanza alrededor mío! Yo me hallaba fuera de la tierra, en desconocidos espacios; tenía el vivo sentimiento de tal situación. Poco á poco la sombría realidad fué llamándome; en el fondo de aquellas tinieblas sentí un angustioso dolor, una desesperación sin nombre, y entonces....

La carta decía:

« ¡Qué desgracia, Ramón de mi alma! Estoy loca, no sé que decirte, no me ocurre más que llorar. Mariquita Príncipe ha muerto. Ha muerto! Lo escribo y me parece mentira! Ya no la veré más. Ya no tengo amiga, ya no tengo hermana. Y su enfer-

medad era gravísima, Ramón, y me lo ocultaban, y me engañaban, dicen que por no disgustarme. No he hecho más que llorar. Te escribo, y me detengo á cada paso.... Ni sé lo que pongo.... No vas á entender mi carta. »

Apenas se conocía en éstos renglones, desordenadamente escritos, la hermosa letra de Isabel: tan desfigurada aparecía. El papel estaba manchado de lágrimas, y algunas palabras eran casi ilegibles.

Luego daba pormenores.... Yo los supe tan menudamente como ella, y la imaginación reproduce el cuadro grabado en mí tanto como me dure la vida.

Fué el 19 de Enero. Isabel, ayudada de Úrsula, había sentado á la enferma, muy débil, en su silloncito. Desde allí se descubrían por la ventana los últimos términos del pueblo, inundados por el sol, que templaba fuera la viva frescura del aire. Como víspera que era de San Sebastián, co-patrono del pueblo, repicaban alegremente en Nuestra Señora de los Ángeles; de pronto debilitábanse estos sonidos, á causa de la dirección del viento, y oíase, lejano, el campaneo de la iglesia de las Carmelitas. Allá abajo, al pie de las azuladas colinas bañadas por el sol de la tarde, también se movían las campanas del antiguo convento de Benedictinos, cuya vieja y cuadrada torre se descubría á través de los álamos, los abetos y los castaños, que tendían al cielo, como desnudos é inmóviles brazos, sus ramas sin hojas.

Mi hermana sentada en una sillita de costura, á los pies de su amiga, tenía entre sus manos las de ésta. En el suelo, delante del canapé, jugaba Antónito con unos muñecos que Bel (Isabel) le había regalado.

De repente, murmuró la enferma:

—¡Qué bien me siento! Pero, aunque quisiera.... no podría moverme....

Apenas dijo estas palabras, que oyó Isabel con dificultad, le acometió una de las fatiguillas que solían darle. Púsose en pie Isabel; pero Mariquita, á los pocos instantes, volvió en sí, é hizo por sonreirse, aunque no pudo conseguirlo. Extendió los brazos y cerró y abrió muchas veces y con rapidez las manos, como si tratase de coger alguna cosa. Mi hermana le conoció en los ojos que iba á repetirle el accidente; mas antes que Isabel tuviera tiempo de hacer nada, Mariquita dió un gran suspiro, é inclinó la cabeza sobre uno de los hombros. Úrsula entró en este momento, y al ver á Isabel consternada y pálida se acercó precipitadamente, y sospechando la verdad cayó de rodillas, besando las manos de su ama y sin decir más que: ¡Señorita de mi alma! ¡Señorita de mi alma!

Al mismo instante, y como traídos por bienhechóra casualidad aparecieron en la sala el médico y mi padre. D. Jesús se acercó á Mariquita y la reconoció en silencio: no dijo una palabra: era inútil. Úrsula ocultó sollozando el rostro en la falda de su ama, é Isabel hubiera caído al suelo á no sostenerla mi padre, al cual se abrazó á seguida deshecha en lágrimas.

.....

Arrojéme sobre mi cama, y con el rostro sobre la almohada para que no se oyeran mis sollozos, lloré también. Lloré mi primer amor, de nadie conocido, ni de *ella*! Amor que no tenta para consolarse ni el recuerdo de una mirada. Lloré por mis ilusiones y esperanzas de felicidad, que creí, á los veinte años, concluida para mí en la tierra. Lloré, y lloré amargamente, por aquella niña que nunca, nunca más volverían á contemplar mis ojos.



## VII

À los cuatro días del entierro de Mariquita llegó al pueblo D. Guillermo Príncipe, á quien mi padre había dirigido una carta. Frisaba en los sesenta años; muy afeitado el rostro, la cabeza enteramente blanca, el aspecto noble y distinguido. Pareció á todos muy simpático. Á su llegada á España, habiendo averiguado el paradero de sus sobrinos, escribió á Mariquita; mas por la respuesta de ésta, aun sin hablarse en ella precisamente del particular, creyó que su hermano D. Antonio había dejado algunos bienes, lo suficiente para vivir sus hijos, y que éstos se hallaban al amparo de algún tutor. Sin renunciar á verlos ni á enterarse de tales circunstancias, don Guillermo no se había dado prisa, creyéndola innecesaria, y había dedicado aquellos meses á poner en orden sus propios asuntos, pues durante su permanencia en América había casi abandonado algunas tierras que poseía en la provincia de Sevilla y en la de Córdoba.

Don Guillermo vió con enternecimiento á su sobrino pequeñín, único que tenía, Antoñito, que había sido recogido en casa. Y después de dos ó tres días que pasó en el pueblo, se despidió afectuosamente de mi familia, y marchó llevándose al niño.

.....  
.....  
.....

Han corrido ya quince años. Hoy cuento treinta y cinco. Á veces, en mis ratos de soledad y melancolía, vuelvo hacia atrás los ojos y me entretengo

---

con mis recuerdos. Veo entonces una cabeza pálida y blonda, una mirada serena, una sonrisa llena de dulzura, y la contemplo con el sentimiento de tristeza con que miramos el bien perdido.

---

## UN CASO (\*)

---

Cuando entré en su habitación estaba mi amigo vuelto de espaldas, frente á la ventana, mirando á través de los vidrios el lejano horizonte lleno de luz. Miraba distraída y vagamente; su mano derecha, extendida sobre un cristal, se agitaba de tiempo en tiempo de ligero modo, como si pulsase un teclado. En la vivísima claridad del sol, que entraba por los vidrios, aquella mano, de largos y delgados dedos, parecía trasparente. El enfermo estaba envuelto en una especie de gabán, tan grande que no parecía suyo. Tenía arrollado al cuello un pañuelo de seda. Se adivinaba tras el atavío una extremada flacura.

Al entrar, golpeé con mi bastón en el suelo; pero

---

(\*) Nos decidimos á publicar este trabajo, aunque inacabado, entre otras razones, porque la muerte sorprendió al autor cuando lo escribía, y en él parece como que se proponía, en cierto modo, hacer su propio retrato, estudiando los sufrimientos que minaban su existencia.

no me oyó sin duda, como no había oído mis pasos, porque ni aun volvió la cabeza. Me adelanté y le toqué en el hombro.

—Sí: el pobre Juan debía de estar muy malo: qué flaco, Dios mío! Las manos parecían diáfanas, y tenían, como el rostro el color de la cera. Sus mejillas estaban por extremo hundidas. Nunca había reparado tampoco que Juan tuviese una nariz tan afilada ni un cuello tan largo.

Me saludó con menos afecto que antes solía; si no fué así, me lo figuré. Ni dió muestras de recordar que yo había estado ausente del pueblo hacia ya un año. Fuí yo el que habló de esto; entonces me preguntó, aunque sin gran curiosidad ni interés, por mi viaje.

—En cuanto á mí, añadió luego, ya ves: estoy bastante enfermo. Me voy consumiendo, chico, como una bujía. ¿Eh? Qué delgado estoy! Y á veces, sin embargo, tengo un apetito regular. Pero esta calentura, esta calentura...

—Sabía que estabas enfermo, dije yo. Me dió la noticia Luis Fernando, á quien ví ayer á mi regreso. Por eso he venido. Tú bien sabes cuánto te quiero y qué gran número de atenciones debo á tu amistad. Te vendré á acompañar todos los días, si te aburres, ó mejor dicho, si crees que no te aburriré yo. En fin, aquí me tienes; dispón de mí. Ya conoces mi amor algo salvaje á la franqueza; no tomes á mero cumplimiento lo que digo. Siempre he tenido gusto en hallarme á tu lado; y lo tengo verdadero y grande cuando presto á un amigo como tú mis pequeños servicios. No temas abusar: lo que á tí pueda agradarte, por ese hecho tan sólo, me proporciona en todas circunstancias un placer.

—Sí: sé que eres menos egoísta que otros: lo he conocido en varias ocasiones. Y no es que echo á

nadie en cara ese egoísmo; pues ¿no lo tengo yo? El egoísmo es un resultado de la individualidad ó de la personalidad, como tú quieras. Yo soy egoísta en cuanto me siento y conozco como un sér; como algo, diferente de otros *algos*. Esto, por supuesto, si convenimos en que egoísta es el que se ama á sí mismo más que á todo, y que todo se lo sacrificaría, en la disyuntiva de sacrificarse él.

Interrumpió á Juan un acceso de tos; tos seca y molestísima, que tiñó sus mejillas con leve color.

—Esta tos me mata, dijo muy fatigado. Si no fuera esta maldecida tos....

Continuó hablando al cabo de unos momentos.

—Por eso nada me parece más extraordinario y admirable que un ejemplo de abnegación, una prueba de desinterés, un gran sacrificio; pero verdadero, no de mentirijillas, como casi todos. Es preciso que conste el desinterés y la abnegación, que no pueda explicarse de ningún otro modo, ni ser una manifestación más ó menos extraña ó rara ó incomprensible del egoísmo, pero del egoísmo al fin. Toda abnegación es sublime por lo mismo que es superior á nuestra naturaleza. ¡Supone tan terrible lucha y es tan gigantesca victoria! Sin combate, qué innata grandeza descubre! Por eso es tan admirable la figura de Cristo; por eso cae el alma ante ella, conmovida, maravillada, como ante el cielo inmensurable! Siempre he dicho esto. Él es la abnegación, el amor; no puede ser cosa más grande! Con qué emoción he leído en todas ocasiones su muerte, trágica y conmovedora entre todas las muertes! Y cuántas veces he llorado, sí, con los Evangelios delante! Aquella solitaria oración del Huerto, aquella vacilación y congoja en las tinieblas; aquel espíritu que debía sentirse tan solo en medio de los hombres; rodeado de pobres gentes, y abandonado entonces!

Después, el suplicio arrostrado con serenidad sin ejemplo; después, la heroica muerte! Y me conmueve aún más todo esto, porque entreveo la lucha y oigo gritar con sofocada voz á la debilidad humana; porque veo la agonía en aquella nocturna oración; porque oigo al Cristo llamar al Padre en una invocación de suprema angustia. Porque le oigo espirar dando «un gran grito.»

Juan hablaba con animación extraordinaria. Yo le escuchaba algo sorprendido.

—Hay quien dice, continuó después de una pausa, que los santos y mártires cristianos, sacrificándose y muriendo por su fe, esperaban su galardón en el cielo, y que en su desinterés había un negocio. ¡Qué sutilezas y tonterías! En una hermana de la Caridad, por ejemplo, no hay verdadera abnegación y desinterés, sino un refinado egoísmo: pasando su vida en el hospital, cuidando á los enfermos, muriendo de la peste, es una egoísta. Ella sabe muy bien que todo eso lo pagan con creces en el cielo; aguarda un premio infinitamente superior á sus sacrificios: da su vida terrestre á cambio de la eterna; y es el desinterés del que da un ochavo para que le devuelvan un millón. Pues bien: si el egoísmo trae el amor y la caridad como resultado, bendito sea! Yo he entrado con repugnancia en un hospital; y he visitado sus salas llenas de enfermos, y he visto destacarse sobre cada almohada una cabeza joven ó envejecida, desgreñada, envuelta á veces en un pedazo de lienzo; rostros escuálidos, amarillos ó verdosos, que miran indiferentes al importuno; y he oído ya un estertor de agonía saliendo de una cama, ya el doloroso lamento, ya la ronca respiración del que dormía. Y he abandonado el edificio con inexplicable mal-estar y repulsión secreta, deseando olvidar pronto aquel triste cuadro de miseria y dolor. Pero allí ví

mujeres que recorrían las salas con sigiloso andar y tranquilo aspecto, que se aproximaban á aquellos desdichados y les atendían solícitas y cariñosas. Ninguna rehusaba tocarlos, posar su mano encallecida y grosera á fuerza de trabajos continuos, sobre pobres cabezas á que yo me hubiera acercado con horror y asco; ni hablarles serena y blandamente, ni tranquilizarlos y consolarlos con sus palabras. Esto no lo hace una simple enfermera, una mujer asalariada, un médico ó un practicante; al menos no es lo que generalmente se ve. El deber no es la caridad. El te proporcionará atenciones y cuidados, pero fríos y secos. Se necesita el amor á Dios para amar á sus criaturas. Es preciso que la fe y la caridad realcen á nuestros ojos á los demás hombres, nos los hagan ver como hermanos; como criaturas de Dios; nos muestren su dignidad y su sello divino á través de los harapos, bajo las llagas, en medio de la podredumbre. La árida convicción del deber te impulsará á cumplir con tu prójimo; para amarlo se necesita la religión.

La tos volvió con inusitada violencia. Fué una terrible acometida. El enfermo, como si una mano de hierro lo estrangulara, se debatía sin aliento y parecía ahogarse. De pie, convulso, dando pasos de ebrio, con una mano en el pecho y la otra tanteando el vacto, sufrió el traidor ataque. Dejóse luego caer sobre su cama, sin poder respirar, cubierto de sudor, con los ojos y las mejillas encendidas. Repuesto, limpióse la frente y los húmedos ojos, y sentóse al borde de la cama, con los piés colgando.

—Qué tos! dijo cuando pudo hablar. Me pasa rápidamente, pero me deja exánime. De noche no puedo dormir, tomo brea en grandes cantidades, lo que me ha producido dolores de estómago. Pero, nada: la tos no cede. Creo que es nerviosa.

—Sí, debe de molestarte, observé yo con profunda lástima.

—Te habrá extrañado mi defensa de las hermanas de la Caridad.... mi entusiasmo.... Pero siempre, como te dije ya, he tenido ese modo de pensar.... Me cargan los que sin sentimientos, sin fe y sin nada, llaman á todo fanatismo, sin respetar lo verdaderamente noble y grande. Yo....

La tos le interrumpió otra vez.

—.... No creas que hablo de abnegación por tí, ó por mí, chico, ni quiero hacértela admirar para....

Segundo ataque de tos.

—Supongo, advertí yo riendo, que no me hablarás de esas cosas para animarme á que te acompañe. En este caso, quien te predicaría la virtud de la caridad debería ser yo, pues tú serás el que me sufra á mí. Al ofrecerte mi compañía me mueve el egoísmo, egoísmo puro, ¿entiendes? Porque me agrada estar contigo, conversar, pasar el rato....

Juan me miró.

—Eres un buen amigo, dijo con sencillo tono.

Hubo un momento de silencio; yo me levanté y di un paseo por la estrecha habitación. Juan se recostó en la cama.

De repente volvió á recobrar su posición anterior, sentándose en el borde.

—Chico, exclamó con una voz que detuvo mis pasos, ¡qué tristeza tengo!

Lo dijo con aire tan realmente triste, con aflicción tal, que me impresionó.

—¿Sabes de quién me estoy acordando? prosiguió. De mi madre. Se llamaba Elisa: es un nombre muy bello. He estado una porción de meses dando de comer, y algunos cuartos, cuando me era posible, á una vieja, muy vieja y ciega que se llamaba así. Murió hace poco y lo he sentido bastante. Cuando



oía su nombre, me entraba no sé qué ternura y qué tristeza á la vez: niñerías!

—Detúvose algo conmovido, con la mirada absorta, como si los recuerdos inundasen lentamente la reducida estancia.

—¡Cómo me quería mi madre! Yo era el más enfermizo y el más débil y el más feo de mis hermanos: así es que me adoraba! Cuando me despedí la última vez para ir á estudiar, como el dinero que podía darme mi pobre padre venía tan ceñido y ajustado á mis gastos, mi madre me entregó, atados en un pañuelito, unos cuantos reales, sus economías y sus ahorrillos caseros, resultado de mil desvelos y fatigas. Después me abrazó y me besó llorando! ¡No la volví á ver!... Aun conservo el pañuelito, marcado por ella con la inicial de su nombre, Elisa.... Cuando yo me acostaba algo indispuerto, la sentía acercarse á media noche, con paso cauteloso, descalza, medio desnuda, para oír mi respiración. Me besaba silenciosa y se volvía con grandes precauciones á su cama, donde entraba tiritando. Yo me hacía el dormido para no sobresaltarla, pues mi padre y yo y todos reprendíamos aquellas imprudencias, que la exponían á una enfermedad, pues era muy delicada y padecía con frecuencia del pecho. Pobre madre! Si me viera hoy, enfermo y solo....

Púsose entonces en pie, con emoción grande, y se dirigió á la ventana, volviéndome la espalda y afectando mirar por los vidrios.

Era un magnífico día de Setiembre, que recordaba los tibios y claros de primavera. Serían apenas las diez de la mañana. Un alegre sol alumbraba el cuarto, proyectando en los ladrillos del piso un gran rectángulo luminoso. Un haz de dorado polvo descendía temblorosamente desde la ventana al suelo; millones de refulgentes partículas bullían incesantes

en la columna de luz, subiendo, bajando, girando perpetuamente; ofreciendo como una vaga idea del espectáculo que, para la divina mirada, presentará la acumulación de mundos, de soles y de firmamentos. Por la ventana se descubría el cielo azulado, límpido, brillante. En el huertecillo de enfrente, una gallina, encaramada sobre los palos de un cobertizo, cacareaba con notable ahinco. Parecía haber en los lejanos campos, en la tierra bañada por vivificadora luz, en todo lo que desde allí se divisaba, no sé qué alborozante expresión.

Procuré distraer al enfermo pronunciando algunas fútiles palabras. Tal vez ni me oyó. Al cabo se apartó de los vidrios y se dirigió á mí; estaba muy alterado; tenía los ojos húmedos y la boca ligeramente contratada, de la manera dolorosa y amarga del que llora ó acaba de llorar. Puso una mano sobre mi hombro.

—Pepe, me muero, dijo con la trémula voz y el metal extraño que dan las lágrimas, aun las contenidas.—Me muero; lo conozco, lo sé. Estoy grave.... muy grave. Mi enfermedad.... no tiene remedio.

Como sucede siempre, sus mismas palabras, el timbre de su propia voz le conmovía más. La última frase apenas fué inteligible.

—Vamos, Juan, por Dios, ¿estás loco? Á qué esas aprensiones? ¿De dónde has sacado tales ideas? ¿Qué es eso?

—Eso es que me muero, respondió sombríamente.

—Pero ¿quién te ha dicho semejante cosa?

—¿Quién me lo ha dicho? repitió como un eco: el médico, me lo ha dicho el médico.

—La errante mirada, paseada hasta entonces con extravío, se clavó profundamente en mí.

—¡Cómo! ¿El médico? dije admirado.

—Fué una casualidad, prosiguió el enfermo len-

tamente; pero el modo de que lo supe ni siquiera me dejó un resto de duda. Me sentí tan mal en Junio último, que me dirigí á casa de López Prats, con intento de hacer una consulta en regla y ponerme en sus manos. Había allí otro médico que yo no conozco. López Prats me examinó atentamente auscultándome y reconociéndome con detención el pecho y la espalda. Cambió luégo con el otro médico algunas palabras que no entendí; pero éste me miró y me dirigió afablemente algunas preguntas sobre mi enfermedad. Yo no supe nada fijamente; comprendí sólo, por intuición inexplicable, que debía de estar muy enfermo. Experimentaba no sé qué mal-estar, qué recóndita angustia delante de aquellos hombres, bajo sus miradas inquisitivas y frías. Lo confieso, hasta procuré aminorar en ciertas ocasiones el valor de mis propias respuestas; hablé confusamente de algunos síntomas; disminuí todo lo que me parecía demasiado grave, todo lo que podía influir en el juicio que sobre mi mal formasen. Creí un momento, con seguridad estúpida, que me salvaría engañándolos; me consideraba como un reo de muerte sufriendo el interrogatorio decisivo para la sentencia. Y reparaba á la vez, con pavor secreto, que mis atenuaciones, mis respuestas más halagüeñas, no producían en los dos oyentes ningún efecto apreciable. En vano mis ojos, que debían de revelar, como mis facciones, el vago terror que secaba mis labios, se fijaban en los tranquilos é inmutables rostros de los dos médicos.... Nada! No decían nada! Con una congoja imposible de pintar, deseé entonces irme de allí, respirar el aire libre, huir de aquellas miradas y aquellas preguntas.... Me pareció que salir de allí era entrar en la vida.... ¡Dios mío!

Se detuvo un instante, como si sintiera, al evocar lo sucedido, las mismas angustias de que ha-

blaba. Las sentía en realidad. Continuó luego, muy afectado:

—Había atravesado ya el dintel, cuando volví hacia atrás y abrí la mampara: había olvidado la receta que me había escrito López Prast. Puse la mano en el *portière*: entonces oí hablar de mí. Detúveme sobrecogido, sin clara idea de lo que hacía ni de donde estaba. López Prats decía, terminando algo empezado:—.... hace tiempo que vive en el pueblo; lo conozco de vista. Ingresó en la escuela de minas; pero dejó la carrera por falta de recursos, según creo. Aquí da lecciones de lenguas. No hay excesos: es morigerado.

Luego, después de un momento, añadió:

—Me pareció traqueal, pero no.

Entonces resonó la voz del otro médico; oí aterrado estas palabras:

—Le quedan cinco ó seis meses de vida, estirando.

Juan se interrumpió otra vez y respiró con fuerza, lo que le produjo un nuevo acceso de tos. Sentóse rendido sobre la cama, y siguió hablando con entrecortada frase:

—No me doy cuenta de lo que pasó por mí.... Fué un espanto indefinible.... Es que duermo, sin duda, me decía.... oigo esto en sueños, porque no puede ser verdad. Cómo! ¿voy á morir? Yo, yo mismo.... que estoy aquí, que pienso, que me toco....

Mira, Pepe, no te puedo explicar estas cosas. Tú las comprendes.—No había en mí pensamientos, ni ideas.... és que no tengo otro medio de manifestarte lo que sentía.... Fué aquello todo una sensación pavorosa, que tal vez duraría un segundo; pero tan grande, tan terrible, que necesitaría muchas horas, muchas, para decir algo de lo que ella encerraba.... Fué como un desplome de no sé qué,... Un hundi-

miento espantoso y enorme.... Se transformó todo.... Me hallé en otro mundo.... en las tinieblas.... en medio de inexpresable agonía....

Cuando volví á entrar en el despacho temblaba de tal manera y tan demudadas debían de estar mis facciones, que López Prats, al menos, lo advirtió. No le quedó duda sobre lo que había sucedido, al escuchar el acento y observar el modo con que le supliqué me impusiese de mi situación.... me dijese con claridad si mi mal era irremediable.... Para mi consuelo pudo decir muy poco, aunque intentándolo.... A su grave aspecto no le era fácil revestirse de ligereza y optimismo.... Escuché frases atenuantes.... palabras benévolas.... Viendo mi agitación, que me era imposible contener, me trataron como á un niño.... es decir, como á un enfermo que va á morir.... No quise prolongar más aquello.... me pareció observar una levísima impaciencia, que la humanidad y la cortésa velaban, sin embargo. Casi me avergoncé un instante de mi cobardía. Fué como una última llamarada de la vanidad espirante bajo tan gran ruina.... después, no existió ya.... Mi mortal quebranto no anulaba en mí, á pesar de todo, la observación; distinguí en aquel momento detalles y cosas y me di clara conciencia de objetos que tal vez ni hubiera visto en mi estado normal; reparé que el otro médico, algo sorprendido al principio, luego, mientras me hablaba López Prats, hojeaba con indiferencia, pero mirándome de vez en cuando, un libro encuadernado en tela, y un instante en que lo levantó á la altura de los ojos, leí perfectamente el título, impreso en el lomo con letras doradas: *Seances et comptes-rendus*. También leía yo en ambos médicos y hubiera podido decir lo que entonces pensaban y sentían.—Están acostumbrados á estas cosas, decía yo; no les extrañan, pero les fastidian. Á mí,

en su lugar, me causaría también lástima algo fría quizás semejante espectáculo.... Nadie se ocupa en concebir lo que pasa dentro de un condenado á muerte.... Ellos están tranquilos; pero ¡ellos no van á morir! Dios mío, Dios mío, qué aislamiento el de los moribundos!

Juan se interrumpió de nuevo, y yo dije algo. López Prats y su compañero no eran la ciencia ni eran infalibles.... La voluntad puede mucho.... el régimen, el método.... Quién sabe? En casos aun más desesperados se había visto la curación.... La naturaleza es un secreto, y tiene fuerzas de que aun no dispone el hombre, ignoradas completamente por éste; que siguen misteriosos caminos y producen resultados fuera de todo cálculo. Hombres hay que han vivido con un pulmón solo, con medio-pulmón y con un tercio de pulmón. La medicina no se apoya en las matemáticas.... Ni siquiera es ciencia: Claudio Bernard ha dicho que no es casi nada.... & &. Ensarté otra porción de vulgaridades y lugares comunes, haciendo lo que la mayor parte de la gente en idénticas circunstancias. Por cierto que mis últimos argumentos hasta eran contraproducentes, y quitaban tal vez al enfermo una esperanza. Al desacreditar la medicina, más bien que á la insuficiencia de ésta para reconocer y declarar el mal ¿no me refería yo á una impotencia para curarlo?

Calléme y viniéronme á la memoria ciertas palabras de Rousseau: «... La medicina, es arte más perjudicial á los hombres que todas las dolencias que sanar pretende.... Los médicos.... nos acarrean enfermedades funestísimas: la cobardía, la pusilanimidad, el miedo de la muerte.» En efecto: probable es que no conociendo la enfermedad que nos aqueja, menos temiéramos su desenlace. No suele, el peligro ignorado, inspirar miedo. De todo lo cual resulta

palpablemente, según el filósofo de la naturaleza, que la medicina.... es una calamidad.

Juan me había escuchado, supongo, pero sin mirarme. Seguramente se había repetido en mil ocasiones lo mejor y hasta lo peor de mis argumentos, más reforzado y ampliado, y no me ocurriría uno, por más que me devanara los sesos y exprimiéndose mi inventiva, que él ya no hubiese remirado y considerado. No puedo decir que impresión le causarían mis observaciones: no sorprendí en sus ojos, en aquel determinado momento, un destello de esperanza, una duda siquiera. Al contrario, su rostro parecía ensombrecido por la proyección de algo lúgubre, como si la inexorable sentencia gravitase perennemente sobre la vida por ella condenada. Más que otra cosa, vislumbrábase allí la terrible conformidad del que nada espera.

—He hablado después con otros médicos, se limité a responder. Me consta ya la opinión de la ciencia. Puede haber, no un milagro, porque no soy tan débil que lo aguarde, cuando nunca he visto ninguno; sino alguna cosa rara, inaudita é imprevista; una manifestación en mí de efectos no imaginados, por virtud de leyes naturales desconocidas hasta ahora.... ¿Y en eso descansaría una esperanza? ¿Casi también en un milagro? Hay casualidades, suceden cosas inesperadas.... Y esto, que me digo tantas veces, alimenta mi consumida y gastada confianza. Y aun hago cobardemente por engañarme.... sí.... aun espero. Como el nadador que se hunde, me agarro hasta de los juncos flotantes; pero hay momentos, como los presentes, en que se oscurece todo á mi alrededor, y esa fría oscuridad baja hasta mi alma, que se angustia.... me veo en poder de la muerte, y sin esperanza, sin ninguna esperanza.... Mas entonces, como resquicios por donde entra un

rayo triste y pálido, ciertos pensamientos traen á mi espíritu una especie de fúnebre tranquilidad.... Me someto y me entrego con la resignación que viene de lo irremediable.

En estos tres meses, cuánto he padecido, más de mi alma que de la enfermedad que aniquila mi cuerpo! Este vaivén continuo entre la realidad y la ilusión, este perpetuo caer y levantarse, me mata con la misma seguridad que el mal físico. ¡Qué esfuerzos descabellados del pensamiento para construir con nimiedades una esperanza!, para ascender trabajosamente y columbrar un poco de luz y caer luego de golpe en las tinieblas! ¡Qué continuo forcejear con la realidad! ¡Qué días y qué noches! Procuraba unas veces conciliar el sueño, diciendo como tú: Quién sabe.... tal vez! Y á la siguiente mañana, un nuevo y grave síntoma, una recrudescencia, un poco de sangre en mi pañuelo me dejaba helado; permanecía entonces abatido, en una especie de estupor. Ó ya, sobrecogido de espanto, miraba alrededor con ojos de loco, buscando una salvación, un modo de huir y librarme de la muerte y de mí mismo.—¡Cómo! me decía, ¿y he de morir? ¿Y no podré evitarlo? ¿Aunque apele á la fuga y recorra el mundo entero andando sin cesar, la muerte ha de ir también conmigo, y la tendré á mi lado, implacable y siniestra, sin apartarse de mí, albergada en mí mismo, entregada en silencio á su obra y prosiguiéndola tenaz, aunque yo me perdiese en los más remotos lugares, ó me abismase, para ocultarme, en las entrañas de la tierra?

Al fin, quebrantado por mi propia desesperación, sentía el cansancio, y luego un como aflojamiento y laxitud de espíritu que me servía de alivio. Me entregaba á multitud de reflexiones, buscando en ellas un refugio y un consuelo. Me comparaba con



los sentenciados á muerte, y encontraba preferible mi estado.—Seguramente, pensaba yo, lo envidiarían.—Trataba de hallar en otras comparaciones no menos raras un lenitivo. ¿Qué quieres tú? Mientras haya hombres organizados y constituidos como ahora, la tristeza mitigará á la tristeza y la desgracia será siempre un consuelo para la desgracia.

Sí: Juan tenía razón. Mas ¿por qué ha de atribuirse aquel hecho á bajos y miserables instintos? Si puede calmarse algo nuestro dolor cuando sabemos que otros dolores gimen en torno suyo, es porque nos consideramos entonces, no como la víctima de la casualidad y de una excepcional desventura, sino comprendidos en la ley ineludible, en el infortunio general y necesario, y creemos que otro resultado hubiera sido un privilegio. Así que, cuando la noticia de un mayor infortunio parece que calma el nuestro, no es por pequeñez y miseria de un alma que se consuela, envidiosa, con el mal ajeno; sino porque recordamos que el hombre, «nacido de la mujer,» ha de luchar con la prueba y el dolor; que aun en la parte que nos cupo en suerte resultamos favorecidos, pues hay quienes conocen el sabor de amarguras más terribles.

—Han sido tres meses de infernales suplicios, prosiguió el enfermo después de unos instantes en que permaneció tristemente ensimismado. Cuando alguien, al preguntarme por mi estado, me contemplaba con aire compasivo, ó me daba ánimos, con palabras que dejaban trasparentar la convicción de mi fatal suerte, me pasaba lo mismo que cuando entendía una agravación en mi enfermedad. La criada que me sirve, á la que, si se hallaba presente cuando la tos me acometía, veía suspensa delante, mirándome con lástima, y retirarse suspirando y

moviendo la cabeza y frunciendo los labios, como quien dice: El pobre no tiene remedio; los amigos que venían á verme, pocos, porque no tengo muchos, hablándome de cosas indiferentes, pero mostrando en los ojos, sin querer, este pensamiento: ¿Conque ha de morir pronto, no durará dos meses? Y ahí está, hablando, moviéndose, como cualquiera....!—Todos, todos me hacían sufrir. Si yo me manifestaba esperanzado, imaginaba síntomas favorables, alguna mejoría, que para mí adquiría más realidad y valor al especificarla, como si mis propias palabras me animasen, tropezaba con una mirada de compasión con que desmentía la aparente conformidad el caritativo amigo.—¡Todos me suponen sin remedio! decía yo. Me creen peor de lo que estoy. Ay! Era preciso ser ciego, ó idiota, ó hallarse dotado de un optimismo á prueba de desengaños para conservar ilusiones un día entero!—Hacia la una ó las dos de la tarde, cuando el tiempo era apacible y el sol calentaba, solía yo dar un paseo corto por los alrededores del pueblo. Estas salidas fueron siendo después más difíciles; mi debilidad creciente me las ha ido prohibiendo. Un día, de vuelta de ese paseo, que á pesar de no alargarse mucho me fatigaba ya extremadamente, y hacía que verificase mi regreso ayudándome de un bastón y marchando con gran lentitud, me encontré con Pedro Martín Soriano, á quién tú has conocido. Murió en el pasado mes.... de tisis. Paseaba entonces lo mismo que yo, pero estaba muy acabado. Se apoyaba como un decrepito en un hermano suyo, y apenas adelantaba dos pasos sin pararse á tomar aliento y descansar. El encuentro me afectó bastante; cuánto hubiera dado por evitarlo! Me pareció verme á mí mismo en aquel enfermo casi espirante. Sí: aquel camino llevaba yo, así había de concluir! Quise avivar mi marcha y

cruzar por su lado lo más aprisa posible; pero él se detuvo y me saludó irónicamente:

—Adiós, Juan. Buen paso llevas. Sin embargo, es lo mismo.

Interrumpióse un momento para respirar, y añadió:

—Estamos los dos perfectamente, ¿no es verdad? ¿Quién te parece que llegará primero á... pues?

Hizo un movimiento con la mano, como para indicar un apartado punto, y se echó á reir.

No contesté una palabra. Incliné la cabeza á modo de saludo y apresuré mi marcha.—Llegué á mi casa fatigadísimo; pero traía mi espíritu aun más agitado.—Pues qué, aquel hombre ya moribundo tenía la pretensión de que yo estaba como él? ¿Ese Pedro Soriano estaba acaso loco?—Sentía una viva cólera; pero, á la vez, qué profundo terror!

Ah! Si pudieran ser visibles esos tormentos y esas secretas agonías, cómo había de asombrar el espectáculo! Aun recuerdo que al salir de aquella mi consulta con López Prats, cuando me encontré de nuevo en la calle, ese fué mi pensamiento. Veta por mi lado á las gentes, entregadas á sus negocios, rozándose con indiferencia; el mismo aspecto en las cosas, la misma apariencia que antes; y sin embargo, ¿cómo había cambiado todo para mí! Si en este momento, pensaba yo entonces, tomara forma externa y pudiera contemplarse lo que dentro de mí pasa, ¿cómo todos éstos se detendrían á mirarme sobrecogidos! Conservaba en medio de la opaca nube que me envolvía, una lucidez que no puedo explicar, aunque probablemente mi exterioridad debía de manifestar el interno desorden á quien con alguna atención la hubiese interrogado.—Y éstos que pasan junto á mí, me decía, me creerán tranquilo, y uno de tantos! Me extrañaba que no hubiera

alteración visible en la calle, en la gente, en el mundo! No me hubiera en aquel entonces importado nada de nada: que me hubiesen señalado con el dedo, que me hubiese rodeado la multitud. Al contrario: hubiérame parecido muy natural, y lo mismo cualquier gran trastorno. ¡Qué estado indefinible! Un chiquitín se enredó en mis piernas, y me detuve un instante á apartarlo. Distinguí á un conocido que iba por la calle, y lo saludé por su nombre. Luego, al llegar cerca de mi casa, me faltó poco para caer desmayado.

Juan hizo una pausa, y después añadió:

—No sé para qué hablo de semejantes cosas.... estoy en un período de locuacidad.... me entretengo en análisis que nunca había hecho.... se conoce que me hallo más tranquilo. Al verte, Pepe, he traído á la memoria nuestra amistad, nuestro cariño de siempre.... En muchas, muchísimas ocasiones te he considerado como un hermano. Y deseo hoy tanto eso, tengo tal sed de expansiones, de desahogo...,

Decía verdad mi pobre amigo. Yo lo había querido mucho y aun lo quería. Como pasa en casi todas las amistades, la nuestra había tenido sus eclipses, más por ausencias y separaciones inevitables que por otras razones. Los dos éramos diferentes en carácter, en ideas y en casi todo; de lo cual resultó que simpatizáramos bastante. En él predominaba, con exceso notorio, á mi parecer, la fantasía y el sentimiento. Yo era algo más frío, más realista, por temperamento y por reflexión, y aunque algo excéptico en cosas de poca monta, atenta, en las principales, á lo más trillado y seguro, porque no me gustaban, ni me han gustado nunca las profundizaciones innecesarias, las habilidades de trampolín, y el andar por las nubes habiendo tierra firme. No obstante, siempre he profesado

cierta admiración á los que se dedican á estos ejercicios, por lo mismo que son ajenos á mis disposiciones y á mi organización, demasiado maciza y grosera. Por esto, ó por lo otro, como en la amistad de dos ya se sabe y se ha dicho que ha de haber uno que ejerza el imperio y otro que lo aguante; un Orestes y un Pílates; aunque entre Juan y yo no existía lazo íntimo y apretadísimo, ni éramos tan amigos como el hijo de Agamenón y su cuñado, ni mucho menos, verificábase, no obstante, el mismo fenómeno. Respecto á Juan muchas veces era yo Pílates, aunque parezca raro, pues su imaginación y su verbosidad influían en mí con frecuencia; pero yo recobraba, cuando la conciencia de mi deber se hacía oír, el papel que legítimamente me correspondía, el de Orestes. Y así iba de uno á otro, según las circunstancias, el ejercicio de la autoridad, cuando Juan y yo nos tratábamos y pasábamos juntos las horas, antes de mi último viaje.

Repito que yo lo quería mucho; y como á pesar de algunos de mis rasgos morales, que he procurado exponer, nunca he dudado en hacer bien á los objetos de mi cariño, y en sacrificar algo por ellos, siendo necesario, llevando mis sentimientos hasta la tontería, por más que luego mi razón se burle callandito de mí, cuando el primer calor ha ido menguando; hubiera hecho no sé qué, por devolver á Juan la salud y la calma. Él lo sabía muy bien, pues tras mi aparente frialdad pudo ver en muchas ocasiones mi poco egoísmo y todas mis debilidades. Me conocía, ó si no, me conoció en un tiempo, y mejor seguramente que yo á él. Por desgracia, hasta ahora no he podido ser verdadero hombre más que en los propósitos y cuando dejo á la razón intervenir sola en mi conducta; lo cual, por desventura mía y desconcierto que deploro, consigo muy pocas

veces. En mí hay dos personas: una que obra casi siempre lastimosamente, y otra que la mira, y la juzga, y suele reirse de ella.

Quise decir en aquel momento cualquier cosa, aun advirtiendo que no me ocurría nada, pues me invadía plenamente la tristeza ocasionada por la situación y las palabras de mi amigo; y di comienzo á un discurso bastante desgraciado y deshilvanado sobre este ingenioso tema: ¿A qué atormentarse inútilmente con lo que puede ó no verificarse? La esperanza no debe abandonarnos jamás: casi todo es posible. Juan debía procurar distraerse, alejar de sí aquella mortificadora legión de fúnebres ideas y meditaciones de cementerio.» Pasaré respetuosamente por alto las luminosas ampliaciones de que hice objeto al susodicho tema.

Y entre tanto pensaba yo que mi amigo era sumamente débil de espíritu. Aquel miedo á la muerte (*miedo*, démosle su verdadero nombre), no era sentimiento muy varonil, que digamos. Disculpémoslo en el suegro de Alceste, que era un viejo, en la época de Ángelo ó en madama Dubarry, que eran mujeres; pero ¿en un hombre? Qué triste idea hubiesen formado de Juan, de su energía y de sus condiciones morales las personas que le escucharan, principalmente las que por todos conceptos valiesen menos! Porque esto sucede. Cuando se quiera saber quien necesita para sí más indulgencia y que se eche más piadoso velo sobre su conducta y sobre su alma, ateneos á esta regla: averiguad quien juzga más severamente á su prójimo y habla con más dureza de las ajenas debilidades.

Con motivo de algunas reflexiones me acordé de Horacio; y sobre el famoso verso:

Pallida mors œquo pulsat pede...  
que no cité, sin embargo, para no deslucirme,

improvisé en alta voz algunos comentarios que supuse de bastante efecto. Ya en este camino, traduciendo y comentando al citado Horacio, manifesté que, para el hombre firme, la muerte y las calamidades todas debieran ser nonadas:

*Justum ac tenacem propositi virum...*

Y entonces me enredé decisivamente en Horacio: La muerte nos aguarda á todos (...omnes una manet nox...). Ninguno, verdaderamente, está seguro sino del día que vive (... cui licet in diem dixise: vixi....), y por eso no es malo filosofar, y persuadirnos de lo que la vida significa (*Pulvis et umbra sumus*); así tal vez tendríamos valor, y nada nos cogería desprevenidos (*Sperat infestis.... Alteram sortem bene preparatum—Pectus...*). Sí: conviene no amilanarse por nada (*Rebus angustis animosus atque—Fortis appare...*). Por otra parte cuando menos se prevé... Ahí estaba Nicolás Freneh, amigo de los dos, muerto cuando le creíamos rebotando salud.... (*abstulit clarum cita mors Achillem...*). Volveré á repetirlo, Juan, ¿á qué darse tortura? Quizás lo mejor es no pensar en lo que ha de suceder (*Quid sit futurum cras, fuge querere...*)

Y aquí me detuve maravillado de mí mismo, viendo que no salía de Horacio y que no decía más que necedades. Sí á qué negarlo? Hay mucho acerca de lo cual, después de veinte siglos, no podemos hacer más que repetirnos monótona y fastidiosamente.

Juan, con los ojos puestos no sé dónde, me escuchaba en silencio. Después los volvió á mí de lento y dulce modo.

—Crees que tengo miedo de morir y que soy por demás cobarde, dijo.

—Hombre, no, no es precisamente eso. Creo que la conformidad, que la entereza, como producto de

la reflexión levantada.... puede hacernos sobrellevar lo que fatalmente.... (.... *seivus fit patienti,—quidquid corrigere est nefas.—*Nada, siempre Horacio!) En resumen, lo que yo te quiero decir en primer lugar, ¿comprendes?, es que no debes darte á cavilaciones, es que arranques de tí los negros pensamientos y aventes esa horrible tristeza.... Pues qué? ¿De tan escasa energía dispones? ¿Tú, Juan, tan idealista, para quien lo visible y limitado y terreno es alimento insípido; inteligencia amiga de las alturas y de los horizontes sin fin, alma que lleva dentro de sí misma su universo y el inextinguible depósito de su vida y sus contemplaciones; tú no has de volar más alto, y en ciertas consideraciones no has de remontarte más que los espíritus soldados á lo perecedero por su pobreza de organización? ¿Y éste será el fruto de tu mayor cultura, multiplicar ó exacerbar sufrimientos de que el vulgo se libra? Y no entiendas tan sólo, Juan, en lo que digo, el deseo de llevar la tranquilidad á tu ánimo: llévatela seríadarla también al mío, que se apena sabiendo que padeces; no, definiendo á la vez una causa todavía más íntima, hablo egoístamente; si á tí, cuya alteza de reflexión conozco, á quien juzgo superior á mí por diversos conceptos, hoy te embarga la angustia, ¿qué será de mí cuando suenen horas de prueba, de mí, tan vulgar y desprovisto de grandes alientos, sin imaginación que dé colores á la realidad; sin percepciones más delicadas que las materiales? La desesperación se sentaría indudablemente á mi lado, sin abandonarme ya más:

Exageré un poco, mas sentía en el fondo lo que dije. Juan no me contestó palabra; se había arrojado en su lecho, de espaldas, y estaba allí inmóvil, preocupado tal vez con sus padecimientos físicos.

Una sirvienta, mujer que contaría sus cincuenta



años, apareció trayendo una taza con no recuerdo qué infusión, y una botella envuelta en papeles.

—Aquí está lo de la receta que hizo ayer el médico, manifestó colocando la botella sobre la mesa. Ahora lo han venido á despachar.

—Qué?

—Lo de la receta que hizo ayer el médico, repitió la mujer.

Juan se incorporó á medias para tomar la taza, enfriando con la cuchara el contenido y tomándolo á pequeños sorbos.

—El señor se halla «más mejorado». Tiene mejor cara, no tose tanto. ¿Por qué el señor no le pide su curación á la Santísima Virgen? La Virgen lo curaría.

—Se la pido, Antonia, dijo el enfermo.

La criada salió y Juan continuó callado. Se tomó el pulso disimuladamente, observándolo un momento, y se recostó otra vez en la cama.

Y entre tanto pensaba yo en lo que influye una enfermedad sobre el carácter. Me parecía á ratos desconocer el de mi amigo, con su bondad ingénita, y su dulzura casi femenil, no reñida con cierta firmeza de voluntad y pensamiento. Había en él, ó lo imaginaba yo, reticencias y suspicacias que apenas explicaba la situación especial de su espíritu, determinada por el temor de la muerte, los padecimientos corporales, y en resumen por la enfermedad. Y yo perdía la brújula, por no servirme ya completamente mi anterior conocimiento de Juan, y por haberse alterado las relaciones conocidas de su carácter con el mío, pues nuestro modo de ver es como la regla para calcular el de los otros hombres y la luz á que los llevamos para comprenderlos. La desconfiada y profunda mirada, las extrañas maneras, las alternativas de humor expresan el interior

desorden que la idea más ó menos clara del inminente peligro y los físicos males producen; pero ese espectáculo, que es muy natural, nos violenta y desconcierta: ya no está allí el amigo que hemos tratado y de quien nos era fácil prevenir hasta los gestos: ha cambiado su condición: nuestra franqueza ha de contenerse y nuestras manifestaciones han de sujetarse á un estado individual que ignoramos; si no otra cosa, hay que medir nuestras palabras y actos y proceder con desacostumbradas precauciones; molestias que únicamente el afecto puede hacernos sobrellevar. La impresión es como si al transitar por el sendero que nos era familiar hasta en las menores revueltas y accidentes, lo halláramos interceptado en mil partes, mudado enteramente, y hubiésemos de recorrerlo con un cuidado no habitual.—Ahora, con mis frases impertinentes he dificultado el alivio que en hablar de sus dolores experimentaba quizás este amigo infeliz: no los he calmado, sino muy de otro modo: he impedido su comunicación despertando con mis discursos el amor propio.—En Juan, sin embargo, nunca éste había sido excesivo; naturalmente franco, aunque en la apariencia reconcentrado y discreto en demasía; mi pobre amigo, cuando hallaba un oyente afectuoso, era dado á contar sus impresiones, sin idea ni cálculo, ni más regulador sentimiento que el temor de fastidiar.

Mientras andaba yo á vueltas con pensamientos á que he dado aquí más precisa y menos rápida forma, Juan, silencioso, parecía abismado en otros más prolijos. Yo daba algunos paseos por la habitación, sin objeto, deteniéndome á coger un libro que soltaba sin mirar, ó á leer con suma atención el rótulo de algún frasco, y echando ojeadas al enfermo, tendido en la cama, y cuya respiración, algo frecuente

y penosa, oía distintamente. Sus ojos dilatados, que lo consumido del rostro hacia enormes, seguían una que otra vez mis movimientos. Casi rígido, con los tendidos brazos descansando sobre la colcha y la cabeza hundida en la almohada, tenía, más que de pensativo, apariencias de muerto ó agonizante. El día estaba ya adelantado. El rectángulo que la luz del sol, entrando por la ventana, dibujaba en los ladrillos, estaba reducido á una extensión (1) mínima. Llegaba á nosotros ruido de cubiertos y platos, como interiores preparativos de almuerzo; pues en la casa había tres ó cuatro huéspedes á más de Juan.

—¿Te sientes algo? ¿Qué tienes? pregunté al fin.

Juan no me contestó; pero juntando las manos con fuerza y llevándolas así unidas sobre la frente, con expresión desesperada, hizo oír como un gemido.

Yo tomé entre las mías una de aquellas manos, en las que había cierto húmedo calor, sobre todo hacia el lado interno; el pulso era algo débil y precipitado. Los brazos, que en el movimiento del enfermo habían quedado en parte desnudos, saliéndose de las mangas, daban compasión: ¡tan flácidos y extraordinariamente delgados aparecían!

—Apenas tengo calentura, dijo entonces. Esto no es nada. Me entra más tarde, al anochecer, y con ligeros escalofríos. Las noches las paso mal, muy mal. Pero aun no carezco de fuerzas: no estoy muy acabado.

Tosió de un modo seco. La voz, como yo había reparado con anterioridad, sonaba algo enronquecida.

---

(1) Aquí termina el original puesto en limpio por el autor. El resto se ha encontrado en cuartillas apenas inteligibles.

—Al principio había creído que era un catarro, prosiguió. Atribuí mi delgadez y algunos otros síntomas á mis continuos estudios. ¡Nunca me había entregado á ellos con mayor afán! Sin embargo, estaba siempre triste, sin saber por qué.

Permaneció un instante en silencio. Después se incorporó sobre un codo y reposó la cabeza en la mano.

—Dime, Pepe, interrogó mirándome: ¿tú has pensado alguna vez en la muerte?

—Pero hombre, ¿á qué hablar de eso? ¡Qué deseo de parafrasear el *De Profundis* sin necesidad y sin motivo!

—No has pensado, dijo el enfermo moviendo la cabeza.

—¿Qué llamas tú pensar en la muerte? ¿Darse á largas meditaciones sobre ella? Entonces tienes razón: no he pensado en la muerte, como no he pensado en la gravitación universal; acerca de esta no juzgo descaminado atenerse á lo que Newton demostró; y respecto á aquella me conformo con la opinión de todo el mundo. Son leyes que conozco y de que no me ocurre protestar. Sé que la tierra gira alrededor del sol, y que de morir tenemos, como dicen al saludarse los cartujos; sé, por consiguiente, acerca del asunto, casi tanto como tu criada. ¿Á qué meditar y perder el tiempo? Sé lo bastante, porque sé lo que todos.

—Sí, nada, murmuró Juan tristemente.

—Es lo mismo.

—Sí, sí, Dios mío! Ese es el gran problema, exhaló el tísico, dándose con el puño cerrado en la frente. Cuando se piensa en él, y esta gran cosa negra se alza delante de nosotros, todo se achica y empalidece de un modo que espanta. Sí, todo cambia de forma y color visto desde la muerte. ¡Qué pequeñas y

miseras se nos muestran las cosas que ardorosamente hemos perseguido ó que han formado la trama de nuestra existencia! ¡Qué gravedad toma la vida! Dios mío! yo veo la cima oscura y profunda; yo percibo la sombra que lentamente me invade! Sí: hay un vago temor que me cerca como esparcido en torno, como diluido en el ambiente; siento á veces en mí y alrededor mío una expectación pavorosa, la aproximación de algo desconocido y tremendo de que se ignora cuando y de dónde y cómo vendrá á nosotros. No me interrumpas: no dudo de que los únicos artífices de esto sean el temor y la calentura. Todo está dentro de mí: aquí, en mi cabeza. Todo sigue lo mismo: yo soy únicamente el que ha mudado. Ah! pero no saber, no saber... ¿Qué es la muerte, Dios mío! ¿Qué es morir?

—«Morir, dormir,» murmuré yo sin saber lo que decía.

—Dormir! repitió Juan maquinalmente.

Inclinó en silencio la cabeza; pero alzando después de un momento los abiertos ojos, continuó en voz menos perceptible y con lentitud:

—Hamlet, añadía: «Y tal vez soñar.... ¿Pero qué sueños nos sobrevendrán en esa profunda noche? Este recelo basta para aterrarme....» Es verdad, es verdad!

Se detuvo otra vez, anonadado, como si las palabras del famoso monólogo descansasen sobre él con atroz pesadumbre. Luego prosiguió como si consigo mismo hablase:

—Morir, morir! Cuando ese pensamiento logra detenernos un instante nos oprime de tal manera, y nos parece *tan inverosmil*, que lo arrojamos de nosotros. No podemos hacernos á la idea de la muerte. Á nuestro alrededor vemos cumplirse sin cesar la terrible ley: nuestro camino está sembrado de muer-

tos; y cuando entre ellos divisamos á la madre ó el hermano, ó el amigo, nos llenamos de un secreto asombro. ¡Cómo! ¿Es posible....? ¿Conque objetos de nuestro amor, los seres á quiénes íntimamente conocíamos y amábamos, con quiénes hemos vivido, pueden morir, desaparecer, y para siempre....? Ayl.... Entonces, entonces.... pensamos! La nube que nos rodea, dando á nuestra vista un facticio horizonte, se entreabre de brusco modo, el *miraje* se borra, y asoma la realidad. Mas esto dura muy poco: al fin y al cabo, es natural que nos acostumbremos á la vida; pero ¿á la muerte?

Se calló durante dos ó tres segundos. Después se dirigió á mí:

—Dices: «Sé que hemos de morir, como sé que la tierra gira.» Pero ¿crees tú, Pepe, que esos dos conocimientos deben recibirse en nosotros de la misma manera? La idea de una propiedad física, el conocimiento de una ley matemática se conservan en la inteligencia sin que trasciendan á nada. No afectan ó afectan muy poco, á tus restantes ideas, y menos á tus sentimientos, á tu voluntad, á tu vida, en fin. Son verdades claras, evidentes; mas aun admitiendo su continua presencia en tí, permanecen por naturaleza aisladas, sin influencia moral y sin acción. Las conoces, las ves, y concluido. ¡De este modo se halla, mejor dicho, yace en tí, como en todo el mundo, la idea de la muerte. Se tiene, el convencimiento de ella, mas no la persuasión. El obligado desenlace de la existencia nunca deja de sorprendernos; y el drama de que somos personajes y autores, jamás se desenvuelve en conformidad con la catástrofe desde luego prevista, y que fatalmente se nos impone: ningún espectador contemplándolo podría suponer el fin.

—Así se cumple con una regla del arte, dije yo

con tono ligero, muy complacido del sermonesco estilo de Juan, indicio de la mayor tranquilidad de su ánimo.

—No: así no se cumple con nada, porque se falta á la lógica; porque, mirado desde el desenlace y respecto á él, nuestro drama es absurdo. Nos pasa con el conocimiento de la muerte lo que con tantos que permanecen estériles en nosotros, sin que la reflexión los haga fructificar, sin que nos penetremos verdaderamente de ellos, y abramos nuestra vida á su legítimo influjo. En los trataditos de Elocución suele citarse como insigne muestra de pensamientos triviales, como ejemplo de perogrulladas, la frase «Todos hemos de morir»; y en efecto, ahí se va en lo notorio con la de «dos y dos son cuatro», ú otras análogas; sí: todos hemos de morir; pero ¿has hallado tú quién dé señales ciertas de saberlo? ¿Quién parezca tener plena conciencia de verdad semejante? Yo no he visto un hombre, no, no lo he visto, de quién pudiera pensar: Ese no ignora que ha de morir! Sólo el cristianismo ha traído al mundo la persuasión de la muerte que la filosofía había llevado antes á algunas almas; pero la filosofía, en una gran parte del vulgo ilustrado, se encierra en los dominios de la inteligencia, porque raras veces las ideas gobiernan la vida. ¿Qué escritor público, qué hombre cualquiera no parece en ocasiones, escribiendo ó hablando, un Sócrates ó un Epitecto? Oirás una moral acrisolada y altísima, puritanas manifestaciones, alguna exposición de principios que, por lo rectos é inflexibles, juzgarás quizás extremados. Todos loamos la virtud; pocos son tan intelectualmente incompletos que carezcan de ideas morales; pocos tienen el cinismo de ultrajar de palabras la virtud; pero ¡ay! ¡Dichoso aquél que la practica y calla!

De lo que llamó Malebranche nuestra casa es por lo regular la inteligencia el aposento más decoroso por vacto que esté. Pero la memoria, ¡cuanta miseria guarda ruborizada? Y, cuántos indignos sentimientos se ocultan en otros rincones! Y ¡cuán ciega y locamente se mueve esta máquina que llamamos la voluntad!

.....

---



# ÍNDICE

	<u>Páginas</u>
Prólogo . . . . .	V
La crítica literaria . . . . .	1
Los Preceptistas . . . . .	15
De la Poesía en Canarias. . . . .	27
Calderón . . . . .	39
Don Pedro Calderón de la Barca . . . . .	61
Shakespeare . . . . .	67
Noticias bibliográficas . . . . .	75
Una novela de Pérez Galdós, juzgada por <i>The Saturday Review</i> , de Londres. . . . .	93
Galdós . . . . .	101
Acerca de las mujeres. . . . .	105
Fragmento . . . . .	123
El Vértigo, poema de Núñez de Arce. . . . .	129
Noticias literarias . . . . .	139
La Alborada . . . . .	149
Discurso. . . . .	171
Las Canarias y el Descubrimiento de Amé- rica. . . . .	183
De 1820 á 1823 . . . . .	191
Pasado y Presente . . . . .	213
Carta Geográfica . . . . .	217
Don Domingo Bello y Espinosa. . . . .	229
Teobaldo Power. . . . .	243
Mariquita Príncipe (Relación) . . . . .	251
Un caso . . . . .	321